AVENTURAS DE PIPO Y PIPA

Volumen 4
(1935-1936)

Salvador Bartolozzi

Edición:

Julio Tamayo

cinelacion@yahoo.es

ÍNDICE

SÉPTIMA PARTE

185- El feroz Sentrañas y el “Piojillo” malicioso…….…….…….....7
186- Unos viajeros extravagantes……...……9
187- Una broma de Trompetilla.……..……11
188- Un caballo de pega……...…….……..……13
189- El robo misterioso……..…….…….15
190- Garabito y Pelusilla trabajan……..……..17
191- Un pueblo sin narices……..…….19
192- Los embozados misteriosos……..……...…...…...21
193- La nariz de Cocolín……...…….....……...23
194- La nariz de Cocolín……..25
195- De Villamarras de Arriba a Villamarras de Abajo…….……...27
196- Una batalla campal…….……..29
197- El río y la torre……...…...31
198- En el desierto…….…...33
199- El león y el beduino……...……...35
200- En poder de Ab-ed-ul……...37
201- El sultán Moj-Hama……...…...39
202- La lámpara de Aladino……..……...41
203- El caballo volador…….43
204- El malvado Abu Shon…….……..45
205- Los músicos callejeros…….…….47
206- La princesa perrita…….……...49
207- El mago Celedón……...……...51
208- La rana en el pozo……..……..53
209- En la cueva de Alí Babá…….……..55
210- El príncipe ratón……..…….57
211- El principito ratón y la princesa gatita……..59
212- La casa de los talismanes……...……...61
213- La llave……...……..63
214- La lámpara de Aladino y el enano Lombrino……...65
215- Los regalos de Lombrino, el esclavo de Aladino……...……..67
216- En Perezonia, capital de Holgazanolandia…….……..69
217- El elixir mágico……..……..71
218- La casita del bosque……..……...73

219- El hombre malo de buen corazón……..……..75
220- El gitano……...77
221- En poder de los gitanos……..……..79
222- Gitanerías de Pipa y Cocolín…….……...81
223- El “Lerele” vende un caballo……..……..83
224- El señor Tricapo es muy guapo……..……..85
225- Las desventuras del señor Tricapo……...…….87
226- Historia de la bella Filis……...…...…….89
227- El monstruo marino……...……...91
228- La ruina de Pesca-Villa…….93
229- La decisión de Pipo……..95
230- En la tripa del monstruo…….…….…….97
231- Pesca-Villa es feliz……...….99
232- Prisioneros de los Chuas-Chuas…….101
233- Preparativos de banquete……...….103
234- ¡A la sartén!…….…...105
235- Las coces de Trompetilla……...….107
236- En el Polo Norte……...…..109
237- En el Polo Norte……111
238- Perdidos entre los hielos……..…...113
239- El país de los pingüinos…….….115
240- El rapto del principito……...…..117
241- En la taberna del Tuerto……..119
242- El octavo niño de Écija……...121
243- El asalto al banco……..……..123
244- El asalto al banco……...…….125
245- ¡Pipo, ladrón!…….….127
246- El rescate del príncipe……..……..129
247- Cocolín y Pipa, condenados……...131
248- Pipa y Cocolín están heladas……...……...133
249- El brasero salvador……135
250- Han, el pescador de bacalao……..….137
251- La muñequita Elsy y los enanos del bosque……..…….139
252- La muñeca desdeñosa……..……...141
253- El baile de los enanitos…….……..143
254- El reto del enanito……..…….145
255- Los gases asfixiantes……..147
256- La cuerda de pega…….…..149
257- El duque de los Dientes Largos…….…….151

258- El señor duque de los Dientes Largos y su esposa……..……...153
259- Caperucita Roja y Caperucita Verde……..155
260- Preparando la cena del lobo……....157
261- Pipo, cocinero…….159
262- El queso fantástico…….…161
263- La familia de las Largas Narices……..…..163
264- El doctor Elefantón……..…...165
265- La nariz voladora……..…..167
266- Premio a la virtud…….…..169
267- El fantasma…….171
268- Los tres valientes……..…..173
269- Pipo y el fantasma……...…...175
270- El Zumba-Zumba……...177
271- Un cocodrilo asombrado…….……...179
272- Otra vez la bruja Pirulí……...181
273- La maldad de la bruja Pirulí……...183
274- Palos y mala vida……..…..185
275- Pipo, indefenso……...187
276- Lucha de fieras…….…..189
277- Tanto va el cántaro a la fuente……...…….191
278- Los dos cantaritos……..….193
279- Pipo se hace miliciano……..…..195
280- El bautismo de sangre de Pipa…….……...197
281- Pipo estratega……...…..199
282- Pipa, prisionera……..…….201
283- ¡Pies, para que os quiero!……..…….203

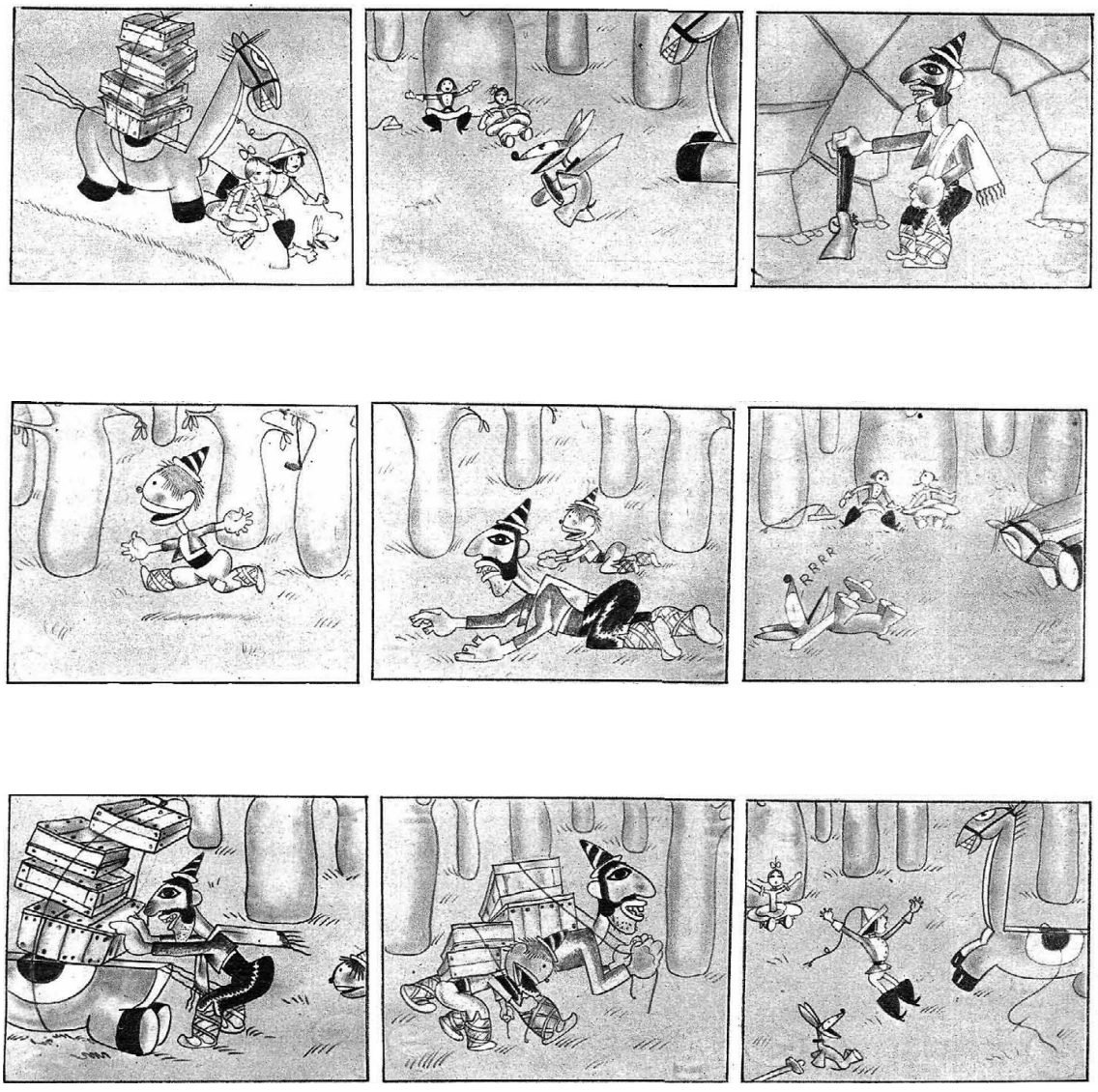
LOS CAMELLOS DE LOS REYES MAGOS VIENEN CARGADOS CON LAS MARAVILLOSAS AVENTURAS DE
y Pipo Pipa
TOMOS PUBLICADOS
1 Pipo y Pipa en el País de los Fantoches.
2 Pipo y Pipa en lucha con el Gigante Malhombrón.
3 Pipo y Pipa entre los salvajes.
4 Pipo y Pipa en la Isla Embrujada.
5 Pipo y Pipa en busca del gato Peloimedio.
6 Pipo y Pipa y el caballo de dos cabezas.
7 Pipo y Pipa en poder del Brujo Pipirigallo.
8 Pipo y Pipa y el león gigante.
9 Pipo y Pipa y los enanitos de doña Cominito.
10 Pipo y Pipa y el Mago Roña Roñica.
11 Pipo y Pipa en busca del principito Tintilintín.
12 Pipo y Pipa contra el infame Gurriato.
DE VENTA EN LIBRERIAS
Y TIENDAS DE JUGUETES
TOMO, 1,50 PESETAS
PIPO Y PIPA CONTRA EL INFAME GURRIATO
Estudio Estampa

EPISODIO CLXXXV

EL FEROZ SENTRAÑAS Y EL “PIOJILLO” MALICIOSO

¡Hay que ver lo contentos que emprenden nuestros amigos el camino de regreso! El que va un poquito menos contento es Trompetilla, al que le toca cargar con multitud de enormes y pesados cajones; pero el buen caballito se consuela de la molestia, porque lo que contienen estos cajones es precisamente lo que hace tan feliz a su amo y a sus compañeros.

Sí; el contenido de estos cajones es nada menos que una fortuna fabulosa en oro y pedrería, que es el regalo con el cual el rey, agradecido, ha premiado el favor que le ha hecho nuestro héroe devolviéndole su reino y sus riquezas y desembrujando a su hija, la princesita. «Ya somos ricos, amigos —dice Pipo—, y con esta fortuna podremos descansar una temporada de aventuras. Por de pronto, descansemos en este bosque, donde pasaremos la noche. Pero hay que vigilar nuestro tesoro; velaremos por turno.» El primer turno le toca al héroe, el segundo a Pipa. «Ojito con dormirte, ¿eh?» —dice Pipo—. Dejemos ahora a nuestros amigos y acerquémonos —si no os asusta— a la cueva del bosque en donde vive el feroz Sentrañas, un bandido terrible, que roba todo lo que pasa a su alcance y tiene siempre el trabuco dispuesto a matar. Su «hombre de confianza» es un hombre en miniatura, un chico de siete años, apodado el «Piojillo», que tiene más malicia que un mico y anda siempre husmeando «negocios» para su amo. Así es como oculto bajo unas matas (no levanta el tal «Piojillo» tres palmos del suelo), ha descubierto a nuestros héroes, y corre a avisar a su terrible amo la noticia sensacional de que hay en el bosque unos viajeros que llevan unas cajas muy grandes que deben contener algo de mucho valor. ¿Para qué quiere más el feroz Sentrañas? Armado hasta los dientes y seguido de su compinche, se desliza pian pianito hasta el lugar donde duermen nuestros cinco amigos. Los cinco, sí; porque Pipa, ¡la muy perrita!, se ha dejado vencer por el sueño y, roncando como los demás, sueña que con el dinero del tesoro su amo le pone una pastelería, de la cual ella es dueña y única cliente. ¡Ah! si hubiera estado cumpliendo con su obligación, habría dado el ladrido de alarma y nuestro héroe habría sabido defender el tesoro del ataque del bandido y de otros diez bandidos que se le pusieran por delante. Pero no; duermen todos, y el feroz Sentrañas puede aprovechar tan magnífica ocasión para apoderarse de las preciosas cajas y, ayudado por el «Piojillo», se las lleva a su guarida, donde las abre y al encontrarse con aquellos montones de oro, perlas, brillantes y esmeraldas, experimentan los dos una alegría casi tan grande como la que os espera a vosotros mañana por la mañana cuando os encontréis en los zapatos los juguetes que os hayan traído los Reyes Magos. Mientras que los bandidos danzan un baile de pieles rojas en torno a su botín los primeros rayos del sol naciente despiertan a Pipo, siempre madrugador. Su primera mirada es para la centinela: ¡está durmiendo! Su segunda mirada es para sus propias cajas, mejor dicho, para darse cuenta de que las cajas han desaparecido. Un grito del héroe despierta a sus compañeros: «¡Nos han robado el tesoro!»


RRRR

EPISODIO CLXXXVI

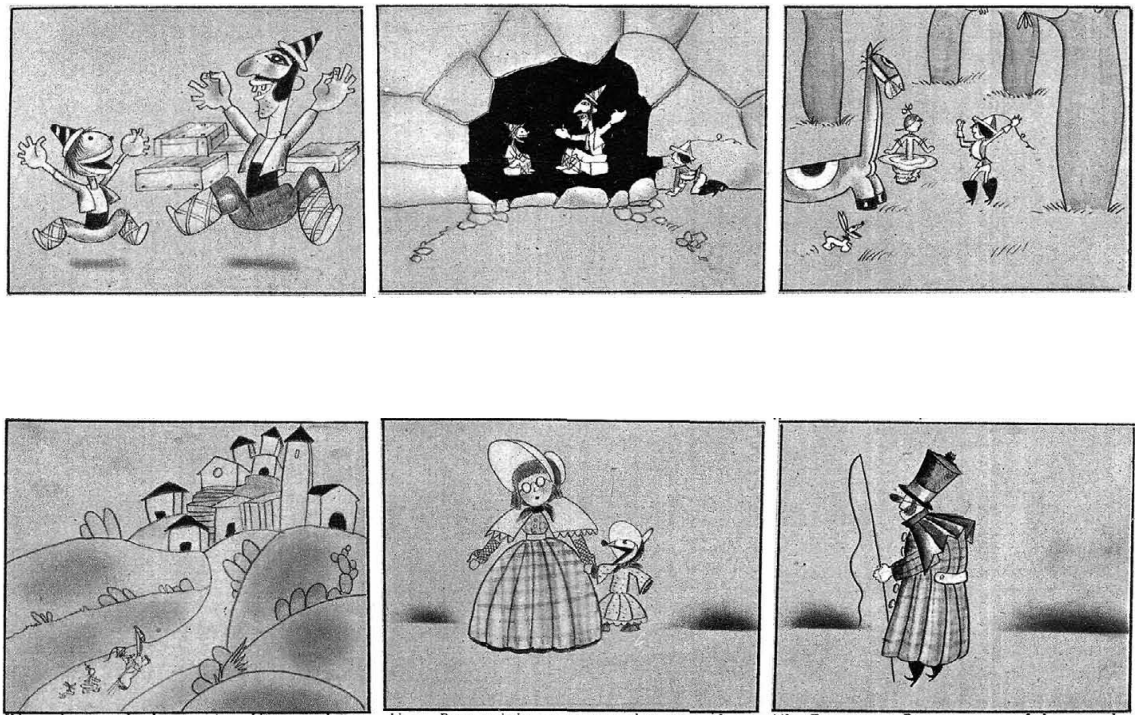
UNOS VIAJEROS EXTRAVAGANTES

Cada vez que abren un nuevo cajón, el feroz bandido Sentrañas y su diminuto compinche el «Piojillo», bailan de alegría ante el oro, las joyas o las pedrerías; tras de una jota, y tras de una polca, bailan una «carrioca», porque, eso sí, están a la última moda en cuanto a bailes de salón. Ya fatigados por tantas demostraciones de entusiasmo, aquel par de granujas se dedican a hacer proyectos sobre el destino que van a dar a su botín: «Ahora que somos ricos —dice el «Piojillo»— podemos retirarnos de los negocios.» «¡Te daba así! —protesta Sentrañas—; lo que haremos será robar con más postín y comodidad. Ahora lo que necesito es un caballo.» No saben que los está escuchando nada menos que Pipo, el cual ha seguido la pista de los ladrones de su tesoro, ha llegado a la entrada de la cueva y ha visto y oído cuanto acabo de referir. ¡Para qué quiere más nuestro héroe! Ya en su cerebro genial apunta un plan formidable; corriendo vuelve hacia sus compañeros que le esperan: «¡Pronto!, ¡pronto! —les dice después de contarles lo que acaba de ver y oír— . Vámonos al pueblo más cercano.» «¿Y abandonamos el tesoro?» —pregunta Cocolín extrañada—. «¡Al contrario! Vamos a trabajar para arrancarlo de las garras de esos bandidos.» Por primera vez, Pipa no protesta ni gruñe al embarcarse en una nueva aventura, tanto es su deseo de recuperar el tesoro perdido. Al llegar al pueblo Pipo se dedica a entrar en diversas tiendas y comprar la mar de cosas raras, entre ellas una tartana del año de la Nana y varias ropas extravagantes. Con estas ropas disfraza a sus compañeras; Cocolín se transforma en una vieja «lady» ridiculísima, con gafas, que lleva de la mano a una niña zangolotina, que es... Pipa.

En cuanto a Pipo, con un macferlan, una chistera, unas patillas rojizas y, en la mano; un látigo, se convierte en todo un cochero inglés. «¿Pero es que vamos a representar una comedia?» —preguntan Pipa y Cocolín intrigadísimas—. «Si nos sale bien —contesta Pipo— será una comedia; si no, puede que la comedia también se transforme en drama.»

Al oír estas palabras, Pipa siente tal susto que tiembla como un flan. Y mucho más todavía cuando su amo explica lo que acaba de idear: se trata de atravesar, fingiéndose extranjeros acaudalados, la carretera cercana a la cueva del feroz Sentrañas. ¡Nada más que eso! «¡Nos raptarán como al «baby» de Lindbergh!» —gime la miedosa perrita—. «¡Naturalmente —contesta su amo—: de eso precisamente se trata!» Obedeciendo las instrucciones terminantes del héroe, Cocolín y Pipa suben a la vetusta diligencia, a la cual ya está enganchado Trompetilla. Pipo se encarama sobre el pescante, enarbola su látigo (de mentirijillas, claro; ¡a cualquier hora va a pegar al buen Trompetilla!) y... ¡arre, caballito!

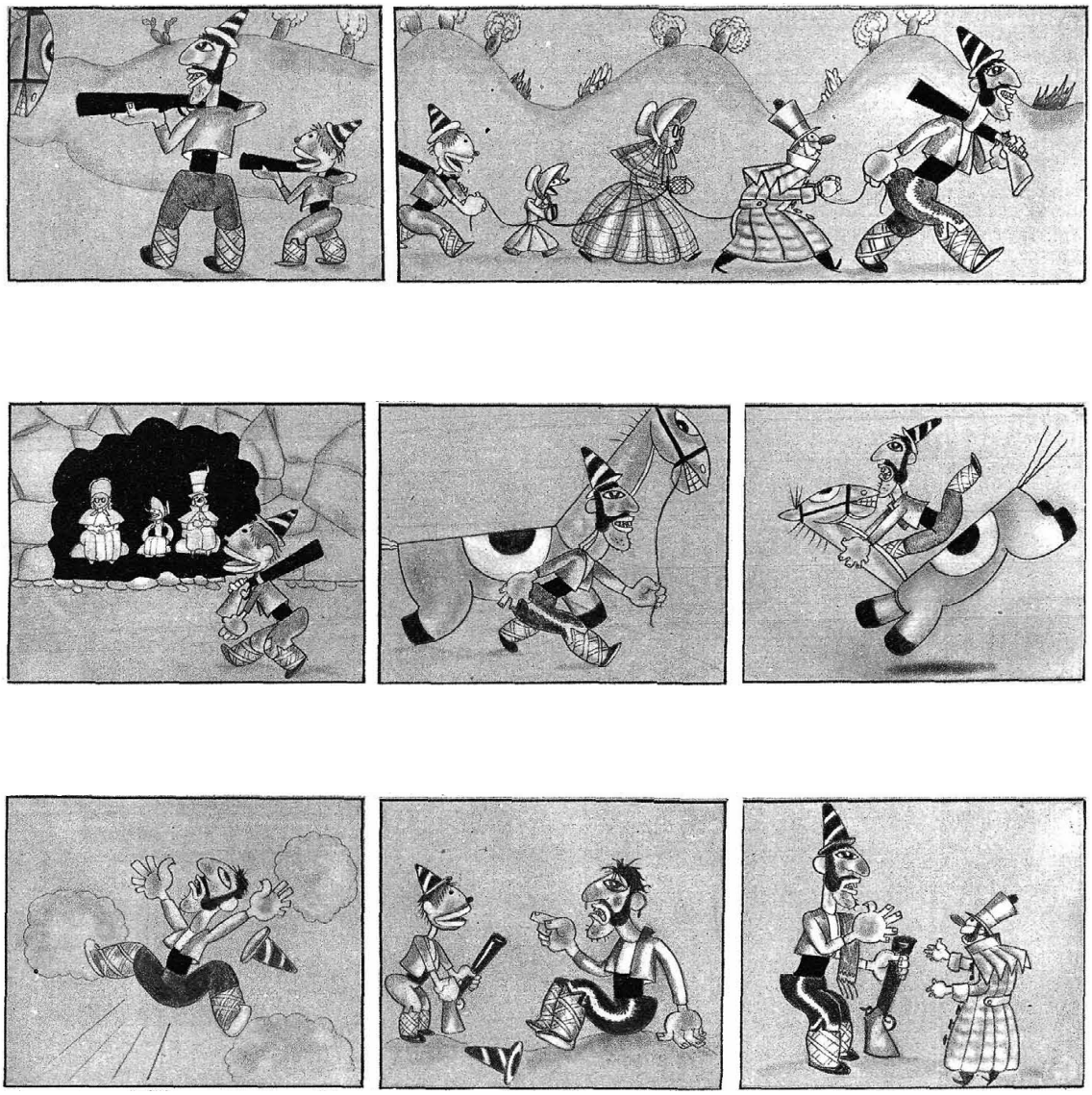
Ya rueda la tartana sacudiendo a sus ocupantes, por causa de los baches de la carretera, cual si hubiese de hacerse con ellos un «cooktail». Entre tanto, desde lo alto de una roca, el feroz bandido Sentrañas escudriña los alrededores con una lente de campaña. «¡«Piojillo»! —grita de pronto—: ¡hay viajeros a la vista!»



EPISODIO CLXXXVII

UNA BROMA DE TROMPETILLA

El feroz bandido Sentrañas y su microscópico y malicioso compinche, el Piojillo, se han colocado en un recodo de la carretera, en acecho, y tan pronto como suena el tintineo de las campanillas de la vetusta diligencia se echan el trabuco a la cara y gritan: "¡Alto!" El cochero, como sobrecogido por el espanto tira bruscamente de las riendas y el caballo se detiene en seco. La dama de las gafas lanza un grito agudo y la niña de los tirabuzones lanza otro grito, pero bronco —tanto que, más que grito, parece ladrido—. Implacable, el feroz bandido abre la portezuela del coche y ordena: "¡Abajo todo el mundo!" Los viajeros se guardan muy mucho de resistir; como si no esperaran otra cosa, se apresuran a echar pie a tierra, mientras que Sentrañas pronuncia las palabras sacramentales que impone el código del bandidaje para estas circunstancias: "¡La bolsa o la vida!" Luego los maniata, y, en fila india se los lleva a su guarida espantable, donde los deja bajo la custodia de Piojillo que, arma al brazo, pasea ante la cueva, en calidad de centinela, cantando su canción favorita, que es aquello de: "Quisiera ser tan alto como la luna, ay, ay..." Pues no olvidemos que este granuja tiene siete años escasos. Entre tanto, el feroz Sentrañas ha vuelto hacia la diligencia y la registra cuidadosamente; dinero, no encuentra ni pizca, pero esto le tiene sin cuidado, puesto que con el tesoro que acaba de robar ya es rico de sobra. En cambio, coge lo que más falta le hacía: ¡un caballo! Al fin va a realizar su mayor deseo, al fin, montado en brioso corcel tendrá todo el aire de un bandido de primera categoría. Encantado con esta perspectiva halagüeña, el fiero bandido, de un salto, ¡hop!, se iza sobre el lomo del buen Trompetilla, que le está contemplando con el rabillo del ojo, y con una sonrisa guasona en el hocico que ya, ya. En el mismo instante el caballito, que ha sido convenientemente aleccionado por su amo, da una espantada; luego, pega un fenomenal salto, y otro, y otro, y, tan pronto puesto de patas como de manos, le da un meneo tal a su jinete, que éste empieza a dar voces: "¡Eh, sooo! ¡Que me mata! ¡Que me quiero apear! ¡Auxilio! ¡Sooo... corro!" Pero, sí, sí; cuando se cansa de bailar, el buen Trompetilla, de un salto más fuerte que los otros, lanza a su jinete a tal altura, que el sombrerete de cucurucho del bandido agujerea las nubes, y, al fin, el bandido, después de describir en los aires media docena de saltos mortales, cae al suelo rendido, maltrecho, lleno de chichones y cardenales, y tan furioso, que, llamando a Piojillo le ordena: "Tráeme inmediatamente a ese caballo del demonio y a su cochero, porque los quiero hacer picadillo." Pero, cuando está delante del feroz Sentrañas, el cochero, sin perder su flema (para algo es inglés), le dice, con acento de su tierra: "Mister bandido: osté no saber montar este caballito;
yo poder enseñar a osté a montarlo muy bien."



EPISODIO CLXXXVIII

UN CABALLO DE PEGA

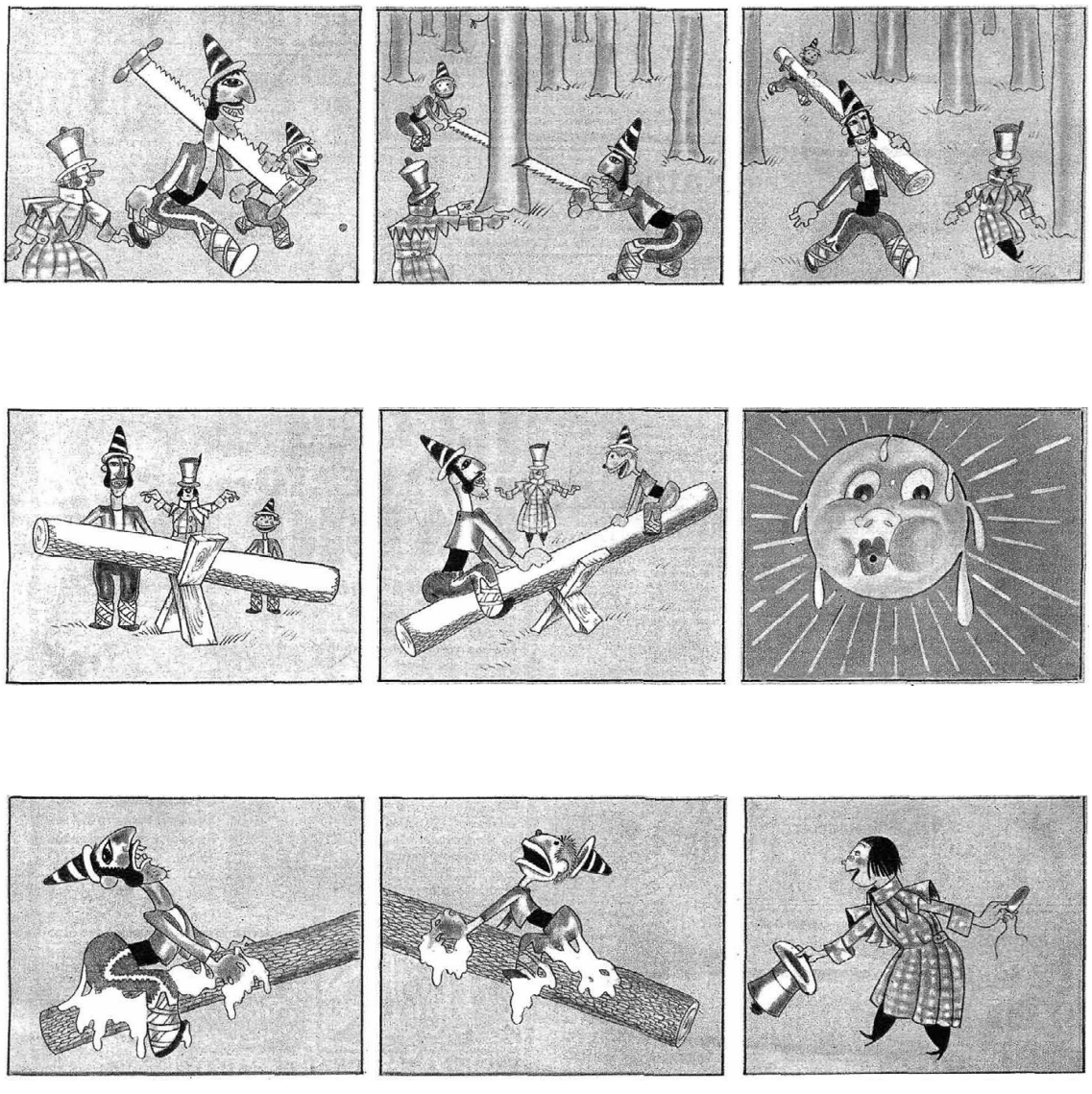
¿Es de veras, señor míster —exclama el bandido—, que se compromete usted a enseñarme a montar a caballo sin peligro de chichones?" "¡Oh, yes!" —contesta el falso cochero—. "Pues si lo consigue, yo prometo no ahorcarle; me contentaré con cortarle la cabeza." "¡Gracias, míster bandido!" —contesta el inglés—. Después Sentrañas armado de una sierra se dirige con su cautivo y compinche hacia un bosque cercano, porque el nuevo profesor de equitación le ha asegurado que para aprender a montar, en dos lecciones nada más, a estilo de su país, lo primero es tener un tronco de árbol, y allá van a cortarlo. En el bosque, el falso inglés, después de considerar detenidamente los árboles, elige un hermoso pino. Al punto, Sentrañas y Piojillo empiezan a serrarlo con grandes esfuerzos. ¡Aan! ¡Aan! Al fin, el tronco cae y los dos leñadores, sin duda para reponerse de sus fatigas, y siguiendo las instrucciones del maestro, cargan con el árbol a cuestas y se lo llevan basta una soleada explanada que hay delante de la cueva.

El falso cochero inglés les ordena entonces que armen un caballete y coloquen el tronco de pino encima. "¡Very bien! —declara cuando está realizada esta nueva operación—. Ahora cada uno de ustedes se monta sobre uno de los extremos del árbol." Esperanzados por la perspectiva de llegar a ser unos jinetes consumados, Sentrañas y Piojillo se apresuran a obedecer. La lección por cierto, les resulta divertidísima. ¡Toma! ¡Poco bien que lo pasan columpiándose! ¿No es verdad que el ejercicio nos haría gracia a nosotros también? De vez en cuando, sin embargo, el feroz bandido Sentrañas se para y pregunta: "¿Y ahora qué más hay
que hacer?"

Pero el maestro de equitación contesta invariablemente: "Seguir." Y les explica que antes de pasar a la lección segunda es necesario "hacer músculos". Ahora que como son las doce del día y el sol cae a plomo, los dos alumnos sudan a chorros. Y no son ellos solos los que sudan la gota gorda; también suda el tronco, que como ya sabéis, es de pino y está chorreando resina. "Hay que agarrarse muy fuerte al árbol —ordena el maestro de equitación— con las manos y con las piernas." Los dos jinetes siguen obedeciendo, hasta que, al fin y al cabo de varias horas de columpiarse, Sentrañas empieza a sentir mareos. "¡Ea, basta por hoy!" —dice—. Y quiere apearse.

Pero entonces advierte con asombro y espanto que no se puede mover, porque tiene las piernas y las manos pegadas al tronco de pino, por la resina que pega más que si fuera sindeticón. Y lo mismo le ocurre a Piojillo, que se pone a lanzar gritos de cochinillo herido que se confunden con las imprecaciones furiosas de su amo.

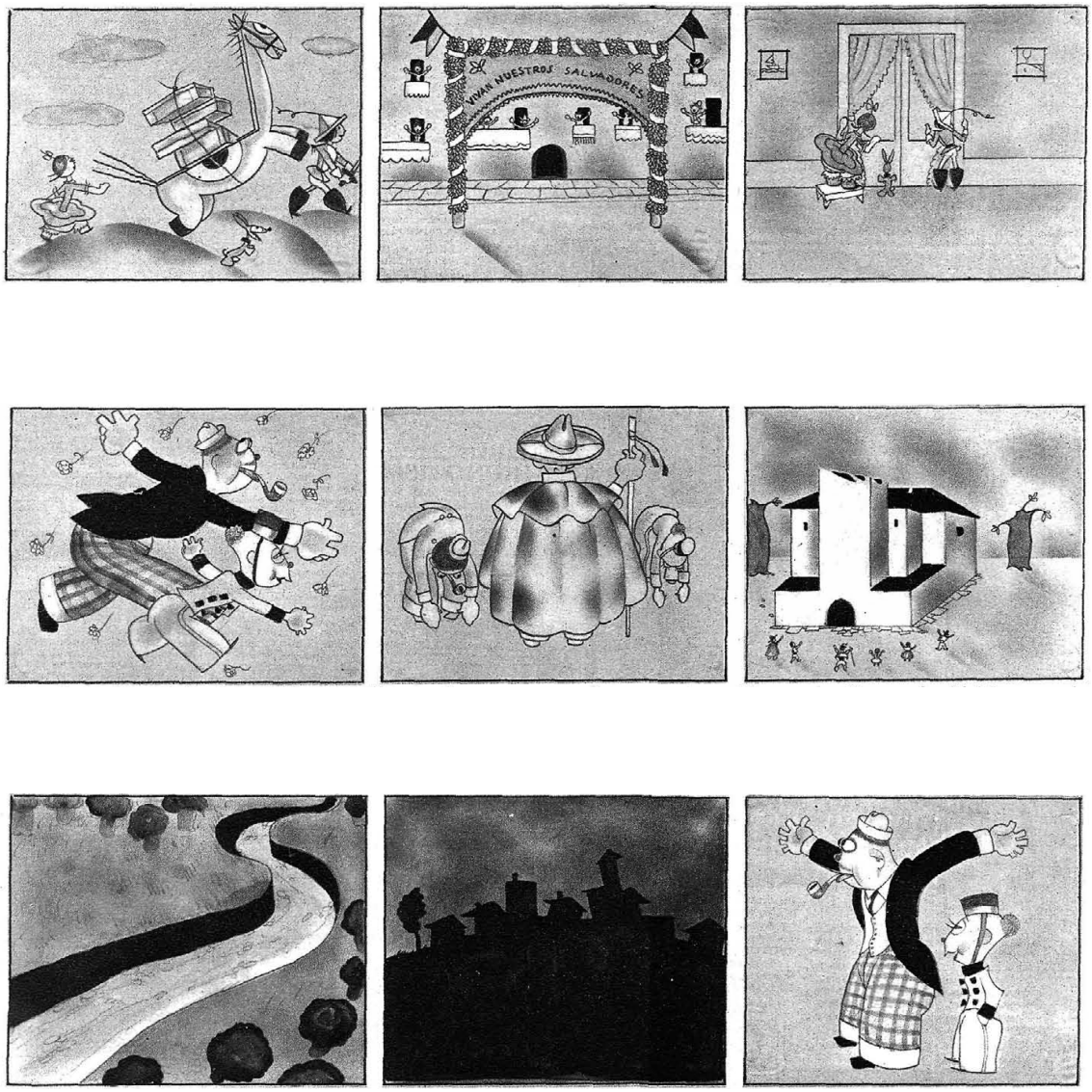
Entonces, el falso cochero inglés se quita las patillas rubias, se quita las postizas narices, y saludando con su chistera galoneada, les dice con su más amable sonrisa: "Ahí quedan ustedes, señores bandidos; en cuanto a nosotros, vamos a tener el sentimiento de abandonarles. Nos vamos, llevándonos el tesoro que nos habéis robado."



EPISODIO CLXXXIX

EL ROBO MISTERIOSO

Allí se quedan el bandido Sentrañas y su compinche Piojillo sobre su tronco de pino, mientras nuestros amigos, riendo de la excelente jugada que les acaban de hacer, se alejan llevándose el tesoro recuperado. Y tan contento está el buen Trompetilla de la alegría de su amo y de sus compañeros que va caracoleando a pesar de la carga que lleva sobre el lomo. Después de unas horas de camino, nuestros héroes llegan a un pueblo que presenta un aspecto singular; en todos los balcones hay gente asomada agitando pañuelos, y en todas las calles hay arcos floridos de triunfo con letreros que dicen: «¡Bienvenidos sean los ilustres huéspedes!» «¡Vivan nuestros salvadores!», y otras muchas cosas por el estilo. «Se conoce que aquí nos esperaban, mi amo» —dice Pipa, poniéndose muy hueca—. Pero se equivoca; la gente los miran pasar como si tal cosa, sin más que lanzar alguna que otra exclamación de «¡Ahí va el famoso Pipo!»; por lo visto no es a ellos a quien esperan con tanta prosopopeya. Entran en una posada, y, después de dejar a Trompetilla instalado en la cuadra, Pipo, Cocolín y Pipa se dedican a observar por la ventana, impacientes de ver quienes son los famosos forasteros. ¡Ya están aquí! ¡Ya llegan! Todo el pueblo prorrumpe en aclamaciones y nuestros amigos casi se caen de espaldas, de asombro, al reconocer a nuestros antiguos conocidos Garabito y Pelusilla que llegan tan campantes; el uno, con su inseparable pipa de detective, y el otro, siempre de botones. El propio señor alcalde en persona acude a recibirlos, y mientras ellos se inclinan ante él, don Curro Curri (que así se llama la primera autoridad del pueblo) les dice: «Os hemos mandado llamar para que vosotros, que sois unos detectives tan famosos, nos ayudéis a prender al ladrón que nos ha robado tres cosas importantísimas. La primera, es la torre de la iglesia. ¡Figuraos qué desgracia! Nos hemos quedado sin reloj, con lo cual los gallos a lo mejor cantan a las tres de la tarde, las gallinas se olvidan de acostarse hasta la madrugada y los vecinos, como no saben la hora, se atrasan o se adelantan en sus faenas varias horas y hasta varios días. La segunda cosa que nos han robado es el agua del río; con este motivo los pescadores de truchas se han tenido que hacer cazadores de mariposas, y las ranas, declarándose en huelga de patas secas, han invadido los sembrados. Pero aún lo más triste de todo es que también nos han robado la luna. ¡Figuraos el dolor del pozo que ya no tiene luna que reflejar en sus aguas! Y el pueblo se ha quedado a obscuras.» «¿Será durante la noche?» —interrumpe gravemente Garabito—. «Y durante el día también, porque el sol, indignado, se queda oculto detrás de una nube. De modo que sólo en vosotros, que sois unos detectives tan famosos, y que nunca se equivocan, confiamos para que nos ayudéis a recuperar nuestra luna, nuestro río y nuestra torre.» Al oír estas palabras Garabito y Pelusilla se ponen muy tontos (aún más que de costumbre), y contestan: «Puede usted estar tranquilo, señor alcalde; a nuestro olfato detectivesco no hay asunto policíaco que se resista.»


VIVAN NUESTROS SALVADORES

EPISODIO CXC

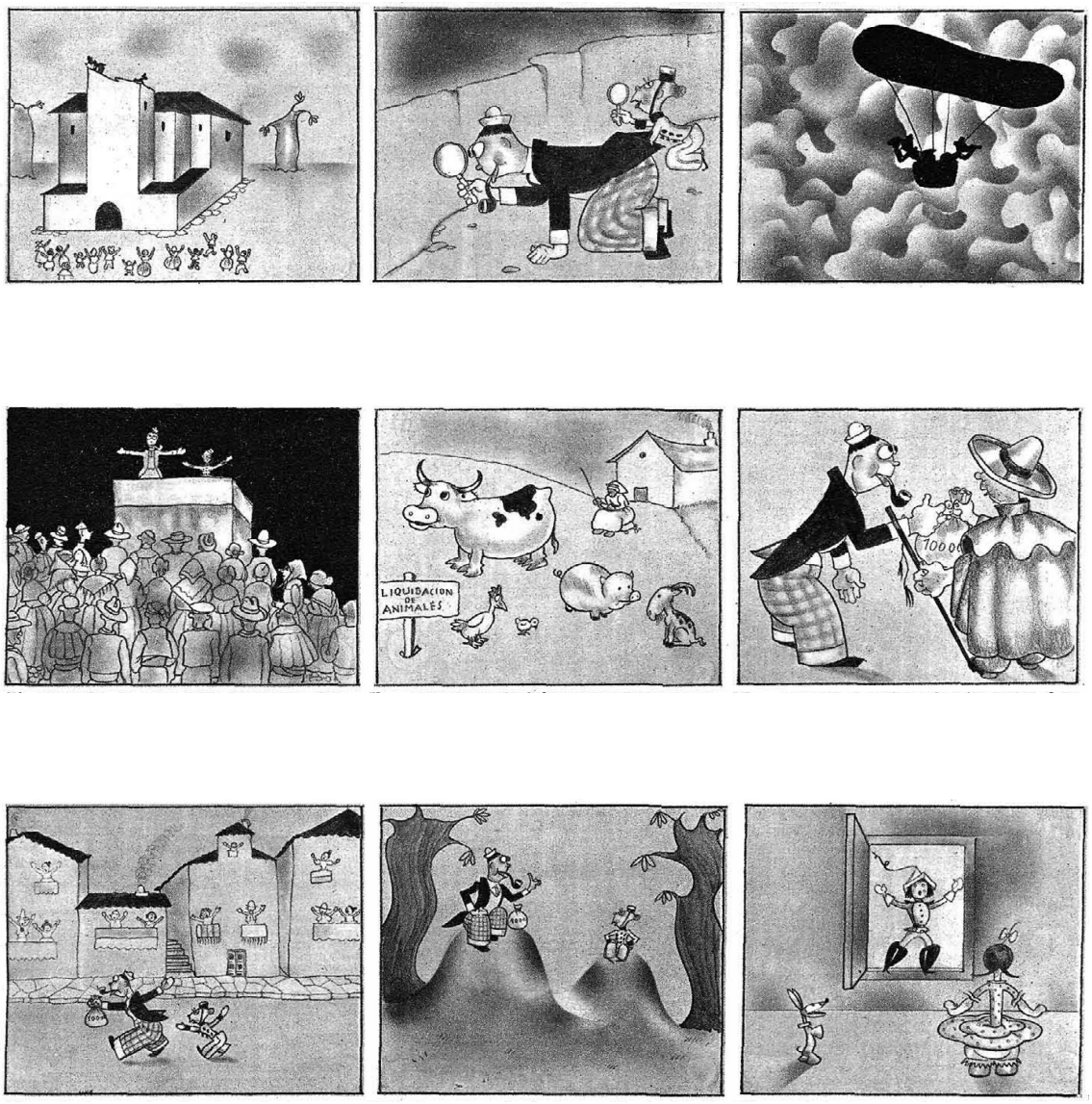
GARABITO Y PELUSILLA TRABAJAN

Con grandes humos de detectives, muy "a lo yanqui", Garabito y Pelusilla se apresuran a emprender la misión policíaca que acaba de confiarles el señor alcalde. Lo primero que hacen es subirse a lo más alto de la iglesia, donde permanecen varias horas haciendo gestos raros, mientras que, desde abajo, todo el pueblo los contempla con la boca abierta.

Después de examinar así el sitio donde estuvo la torre, Garabito y Pelusilla se dirigen hacia el lugar donde estuvo el río, seguidos a distancia respetuosa por todos los vecinos. Los detectives sacan de su bolsillo unas lupas enormes y se dedican a observar minuciosamente las piedrecitas y la arena del río seco. Terminada esta labor tan propia de detectives, piden un globo y ascienden en él hasta las nubes, desde donde, provistos de unos anteojos larguísimos, observan el lugar del cielo donde estuvo la luna, que falta. Y Garabito exclama lleno de orgullo: "¡Jamás ningún detective ha podido llegar a tanta altura como nosotros!"

Realizadas ya todas estas operaciones, nuestros dos personajes vuelven al pueblo, congregan a los vecinos en la plaza, y desde una tribuna les dirigen la palabra: "¡Nobles villamarrinos (hay que advertir que aquel pueblo se llama Villamarras): gracias a nuestras deducciones, tenemos ya una pista segura para devolveros el río, la torre y la luna, y encontrar a los ladrones; pero para ello hace falta mucho dinero, pues ya sabéis que "por dinero baila el perro"!" Y Pelusilla añade: "Y por pan, si se lo dan." Al oír esto, todos los vecinos se apresuran a coger cada cual sus animalitos: quién una vaca, quién un par de cerdos, quién unas gallinas, y corren a venderlos al mercado cercano. Luego, todos entregan el producto de estas ventas al señor alcalde, que llama a Garabito y Pelusilla, y, dándoles una enorme bolsa, que pesa lo suyo, les dice: "Aquí tenéis, ¡oh, ilustres detectives!, todo el dinero que se ha podido reunir para que nos devolváis nuestra torre, nuestro río y nuestra luna." Garabito y Pelusilla cogen el dinero con una mano, y con la otra, puesta sobre el corazón, juran que el asunto marcha a las mil maravillas (claro que para quien marcha bien es para ellos) y que pronto volverán con los tres tesoros recuperados. Y se marchan triunfalmente, mientras todo el pueblo los despide con vítores, aclamaciones y pañuelos que se agitan sin cesar.

Pero apenas los dos han perdido de vista al pueblo de Villamarras y a sus habitantes, se sientan a descansar y Garabito pregunta: "¿Tú has averiguado algo, Pelusilla?" "Yo, nada —contesta Pelusilla—. Y tú, ¿tienes alguna pista, Garabito?" "Yo, ninguna" —confiesa tranquilamente Garabito—. Y los dos a una, concluyen: "Ya que tenemos el dinero, lo mejor será que esos tontos no nos vuelvan a ver el pelo, como tampoco han de volver a ver jamás a su torre, su río y su luna." Estas palabras han sido oídas nada menos que por Pipo, que estaba dando un paseíto por allí. Nuestro héroe vuelve corriendo a la posada, y, lleno de indignación, cuenta a sus compañeros la nueva faena de sus antiguos enemigos.


LIQUIDACION
DE
ANIMALES

EPISODIO CXCI

UN PUEBLO SIN NARICES

«¡No! —exclama Pipo, indignadísimo—. ¡Yo no puedo consentir que esta pobre gente se quede sin sus vaquitas, sus cerditos y sus gallinitas para que los muy sinvergüenzas de Garabito y Pelusilla se enriquezcan y encima se burlen de ellos! ¡Yo descubriré el misterio del río, la torre y la luna!» Y el héroe se dirige al punto hacia la iglesia, cuyos alrededores examina con gran cuidado, ayudado por sus compañeras. Al fin descubre en el suelo un puñadito de plumas, las coge y exclama: «¡Toma!, ¡toma!» Se las guarda en el bolsillo y, sin más, encamina sus pasos hacia el río, en el cual Pipa se divierte mucho corriendo y diciendo: «¡Un río seco! ¡Qué gusto! ¡Así no hay miedo de ahogarse!» Pero, de pronto, lanza un grito...

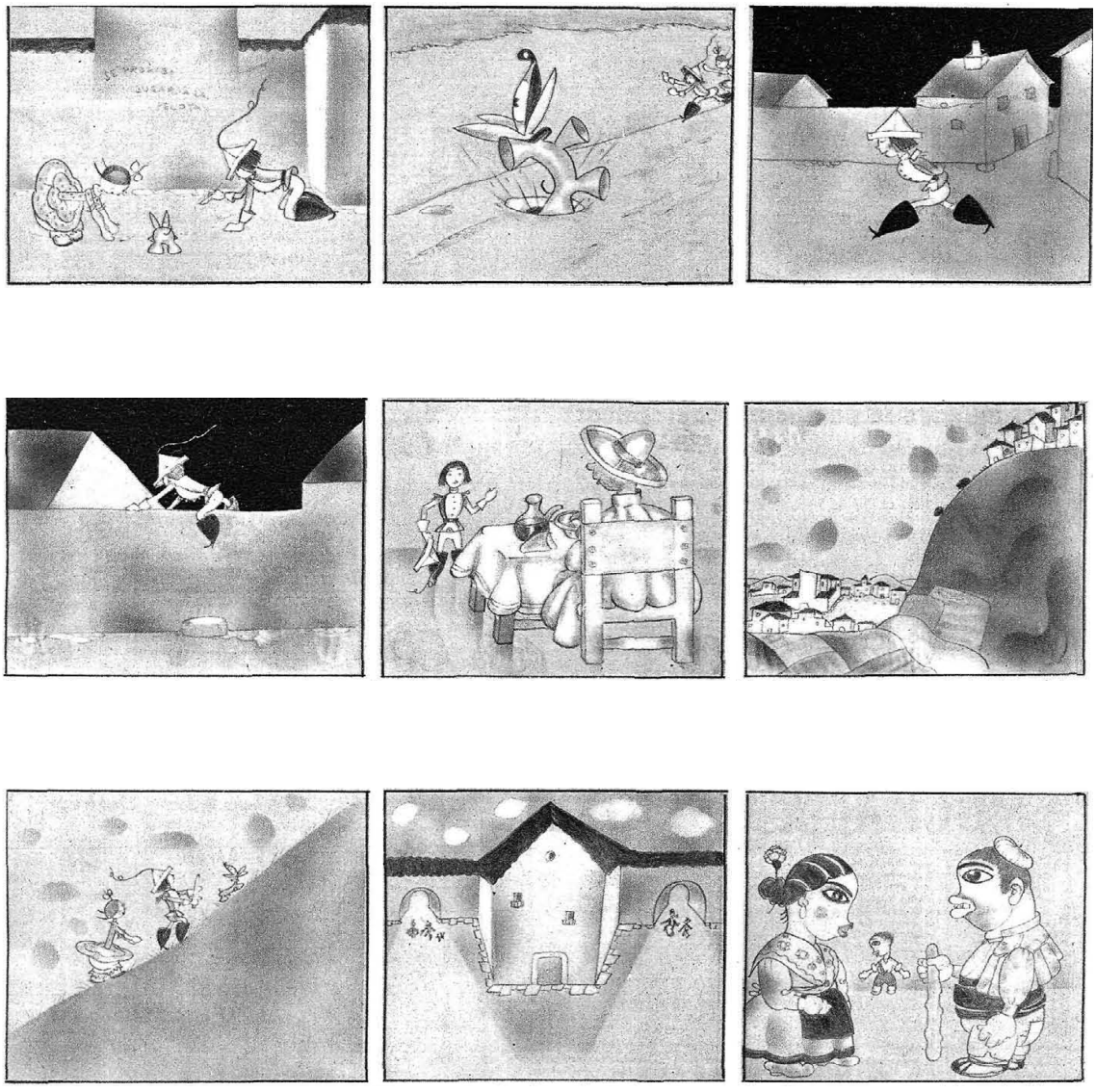
Se ha caído dentro de un agujero que estaba disimulado en la arena. Pipo acude a sacarla de tan mal paso y exclama: «¡Caramba!, ¡caramba!» Luego acompaña a Pipa y Cocolín hasta la posada y se marcha él solo a dar un paseo por las afueras del pueblo. Es de noche, noche cerrada, noche tenebrosa, noche sin luna, naturalmente, puesto que la luna ha desaparecido del pueblo. Sin embargo, en medio de la obscuridad, nuestro amigo advierte una claridad extraña que sale de cierto corral. Allá va corriendo, salta una tapia y, al cabo de un rato, reaparece; a la luz blanca y plateada de la misteriosa claridad, discernimos en su rostro una sonrisa de satisfacción mientras murmura frotándose las manos: «¡Tate!, ¡tate!»

El señor alcalde del pueblo está desayunándose, como de costumbre, con un buen chorizo con pan y un traguito de vino, cuando le anuncian que un forastero desea hablarle con urgencia. El buen señor alcalde recibe al desconocido, y éste le dice: «Señor alcalde: yo sé cómo han desaparecido misteriosamente la torre, el río y la luna.»

«¿Cómo?, ¿cómo?» —pregunta el alcalde, anhelante—. «No lo puedo decir en tanto no descubra a los ladrones. Y para ello necesito saber si tienen ustedes algún enemigo.» Resulta que sí, que el pueblo de Villamarras de Abajo, situado al pie de una montaña, tiene un enemigo terrible, que es el pueblo de Villamarras de Arriba, situado en lo alto de la misma montaña.

Pipo no pierde un momento; ya está escalando la montaña seguido de Pipa y Cocolín, que saltan entre peñas y riscos como locas cabritas, encantadas de practicar un poco el deporte del alpinismo. Y así, en poco tiempo, los tres amigos llegan allá arriba, arribota, ante unas murallas en las cuales se abren dos puertas. Por una de estas puertas penetran Pipo, Pipa y Cocolín. Y ved lo que son las casualidades: en el mismo instante, por la otra puerta, entran también Garabito y Pelusilla. Y como cada grupo va por lado contrario no se ven. Pipo, Pipa y Cocolín se dedican a visitar el pueblo, que es como todos los pueblos; pero cuyos habitantes no son como todo el mundo.

¡Cómo que son rarísimos! Porque les falta nada menos que la nariz; ninguno la tiene, y si bien esto es cómodo porque así se evitan los constipados y se ahorran los pañuelos, en cambio resulta bastante feo; por lo cual todos estos chatos están envidiosísimos de sus vecinos los de Villamarras de Abajo, que están dotados de magníficos apéndices nasales.



EPISODIO CXCII

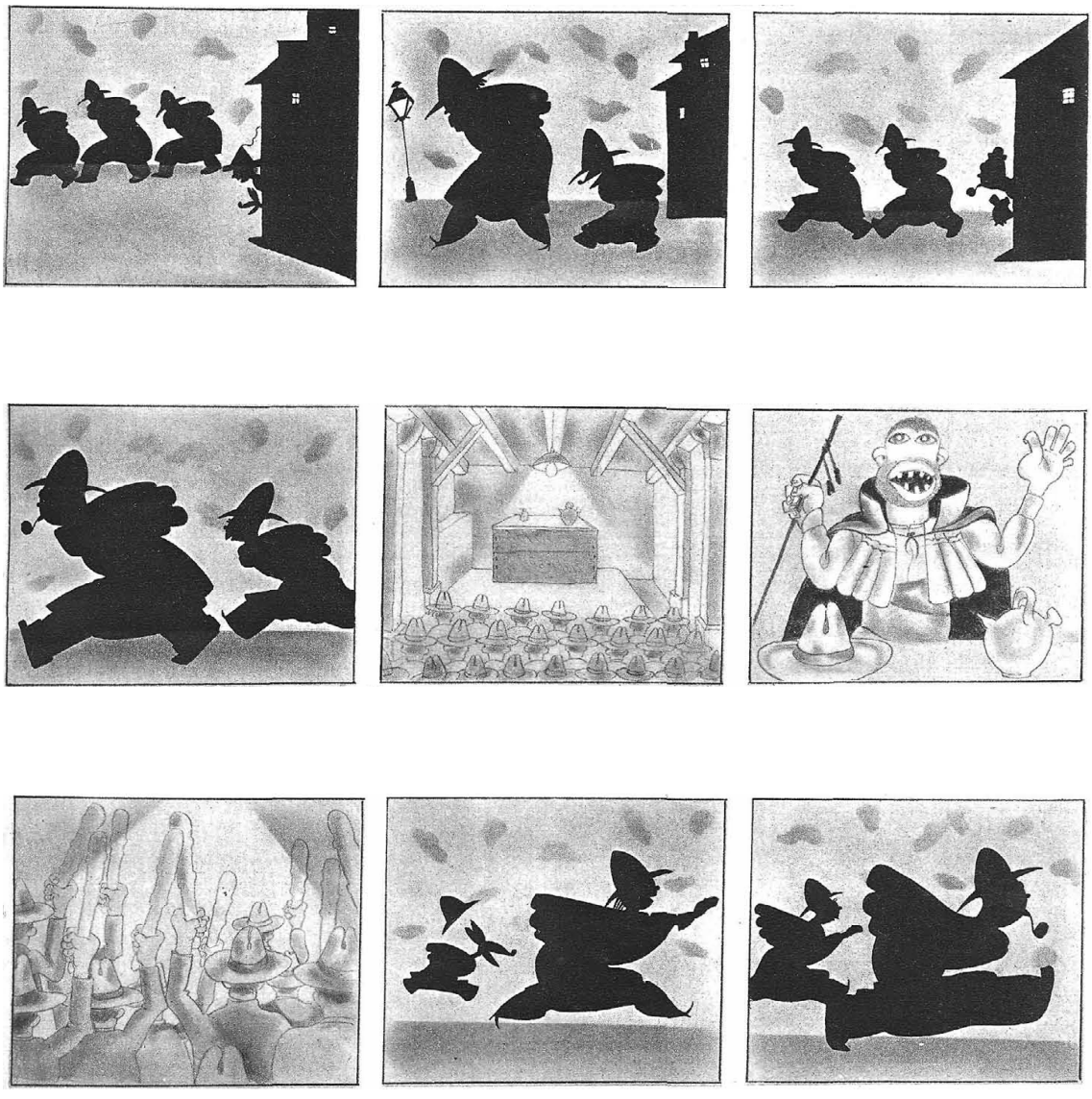
LOS EMBOZADOS MISTERIOSOS

Es de noche; en las tinieblas, apenas iluminadas por la tenue luz de un farol; pasa una figura envuelta en amplia capa, que le oculta la cara hasta la boca, y tocada con chambergo, que le oculta la cara hasta los ojos. Después que ha pasado esta silueta misteriosa, pasa un minuto; y luego, pasa otra figura igual a la primera… y otra…, y otra…, y otra…

¿Quiénes son estos embozados misteriosos? —nos preguntamos, intrigados—. Y la misma pregunta se la hace Pipo, que, oculto y junto a su fiel perrita, ha presenciado, como nosotros, esta escena inquietante. ¿Se trata, quizá, de alguna conspiración? Pero, de pronto, un rayo de luz ilumina el cerebro genial de nuestro héroe. Esto debe tener alguna relación con el robo del río, la luna y la torre. Al punto decide seguir a los embozados; pero conviene no llamar la atención: se disfrazan él y Pipa, poniéndose ellos también un ancho sombrero, calado hasta los ojos, y embozándose en sendas capas, que les tapan a uno la boca y a la otra el hocico. Y, ¡adelante! Al mismo tiempo Garabito y Pelusilla apostados en el extremo opuesto del pueblo, también han visto pasar, en las sombras de la noche, un embozado, dos embozados, tres embozados, etc.. También ellos han relacionado aquella extraña procesión con el robo de Villamarras de Abajo; también ellos han decidido seguir a los embozados, y también, ellos se han ataviado, para pasar inadvertidos con anchos chambergos y capas amplias, y han tomado el mismo camino que los demás. Y así, todos estos embozados van llegando, unos tras otros, a cierta casita solitaria, en la cual penetran. Ya se hallan todos reunidos en una amplia y destartalada estancia, amueblada tan sólo con unos estrechos bancos de madera y una mesa sobre una tarima.

Por lo visto, se trata, de un mitin, sí, pero es un mitin bastante especial. Figuraos que de entre la asamblea se destaca un embozado; sube al estrado, se coloca detrás de la mesa, se descubre, se desemboza, y aparece un tío feísimo y totalmente chato, a quien la concurrencia acoge con gritos de: "¡Viva el alcalde!" "Villamarrinos de Arriba —dice éste—: os he reunido porque me he enterado de que nuestros odiados enemigos, los villamarrinos de Abajo, han contratado a unos detectives para que les devuelvan la torre, la luna y el río, desaparecidos. Y esos detectives están en el pueblo. Hay que descubrirlos y acabar con ellos, porque si no, estamos perdidos." "¡Bravo, bravo!" —gritan todos, enarbolando unos garrotes formidables.

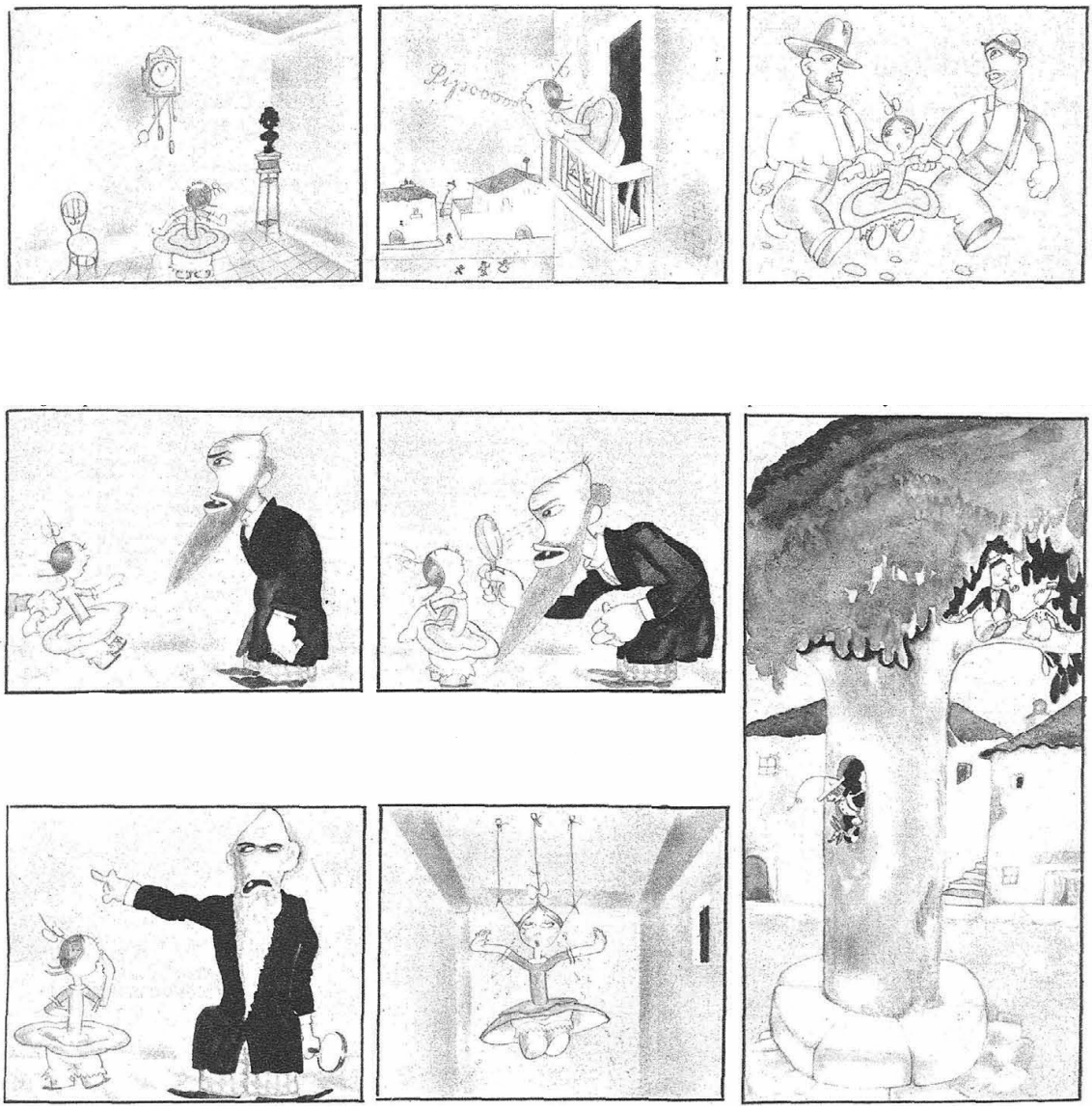
"Jurad —prosigue el orador— que en cuanto veáis alguno con narices se las desharéis a estacazos." "¡Lo juramos!" —gritan todos como un solo hombre, con mucha solemnidad y con el aire de "La bendición de los Puñales" de *Los Hugonotes*. Entre los que se han puesto en pie también están Pipo y Pipa, pero no precisamente para jurar, sino para huir aprovechando aquel momento de entusiasmo y de confusión. Pipa lleva tal susto dentro del cuerpo, que las orejas se le han puesto de punta, y el sombrero se le vuela. También han salido Garabito y Pelusilla, que huyen despavoridos, en vista del sesgo que toman los acontecimientos para todos los que no sean tan chatos como los vecinos de Villamarras de Arriba.



EPISODIO CXCIII

LA NARIZ DE COCOLÍN

En el cuartito de la posada donde Cocolín se ha quedado esperando a sus compañeros, las horas de la noche pasan; a Cocolín se le hacen eternas, porque la pobre está sólita, frente al reloj implacable, y esperando, esperando, se desespera. "¿Dónde están Pipo y Pipa que no salieron más que a dar un paseo? ¿Por qué no vuelven? ¿Qué ha sido de ellos? —se pregunta Cocolín angustiada—. ¿Les habrá pasado algo?" Toda la noche, nuestra amiguita permanece sin chistar; pero al amanecer se decide a abrir el balcón, y, asomándose, grita: "¡Pipooo! ¡Pipaaa!" Ninguna voz contesta a sus llamadas. En cambio, los transeúntes madrugadores se detienen ante el balcón, y la miran con curiosidad, preguntándose: "¿Quién será ésa?" Hasta que a uno se le ocurre exclamar: "¡Que tiene narices!" "¡Yo no se las veo!" —protesta otro—. "Pues yo sí que distingo algo" —arguye un tercero—. Al fin, alguien propone someter el caso al sabio del pueblo y dos chatos suben, se apoderan de Cocolín y se la llevan a casa de don Romo Pérez, un señor que pasa por ser sapientísimo, porque es el único que es calvo y tiene barba. El sabio se queda perplejo ante la graciosa chuflilla que adorna en su centro el rostro gentil de nuestra amiga. ¿Puede o no llamársele a "eso" una nariz? Después de mucho meditar, el señor Pérez se decide a examinar el objeto en litigio con una lupa y exclama doctoralmente: "Aunque pequeñas, las tiene." ¡Pobre Cocolín! Tan pronto como ha quedado en claro que tiene narices, todos los asistentes, con grandes clamores de horror y de indignación, se ponen de acuerdo para nombrarla "enemiga pública número uno de Villamarras de Arriba". Tan terrible crimen no puede quedar sin castigo. El sabio don Romo Pérez decide que este castigo habrá de consistir lógicamente en cortar esa nariz insolente, sí, esa respingoncilla y adorable naricita que es un insulto a la chatez de los habitantes de tan noble lugar. Mientras llega la hora de ejecutar la terrible sentencia, Cocolín es encerrada en húmedo y sombrío calabozo, donde la cuelgan del techo por sus rubias trenzas, dejándola en una postura que la hacen parecer algo así como un jamón serrano o una lámpara de cristal. Nadie hace caso de sus gritos y súplicas. ¡Ah, si la oyera Pipo! Pero en estos momentos Pipo está metido, con su fiel perrita en el hueco de un árbol que hay en la plaza del pueblo. En este escondite es donde se refugiaron los dos, horas antes, huyendo, como recordaréis, de la asamblea de chatos conspiradores. ¡Y ved qué casualidad! Huyendo al mismo tiempo que ellos, aunque, por otro lado, Garabito y Pelusilla han venido a refugiarse en el mismo árbol, entre las ramas.



EPISODIO CXCIV

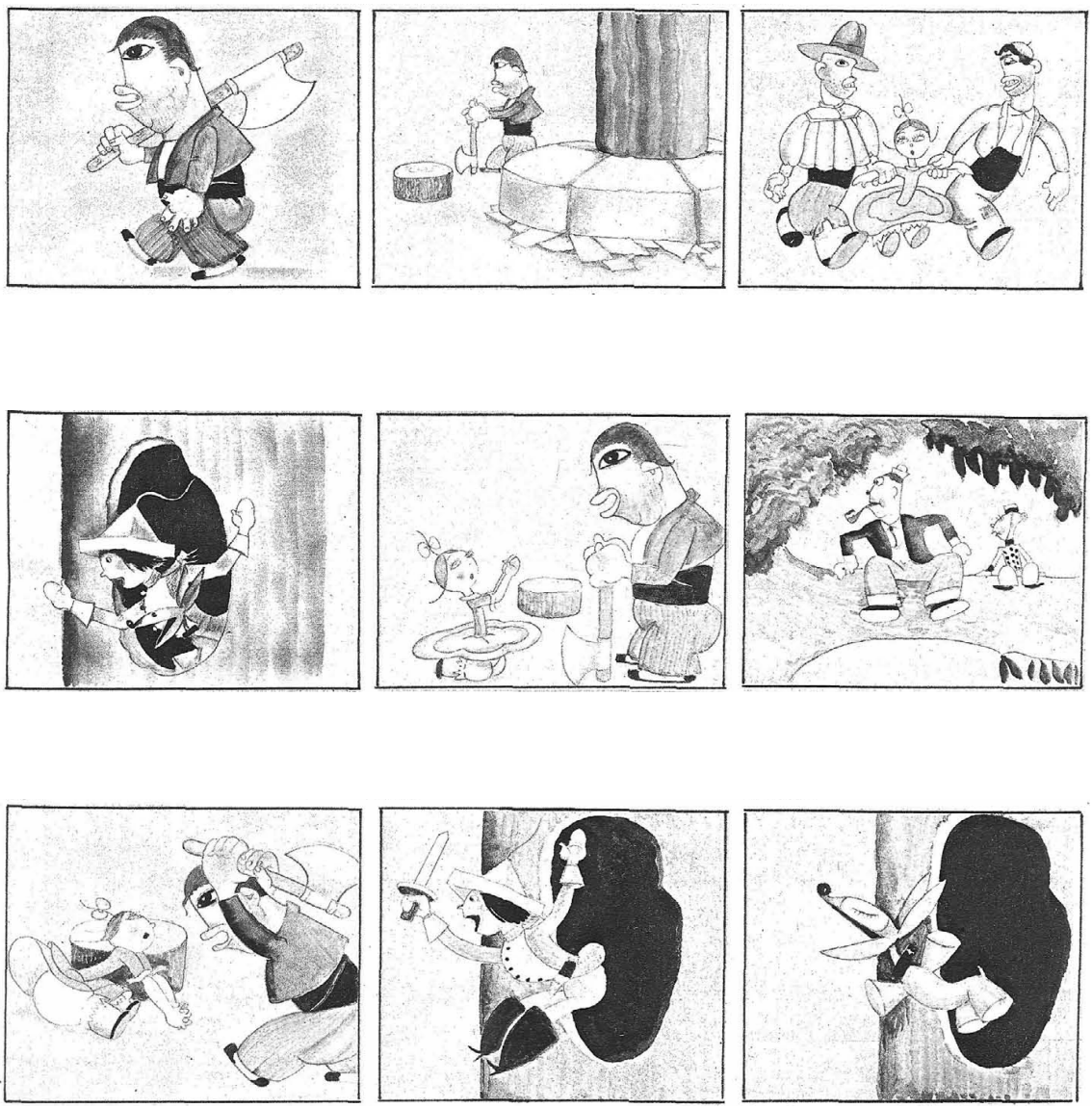
LA NARIZ DE COCOLÍN

Los villamarrinos han convenido que la sentencia dictada contra la nariz de Cocolín por el hombre más sabio del pueblo deberá ser ejecutada por el más bruto. Y todos están de acuerdo en que éste no puede ser otro que el tío Calandrajo. Este estimable y brutísimo ciudadano se dirige con un hacha bien afilada hacia el lugar de la ejecución, que es al pie de cierto árbol muy viejo y muy grande que se eleva en el centro de la plaza. ¡Pero si este árbol ya lo conocemos! Claro; cómo que es el mismo en cuyo tronco están ocultos Pipo y Pipa, mientras que entre las ramas frondosas se ocultan Garabito y Pelusilla. Al pie de este árbol fatal está el tío Calandrajo esperando pacientemente la llegada de la inocente rea. ¡Ya llega! La traen los mismos chatos que la condujeron a presencia del sabio calvo y barbudo. La pobrecita Cocolín viene llorando angustiada como una magdalena y grita como una desesperada: «¡No quiero que me corten la nariz! ¡Que luego no me voy a poder sonar!»

¡Pero qué han de hacer caso aquellos bárbaros de sus lamentaciones! Alguien, sin embargo, la oye: Pipo. Pipo, que al reconocer la voz de su gentil compañera desde el interior de su tronco (es decir, del tronco del árbol) se asoma y está a punto de caerse; tal asombro y horror le produce el ver a Cocolín en aquel trance trágico.

La verdad es que la escena le pone a uno los pelos de punta. Nuestra desventurada amiguita, de rodillas ante el feroz verdugo, suplica: «¡Señor, tío Calandrajo, tenga usted compasión de mis pobres naricitas! ¡Considere que son tan chiquirritinas que no vale la pena de tomarlas en cuenta!» Estas súplicas tan desgarradoras que a nosotros nos parten el alma, también las oyen desde lo alto de su escondite Garabito y Pelusilla. Pero ellos se quedan tan frescos. ¡Hay que ver que corazón tan duro tienen los detectives! Bueno, y los chatos, habitantes de Villamarras de Arriba, también, sobre todo si tienen un hacha en la mano. Así el tío Calandrajo, después de oír a Cocolín como quien oye caer la lluvia, agarra su rubia cabecita, la coloca de perfil sobre el tajo fatal y, enarbolando el hacha, se dispone a cortar de raíz la graciosa chufita que adorna el rostro gentil de nuestra querida amiguita. ¡Ay de ti, simpática Cocolín! ¡Ay, infeliz, que te vas a quedar sin tu graciosa y respingoncilla nariz!

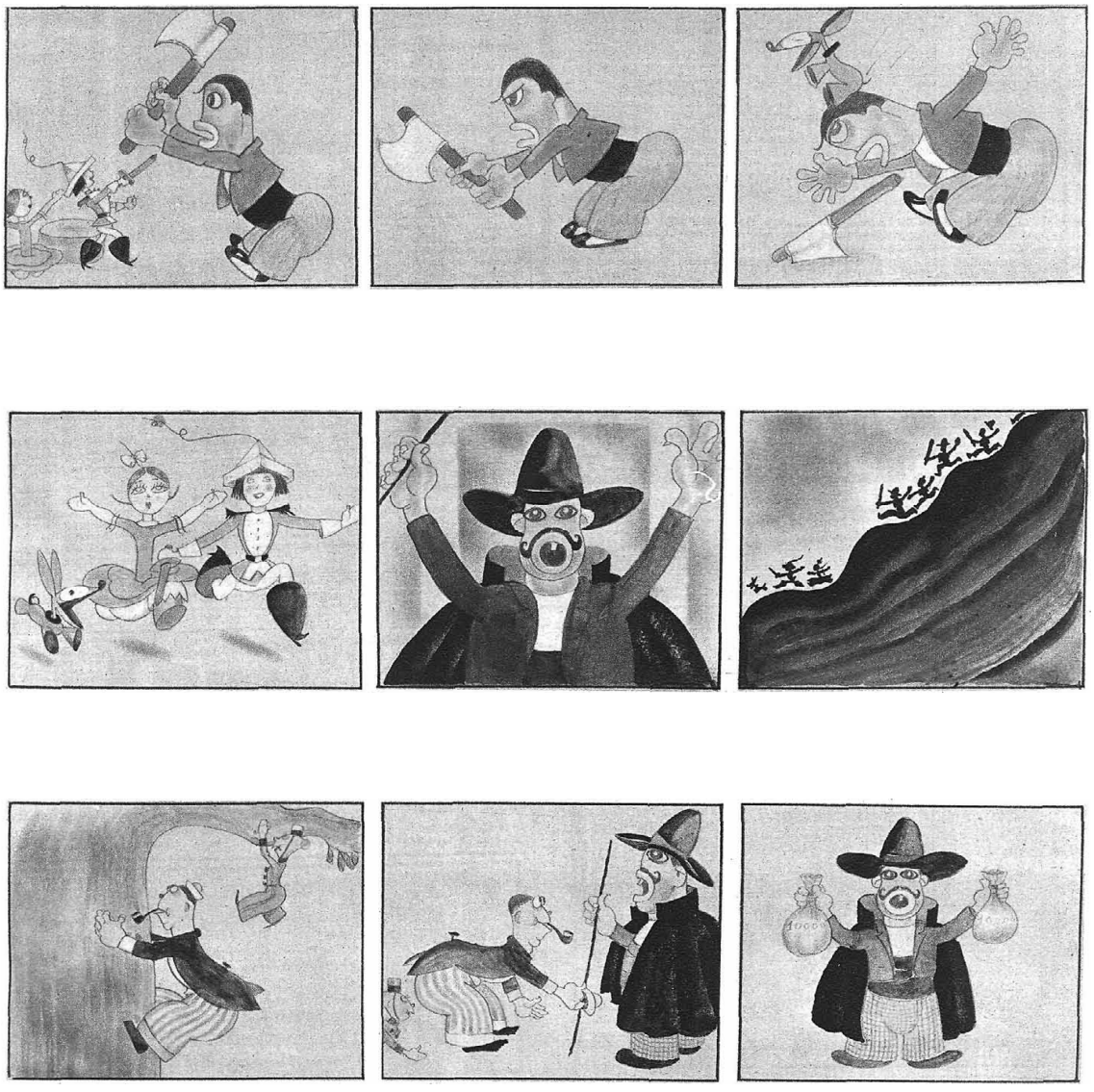
Pero en este preciso y emocionante momento suena un grito: nuestro héroe no ha podido aguantar más; y desde la altura de su refugio se abalanza cayendo como un bólido sobre el verdugo, al que derriba en tierra y grita con voz potente, de héroe enfurecido: «¡Détente, malandrín!, — respeta la nariz de Cocolín!»
Al ver abalanzarse a su amo, Pipa, con la rapidez del relámpago, comprende que su deber está en seguirle. ¡Pero tirarse de tan alto! ¡Y sin paracaídas! Sin embargo, la duda de la fiel perrita apenas ha durado segundo y medio. Se lanza a su vez, si bien cerrando los ojos y murmurando con angustia: «De esta hecha, ¡ay, infelices!, — nos quedamos todos sin narices.»



EPISODIO CXCV

DE VILLAMARRAS DE ARRIBA A VILLAMARRAS DE ABAJO

Al ver alzarse ante él, interponiéndose entre su hacha y la nariz de Cocolín, la menuda pero gallarda figura de nuestro héroe, y al oír su reto valeroso, el terrible verdugo se ha quedado un segundo suspenso de estupefacción. Pero un segundo nada más. En seguida se rehace, y volviéndose enfurecido hacia Pipo, blandiendo el hacha, ruge formidablemente: «Tú vas a pagar el pato, — te lo asegura este chato.» Y como lo dice lo hace, o al menos intenta hacerlo descargando sobre Pipo el hachazo que iba destinado a nuestra gentil amiguita. ¡Cielos! ¡Por salvar la nariz de Cocolín, Pipo se va a quedar sin cabeza! Pero no, porque éste es el instante preciso en que Pipa, que se ha tirado del árbol con los ojos cerrados, cae sobre la cabeza del verdugo que se tambalea aturdido por el golpe, y al fin rueda pesadamente por el suelo. Como bien podéis suponer, nuestros amigos no esperan a que se «desaturda», y los tres, con pasmosa unanimidad, aprovechan tan excelente para echar a correr, huyendo con toda la fuerza de sus piernas y patas respectivas. Por cierto que Cocolín va tocándose la nariz de vez en cuando para cerciorarse de que es cierta la felicidad de no haber perdido el diminuto adorno central de su rostro gentil. Pero desde el balcón del Ayuntamiento, el señor alcalde, que se disponía a presenciar la ejecución, lo que presencia es la huida de la condenada y de sus compañeros. «¡Eh, eh —grita—, que se escapan! ¡Corred! ¡Alcanzadlos! ¡Detenedlos!» A los gritos de la primera autoridad todo el pueblo entra en conmoción, y todos sus habitantes como un solo chato echan a correr detrás de los fugitivos que llevan algún adelanto y ya descienden, con la misma velocidad que si fueran rodando, la pendiente que desde el pueblo de Villamarras de Arriba conduce a su enemigo y rival el pueblo de Villamarras de Abajo, seguidos por todos los villamarrinos de Arriba en masa. Allí, en el pueblo, sólo queda el señor alcalde que sigue gritando para animar a sus paisanos, porque le parece más cómodo tomar parte en la persecución con la voz que con los pies. También han quedado en el pueblo Garabito y Pelusilla, testigos impasibles de estos acontecimientos, que ahora juzgan el momento propicio para tomar cartas en el asunto a su manera. Surgen de entre las ramas del árbol en que seguían ocultos y corren hacia el Ayuntamiento, donde se presentan al señor alcalde con estas palabras: «Somos los mejores detectives del mundo y sus alrededores.» «Muy señores míos —contesta el alcalde, que es bastante fino—. ¿En qué puedo servirles?» «Nosotros somos los que le venimos a servir a usted. Primero, nos comprometemos a entregarle a los fugitivos, que son espías de los villamarrinos de Abajo, y segundo, nos comprometemos a que estos últimos no descubran nunca que son ustedes los raptores del río, la luna y la torre. Pero para todo eso necesitamos que nos dé usted a cada uno un talego lleno de duros.» El alcalde, a quien le falta tanta malicia como nariz, se apresura a entregar el dinero a los dos sinvergüenzas.



EPISODIO CXCVI

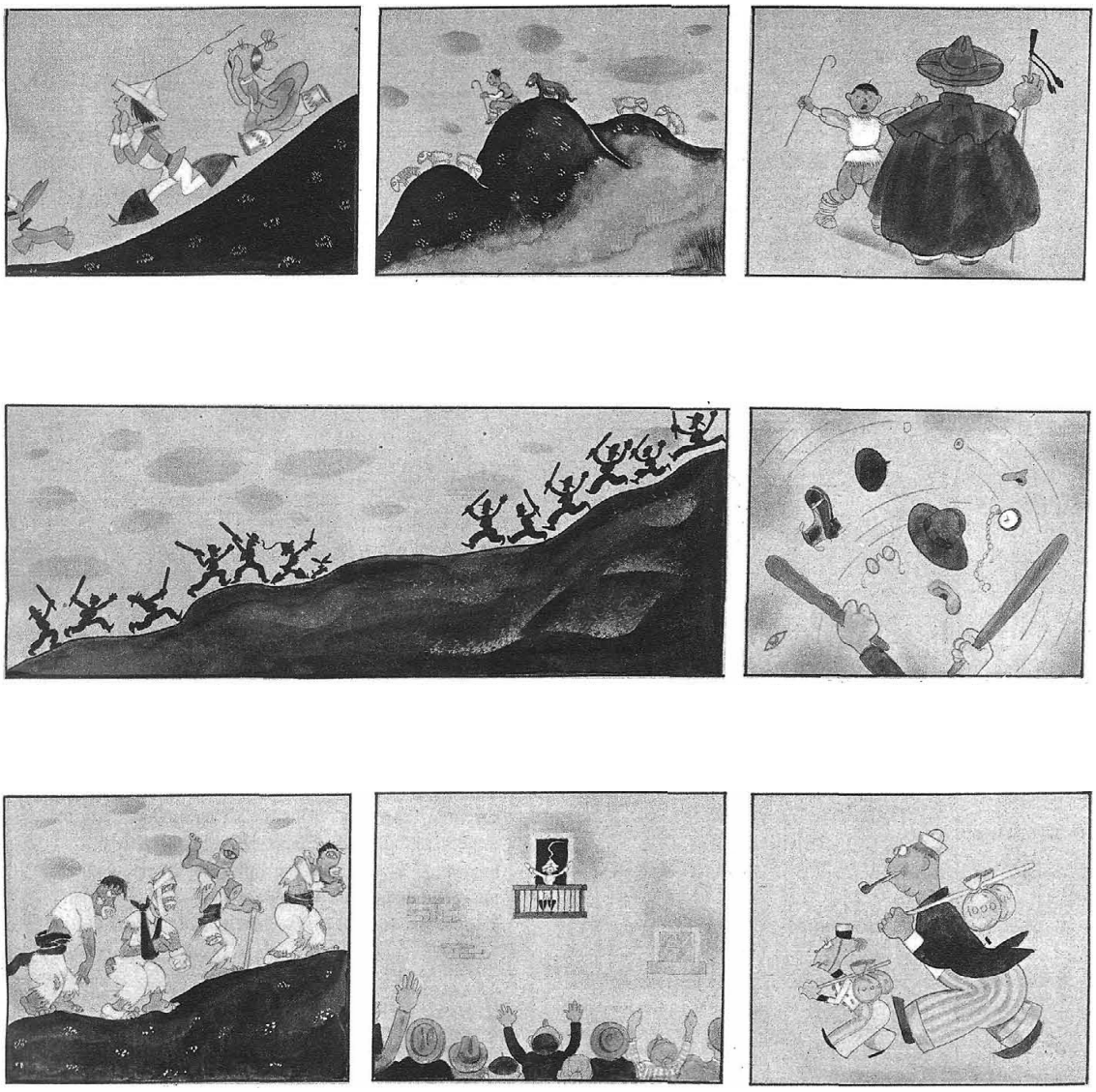
UNA BATALLA CAMPAL

Poco les falta ya a los fugitivos para llegar a Villamarras de Abajo; pero, ¡ay!, poco les falta también a los de Villamarras de Arriba para alcanzar a los fugitivos. ¿Les dará tiempo a llegar y a refugiarse en las murallas de la ciudad? ¡Dios mío, que los alcanzan! Entonces, Pipo, jugándose el todo por el todo, se decide a gritar con toda la fuerza de sus pulmones: "¡Villamarrinos de Abajo, que llegan los villamarrinos de Arriba!" A la entrada del pueblo hay un pastorcillo guardando sus rebaños; él es el único que oye este grito de angustia, pero, espantado, echa a correr hacia la plaza, gritando, a su vez: "¡Que vienen los chatos!" Porque así es como llaman a los villamarrinos de Arriba en Villamarras de Abajo..., y en cualquier sitio donde los vean, por supuesto. El señor alcalde del pueblo, que estaba tomando el fresco a la puerta del Ayuntamiento, dándose cuenta del peligro que se les avecina, ordena con voz estentórea: "¡A las armas todos, que nos atacan los de Arriba!"

No hace falta más; ya saben los villamarrinos de Abajo cómo las gastan los chatos, y en un momento surgen, cual hormigas de un hormiguero, todos los mozos del pueblo armados con sendas estacas y dispuestos para la pelea. Este es precisamente el instante en que nuestros tres amigos llegan a las puertas del pueblo, siempre seguidos por la horda de los villamarrinos de Arriba, que vienen casi pisándoles los talones. Con una mirada (una de esas miradas suyas que todo lo ven, todo lo abarcan, todo lo penetran) el héroe se da cuenta de la situación. Con gesto suave, pero enérgico, aparta a Cocolín y grita a los mozos con narices:

"¡Yo os capitaneo!" Ya era tiempo; ya están aquí los chatos, y también ellos vienen armados con todo lo necesario para aderezar una estupenda ensalada... de palos, que se arma al momento. Como cohetes, los objetos más diversos cruzan los aires: sombreros y boinas, algunos zapatos, una nariz por aquí, un par de orejas por allá, bastantes relojes...

Pero, al fin, el triunfo es de los villamarrinos de Abajo. ¡Y cómo no, si los capitanea nada menos que nuestro héroe en personita! Ahora que más de un victorioso se ha quedado chato, pero lo da por bien empleado al ver que los chatos, por el contrario, se vuelven a su pueblo con un palmo de narices, y, además, en un estado lastimoso. Quién cojo, quién manco, quién tuerto, quién hasta llevándose entre las manos una pierna, un pie y hasta la propia cabeza. ¡Qué contentos se quedan por su triunfo los de Abajo! Y doblemente cuando el gran Pipo, asomándose al balcón del Ayuntamiento, y entre las aclamaciones entusiastas de la multitud les da esta noticia sensacional: "¡Mañana os prometo deciros dónde están la torre, la luna y el río y cómo os los quitaron." Mientras ocurrían estos acontecimientos. Garabito y Pelusilla se alejan de los dos pueblos rivales, llevándose el dinero cobrado de uno y de otro y asegurando que no hay oficio tan lucrativo como el de detective.



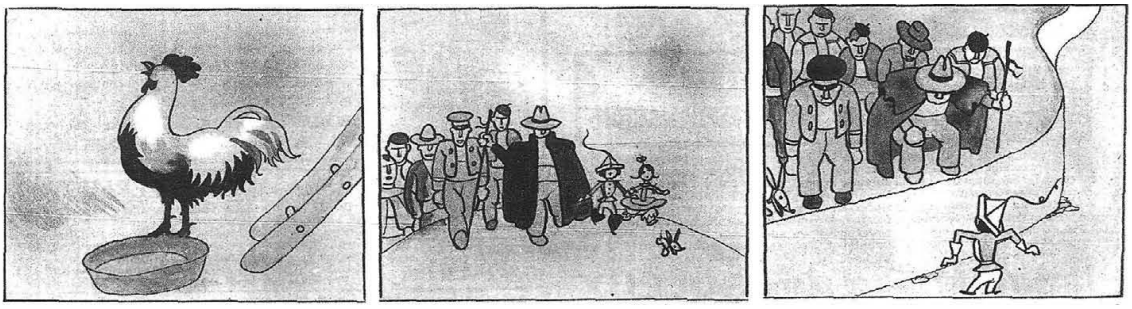
EPISODIO CXCVII

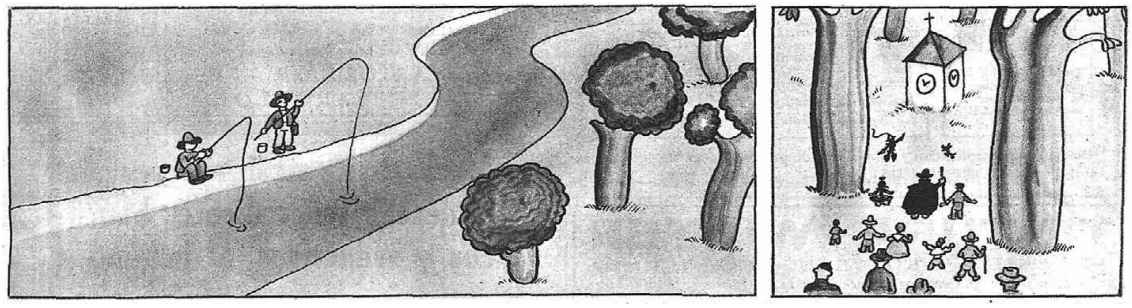
EL RÍO Y LA TORRE

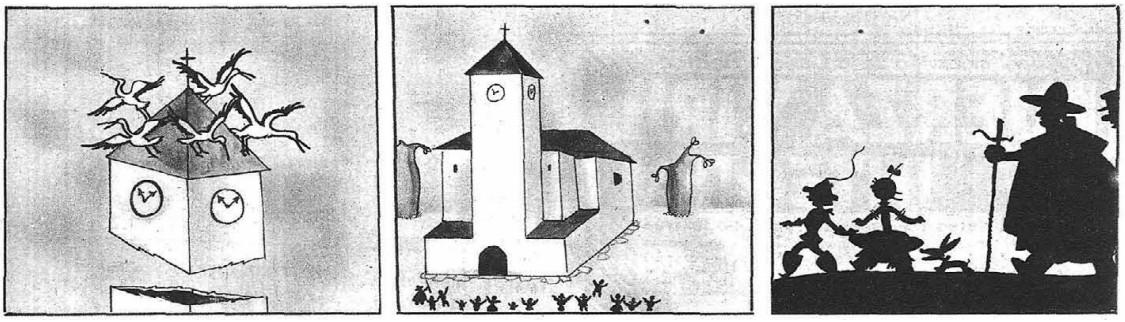
"¡Quiquiriquí!" —ha cantado el gallo de Villamarras de Abajo; así canta todas las mañanas para despertar a los vecinos; pero canta siempre a las seis, como gallo que sabe su obligación; mientras que hoy, cuando lanza su quiquiriquí, son las siete. Como falta la torre de la iglesia, también falta el reloj están en la torre y el pobre animalito se ha retrasado una hora. Así lo comprueban, llenos de consternación, los villamarrinos de Abajo cuando se reúnen en la plaza, en torno al señor alcalde, que los ha citado allí a instancias de Pipo. "¿No falta "denguno"? —pregunta el señor alcalde—. Pues vamos todos con el señor Pipo, que nos quiere enseñar una cosa la mar de importante." Y Pipo los lleva al río; mejor dicho, al lugar donde estaba el río, y que es hoy un lecho arenoso y seco, que los pobres villamarrinos contemplan desolados, vertiendo lágrimas abundantes, pero, ¡ay!, insuficientes para substituir al agua perdida. Entonces, nuestro héroe, de un salto, se planta en medio del ex río y les dice: "Vuestro río está aquí, solo que en lugar de estar encima de la arena, está debajo, porque vuestros enemigos, los chatos, hicieron en el fondo grandes hoyos, en los cuales entró el agua, y que luego taparon para que no pudiera volver a salir." Al oír esta revelación asombrosa, un clamor de ira parte de todos los pechos. Pero nadie pierde mucho tiempo en indignarse; todos, en el acto, con actividad formidable, se dedican a destapar los pozos que hay en el lecho de arena; al punto, el agua surge a borbotones, lanzando un "gloglogló" de alegría al sentirse libre de explayarse y correr como antes. ¡Ya tiene río otra vez el pueblo de Villamarras de Abajo! Los pescadores de truchas saltan de contento: las ranas también.

"Ahora que habéis reconquistado vuestro río —dice Pipo—, vamos a recuperar la torre de la iglesia." Y se los lleva a un bosque cercano; allí, entre álamos, encinas, pinos y cosas de ésas, está la torre. "Pero ¿cómo ha podido venir hasta aquí?" —se preguntan todos estupefactos—. "Yo os lo explicaré" —dice Pipo—. Y les dice que los chatos no tuvieron necesidad de cargar con la torre para quitarla de su sitio; se contentaron con llenarla de sindeticón; ya sabían ellos lo que pasaría, y lo que pasó fue que al día siguiente, cuando las cigüeñas quisieron levantar el vuelo, se encontraron con las patas pegadas, pero como eran numerosas y entre todas tenían mucha fuerza, se llevaron así la torre hasta el bosque, donde, al fin, la torre cayó entre los árboles, sin duda porque llovió y el agua despegó las patas de las cigüeñas que prosiguieron su vuelo aligeradas de aquel peso. Después de oír esta interesante explicación, los buenos villamarrinos se apresuran a colocar de nuevo la torre en la iglesia. ¡Ya no se atrasará en su "quiquiriquí el gallo!

Los habitantes de Villamarras de Abajo, recuperada su torre y su río, están casi locos de alegría; no del todo, porque aún les falta su luna. Pero ya sabemos que Pipo no hace las cosas a medias. Sólo les ruega que esperen unas horas, "porque —les dice— la luna sólo se puede pescar de noche". Y llegada la noche...







EPISODIO CXCVIII

EN EL DESIERTO

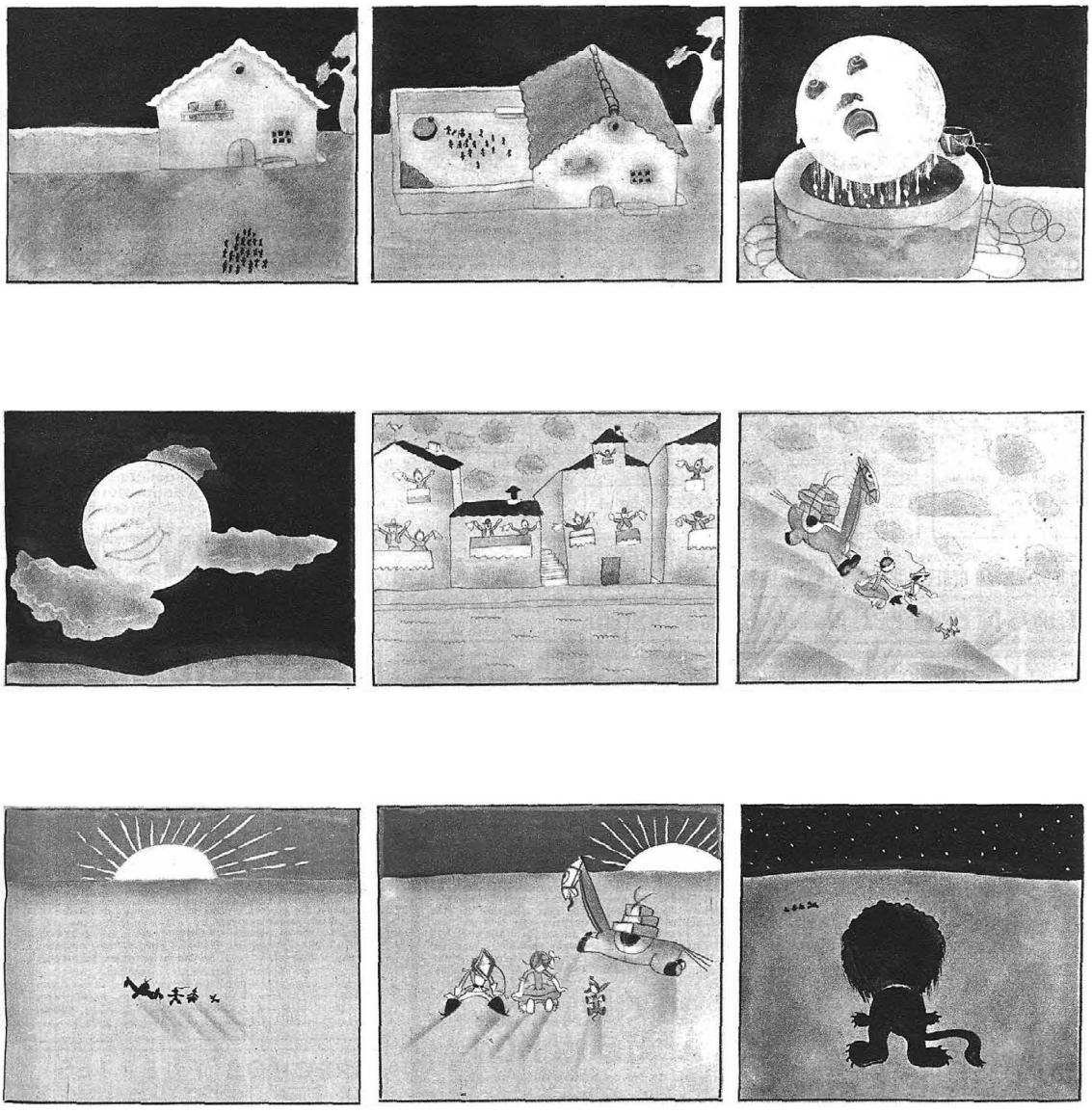
¿Qué habrá querido decir Pipo con aquello de que "la luna sólo se pesca de noche"? Ahora mismo lo vamos a saber, pues ya es de noche, y, seguido del alcalde y de varios vecinos, nuestro héroe se dirige hacia las afueras del pueblo; llegan a cierta casita solitaria; entran en el corral, donde hay un pozo.

"Ahí dentro —dice Pipo— está vuestra luna." "¿Cómo es posible?" —exclaman todos estupefactos—. "Muy sencillo —explica—; los chatos averiguaron que la luna solía bajar por las noches a beber agua en este pozo, y una vez que estaba bebiendo fueron y taparon la boca del pozo y la luna se quedó dentro." La tapa del pozo está clavada.

Ya están todos los villamarrinos trabajando como fieras para desclavar la tapa, y tan pronto como descubren la boca del pozo, surge la luna del fondo, tiritando, chorreando y estornudando, más pálida que de costumbre, sin duda por el susto; pero como siempre, redonda y con su cara habitual de buenaza y tontona.

En cuanto se ve libre, la buena luna se eleva cual globo al que se le rompiera el hilo que lo sujetaba al dedo de un niño, y va a colocarse en el cielo, en su sitio de siempre. Ya tiene Villamarras de Abajo torre, río y luna. La alegría de los vecinos es tal que no saben cómo manifestar su agradecimiento a su salvador y todo son festejos en honor de nuestros amigos. Además, para perpetuar el recuerdo de estos acontecimientos, la plaza mayor del pueblo se llamará plaza de Pipo y Pipa; la calle principal llevará el nombre de avenida de Cocolín, y hasta el nombre del buen Trompetilla será inmortalizado por una callejuela. Al fin, entre vítores y aclamaciones, y bajo arcos triunfales y floridos, nuestros amigos abandonan el pueblo y se ponen de nuevo en camino. Pipo va satisfechísimo de haber realizado tanto bien; Cocolín va encantada de haberse salvado de tantos peligros, ella y su nariz; Trompetilla va orgulloso de su amo, a pesar de llevar sobre el lomo la carga del famoso tesoro; solamente Pipa pone mal hocico, porque, según dice —gruñendo, para no perder la costumbre—, "había en el pueblo unas empanadillas que eran un sol y se merecían una estancia más prolongada". Anda que te anda, nuestros amigos se encuentran de pronto en un lugar arenoso, donde no hay nada; ni una casa, ni un árbol, nada. "Estamos —declara Pipo que sabe mucho de geografía— en el desierto del Sáhara." Es terrible este desierto; después de días y días de caminar sin encontrar bicho viviente, nuestros viajeros se hallan agotados, y no es lo peor que lo estén ellos, sino que también lo están sus provisiones. Ya no les queda ni un bocado de pan ni un buchito de agua.

Extenuados por el hambre, la sed, el calor y la fatiga, caen sobre la arena ardiente. La noche cae también y en el desierto es más silenciosa que en ningún sitio, pues no se oye ni radio ni taxis. En cambio, suena de pronto un rugido espantoso: lo ha lanzado un león colosal, y significa en idioma "leonino": "¡Hola, aquí hay una buena cena!"



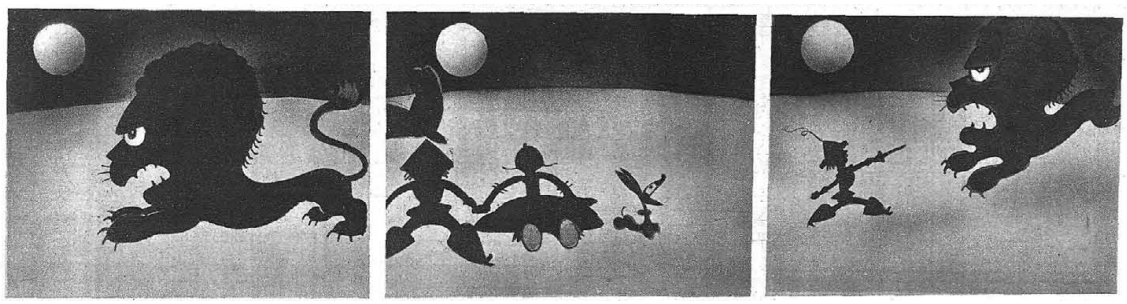
EPISODIO CXCIX

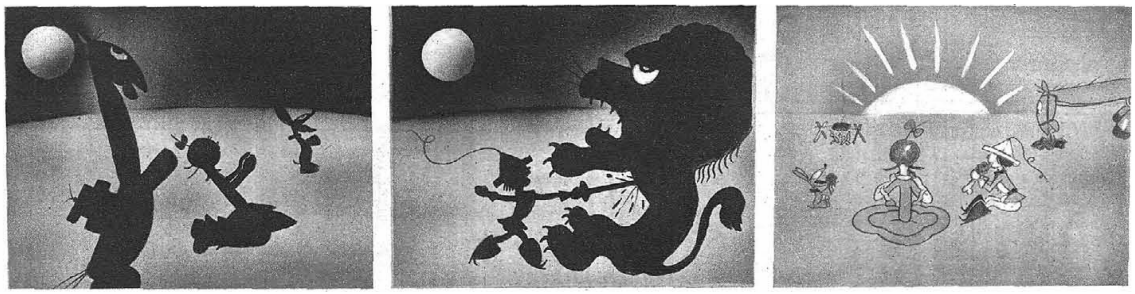
EL LEÓN Y EL BEDUINO

Hacia el grupo de nuestros amigos avanza el león, moviendo la cola en señal de regocijo y relamiéndose de gusto, mientras bajo su guedeja elabora un suculento menú: "Me comeré a la niña para hacer boca, y el chico, que está gordito, será el plato fuerte; la perrita, aunque no esté en dulce, está bien para postre, y el caballito, que tendrá la carne algo dura, se lo llevaré a la familia." Con tan apetitosas intenciones gastronómicas, el león ha llegado ya junto al grupo dormido. Pero, afortunadamente, no duermen todos: a Pipa, el hambre y el disgusto de acostarse sin cenar, la tiene desvelada; las pisadas del león son imperceptibles; pero el olor a fiera que exhala le da en el olfato a la perrita.

La cual, levanta la cabeza y lanza un ladrido de espanto: "¡Un león! ¡Un león!" —repiten Pipo, Cocolín y Trompetilla, que despiertan sobresaltados—. Hay para morirse del susto; pero ya sabemos que a nuestro héroe el peligro le duplica las energías y el valor. En un cuarto de segundo ha desenvainado su espada y se ha plantado ante el rey del desierto cubriendo con su cuerpo el de sus compañeros, que vacilan entre echar a correr o desmayarse, y, al fin, caen de rodillas y rezan todo lo que saben; por cierto que la pobre Pipa tiene tal susto que todo lo trabuca, confundiendo la Salve con el Padrenuestro, y nadie comprendería lo que la infeliz perrita tartamudea entre dientes.

Entre tanto, la invencible espada de madera de Pipo va y viene con tal agilidad, que apenas puede el león parar sus ataques fulminantes. ¡Paf! Un golpe en el hocico de la fiera, que rabiosa se abalanza y recibe un mandoble en una pata, y, ¡cataplum!, un golpe más fuerte que los anteriores en el pecho y un metido en un riñón. Exasperado por el dolor y por la rabia, el león retrocede, lanza un rugido formidable, cobra impulso, abre una bocaza como para echar dentro un impreso, y ¡horror!, se dispone a caer sobre su diminuto adversario. Pero entonces la espada de Pipo se clava en la bocaza hasta el puño, y ¡patatrás!, el león cae y estira las cuatro patas. Y ahora, los que se dan un banquete, son nuestros amigos, que, pasada la primera alegría de verse libres de peligro, se apresuran a descuartizar al animalito, lo cuecen al sol y se lo comen, con gusto, ya que la carne del león sabe deliciosamente a perdiz escabechada. Si lo dudáis, matad uno, coméoslo, y ya veréis como tengo razón. Pero el festín les ha dado sed y echan a andar en busca de algún manantial. Precisamente, allá lejos se vislumbran las palmeras de un oasis, donde los viajeros beben agua fresca, saborean dulcísimos dátiles y se tumban luego a la sombra, satisfechos y reconfortados, para descansar de tantas emociones y fatigas. Bien ajenos están ellos a que entre las ramas de una palmera los acechan unos ojos negros, de mirada sombría y cruel. Estos ojos pertenecen a un beduino, qué es más feo que rascarse contra una esquina. A juzgar por la atención con que mira al grupo, al sigilo con que se oculta y a la fuerza con que oprime su espingarda, el tal beduino no parece animado de muy buenas intenciones.





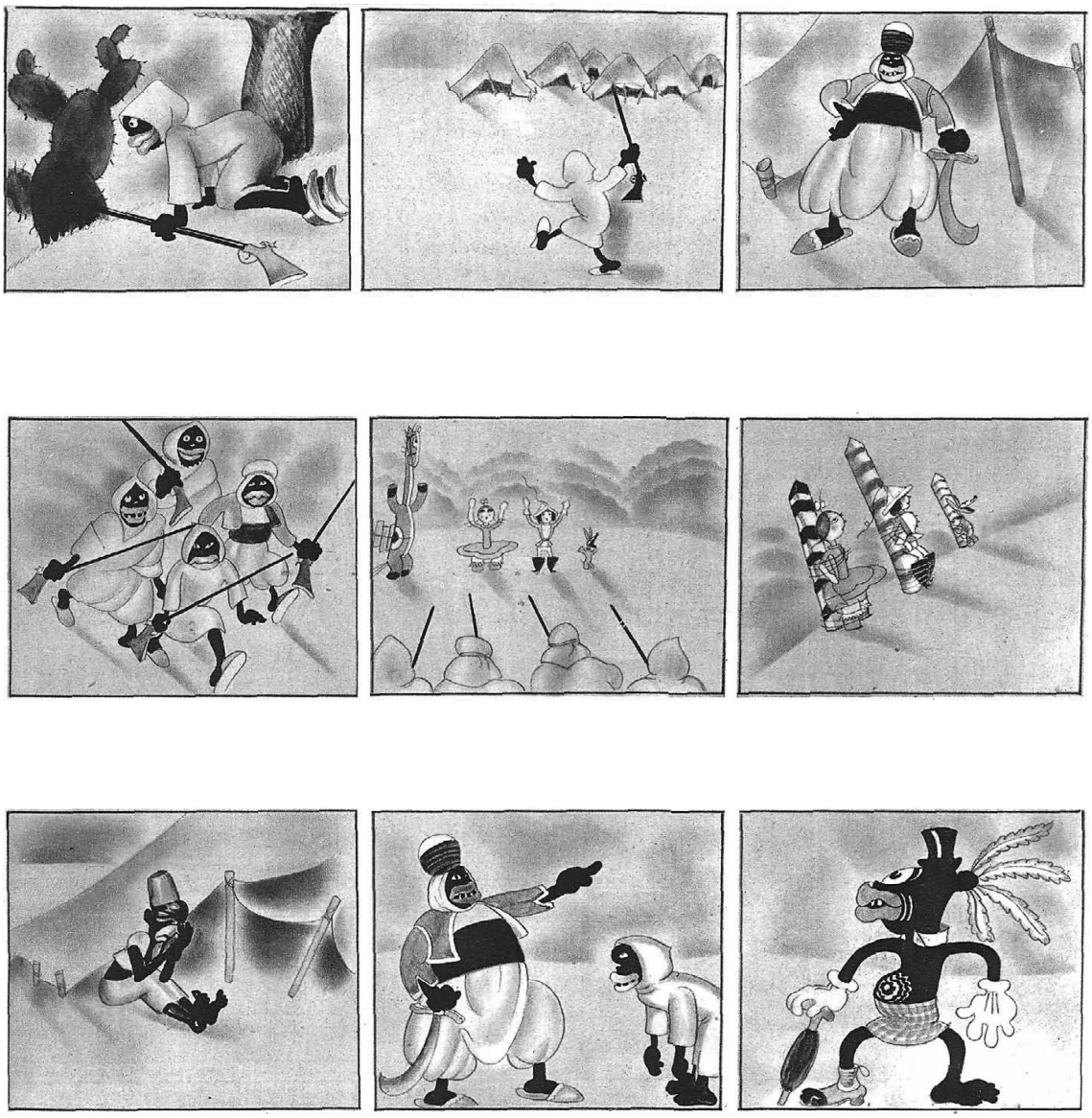
EPISODIO CC

EN PODER DE AB-ED-UL

Oculto detrás de una chumbera, aquel tío feo, que tuvimos el disgusto de conocer hace ocho días, ha observado cómo nuestros amigos se daban un banquete de dulcísimos dátiles y agua clara, y después de reír y charlar un rato, se tumban a la sombra fresca del oasis y se quedan dormidos como unos benditos. Entonces, el espía se aleja, se aleja arrastrándose sigilosamente hasta unos metros más allá, donde se endereza, emprende veloz carrera y llega a un campamento dando voces de "¡Alalak, Alaluk, allalik, atchum!...", lo cual quiere decir, poco más o menos: "¡A las armas, compañeros, que ha caído pieza!" Este campamento es el de una tribu nómada de negros de lo más negro y de lo más salvaje que cabe, pero que visten de árabes para despistar. Al oír los gritos del recién llegado, todos salen de sus tiendas y el primero en salir es el jefe en persona —si es que a semejante bruto se le puede llamar persona—. Es el gran Ab-ed-ul, que tiene el corazón más negro que la cara, y cuentan que su piel es del color del hollín.

Ab-ed-ul (este nombre significa "Vientre de paloma torcaz"), al enterarse de la gran noticia, ordena al punto que cuatro de sus súbditos, elegidos entre los más robustos y los más feroces, partan inmediatamente en busca de los viajeros, se apoderen de ellos y los traigan a su presencia. Así se hace, y pocos momentos después, Pipo, Pipa, Cocolín y Trompetilla, que siguen durmiendo apaciblemente, soñando cosas agradables, son arrancados bruscamente de los brazos de Morfeo (este señor Morfeo ya sabéis que es el dios del sueño) por unos gritos agudos y terribles, y al abrir los ojos se ven amenazados por las espingardas de cuatro bárbaros que les dicen cosas ininteligibles.

Pero su actitud sí que se entiende, pues traducida a cualquier idioma de mundo significa: "Arriba los brazos y echa *p'alante."* Nuestros pobres amigos no tienen más remedio que obedecer y son conducidos el campamento, donde el terrible Ab-ed-ul, al verlos, se frota las manos con satisfacción, y ordena: "Que los aten a los postes de los prisioneros hasta mañana, en que yo mismo se los llevaré al sultán y se los venderé a buen precio, para que le sirvan de esclavos." El tal Ab-ed-ul, a pesar de ser tan malo, quiere con delirio (milagros de la paternidad de un salvaje) a su hijo, el joven que aquí veis; si bien le veis más feo que de costumbre, porque está berreando y haciendo muecas, porque le duelen las muelas. Si le duelen es porque es un goloso tremendo, y se ha atracado de saltamontes en compota, que son muy perjudiciales para la dentadura, cosa que os advierto para que tengáis cuidado de no abusar de semejante golosina por mucho que os guste. El tierno papá está deseando que su chico deje de sufrir, siquiera sea para que deje de gritar y atolondrarle, y, con este motivo, manda llamar al médico de la tribu, el sabio doctor Cacahuet. Este digno hombre de ciencia, después de pensarlo mucho, declara solemnemente que para curar el dolor de muelas él conoce un remedio infalible, que consiste en cortarle la cabeza al paciente.



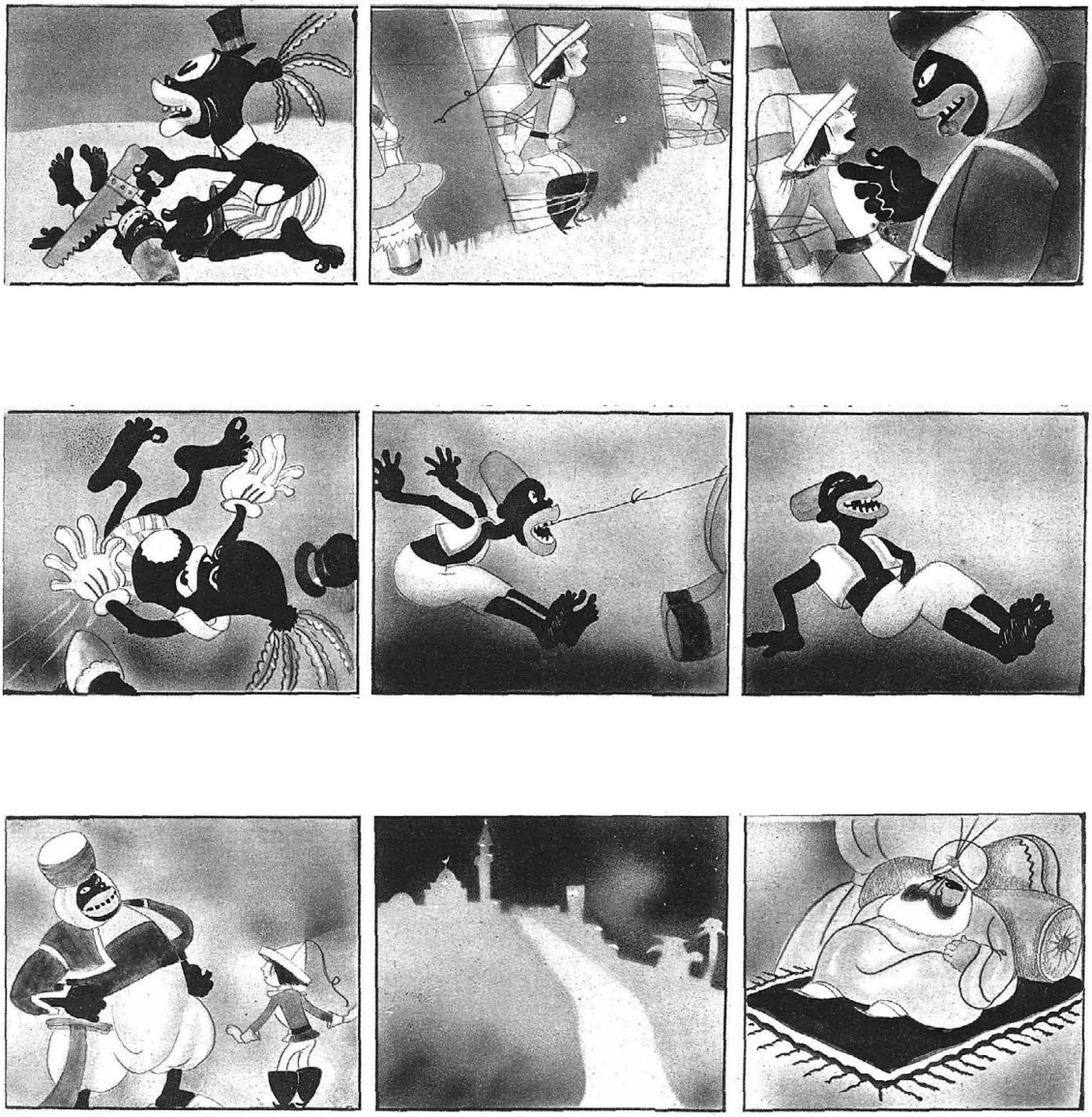
EPISODIO CCI

EL SULTÁN MOJ-HAMA

Después de proclamar con toda solemnidad su método para curar el dolor de muelas, el sabio doctor Cacahuet se quita sus guantes blancos, empuña una sierra y se dispone a cortarle la cabeza al paciente, mientras el amante padre presencia la escena con la satisfacción de pensar que dentro de un momento ya no le dolerán a su retoño las muelas...

Pero Pipo, atado a su poste, también presencia la escena, y él no puede consentir que ante sus ojos se lleve a cabo semejante barbaridad. Sin poderse contener, lanza un grito: "¡Detente, cafre! ¡No hagas eso!" El escándalo que se arma es mayúsculo; el médico se queda mirando al importuno con estupefacción; el negrito protesta: "¡Que sí, que sí! ¡Que quiero que me corten la cabeza para curarme el dolor de muelas!" En cuanto al jefe Ab-ed-ul, indignado por la osadía de Pipo, le increpa, furioso: "¡A ti te vamos a cortar la lengua para curarte de meterte en lo que no te importa!" Pero Pipo se apresura a explicar: "¡Oh, gran jefe! He interrumpido porque ese método curativo es antiguo, y yo conozco otro mucho mejor." Al oír estas palabras, el jefe se vuelve contra el médico: "¡Ah! —exclama—. ¿De modo que hay otra manera de curar el dolor de muelas y tú no lo sabías? ¡Largo de aquí, idiota!" Y de un puntapié le manda a gran distancia. Luego, desata a nuestro amigo y le dice: "Anda: a ver cómo te las arreglas tú para curarlo."

Pipo, entonces, se apodera del negrito, que ha reanudado sus berridos, y le ata un bramante a la muela dolorida; luego, ata a la cola de Trompetilla el otro extremo de la cuerda, y dice simplemente: "Arre." Basta con esta palabra para que el caballito comprenda lo que tiene que hacer; pega un salto formidable y echa a correr. Y como, por otra parte, Pipo sujeta con fuerza al enfermo, la muela sale, ¡ras!, de un tirón. En el mismo instante se produce el prodigio que os podéis suponer, y es que el negrito, radicalmente curado, deja de sufrir. Encantado, empieza a reírse y reírse, y hasta se tumba de risa ante su padre, estupefacto. Ab-ed-ul es un bárbaro, pero no es un ingrato, y sabe agradecer el bien que se hace a su amado heredero. Se dirige a Pipo con la más amable de sus sonrisas, y le dice: "Eres muy sabio, y nos has hecho un gran favor, y para recompensarte, ya no quiero venderte como un esclavo al sultán. Te venderé como persona de calidad; pediré por ti un precio elevadísimo, que es lo que te mereces, porque no cabe duda de que tú vales mucho." Y todo se prepara para la expedición al palacio del sultán Moj-Hama, que está por allí, cerca del desierto, y es un edificio magnífico, de mármol y granito, con puertas de oro y jardines maravillosos, llenos de surtidores y de jazmines y naranjos en flor. Tras de la puerta principal, hay cuarenta salones tapizados de raso, alfombrados de terciopelo y amueblados de ébano y nácar. En el último está el sultán, que lleva en el turbante un rubí del tamaño de un huevo de paloma, y pasa los días comiendo mermeladas de rosas o jugando al ajedrez con sus visires. En una palabra: Moj-Hama es un sultán de las mil y una noches.



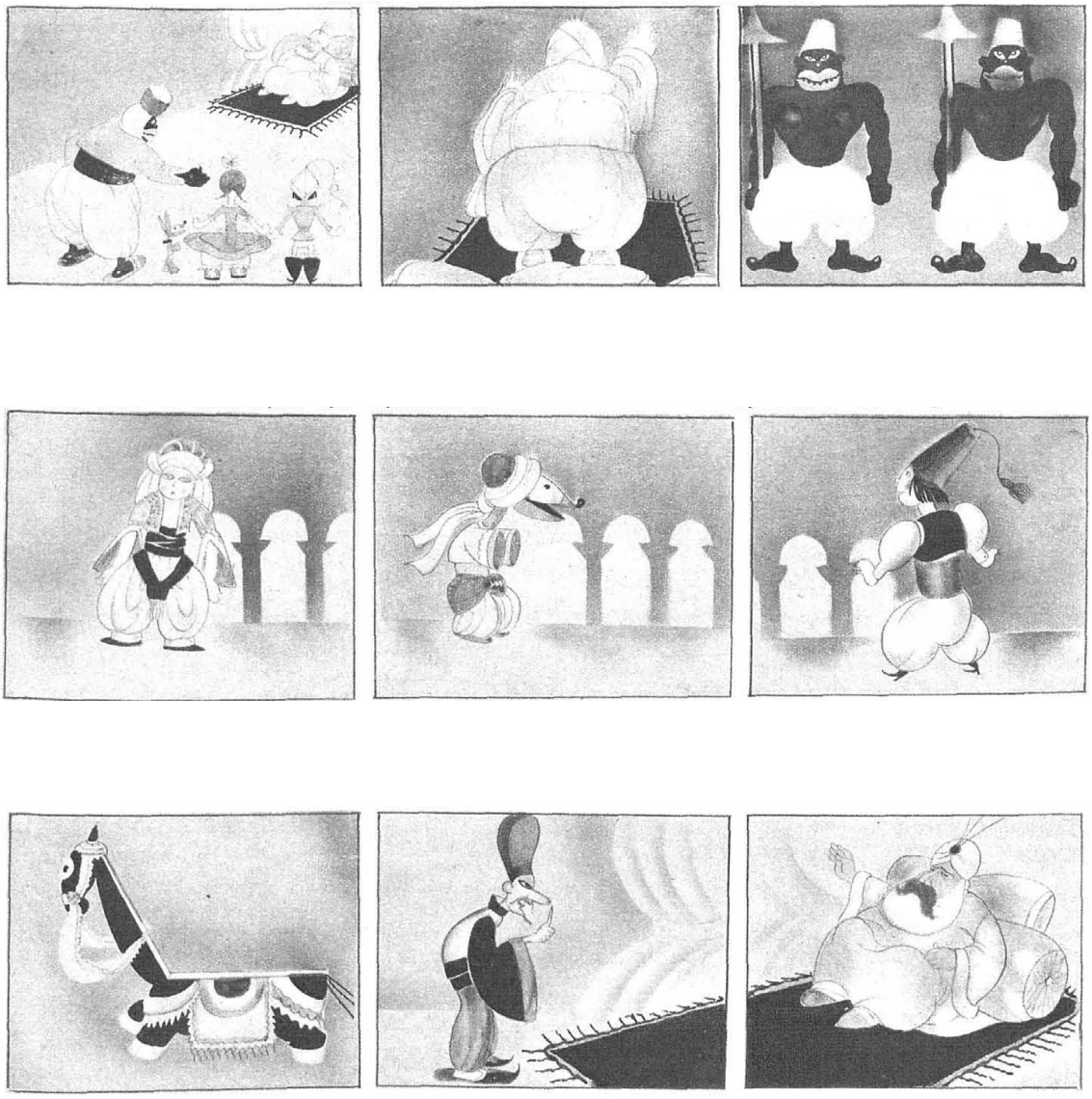
EPISODIO CCII

LA LÁMPARA DE ALADINO

Ab-ed-ul solicitó audiencia del sultán Moj-Hama, y en cuanto estuvo en presencia de este soberano poderoso, hizo cuatro reverencias, tocó siete veces el suelo con la frente y dijo: "Señor, vengo a ofrecer a vuestra majestad unos esclavos que son de mucho mérito, por lo cual no los puedo vender en menos de mil monedas de oro." "Las tendrás al punto —dijo el sultán—, pero ya comprenderás que no puedo admitir en mi palacio esclavos vestidos a la manera de los salvajes europeos." Dio tres palmadas, y gritó: "¡Hola, Alí, Alá!" A esta llamada acudieron dos negros fornidos, que se inclinaron ante su señor con el mayor respeto, y luego, cruzados de brazos, esperaron sus órdenes.

"Deseo —dijo su majestad Moj-Hama— que quiten a mis nuevos esclavos sus trajes miserables y ridículos, que los bañen en agua de rosas, que los perfumen con almizcle y que los vistan de una manera que los haga dignos de mi palacio." "Serás servido, señor" —contestaron Alí y Alá—. Y en el acto se apoderaron de nuestros amigos sin resistencia ¡porque cualquiera resistía a aquellos dos bárbaros de color de betún! Además, os confieso que no les disgustaba la perspectiva de disfrazarse, ni más ni menos que si hubiera sido Carnaval. Cocolín, sobre todo, estaba más contenta que un par de castañuelas cuando se vio convertida en toda una odalisca, con un traje de brocado de las Indias, collares de perlas y pendientes de coral. Pues ¿y la muy presumidilla de Pipa? No cabía en sí de gozo, al verse vestida de bayadera, o sea de bailarina de harén, con muchas gasas, y tal era su satisfacción que empezó a andar dando saltitos, porque se empeñó en bailar la "Carioca", que es la danza de moda en los harenes de aquel país. El menos lucido resultó ser nuestro héroe, a quien le tocó en suerte el cargo modesto de guardia de palacio, con su uniforme: con todo, y a pesar de no ser ni tanto así de vanidoso, el gran Pipo no estaba del todo descontento con sus pantalones bombachos, de raso celeste, su chaquetilla de terciopelo y el espléndido borlón que colgaba de su alto gorro encarnado.

Hasta de Trompetilla se habían acordado, y al buen caballito de cartón verde le habían dado una mano de pintura negra y brillante, que en pocos minutos hizo de él un "pura sangre" completamente árabe, que piafaba con energía, como si hubiera estado impaciente por tomar parte en una "razzia" del desierto. Después de transformar a nuestros amigos, Alí y Alá los condujeron de nuevo ante el sultán; pero, en aquel momento, se adelantó el gran visir, Hassan, un señor muy sabio, que se inclinó ante su amo, diciendo: "He descubierto, mirando a las estrellas, que tu nuevo guardia de palacio es, nada menos, que un héroe famoso, cuyo valor vence todos los obstáculos, y cuyas aventuras extraordinarias causan el asombro y la admiración de todos los niños del mundo." El sultán se puso muy contento: "He aquí —exclamó— el que me hacía falta para buscar, recuperar y devolverme el famoso talismán de la lámpara maravillosa, que perteneció a mi bisabuelo, Aladino, y que arrebató a nuestra familia el poderoso y malvado genio de la isla de Ébano."



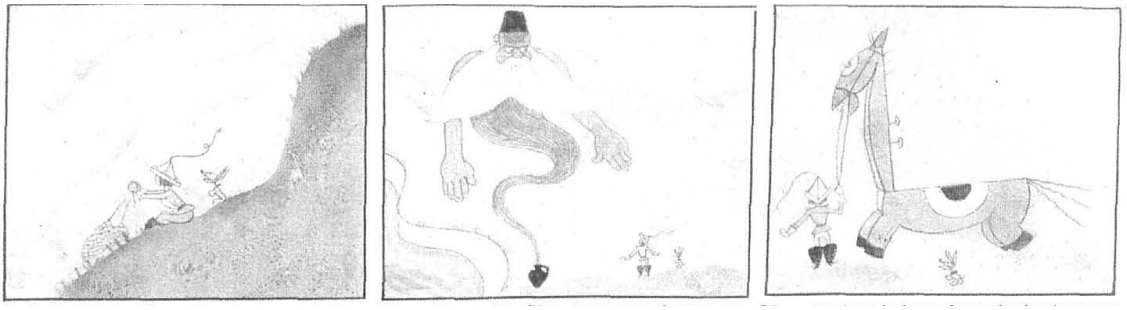
EPISODIO CCIII

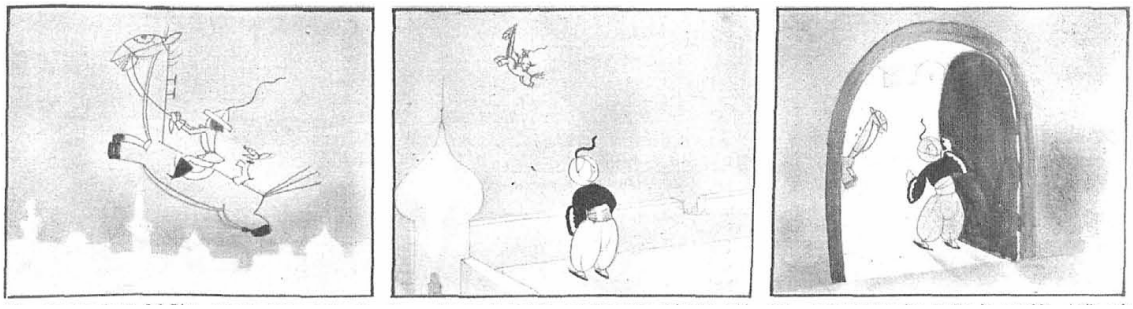
EL CABALLO VOLADOR

Ya lo creo que Pipo prefiere lanzarse a la busca de la lámpara maravillosa mejor que seguir de portero del harén. Acepta con entusiasmo la proposición del sultán, y después de mudarse —¿cómo va nuestro héroe a emprender una aventura con aquel traje extravagante?— coge una red y se dirige hacia el río, seguido de Pipa, que está intrigadísima. "Es que —explica Pipo— voy a ver si pesco un mago." "¿Qué pez es ése?" "Pero, Pipa, ¿tú no has leído los cuentos de las *Mil y una Noches?"* "¡Yo no, como no he sido niña nunca!" "Pues en estos países los pescadores pescan unos cacharros de los cuales salen seres fantásticos." Y así es: en la red, Pipo saca un puchero, lo destapa y surge una humareda que toma la forma de un ser gigantesco, que dice: "¡Me has libertado y soy tu esclavo. ¿Qué deseas?" Pipa se ha desmayado del susto, pero Pipo, siempre sereno, ordena: "Quiero que me ayudes a encontrar la lámpara de Aladino." "Lo primero que necesitas es un caballo volador; toma estas dos clavijas, pónselas a un caballo y subirá por los aires."

Seguido de su fiel Pipa, nuestro héroe corre en busca de Trompetilla, le pone las clavijas, y para probar su nuevo talismán, gira la de subida, según le ha explicado el genio, y he aquí que el brioso caballito de cartón se remonta por los aires. "¡Qué bien se va! —dice Pipa—. ¡No hacía falta inventar los aeroplanos!" Realizada esta prueba. Pipo gira la clavija de bajada, y a los pocos minutos está en tierra firme y abandona un momento su caballo volador para ir en busca del genio y pedirle más indicaciones para encontrar la lámpara. Pero el príncipe Agib, que estaba tomando el fresco en la terraza de su palacio, lo ha visto todo y se ha propuesto darse él también una vueltecita por los aires.

Apenas Pipo ha vuelto la espalda, Agib sale cautelosamente por una puerta secreta, se acerca a Trompetilla, se monta en él, gira la clavija mágica y, ¡hop!, ya está el buen caballito de cartón cerca de las nubes. Agib palmotea entusiasmado con este nuevo medio de locomoción y sigue volando así dos días con sus noches. Al fin, nota cierta debilidad, y resuelve bajar a tierra para tomar un bocado, o siquiera un bocadillo. Gira la clavija de bajada, y con una suavidad que para si quisiera el autogiro, desciende hasta encontrarse en un soberbio patio de mármol, ante una puerta de ébano con apliques de brillantes. Entra, oye unos ronquidos formidables y comprende que los que duermen deben de ser negros, y, por lo tanto, guardias de alguna princesa que, sin duda, no se halla lejos. En efecto, después de atravesar varios aposentos magníficos, levanta un tapiz de brocado y ve un diván de raso, en el cual, entre almohadones de terciopelo, duerme una dama tan bella, y que ronca de una manera tan melodiosa, que el príncipe Agib se enamora al momento de ella, y prosternándose a sus plantas, exclama con la mano puesta sobre el corazón: "Adorable princesa: si no me concedéis vuestra blanca mano, juro morir de pena." Estas palabras despiertan a la joven, que es, en efecto, la princesa de Bengala, y se llama Scheherazada.





EPISODIO CCIV

EL MALVADO ABU SHON

Al oír la declaración del príncipe Agib, la princesa de Bengala le contestó: "¡Oh, amable forastero desconocido, yo también te amo! ¡Llévame a tu país y me casaré contigo!" Ya comprenderéis que a Agib le faltó tiempo para obedecer. Al momento volvió a montar en el caballo mágico, colocó a la bella Sheherazada a la grupa y ya tenemos a Trompetilla volando por los aires, con su doble y preciosa carga, para volver al país del sultán Moj Hama, padre del príncipe. Pero no solamente nosotros le vamos; le ve también Abu Shon. ¿Cómo? ¿Es posible que no conozcáis a este personaje? Pues es un tío de lo más antipático y feo que cabe, brujo, por añadidura, y que está enamorado de la bella princesa.

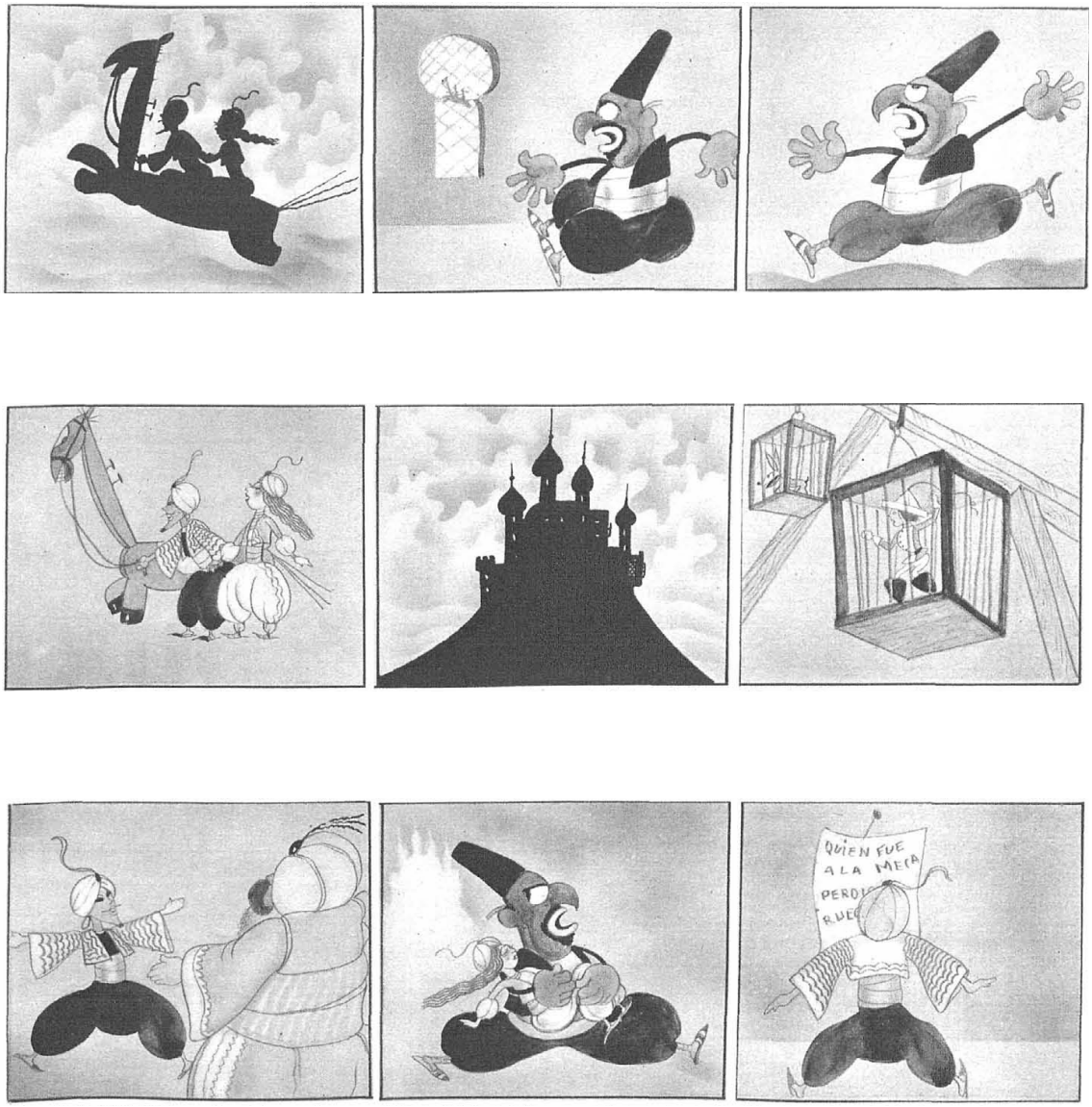
Figuraos su rabia y su envidia al verla raptada por otro. Empieza por tirarse de los pelos, luego se muerde los puños, luego echa a correr tras de los fugitivos, y al fin, dándose cuenta de que, con sus propias piernas, no logrará nunca darles alcance, saca un talismán, gracias al cual se traslada por arte de birlibirloque al país de Agib, adonde llega siete segundos antes de que aterrice el caballo encantado. Ya Agib desciende de su montura y ofrece galantemente la mano a su amada para ayudarla a apearse. "Voy —le dice— a avisar a mi padre de nuestra llegada y a comunicarle que hemos resuelto casarnos y que lo prepare todo para nuestra boda." El príncipe conduce a su futura esposa a uno de sus setecientos ochenta y tres palacios, donde la deja rodeada de tarros de mermelada para que endulce la espera. Mas ya que hemos vuelto al país donde dejamos a nuestros queridos Pipo y Pipa, aprovechemos la ocasión y veamos qué ha sido de nuestros héroes después de que se les voló su caballo.

¡Ay! Tres veces ¡ay! En qué mala postura los volvemos a encontrar. Encerrados en sendas jaulas, cual si fueran grillos o canarios. ¿Cómo es eso? Pues muy sencillo. Ocurrió que cuando el sultán se enteró de la desaparición de su hijo, que había volado en el caballo de Pipo, achacó a éste la desgracia, y para castigarle, condenó a él y a Pipa a alpiste perpetuo.

Y allí están nuestros pobres héroes, mientras que el príncipe Agib corre a arrojarse en brazos del sultán, que lanza un grito de alegría al volver a ver al hijo que creía perdido para siempre. "¡Papá —dice Agib—, traigo novia!" "¡Ah! ¿Sí?—dice Moj Hama—. Pues preséntamela, y si me parece digna de ser tu esposa, celebraremos en seguida la boda."

Satisfecho con la promesa de su padre, Agib vuelve corriendo a su palacio número setecientos ochenta y tres. Pero le espera una sorpresa terrible. Aprovechando su ausencia, el malvado Abu Shon, que le seguía los pasos cautelosamente, ha entrado en el palacio y se ha llevado a la desventurada princesa desmayada de horror.

Y cuando el infeliz Agib llega, a su vez, tras de cruzar incontables salones y pasillos, a la estancia en que dejó a su adorada, sólo halla unos tarros de mermelada llenos, otros vacíos, y un letrero que dice así: "Quien fue a la Meca, perdió su rueca." Que es la manera que tienen en aquel país de decir: "Quien va a Sevilla, pierde su silla."


QUIEN FUE
A LA MECA

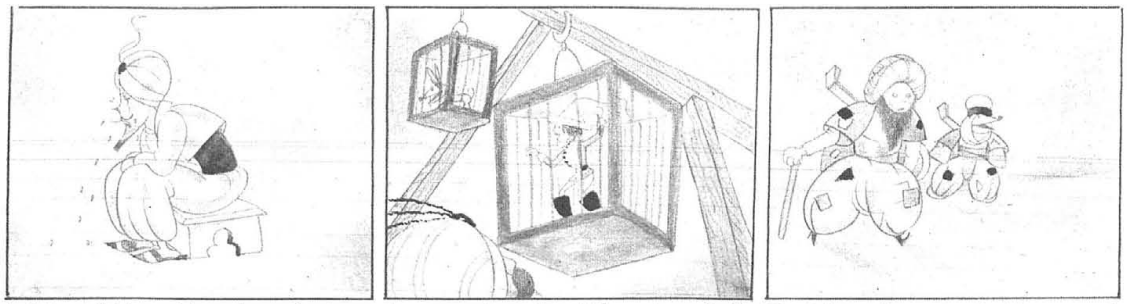
EPISODIO CCV

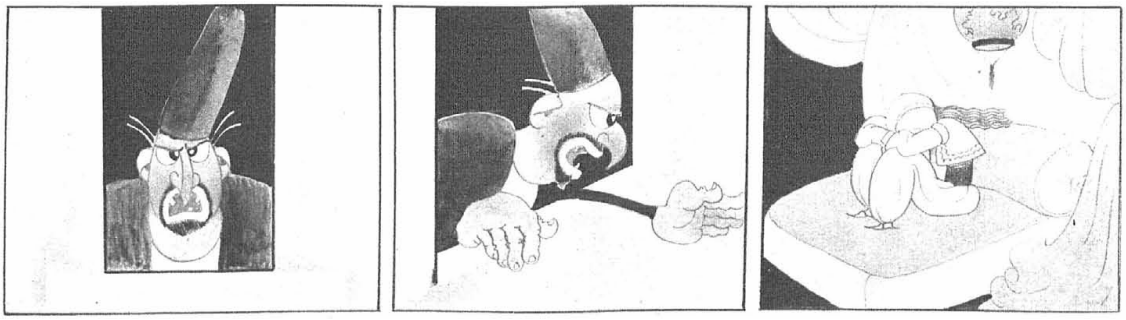
LOS MÚSICOS CALLEJEROS

"¡Ah, mi Scheherazada!, — princesa adorada, — ¡sin ti no como nada!" Así gime y suspira el pobre príncipe Agib, y jura no volver a probar la mermelada de rosas mientras no encuentre a la desaparecida. El sultán está aterrado ante la desesperación de su hijo, cuando el sabio Hassan le aconseja que mande en busca de la princesa de Bengala a sus dos cautivos. "¡Es una buena idea!" —exclama Moj Hama—. Va a la cárcel, donde nuestros héroes siguen en sus jaulas respectivas, y dice a Pipo: "Si encuentras a la novia de mi hijo, te perdono la vida, y si, de paso, me traes la lámpara de Aladino, te perdono también la vida de tu perrita. Si no, os mando cortar la cabeza."

¡Cuánto mejor para nuestro héroe exponer la vida en nuevas aventuras que seguir enjaulado como un canario! Ya libre, forma su plan, y, para realizarlo, se disfraza y disfraza a Pipa de músicos callejeros. Luego, siguiendo la pista del raptor de la bella Scheherazada, se van los dos por los caminos, tocando unos instrumentos que son guzlas, aunque a lo mejor os creéis que son simples guitarras, y llegan a una ciudad, que es algo así como Bagdad o Damasco, y recorren sus callejuelas, bordeadas de tenduchas, donde se venden alfombras, yataganes, bombones de jazmín y babuchas. Como todos los grandes detectives cuando van disfrazados, Pipo, aparentando indiferencia, va atento a todo, fijándose en todo, husmeando, observando y escuchando, y así, llama su atención un grupo de gentes que comentan las maldades de un tal Abu Shon. "Es un demonio —dice uno—; a todo el que cae entre sus garras lo manda apalear por sus esclavos." "Y esclavos ha matado ya más de mil." —dice otro.

"¿Qué opinas de eso Abu Shon, Pipa?" —pregunta nuestro héroe a su perrita—. "Pues que me están dando ganas de huir lo más lejos posible de él." "Pues a mí me pasa lo contrario —dice Pipo—. Me están dando ganas de conocerle." Y sin hacer caso de las protestas de la pobre Pipa, el héroe va a situarse ante el palacio del terrible Abu Shon, y se pone a cantar a voz en grito: "¡Asómate a tu ventana, ¡ay, ay, ay!, — paloma del alma mía! — ¡Asómate a tu ventana, ay, ay, ay!, — antes que se vaya el día!" Y, en efecto, una ventana se abre, y se asoma..., no una paloma, sino la cabeza horrible de Abu Shon, que grita como una fiera: "¡Largo de aquí, si no queréis que os arroje una buena ducha de pez hirviendo!" Pero Pipo se quita el turbante y contesta: "¡No os enfadéis, noble y hermoso señor! Sabed que no canto para molestar a nadie, sino porque mis canciones tienen la virtud de distraer al que se aburre, consolar al que está triste y hacer reír al que llora" "¡Ah! —exclama Abu Shon—, entonces entrad pronto en mi casa que os necesito para divertir a una dama." Pipo, encantado, se apresura a meterse en la casa, mientras que la pobre Pipa, temblando, le sigue a regañacolmillos. Unos esclavos los introducen hasta un salón, donde una dama, en un diván, gime y llora: "¡Oh, Agib amado, — maldito el malvado que me apartó de tu lado!"





EPISODIO CCVI

LA PRINCESA PERRITA

Ante aquello, Pipo se ha quedado como quien ve visiones, aunque lo que ve es una bella princesa oriental. ¡Conque la cautiva de Abu Shon es la novia de Agib! ¡Qué fácil le ha sido encontrarla! Pero, ¡ay!, la voz del terrible dueño de la casa le recuerda que si la ha encontrado, todavía no la ha salvado. "Colocaos detrás de estos tapices persas —dice Abu Shon— y cantad para distraer a esa dama afligida. Como soltéis un gallo le retuerzo el pescuezo y a vosotros también." Atendiendo a esta amable invitación, se disponen a dar un concierto; tañen sus instrumentos, y el uno abre la boca y la otra el hocico, pero Pipo ordena: "Tú, Pipa, cállate; sospecho que tus ladridos podrán parecerle poco melódicos a este tío mal encarado." De modo que la perrita se contenta con tocar la guzla, mientras que su amo empieza a cantar como él sabe hacerlo, o sea a las mil maravillas, una canción que el malvado Abu Shon escucha con cara de pocos amigos. (¡Claro! ¿Quién va a ser amigo de un ser tan antipático?)

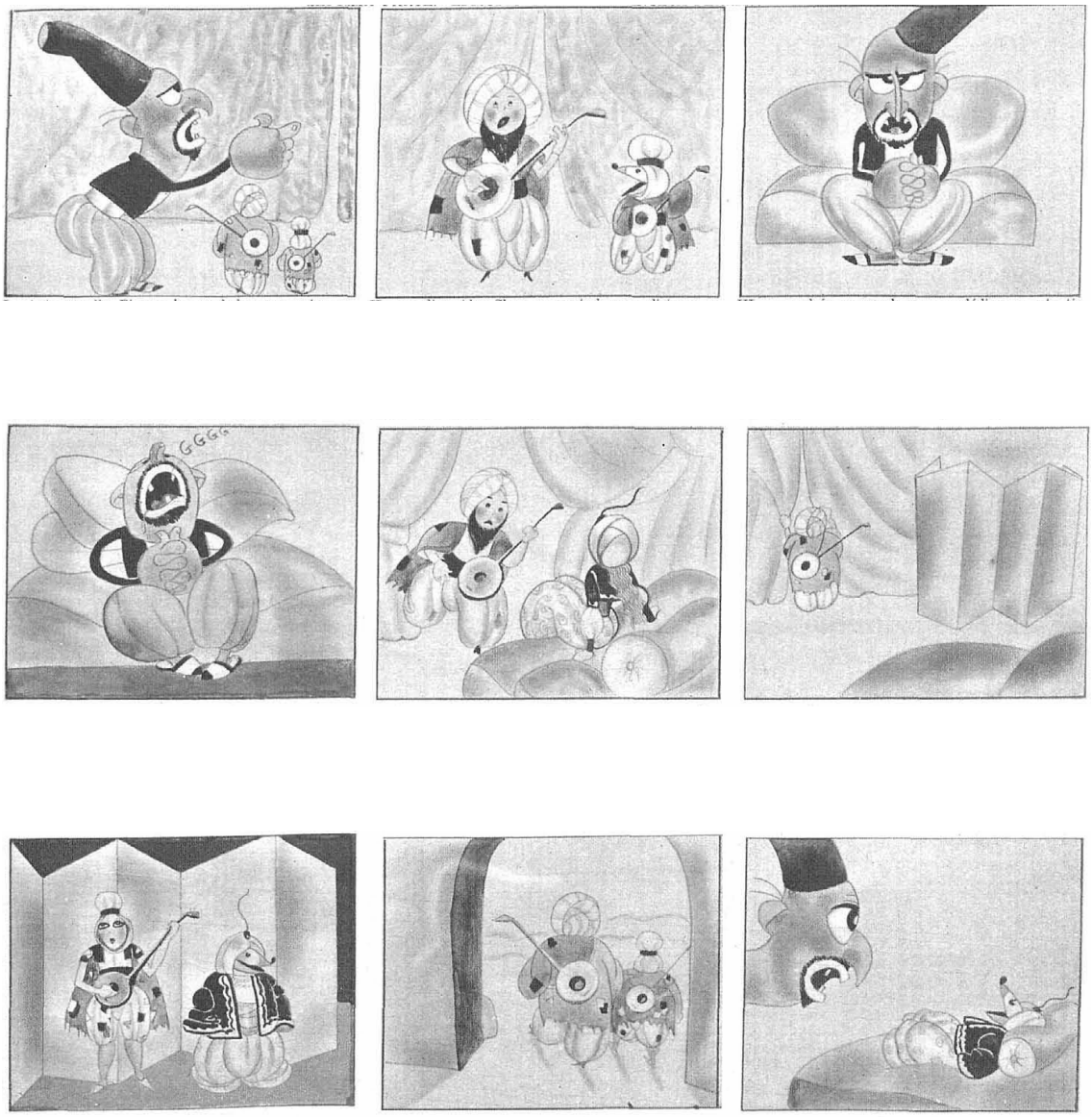
Lo que canta Pipo es algo que allí, por Oriente, resulta muy nuevo, pero que aquí es bastante conocido. Dice así: "Duerme niño chiquita — que viene el coco, — y se lleva a lo niños — que duermen poco." Cuando ha acabado este cupletito, lo vuelve a empezar, y así una y otra vez. Total, que canta una nana interminable, como para dormir al coco.

En efecto, al cabo de un momento, los ojos del malvado Abu Shon se cierran; su boca se abre, y de entre sus tres únicos dientes salen unos ronquidos de órgano grande. Esto era lo que se proponía Pipo. Se acerca al sofá en que Scheherazada sigue llorando sin enterarse de nada. (Como que, gracias a eso, no se ha quedado dormida.)

Y le dice con gran misterio: "¡Silencio! Cesa de afligirte, pues soy un enviado de Agib y vengo a salvarte." Tal es su estupefacción, que la de Bengala no chista, y Pipo la conduce detrás de un biombo, donde ha colocado a Pipa, y les dice: "Cambiad vuestros trajes." "Es que no tengo más que éste." —dice Scheherazada—. "Yo, tampoco." —dice Pipa.

"Quiero decir que los cambiéis el uno por el otro." "¡Ya!" Y las dos obedecen. En pocos minutos está operada la transformación. Pipa se ha vestido con el traje de la princesa, que le está grande, y Scheherazada, con el de la perrita, que le está pequeño. "Parece que no me está bien"— dice la princesa, que es bastante presumida.

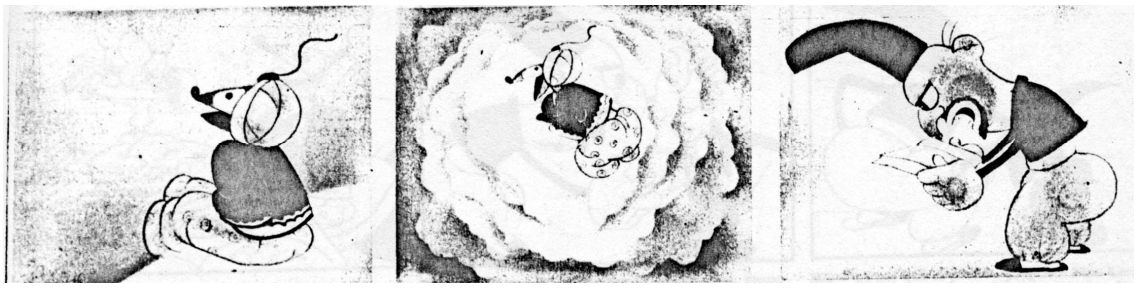
"No tienes más que agacharte —contesta Pipo— y no se notará que te está corto. Y ahora, vámonos." "Ya lo creo" —exclama muy bajito Pipa, que está deseando de perder de vista al terrible Abu Shon—. Pero su amo le quita las ilusiones: "Los que nos vamos somos la princesa y yo. Tú te quedas." Mientras Pipo y Scheherazada salen del palacio, la perrita, siguiendo las órdenes de su amo, se tumba en el diván que ocupaba la cautiva y se entretiene fumando el narguile, que le hace toser y estornudar. Al ruido, despierta Abu Shon: "Vamos a ver —murmura— el efecto que ha producido la música." Se acerca y lanza un grito de horror: "¿Qué birria de princesa es ésta?"

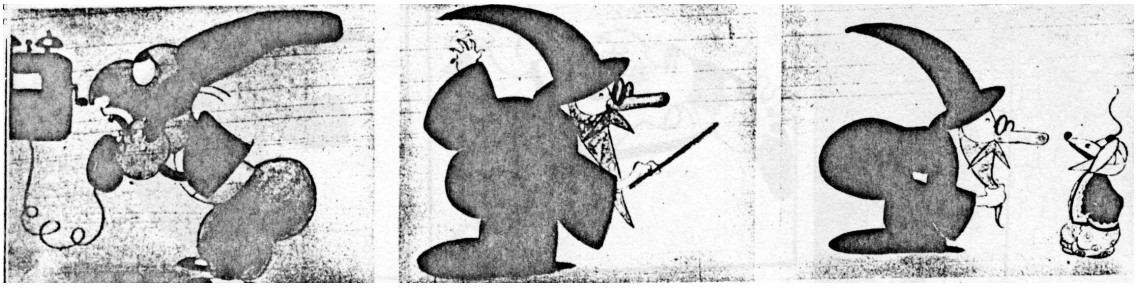

GGG

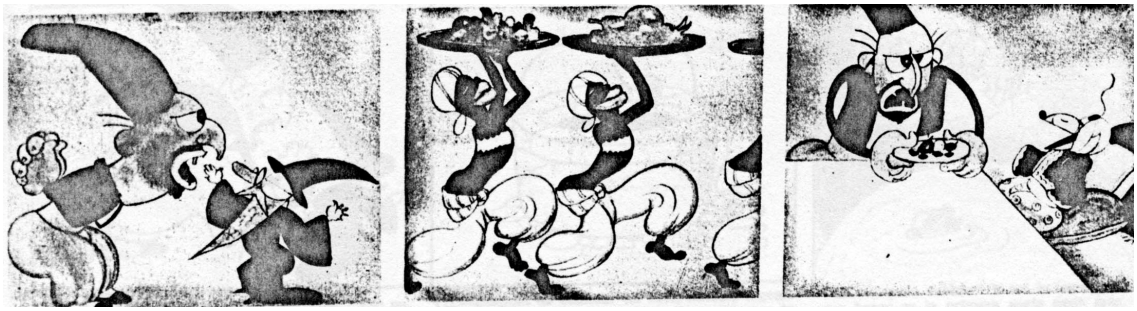
EPISODIO CCVII

EL MAGO CELEDÓN

Ante el asombro del malvado Abu Shon, Pipa contesta con sus más dulces ladridos: "Sí, yo soy, señor, la princesa de Bengala; pero esos dos músicos que estuvieron aquí eran, en realidad, unos hechiceros, y me han transformado cual ahora me veis." "¿Pero cómo ha sido eso?" —torna a preguntar Abu Shon—. Y Pipa, a quien ya comprenderéis que su amo le ha enseñado la lección de todo lo que tiene que decir, explica: "Después que os hubieron dormido con su canción encantada, trazaron en el aire tres círculos misteriosos con sus guitarras mágicas diciendo cosas raras. Entonces esto se llenó de un humo denso que me hizo estornudar siete veces; en seguida me sentí volar y me puse a girar. Al fin, el humo se disipó, ellos habían desaparecido y yo ya no tenía aspecto humano." "¡Ay, desdichado de mí! —gime Abu Shon—. Tenía a la más bella princesa y me la han cambiado en una perrita feísima." "¡No tan fea! —protesta Pipa—. Además, existe un mago, llamado Celedón, que puede devolverme la forma humana." Abu Shon coge la guía de teléfonos para avisar al mago en cuestión y se pone a buscar en la parte amarilla, en que figuran los abonados por "profesiones". Al llegar a la M repasa todos los "magos" que figuran, que son muchos, pues por allí abundan tanto los magos como aquí los Martínez. "¡Ah, ya lo tengo!" —exclama—. Y llama: "¡Central! Póngame con el 87-45. *Aló!* ¿Es el señor Celedón?" "Sí; soy yo" —contesta una vocecita lejana—. "Pues acuda usted a casa del señor Abu Shon para un encargo urgente." Al poco roto se presenta un anciano con barbas, sombrero picudo, gafas y bata de astrónomo, que es… Pipo, pues tenía amañado el hilo del teléfono para interceptar la llamada al mago. Y extendiendo su varita declara: "Soy el mago Celedón, primo hermano del demón." Y pregunta: "¿Qué se os ofrece? Yo todo lo sé, todo lo veo, todo lo adivino, todo lo puedo." "¿Ah, sí? —dice Abu Shon—. Pues voy a probar tu ciencia; dime si ves algo de particular en esta perrita." Mira fijamente a Pipa y responde: "Veo perrita." Mira fijamente a Pipa y responde: "Veo que es una bella princesa metamorfoseada por unos hechiceros músicos." Al oír esto, Abu Shon ya no duda de que aquél es un mago estupendo: "Si le devuelves su forma humana —dice— te prometo pagarte espléndidamente." "Lo haré dentro de siete días, que es cuando la luna estará en su cuarto menguante; es preciso prepararla para la operación." "¿Y qué hay que hacer para prepararla?" "Pues hay que darle una vida lo más regalada posible: que esté descansada y contenta, que duerma cuanto quiera y que se atraque a su antojo de las golosinas que prefiera. Adiós, ya volveré la semana que viene." Al momento, el malvado Abu Shon se apresura a seguir las indicaciones del mago, y aparecen doce esclavas negras trayendo enormes bandejas llenas de frutas, mermeladas, arroz con leche, pasteles, bombones y tartas, que Abu Shon sirve a Pipa, blandamente recostada entre almohadones de raso y terciopelo. "No te apures tú, bella Scheherazada —le dice—, pronto estarás curada; esto no va a durar más de siete días." "Por mí —replica Pipa—, aunque durara siete meses, no me apuraría..."







EPISODIO CCVIII

LA RANA EN EL POZO

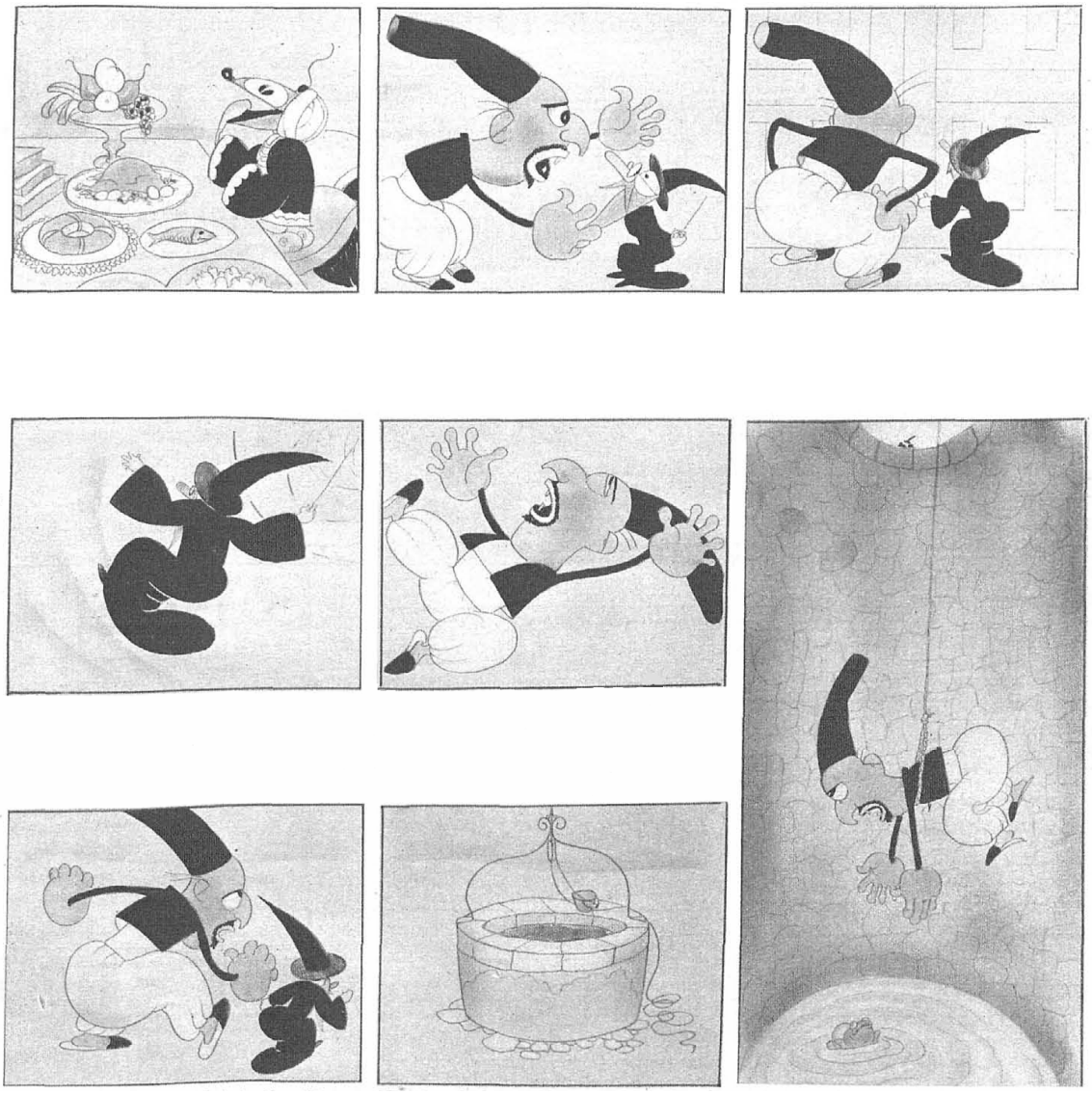
Siete días lleva Pipa haciendo el régimen de comida impuesto por el mago Celedón; es decir, atiborrándose de los manjares que más le gustan, y que da la casualidad de que son (bien aleccionada está la perrita por su amo) los más costosos y los más raros del país, tales como salmón, chufas, pollo, cacahuetes, etc.

El séptimo día, cumpliendo su promesa, reaparece el mago Celedón, primo hermano del Demón, y el dueño de la casa sale a recibirle con grandes aspavientos de desesperación: "¡Ya no puedo más! —grita—. ¡Esto es mi ruina! ¡He tenido que empeñar hasta mis babuchas de los domingos! ¡No me queda ni una rupia en casa! (Las rupias son pesetas.) "¿Pues qué le pasa? —pregunta Pipo haciéndose el inocente—. ¿Tanto traga esa perra, digo esa princesa?" "¡Uuuuh! Como que no para de comer un momento. Mire, mire, señor mago." Y Abu Shon lleva a Pipo ante una puerta para que ponga un ojo en el de la cerradura y vea a la tragonzuela Pipa en la ocupación en que la acabamos de ver nosotros.

"¡Muy bien!" —exclama el mago Celedón—. "¿Cómo muy bien? ¡Para mí, muy mal!" —protesta Abu Shon—. "Quiero decir que ya la embrujada está en disposición de ser desembrujada. Voy a practicar el sortilegio 1.387 para averiguar lo que hay que hacer para conseguirlo." Da cuatro zapatetas, traza en el aire siete círculos mágicos con su varita y dice: "Cesa, cesa, cesa — encantamiento fatal, — y que la bella princesa — recobre su forma real." Luego pega el oído en el suelo, como escuchando algo, y al fin declara: "Según me comunica mi primo hermano el Demón, para desencantar a la princesa hay dos medios: el primero es que siga comiendo así siete meses." Al oír esto, Abu Shon se desmaya.

Cuando recobra el conocimiento, dice; "Eso no, ¡nunca! Prefiero el segundo procedimiento, sea el que sea." "Pues el segundo procedimiento consiste en que vaya usted a un pozo que hay en las afueras de la ciudad, coja una rana que hay en el fondo y se la traiga para que le dé un beso." "¡Vamos; para luego es tarde!" Y se encaminan al pozo mágico.

Después de caminar un rato, nuestro ingenioso héroe y el malvado Abu Shon llegan al pozo indicado. "Es indispensable —declara Pipo— que sea usted, señor Abu Shon, el que baje a buscar la rana encantada." "Bajaré, pero ¿cómo?" "Muy sencillo: le ato a una cuerda, que desenrollo, y luego la vuelvo a enrollar para subirle." Y así lo hacen; es decir, lo que hacen es la primera parte nada más. Cuando Abu Shon está a la mitad del pozo, queda inmóvil, y entonces grita: "¡Más cuerda! ¡Que no llego hasta la rana!" Y Pipo, que ha atado la cuerda al brocal, contesta con una carcajada: "¡No te apures! ¡Ya cogerás la rana... en cuanto le crezca el pelo!"

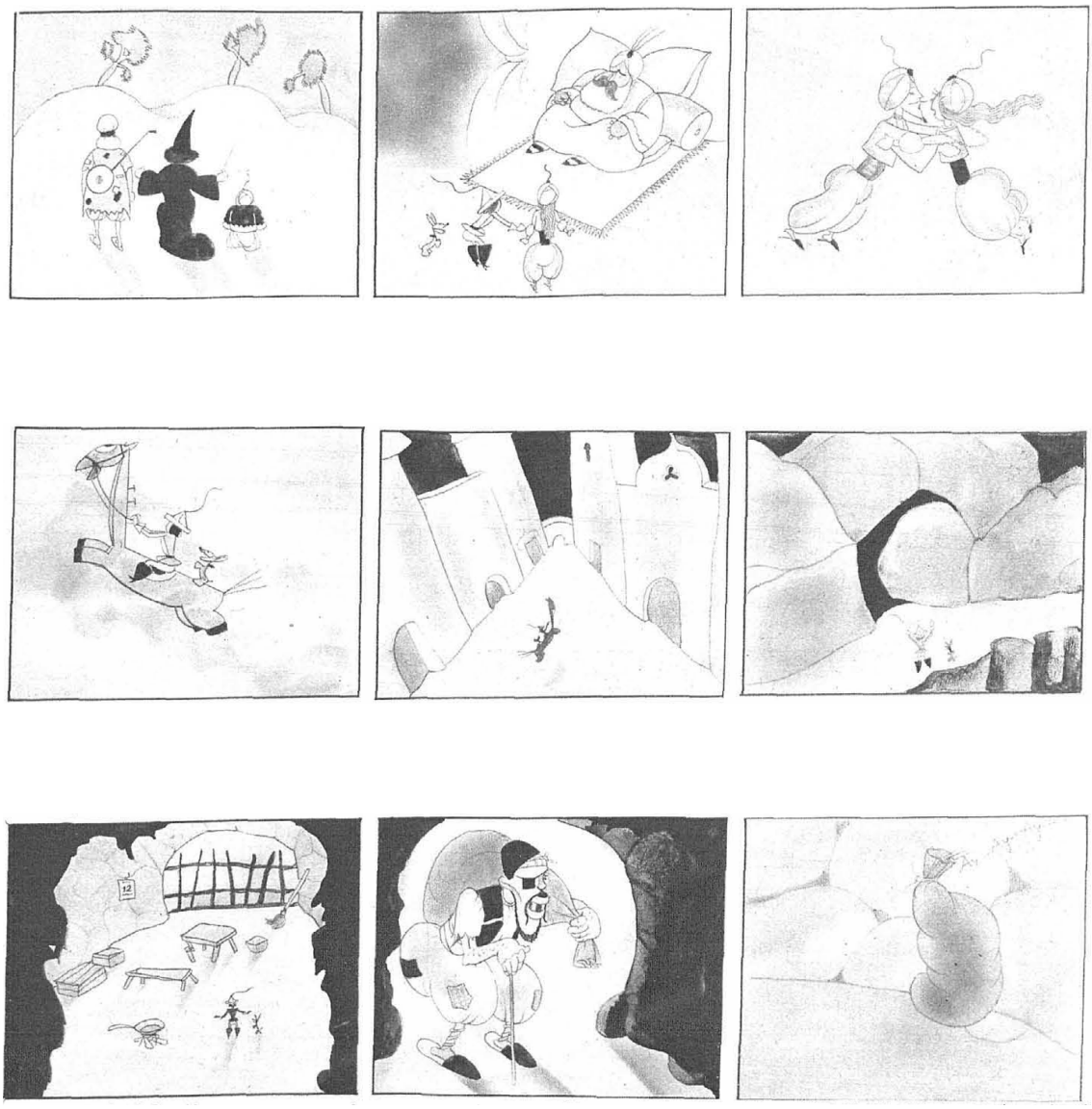


EPISODIO CCIX

EN LA CUEVA DE ALÍ BABÁ

Mientras que el malvado Abu Shon se queda colgando en medio del pozo (justo castigo a su perversidad; así aprenderá a no raptar princesas de Bengala), el supuesto mago, que es Pipo, con la supuesta música callejera, que es Scheherazada, y la supuesta princesita embrujada, que es Pipa, se alejan de aquella ciudad y vuelven a la India, donde el príncipe Agib sigue llorando la ausencia de su amada, y el sultán Moj-Hama sigue desesperándose por el dolor de su hijo. Nuestro héroe solicita del soberano una audiencia urgente, y, presentándole a su bella compañera, le dice: "Señor, aquí tenéis a la princesa de Bengala, a quien he tenido el honor de libertar de su feo raptor."

No queráis saber la alegría del sultán al conocer a su futura nuera; a grandes voces llama a su hijo, y tampoco queráis saber (porque si quisierais saberlo, yo no os lo sabría referir) la alegría del tierno Agib al caer en brazos de su prometida. En el acto se prepara todo para la boda y Pipa ya está relamiéndose, pensando en el festín, al cual será invitada, cuando su amo le echa por tierra tan bellas ilusiones gastronómicas. "No olvides —le dice— que el sultán Moj-Hama tiene en rehenes a Cocolín, haciendo de odalisca en su harén, hasta que le traigamos la lámpara de Aladino, su abuelo." "¡Ay, su abuelo!" —exclama Pipa—. Pero no ha acabado de gruñir, cuando se encuentra con Pipo sobre Trompetilla, que se eleva por los aires con dirección a Persia, que es donde suelen ocurrir los cuentos de las Mil y una Noches, y donde hay probabilidades de encontrar la lámpara. Después de cruzar la Cachemira, Trompetilla aterriza en una magnífica ciudad, donde las casas tienen puertas de oro. "Debe de ser Ispahan, la capital" —dice Pipo que está muy fuerte en geografía—. Salen de la ciudad y llegan a un bosque; en un claro, ante unas rocas, nuestro héroe se detiene: "Sospecho que estamos ante la cueva de Alí Baba y los cuarenta ladrones —dice—; vamos a probarlo." Y pronuncia en voz alta las palabras mágicas: "Sésamo, ábrete." Una de las rocas gira con un ruido impresionante, dejando al descubierto la entrada de una gruta tenebrosa. "¡Adelante, Pipa!" La perrita tiene bastante *mieditis,* pero se decide a penetrar en la cueva detrás de su amo, atraída por la esperanza de encontrarse con los tesoros de Alí Babá. Mas ¡qué desilusión! En lugar de oro y piedras preciosas, lo que hay allí son muebles cojos y desvencijados, un plumero pelón, mucho polvo y bastantes telarañas. Contemplando están nuestros amigos aquel cuadro desolador, cuando llega a sus oídos una voz cascada y temblona que les pregunta: "¿Qué hacen ustedes aquí, señores?" El que habla es un viejo mendigo, tuerto y desdentado, que trae un enorme saco al hombro. "¿Y usted quién es?" —dice Pipo— "Pues yo soy —contesta el anciano— el capitán de los cuarenta ladrones; los negocios andan tan mal que ya ven ustedes a lo que estoy reducido." Pero Pipo no le escucha; tan ocupado está en observar el saco, que es, en verdad, singular; se está moviendo solo y de su interior parten unos gemidos: "¡Ay, ay, ay!" ¿Qué diablos contendrá este saco?



EPISODIO CCX

EL PRÍNCIPE RATÓN

Pipo, siempre cauto, se guarda muy mucho de hacer ver que el saco misterioso le intriga... casi tanto como a nosotros. Y sigue hablando como si tal cosa: “¿Podría usted darme noticias de la lámpara maravillosa de Aladino, señor capitán de bandidos?” —pregunta—. “¡Huy! —exclama el tuerto, que habla muy mal—. Puede que *l´haiga tropezao* alguna vez, pero como tengo tan mala memoria, no me acuerdo. Ahora vendrá mi teniente, que *pué* que te dé razón.” En efecto, a poco entra el teniente, que es cojo y tiene una cara de bruto que no puede con ella, y un hacha que si que puede con ella, aunque pese lo suyo. Pipo le hace la misma pregunta y el contesta: “Recuerdo que la robamos hace muchos años, pero cuando estuvo aquí Alí Babá a quitarnos nuestros tesoros, se la llevó confundida con el oro y las pedrerías. Y cualquiera sabe dónde habrá ido a parar.” En esto se oye fuera un gran ruido y entra en tropel el resto de la cuadrilla, que terminada la jornada viene a la gruta. Pipa, que no se siente tranquila, murmura al oído de su amo: “Oye, vámonos, que aquí estamos de más.” Pero, lejos de hacerle caso, nuestro héroe, que tiene su idea, dice al capitán: “Si me deja usted pasar aquí la noche, mañana le indicaré un buen sitio donde robar.” Y el tuerto, engolosinado, le autoriza a que se tumbe con su perrita, mientras que los demás se retiran a dormir.

Al poco rato suenan cuarenta y un ronquidos, que corresponden a los cuarenta ladrones y a Pipa. Pipo vela. Cuando todos duermen profundamente, él se acerca a su perrita, le tira de una oreja y le dice: “Vamos a cerciorarnos de lo que contiene el talego, pues sospecho que en él hay gato encerrado.” De puntillas, se acercan al saco, lo desatan y, ¡oh, sorpresa!, surge ante ellos un gracioso ratoncito de orejas enhiestas, dientecillos agudos y erizados bigotes: “¡Anda —exclama Pipa—, no había gato, sino ratón encerrado!” Pero el cautivo protesta: “¡Tampoco! Pues no soy un ratón, sino un príncipe, a quien mi madrastra convirtió en roedor, porque me negué a casarme con su sobrina. Y estos bandidos me han robado y me tienen secuestrado para pedir por mí un gran rescate a mi padre, el emperador de la Cochinchina.” Aunque hablan muy bajito, sus voces han despertado al teniente, que no era tan teniente. El bandido se acerca blandiendo su hacha. Pero Pipo se vuelve dispuesto a defenderse y desenvaina su espada de madera.

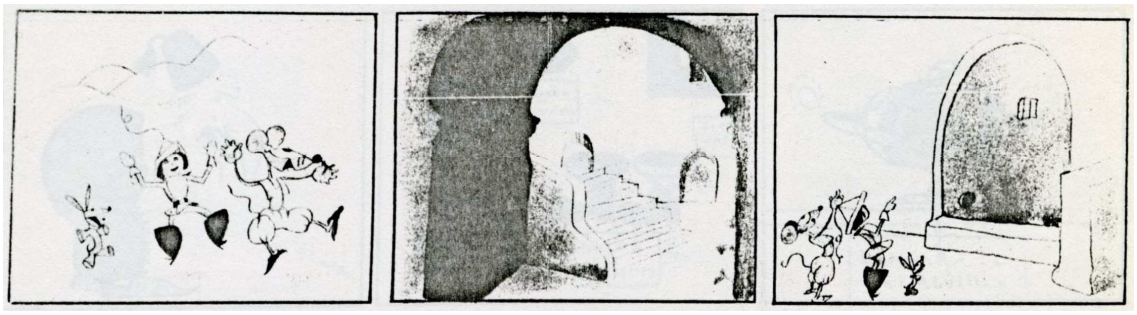
Luchan, y al fin la espada del héroe, ¡riss, paff, catapum!, se hunde en el cuerpo del horrible cojo y lo atraviesa de parte a parte. La lucha ha sido silenciosa, pero el bandido, al caer pesadamente al suelo, mete ruido, y ya de las tinieblas surgen varios ladrones al mando del capitán tuerto: “¡Huyamos!” —dice Pipo—. Agarra al ratoncito de una pata, a Pipa de otra, y los tres salen escapados. Pero en lugar de seguir corriendo, escalan unas rocas que hay ante la gruta, y desde aquella altura, ocultos detrás de las piedras, ven como la cuadrilla de los cuarenta ladrones surge en tropel y sale en persecución de los fugitivos, sin sospechar, los muy brutos, que los están dejando atrás.

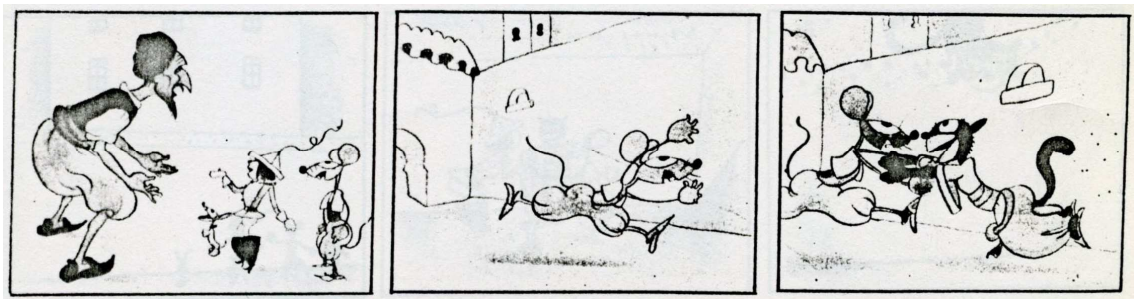
EPISODIO CCXI

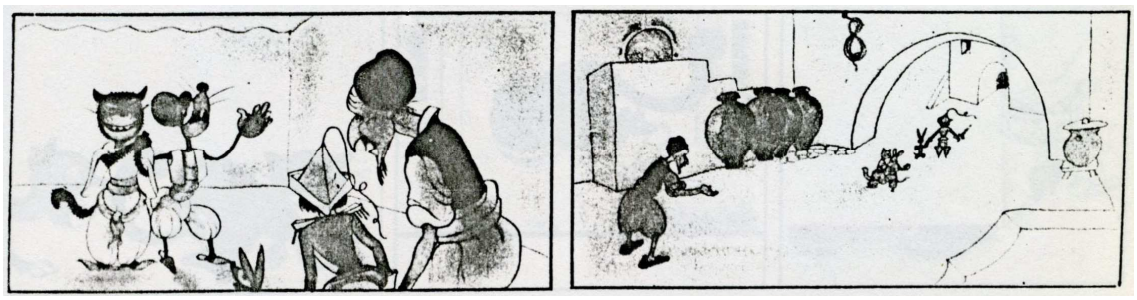
EL PRINCIPITO RATÓN Y LA PRINCESA GATITA

Cuando los cuarenta ladrones se hubieron alejado en busca de los fugitivos, éstos salieron de su escondite y riendo se cogieron de las manos y las patas y se alejaron, tan contentos, que iban cantando aquello de “Alirón, alirón, pom, pom, pom, pom”, que suele ser lo primero que se le ocurre a Pipo cuando sale con bien de una nueva aventura.

Después de estas expansiones, Pipo dice a sus compañeros: “No basta con que hayamos salvado la vida. Ahora hay que seguir buscando la lámpara maravillosa que nos permitirá rescatar a la gentil Cocolín de las garras del sultán. Puesto que fue éste quien se la llevó, vamos en busca de él.” Y hacia la Persia dirigen sus pasos, ya que, según el cuento allí vivía Alí-Babá y debe seguir viviendo, inmortal como todos los héroes de cuentos. En efecto, en una ciudad persa les indican la casa de éste; Pipa va contentísima, pensando: “Ese señor tan rico vivirá en un palacio magnífico y nos recibirá con un festín espléndido.” Pero, ¡oh, desilusión! La casa de Alí-Babá es una casucha ruinosa. Sale a abrir la puerta un anciano harapiento, que les dice: “Yo soy Alí-Babá. Os veo asombrados de encontrarme tan pobre. La cosa fue porque mi fortuna estaba vinculada a un talismán que era la lámpara maravillosa…” “¿Esa lámpara, dónde está?” —interrumpe Pipo—. “Pues ese es el mal. Un día pasó un trapero que voceaba: “Se cambian lámparas viejas por lámparas nuevas.” Mi mujer oyó aquel pregón, y creyendo hacer un buen negocio, entregó, a cambio de una nueva, mi lámpara maravillosa, vieja y estropeada. Desde que me quedé sin aquel talismán se acabaron para mí la dicha y la riqueza.” Mientras que Alí-Babá habla, suena el maullido de un gato; al oírlo, el ratoncito echa a correr lanzando un grito agudo. “¡Cielos! —exclama Pipo—. Nuestro príncipe se ha asustado al oír un gato. ¡Corramos a defenderlo!” Y se lanza, espada en alto, detrás de su amigo. Pero ¡cuál no es su asombro al verlo avanzar hacia un gato negro —que es gata— y caer en sus patas tendidas, mientras que ambos lloran de emoción! “¿Qué es esto?” —pregunta Pipo—. “Esto es, señor —contesta el príncipe de la Cochinchina encantado—, que no hay tal gata, sino la princesita Zobeida, mi prometida, a la cual la misma bruja que a mí me encantó convirtió en gata para que de este modo nos llegáramos a odiar uno a otro. Pero no lo ha conseguido, pues nuestro amor es tan grande, que aun bajo estas formas enemigas nos seguimos amando.” Ante este escena conmovedora, Pipa, que en el fondo es una sentimental, rompe a llorar a moco tendido, y nuestro propio héroe se enjuga discretamente una lágrima furtiva. Ahora, que en seguida se rehace y dice: “Todo esto es muy bonito, pero basta de emociones. Puesto que el ratón y la gata, quiero decir el príncipe y la princesa, se han encontrado, que sigan juntos; en vez de tres, seremos cuatro para buscar la lámpara maravillosa. Lo primero que hay que hacer es encontrar a aquel trapero de que nos ha hablado el señor Alí-Babá, que por cierto me da muy mala espina, pues sospecho que el cambalache de las lámparas lo hizo con la peor intención del mundo.”







EPISODIO CCXII

LA CASA DE LOS TALISMANES

El viejo Bedreddin era judío y coleccionista; pero así como otros se dedican a reunir la mayor cantidad posible de cuadros, miniaturas, billetes del tranvía capicúas o cosas así, él solamente coleccionaba talismanes. En su casa se hallaban ya casi todos los talismanes que se han conocido desde que el mundo es mundo y se cuentan cuentos en él.

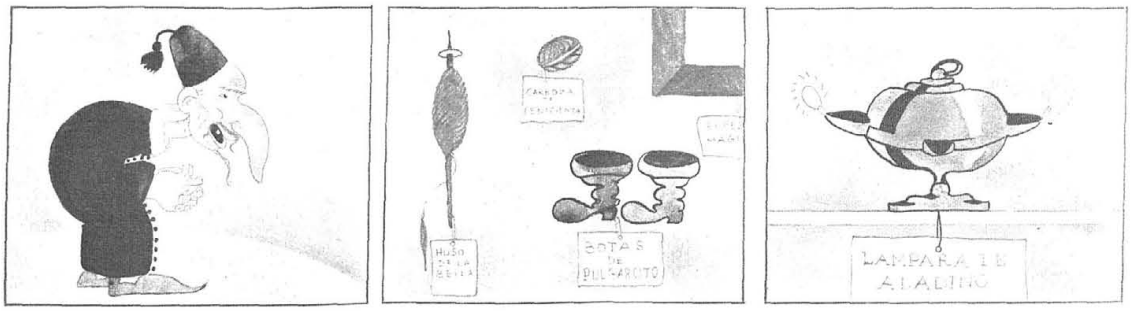
Allí estaban las botas de siete leguas de Pulgarcito y el huso fatal, cuyo pinchazo hizo que la Bella quedara dormida por cien años. Y estaba la nuez de donde salió la carroza en la que la Cenicienta fue al baile, y había bolsas de ésas que siempre están llenas de oro, y mesas de ésas que siempre aparecen cubiertas de ricos manjares.

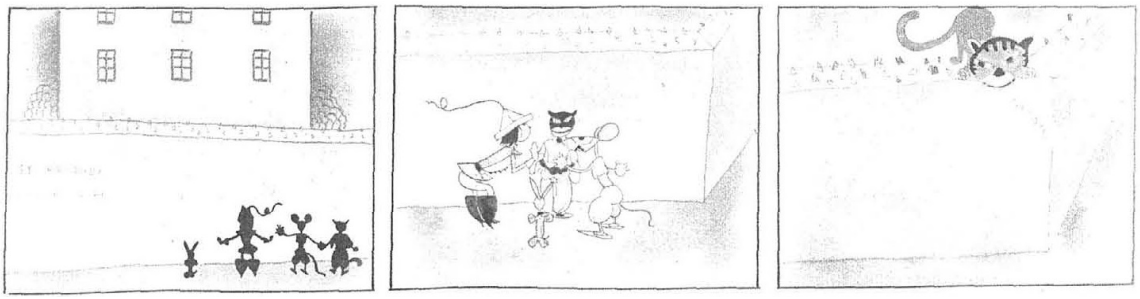
También había espejos de aquéllos que se utilizaban para ver en ellos a las personas que estaban lejos, cuando todavía no se había inventado el cine, y alfombras en las cuales se iba por los aires cuando todavía no se habían inventado los aeroplanos, y caracolitas con las cuales se oían las voces a grandes distancias cuando no había teléfono. Pero cierta lámpara de aspecto vulgar y humilde ocupaba el lugar preferente entre todos los talismanes: era la famosa lámpara maravillosa de Aladino. Ante la casa del viejo coleccionista han llegado nuestros cuatro amigos, o sea Pipo y Pipa con el ratoncito príncipe y la princesita gata. "Hay que entrar ahí" —dice Pipo—. "Pero, mi amo —protesta Pipa— ¿tú te has fijado en que el muro que rodea la casa está erizado de cristalitos de colores, y no ves lo chiquitinas que son las ventanas, con sus gruesos barrotes, y lo fuertes que son las puertas, con sus enormes candados?" Claro que nuestro héroe se ha fijado en todos estos obstáculos. Y por eso, mientras delibera con sus compañeros sobre la manera de penetrar en aquella casa, que es una verdadera fortaleza, se siente algo preocupado. De pronto, oye un maullido que le suena más dulcemente que un tango argentino. "Ahí hay un gato —exclama—, y esto me sugiere un plan estupendo." En efecto, sobre la cresta del muro aparece un hermoso gato pardo. "¡Ocultémonos!" —dice Pipo.

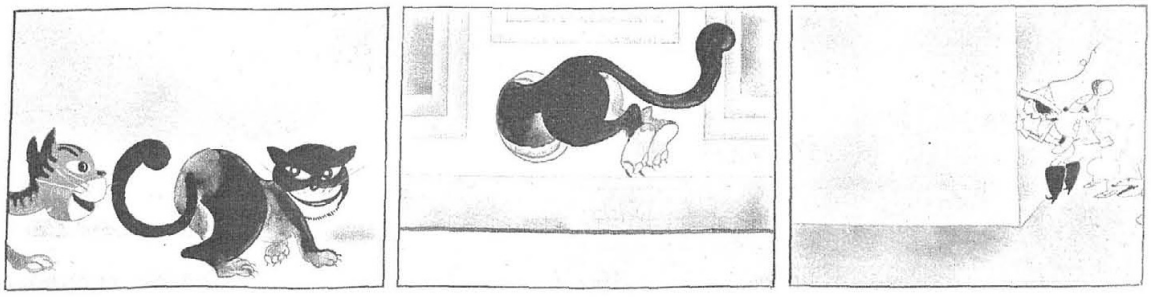
Y ya escondidos, Pipo explica su plan: "Nuestra amable princesita —dice— va a entablar amistad con ese gato, que la invitará a entrar. Y cuando esté dentro, se las arreglará para franquearnos la entrada a nosotros." Al punto, Zobeida se despoja de su traje oriental, y, acercándose al gato pardo, dice con coquetería: "¡Miau, hola, gatito resalau, miau!"

El gato pardo, al que casualmente le encantan las gatitas mimosas, se apresura a contestar: "¡Miau, miau, entra y te daré guisau, miau!" "¡Miau, miau —dice entonces la princesa , ya me has conquistau, miau!" Y seguida del gato pardo se desliza en la casa por una gatera tan estrecha que apenas cabe su cuerpecito flexible.

"¡Ya está dentro de la plaza!" —exclama Pipo frotándose las manos con satisfacción—, "Pipa también está contenta de que haya sido otra y no ella la que ha entrado en la casa misteriosa. Solamente el ratoncito príncipe está triste y las lágrimas le resbalan hasta los bigotes. Teme que su adorada corra algún peligro... o que se enamore del gato pardo.


HUSO DE LA SEDA
BOTAS DE SIETE LEGUAS
LAMPARA DE ALADINO





EPISODIO CCXIII

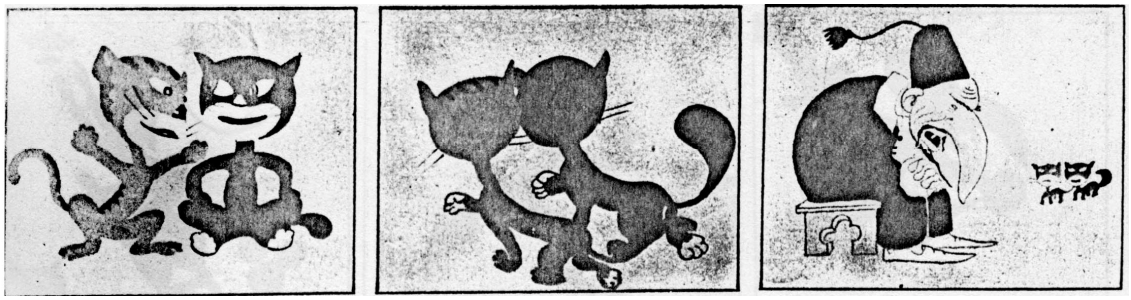
LA LLAVE

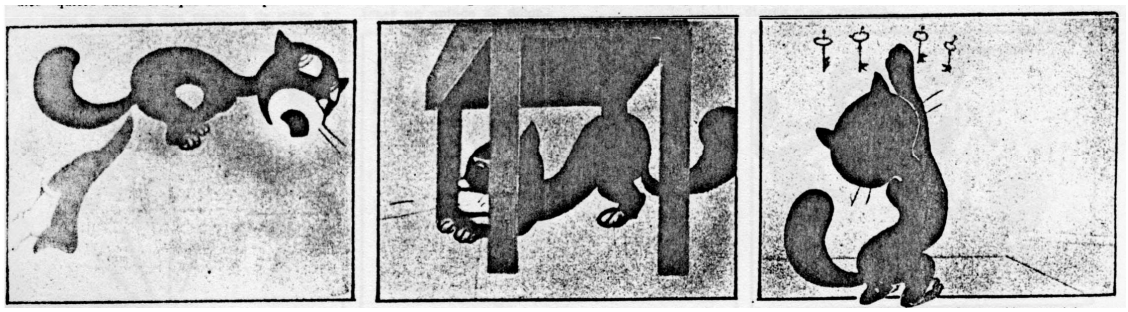
“¡Oh, gatita! ¡Cuán bella eres! ¡Te amo! ¿Quieres casarte conmigo?” Así habla morronguis, que, como puede verse, es un gato muy inflamable. Pero Zobeida, no porque parezca una gata deja de ser princesa, y sabe lo que las jóvenes bien educadas deben contestar en estos casos. “Antes de darte el sí —dice— quiero saber con qué cuentas para casarte.” “Pues mira —contesta Morronguis—; yo soy un cazador de ratones, y en esta casa abundan.” “Pero eso es el plato fuerte; no nos vamos a alimentar sólo de ratones.” “El amo me compra cordilla todos los días. Además, es aficionado al queso y nunca falta un postre de cortezas.” “Entonces, enséñame la casa a ver si me gusta.” Los dos, cogidos de la pata, recorren el caserón, lleno de talismanes, y Zobeida se fija en el sitio en que está la lámpara de Aladino. “Ahora —dice— quiero conocer al amo.” Su adorador la conduce a presencia del viejo Beddreddin, pero éste, que está de mal humor y es un grandísimo tacaño, se pone furioso al ver la nueva huéspeda: “¿Otro gato? —exclama—. Nada; para cazar ratones me basta con uno, y no voy a gastar más en cordillla. ¡Largo de aquí, intrusa!” Y le da una patada. ¡A toda una princesa! ¡Qué falta de respeto! La pobrecita Zobeida, herida en su dignidad real… y en su espalda, está a punto de saltarle a las narices al muy bruto y destrozárselas a arañazos. Pero por no echarlo todo a perder, se conforma con refugiarse debajo de una silla, donde medita sobre la mejor manera de facilitar a sus amigos la entrada en la casa. Afortunadamente, su adorador, Morronguis, se acerca a consolarla, llevándole una corteza de gruyère que ha cogido en la basura, y, a fuerza de zalemas, la gatita consigue sonsacarle el sitio en que el amo guarda las llaves.

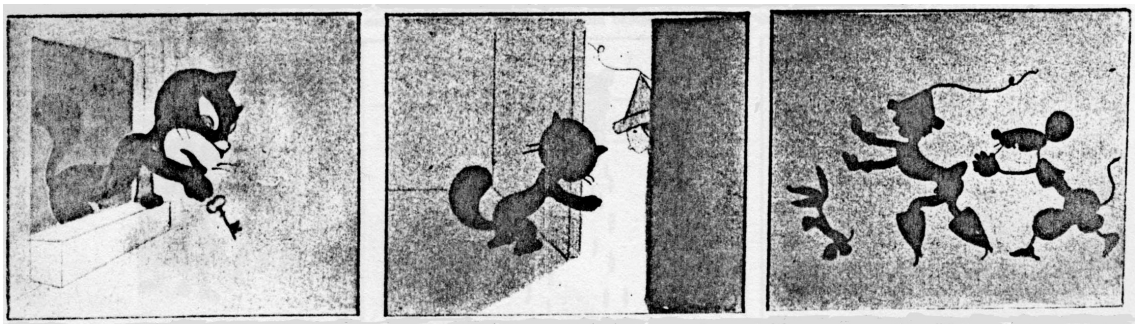
Luego Zobeida espera la ocasión propicia, que es cuando el antipático de Beddreddin está durmiendo, y el ingenuo Morronguis está muy entretenido en la guardilla buscando algún ratón que la muy tuna gatita le ha pedido. Entonces, ella, con pasitos suaves de sus patas de terciopelo, va a elegir entre las llaves la de la puerta de la calle.

La coge, y, acercándose a una ventana, chista: “Chist, chist.” Y lanza la llave, segura de que allá abajo sus compañeros están dispuestos para recogerla. En efecto; la llave ha caído entre las manos tendidas de Pipo y el héroe, al recibirla, se pone contentísimo. “Ya está franca la entrada” —murmura—. Segundos más tarde, nuestros tres amigos entran en el caserón de los talismanes; en el umbral de la puerta les espera Zobeida, que cae en patas de su prometido. ¡Pobre gato Morronguis! ¡Si él viera esto! ¡Qué desencanto! ¡Ah! ¡Así son de pérfidas las gatitas, aunque sean princesas! Pero el héroe no está dispuesto a desperdiciar en sentimentalismos aquellos minutos preciosos.

“No perdamos tiempo —dice—: hay que buscar en seguida la lámpara de Aladino.” “Yo sé dónde está —dice Zobeida—, y os voy a conducir. Pero no metáis ruido, porque podría oírnos el viejo coleccionista… y el gato Morronguis.” Con mil preocupaciones, Pipo, Pipa y el ratón siguen a la princesa en las tinieblas misteriosas de la casa de los talismanes.







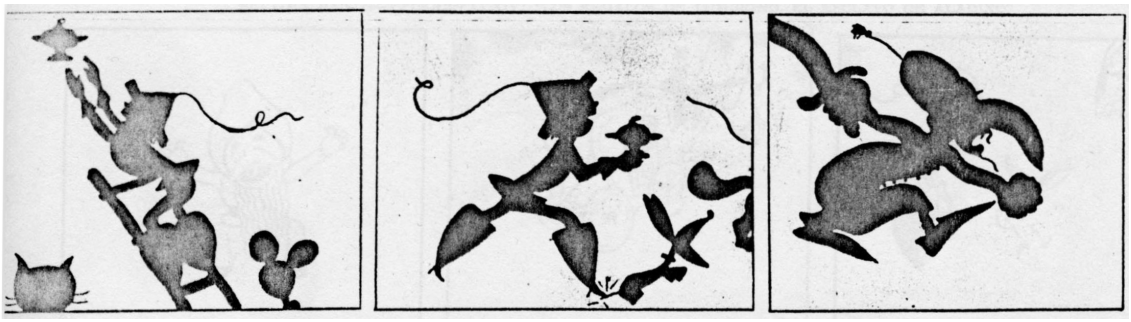
EPISODIO CCXIV

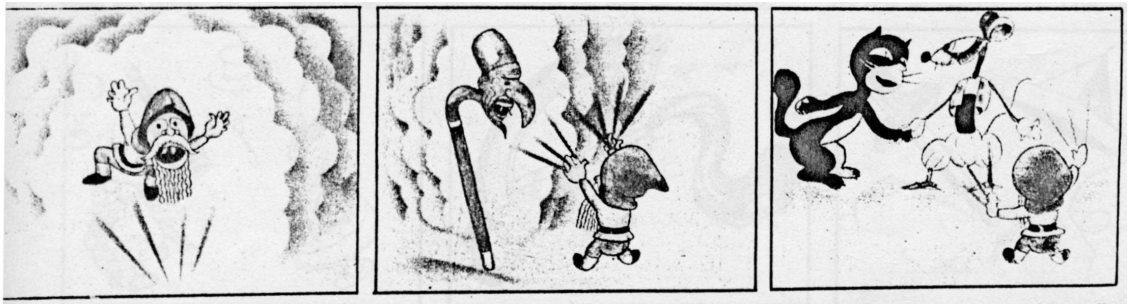
LA LÁMPARA DE ALADINO Y EL ENANO LOMBRINO

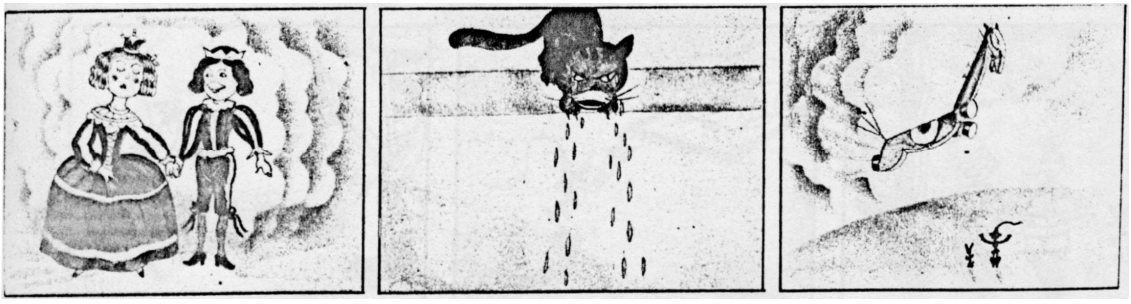
Sigilosamente, la gatita negra conduce a nuestros amigos a una amplia estancia y les dice, como la "Señá Rita", en *La Verbena de la Paloma*: "Ya estáis frente a la lámpara. Y ahora, ¿qué vais a hacer?" "¡Toma, cogerla!" —contesta Pipo—. Como la lámpara está colocada en lo alto de un armario, nuestro héroe se sube a una escalera de mano y se apodera del precioso talismán con la satisfacción de asegurarse así cien años de perdón, puesto que está robando a un ladrón. En seguida huyen, pero como, a pesar de llevar una lámpara no se ve ni gota, Pipo tropieza con un mueble, da un traspiés y le pisa la cola a Pipa, que no puede contener un aullido de dolor a pesar del susto que lleva en el cuerpo. Y hay para asustarse, pues el grito de la pobre perrita ha despertado al terrible judío Beddreddin, que abre los ojos exclamando: "¿Qué oigo? ¡Ladrones! ¡Ay, que me roban mis talismanes!" Salta de la cama como una fiera, agarra un alfanje enorme y afiladísimo y se precipita hacia la estancia donde están nuestros amigos, con tal ímpetu, que no les da tiempo a huir. Pero ya Pipo, con su habitual presencia de ánimo, se acuerda de que dispone del más poderoso de los talismanes del Mundo; frota su lámpara, según dicen en el cuento de Aladino que hay que hacer, y aparece un extraño enanito entre una nube de humo que a todos hace estornudar, toser y carraspear. El fantástico personaje dice con voz aguda: "Soy el enano Lombrino. ¿Qué me quieres, Aladino?" Y Pipo le ordena: "Quiero que conviertas a este viejo bandido en el objeto al que más se parezca." Apenas ha pronunciado estas palabras, cuando el enano transforma al judío en… un bastón.

Después de realizar esta hazaña, el enano dice: "¿Deseas algo más? Mándame, pues soy tu esclavo y el esclavo de todos los que tengan en su poder la lámpara maravillosa." "Te mando —dice Pipo— que devuelvas a estos amigos su forma natural." "Nada más fácil" —contesta—. Y ordena al ratón y a la gata: "Cogeos las manos, como si os fuérais a retratar. ¡Muy bien! Ahora inclinad un poco la cabeza… Sonreíd… Mirad hacia mi mano y veréis qué pajarito más lindo sale de aquí… Quietos un momento… Ya está." Y es verdad: el ratoncito y la gatita se han convertido en un apuesto galancete y en una linda damisela, que caen en brazos uno de otro, llorando de alegría y de amor. La escena resulta emocionante.

Pero la interrumpe un maullido de rabia y de desesperación; es el gato del viejo coleccionista, que lo ha presenciado todo y se ha convencido de la traición de la gatita negra. "¡Y decía que me amaba! —exclama—. ¡Ah, cuán perra era esta gata!" Y se va, tirándose de los bigotes. "Voy a pedirte un tercer favor —dice Pipo al enanito—, y es que por el teléfono misterioso de tu poder mágico avises al garaje de los caballos encantados para que venga el mío en seguida." "Que de la próxima villa — venga al punto Trompetilla" —grita Lambrino—. Y en seguida aparece por los aires el brioso corcel de cartón verde, que con un relincho alegre acude a las plantas de su amo querido y glorioso.



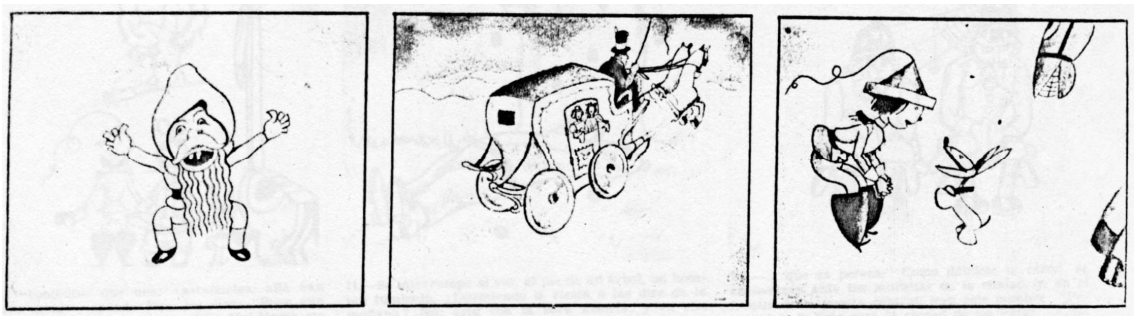


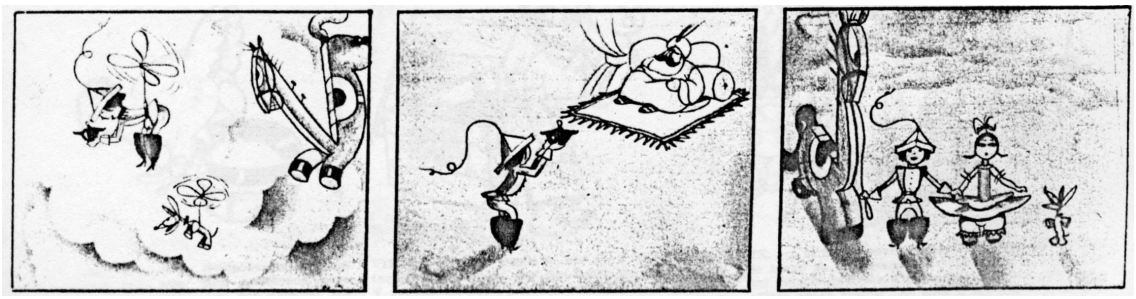


EPISODIO CCXV

LOS REGALOS DE LOMBRINO, EL ESCLAVO DE ALADINO

"¿Qué más deseas de mí, señor? —pregunta el enanito—. Ya sabes que soy tu esclavo y el esclavo de todos los que poseen la lámpara maravillosa." "Deseo —contesta Pipo— que me proporciones una carroza para estos amigos míos, pues no me parece bien que vuelvan a pie a su país." Lombrino pronuncia unas palabras y el suelo se abre a sus pies, y de las entrañas de la tierra surge un coche magnífico, de oro y nácar, forrado de raso, tirado por dos caballos blancos guiados por un cochero enchisterado. El ex ratoncito, príncipe de la Cochinchina, y su prometida, la princesa Zobeida, ex gatita negra, se instalan en aquella carroza, que parte al galope, mientras que ellos, por la portezuela agitan pañuelos y gritan "¡Adiós, adiós!" a sus buenos amigos Pipo y Pipa, que, llenos de emoción, los ven desaparecer así hacia el trono, el amor y la dicha. Pero Pipa tira a su amo de una manga: "Oye, siempre pides cosas para los demás." "No hay nada más agradable que hacer el bien" —dice Pipo—. "Ya lo sé, mi amo, por eso no estaría de más que hicieras un bien pidiéndole al enanito cosas para nosotros, ¿no te parece?" "Bueno —consiente Pipo—, pide lo que quieras, con tal de que sea algo que no nos estorbe para el viaje." "Pues pido una buena comida que no nos estorbará nada, puesto que nos la comeremos en seguida." Y dicho y hecho; como llovidos del cielo, caen manjares a los pies de nuestros héroes: una tarta, un pollo asado, pasteles, frutas, vinos variados… ¡Menudo festín! Cuando han terminado, el buen Trompetilla pregunta: "¿Y yo puedo pedir algo?" "Pide —concede Pipo—, yo le transmitiré a Lombrino tu deseo." "Pues pido que me aumente la cola." Y al momento las tres crines del caballito de cartón se convierten en una cola magnífica, que Trompetilla contempla con satisfacción. Y dice Lombrino: "Antes de que me vaya celebraría, señor Pipo, regalarte algo a ti también." "Yo —dice Pipo— sólo deseo dos cosas. La primera es que remoces algo mi casco y mi espada, que se me han estropeado bastante." Al momento aparecen un casco de papel flamante y una espada de madera tan barnizadita que parece que sale del bazar. "¿Y la segunda?" —pregunta el enano—. "La segunda es algo que a Pipa y a mí nos permita volar sin montarnos en Trompetilla, a quien le pesamos demasiado, sobre todo ahora que tiene que soportar el peso de su nueva cola." Y les salen en la espalda unos aparatos que, haciendo de hélices, los levanta en vilo y los lleva por los aires, y mientras pierden de vista al complaciente enanito, llegan en breves minutos al país del sultán Moj-Hama, de quien Pipo solicita audiencia para entregarle con toda solemnidad la lámpara de su abuelo Aladino. Al recibirla, el sultán dice: "Has cumplido tu palabra y yo voy a cumplir la mía, devolviéndote al punto a tu amiguita Cocolín." Y así lo hace. ¡Qué alegría la de los cuatro compañeros al verse de nuevo reunidos, después de tantas fatigas! La gentil Cocolín se apresura a quitarse su traje de odalisca y a ponerse su vestidito de organdí, y, todos, cantando el "alirón, pom, pom", emprenden el camino de regreso.





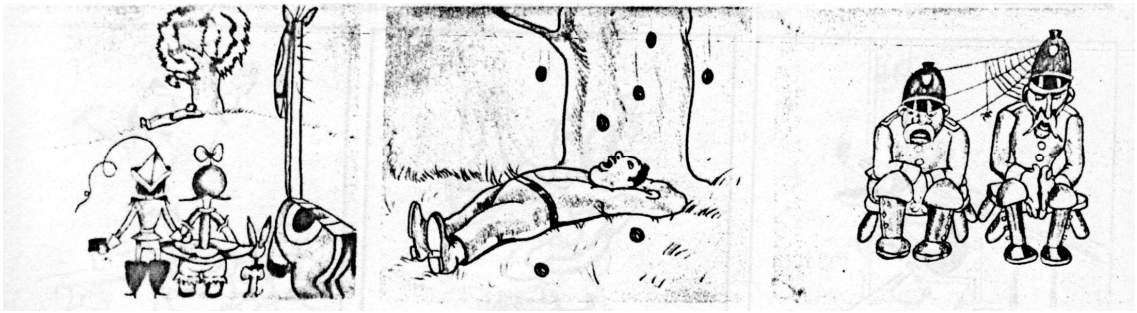
EPISODIO CCXVI

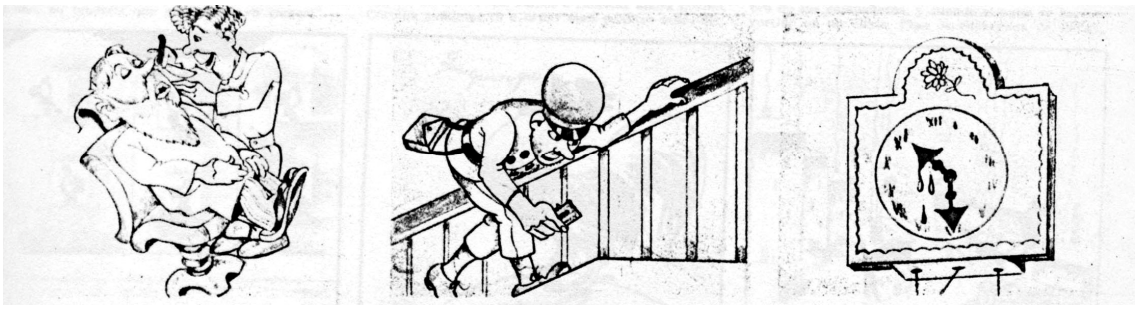
EN PEREZONIA, CAPITAL DE HOLGAZANOLANDIA

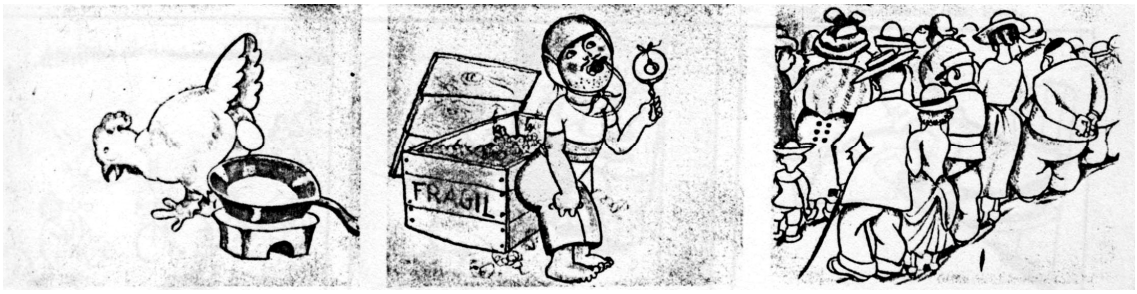
Más contentos que unas castañuelas, allá van nuestros amigos, cuando Pipo les dice: “Pues aún no sabéis lo mejor, y es que el sultán Moj-Hama me ha hecho un regalo de despedida.” “¿Qué es? —inquieren Cocolín y Pipa, llenas de curiosidad—. ¿Dinero? ¿Una joya?” “No; es un libro, pero un libro maravilloso: un tratado de hechizos árabes.”

Se interrumpe al ver, al pie de un árbol, un hombre tumbado. ¿Durmiendo la siesta a las diez de la mañana? No; está con la boca abierta, y en ella caen del árbol nueces, que el hombre, sin moverse, se come, con cáscara y todo. “¡Mira que comer nueces sin pelarlas!” —dice Pipa—. “¡Ya, ya; qué gusto!” —dice Cocolín—. “Yo —dice Pipo— más bien creo que es pereza.” Como dándole la razón, se encuentran ante las murallas de la ciudad, y, en el frontis de la puerta central, leen este nombre: “Perezonia”. “¿Esto será la ciudad de los Pérez, no, mi amo?” —pregunta Pipa—. Pero Pipo le dice: “No; es la capital de Holgazanolandia, el país de la pereza.” En la primera calle ven unos guardias que hacen el servicio sentados y adormilados, y tanto tiempo deben de llevar ya en esta postura, que, entre sus cascos, una araña ha tejido una tela complicada. En Perezonia, todo es lento y pachorrente. La gente trabaja lo menos posible y tardando siempre lo más que puede. Así, los barberos afeitan con tal cachaza, que, al terminar de rasurar la segunda mejilla, ya la barba ha vuelto a crecer en la primera. El “botones” que tiene que entregar un telegrama o un continental a un señor que vive en el tercer piso, sube las escaleras tan despacito y deteniéndose a descansar tantísimo tiempo en cada peldaño, que cuando llega, ha crecido, y el traje se le ha quedado chico, y él, ya no es chico.

En Perezonia, no solamente las personas, sino también las cosas padecen la terrible enfermedad de la holgazanería. Así, las manecillas de los relojes, para marcar una hora tardan tres, con lo cual allí el día tiene setenta y dos horas, la semana veintiún días y el año treinta y seis meses. Los habitantes de Perezonia se llaman perezosos. Y como, pese a su holgazanería, no son tontos, lo tienen todo muy bien combinado para molestarse lo menos posible. Así, por ejemplo, las gallinas no están en los corrales, sino en las cocinas, y colocadas de forma que pongan sus huevos directamente en las sartenes. Y así todo, pues los de Perezonia son vagos de nacimiento hasta el punto de que para venir de París tardan mucho más que los bebés de otros países. Y cuando un nene llega, ya está hecho un hombrecito. Todas estas y muchas cosas más las ven nuestros amigos al visitar la ciudad con asombro y regocijo. Pipo, sin embargo, no se ríe como sus compañeros. Está indignado —¡él, tan trabajador!—, y al fin no puede contenerse y exclama: “Esto lo tengo yo que remediar.” “¡Pero eso es imposible, mi amo!” —protesta Pipa estupefacta—. “¿Sí, eh?… ¡Pues ahora veréis!” Se sube a un banco de la plaza Mayor y grita: “¡Perezosos, acudid! ¡Os voy a dar una gran noticia!…” De todos los puntos de la ciudad va acercándose gente pasito a pasito.






FRAGIL

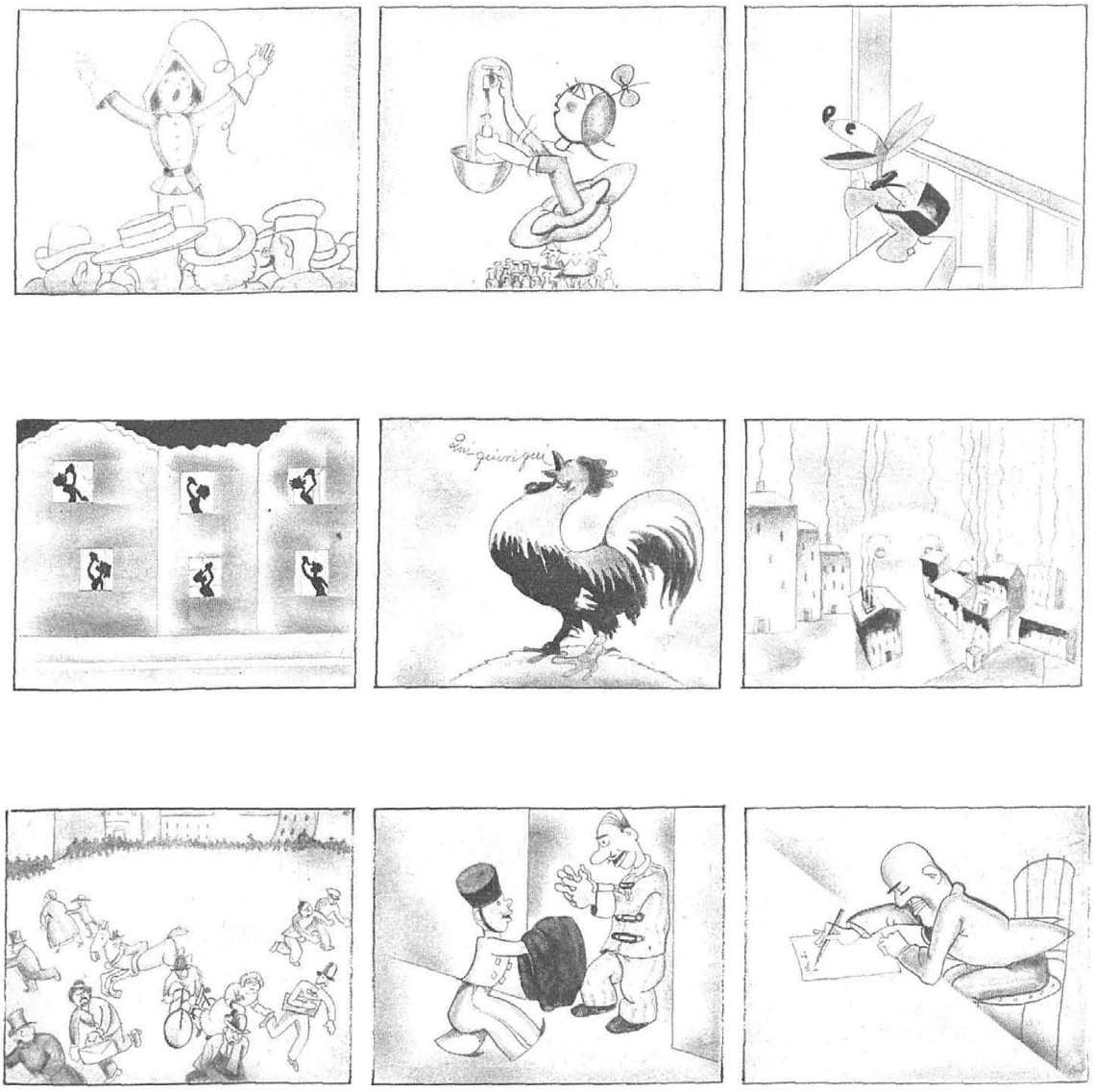
EPISODIO CCXVII

EL ELIXIR MÁGICO

"¡Perezoso! —grita Pipo—. ¡Acudid y oíd la gran noticia: vengo a traeros un regalo magnífico. Se trata de un elixir magnífico, del que basta con tomarse un frasco por la noche para estar alimentado y no volver a tener apetito en un año. Hoy se os llevará a vuestras casas un frasco para cada uno, y así, en un año, no tendréis que molestaros en comer!"

Mientras la gente se aleja comentando la noticia. Pipa pregunta: "¿Es verdad, mi amo, eso que les has dicho?" "No —dice el héroe—; los efectos maravillosos de mi elixir son otros, que ya se verán." "¿Y dónde tienes ese elixir?" —pregunta Cocolín, a su vez—. "Lo vamos a fabricar ahora mismo. Cocolín, ayúdame tú a llenar unos cuantos miles de frascos con agua de la fuente." Realizada esta operación. Pipo explica: "Ahora voy a encantar este agua con unos cuantos hechizos árabes, según fórmula sacada del librito de brujería que me ha regalado el sultán." Así lo hace, ante el asombro de sus compañeros, y cuando el agua se ha convertido en un elixir, Pipa es encargada de llevar los frascos y repartirlos en todas las casas, dejando uno en cada piso. Y aquella noche, como es verano y hace calor y todos los balcones están abiertos, nuestros tres amigos, que recorren las calles de la ciudad, pueden ver cómo todos los vecinos vacían cada cual su frasco de elixir oriental, con la ilusión de no tener que molestarse en comer en un año.

"¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí!" ¿Qué es esto? El gallo Perezoso, que solía lanzar su primer "quiquiriquí" hacia el mediodía, ha cantado hoy antes de que amanezca. ¿Cómo se ha sentido de repente tan madrugador? Anda, pues aún sucede hoy en Perezonia algo mucho más extraordinario. Y es que el sol, que no acostumbra allí a levantarse antes de las siete de la tarde, sale hoy (¡hoy sale, hoy!) de madrugada. Y el propio sol, al aparecer en el cielo queda estupefacto al ver que de todas las chimeneas de todas las casas sale humo, lo cual demuestra que todos los hogares están encendidos, y, por lo tanto, que todos los habitantes están ya en pie. ¿Cómo en pie? ¡Mucho más! Están en la calle, corriendo, empujándose, atropellándose unos a otros, en su afán por llegar antes a sus respectivos quehaceres. Así los hombres corren al taller o a la oficina; las mujeres, a la compra; los chicos, a la escuela. Todo el mundo está rabiando por trabajar. El aspecto de Perezonia ha cambiado. Este prodigio, ya lo habréis comprendido se debe al elixir maravilloso de Pipo. Los perezosos se han vuelto tan trabajadores que ahora los barberos afeitan a sus clientes antes de que les salga la barba, y los sastres entregan los trajes antes de que se los encarguen. Se terminan en ocho días las obras de cierto teatro de la ópera que llevaba en construcción trescientos ochenta y siete años. Ahora ya todo el mundo contesta a las cartas antes de recibirlas, y los médicos curan o matan sin esperar a que nadie se ponga enfermo. Los perezosos comprenden que Pipo les engañó y que el elixir mágico no alimenta, como les dijo. Pero no les importa. ¡Si ya el comer no es una molestia y el ganar para comer es un gusto!



EPISODIO CCXVIII

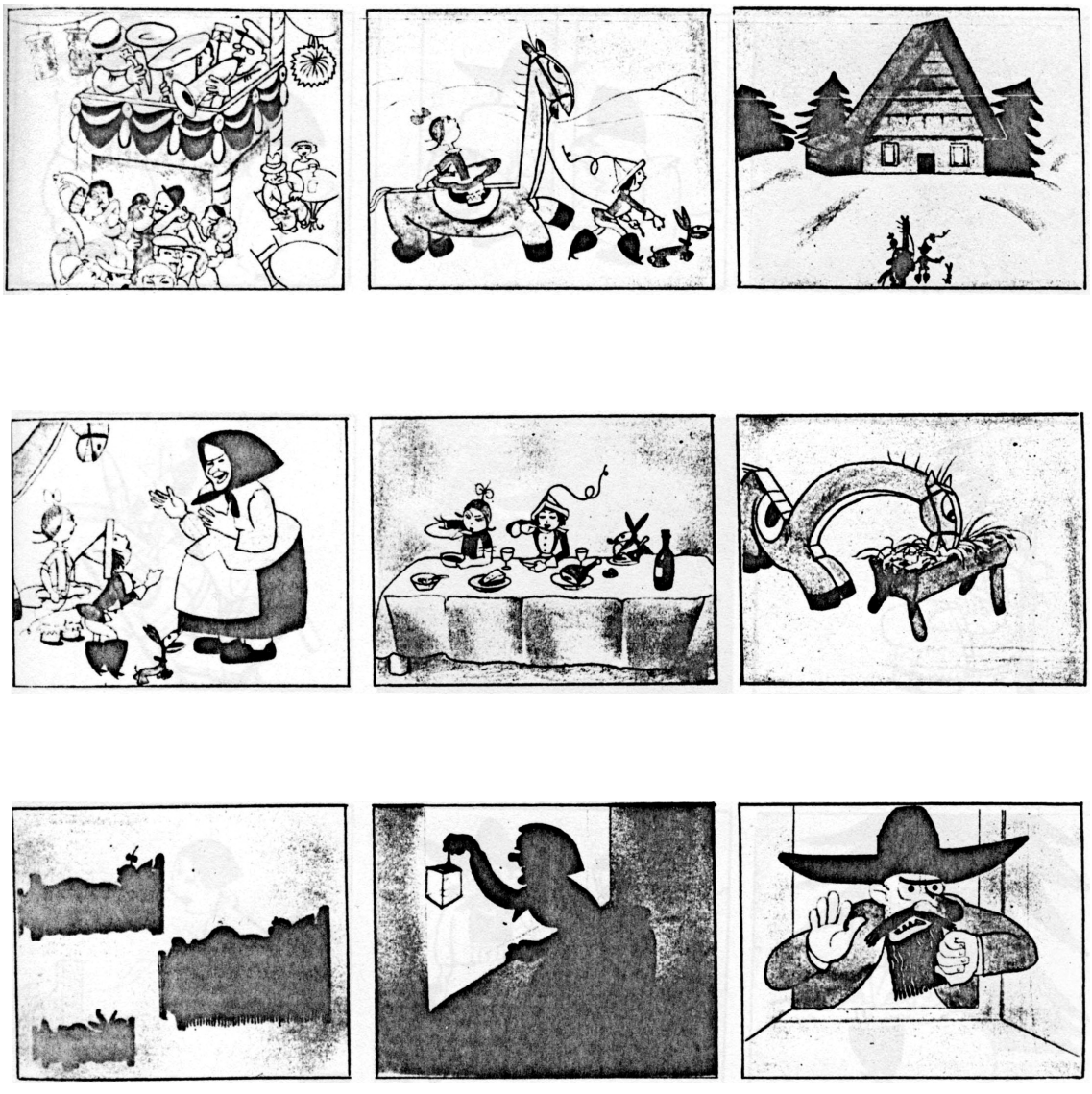
LA CASITA DEL BOSQUE

Los perezosos están contentísimos de verse curados de su pereza, porque se dan cuenta de que, gracias al trabajo, ganan dinero, viven mejor y mejoran de salud; en una palabra: son más felices que antes. Para festejar tan favorable cambio, celebran una gran fiesta, en la que todos bailan como peones y aclaman al gran Pipo. Pero nuestro héroe es tan modesto que no quiere honores ni agasajos; él hace el bien por el gusto de hacerlo, así es que se apresura a alejarse de Perezonia, huyendo de la popularidad, con sus compañeros. Al cabo de unas cuantas leguas de camino, Cocolín se queja dulcemente: "¡Estoy cansadita!", y Pipo la coloca sobre Trompetilla para que vaya más a gusto.

Al poco rato, Pipa, algo envidiosilla, gime: "¡Tengo sueño!, ¡tengo hambre!, ¡tengo sed!" "¡Vaya —dice el héroe, un poco impacientado—; está visto que con niñas y perritas no se va lejos!" Y les promete que descansarán y comerán en la primera posada que encuentren al paso. Precisamente, al caer la noche, llegan a una casita aislada y aunque no sea una posada, Pipo llama; sale a abrir una vieja aldeana. "¿Podríamos descansar y cenar en su casa, señora?" —pregunta el héroe—. "¡Pues no faltaba más! ¡Con mucho gusto! ¡Pasen ustedes!" —exclama la mujer—. Entran, y ella los colma de elogios: "¡Uy, qué niño tan simpático! ¡Y qué niña tan linda! ¡Y qué perrita! ¡Y qué caballito tan gracioso!" "¡Y qué señora tan amable!" —exclaman a una nuestros amigos, encantados con esta acogida—. Pero esto no es nada para lo que les espera; y es que la bondadosa mujer los sienta ante una mesa, que cubre con la mar de cosas ricas; allí hay de todo: que si huevos fritos, que si pollo asado, que si jamón en dulce, que si vinos finos, que si natillas, que si… qué sé yo. No hay que decir lo encantados que están nuestros amigos, mientras en la cuadra Trompetilla encuentra, en un pesebre magnífico, pienso abundante de granos de cebada, tan amarillos y relucientes, que en su vida de caballito de cartón ha probado comida tan sabrosa. ¡También él se da un banquete!

Ya bien comidos y bien bebidos, Pipo, Cocolín y Pipa, apenas tienen tiempo de sentir cansancio cuando ya la amabilísima dueña de la casa los conduce a unas habitaciones donde les esperan unas camas blanditas y sábanas perfumadas con espliego y verbena, que invitan al sueño. Y no hay que decir que los tres se apresuran a aceptar la invitación.

Ya duermen nuestros amigos, soñando que a su encantadora huéspeda le nacen alas de ángel. Pero la realidad es bien diferente. La mujer hace ahora algo tan raro, que yo no lo entiendo. Se acerca a una ventana, llevando en una mano un farolito, y hace con él unas señas misteriosas. En el mismo instante, de las tinieblas impenetrables de la noche se destaca una figura singular: es un hombre que lleva un sombrero muy grande, tiene los ojos redondos, la nariz gorda y colorada, unos bigotes enormes y una barba enmarañada. Este personaje inquietante se acerca a la ventana y hace a la mujer una pregunta breve y sencilla que a mí, os lo confieso, me pone los pelos de punta.



EPISODIO CCXIX

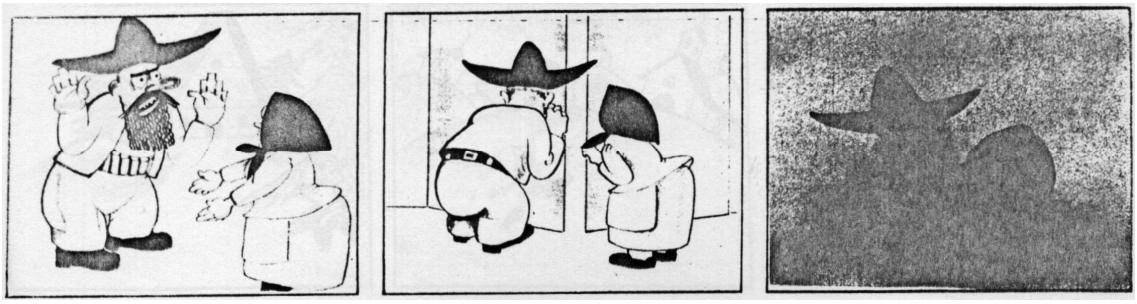
EL HOMBRE MALO DE BUEN CORAZÓN

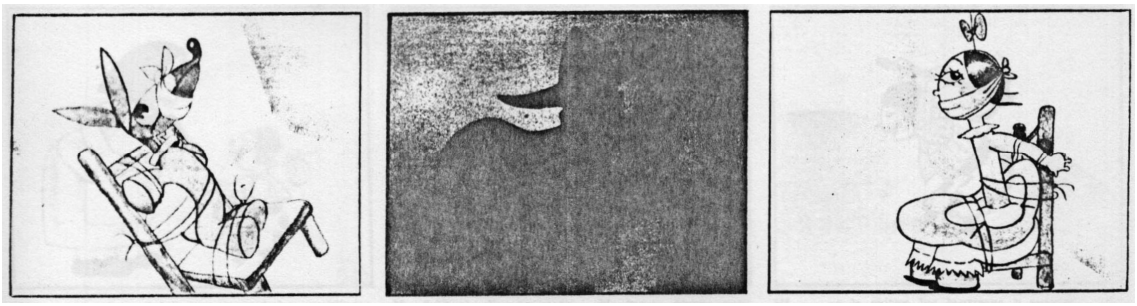
El hombre barbudo ha preguntado: “¿Ha caído algo?”. Y la mujer contesta: “Sí: una niña y una perrita, vienen con un niño y un caballo. Ya les eché, como de costumbre, un narcótico en la comida, y todos duermen profundamente. Anda, aprovecha el momento para meterlas en la cueva, y así podremos esperar a que pasen gitanos para vendérselas.”

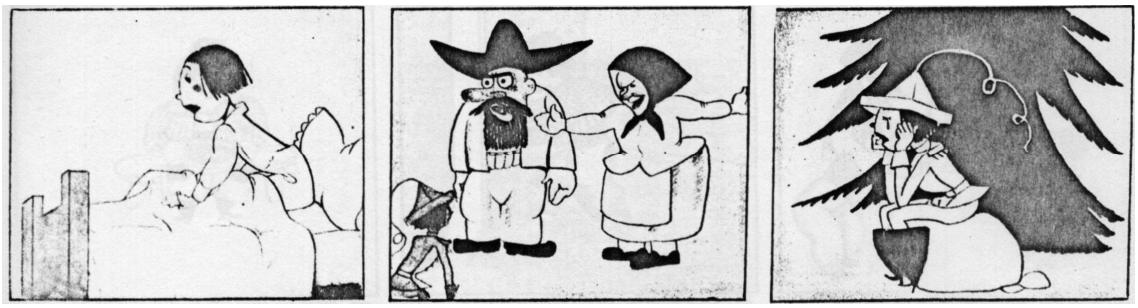
¡Cielos! ¡Qué espantosa revelación! ¿De modo que la mujer de aspecto bondadoso es una ladrona de niñas y perritas? ¿Y el hombre barbudo su cómplice? Y…, pero no perdamos el tiempo y sigamos a la terrible pareja, que se dirige sigilosamente al cuarto de nuestros amigos. ¡Oh, quién pudiera despertarlos para avisarles el peligro que les amenaza!

Al entrar, el hombre barbudo se detiene y murmura: “¡Me dan pena!” La vieja protesta furiosa, y su voz, tan dulce, es ahora de acíbar y vinagre: “¿Qué dices, idiota? ¿Acaso no eres un hombre malo?” “¡Claro que lo soy —dice él—, puesto que con esta cara feroz no tengo más remedio que serlo; pero tengo buen corazón!” Y entra a gatas hasta la cama de Pipa; con gesto rápido (se ve que tiene costumbre) le echa por la cabeza una toalla y se la lleva hasta los sótanos de la casa, donde la amarra fuertemente a una silla, no sin antes amordazarla para que no pueda ladrar. ¡En esta forma es como la perrita despierta de aquel sueño que tan bien empezó en la cama blanda y perfumada!

Entretanto, el hombre barbudo ha vuelto al cuarto en que siguen durmiendo nuestros otros dos héroes y se apodera de Cocolín de la misma manera que se apoderó de Pipa. Nuestra amiguita, que tiene el sueño menos pesado que Pipa, se despierta; quiere gritar, pero ya la toalla cubre su cabeza, ahogando su voz, y tiene que dejarse raptar… a dos pasos de Pipo, sin que éste se dé cuenta de nada. ¡Momentos después Cocolín se halla amordazada y amarrada en la húmeda cueva, frente a frente de Pipa! ¡Ah, cuántas cosas se dicen las dos cautivas con los ojos, comunicándose su terrible inquietud! ¿Y Pipo? ¿Podrá salvarlas? ¿Le cogerán? Pero no lo cogen porque la siniestra pareja solamente roba niñas y perritas. Y cuando, horas después, sale el gallo y canta el sol (quise decir lo contrario, pero estoy tan trastornado que no sé lo que me digo), Pipo despierta y se encuentra solo. ¡Qué raro que Pipa y Cocolín hayan sido tan madrugadoras! El héroe se levanta y, al salir del cuarto, se encuentra con el hombre barbudo y la anciana melosa. “¿No han visto ustedes a mis compañeras?” —pregunta— “Sí, señor —contesta la mujer (y su voz es dulce otra vez)—; muy de mañana se montaron en el caballo verde y se fueron al bosque; dijeron que iban a coger frutas para el desayuno.” Pipo espera, pero al cabo de un rato empieza a sentir inquietud. Se dirige al bosque y lo recorre llamando: “¡Cocolíiín! ¡Pipaaa!” Sólo el eco le contesta. Al fin, ya no duda de que les ha ocurrido algo, y, desesperado, angustiadísimo, cae rendido y llora. ¡Dios mío! ¿Qué habrá sido de la gentil Cocolín y de la simpática perrita? ¡Y pensar que allá, en la cueva fatal, han oído sus llamadas sin poderle contestar!





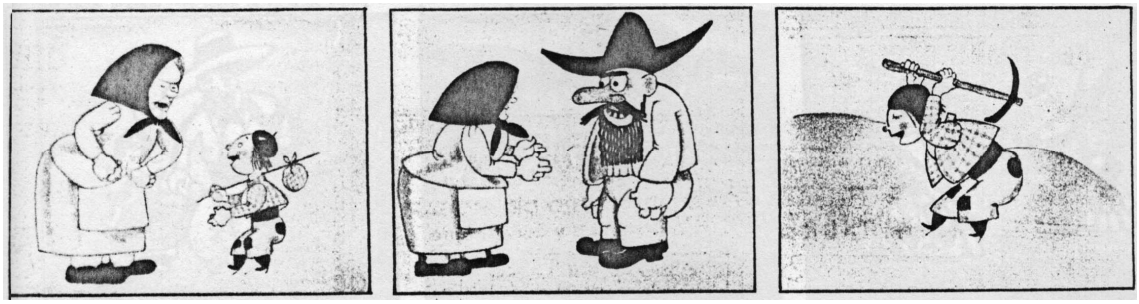


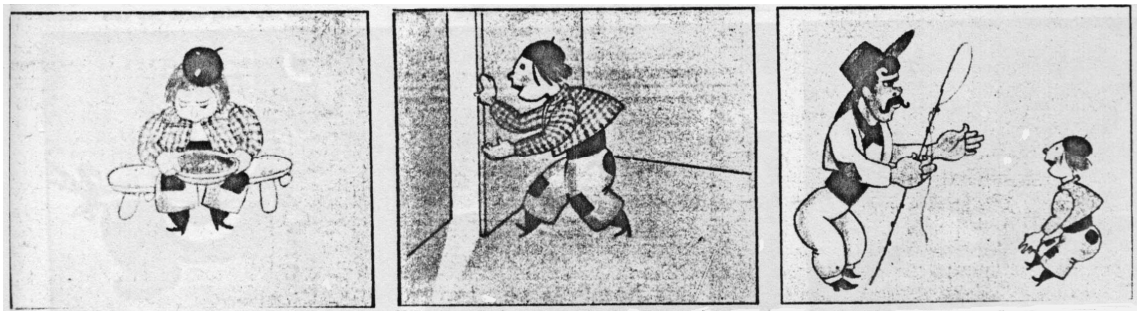
EPISODIO CCXX

EL GITANO

¡Ah! Pero Pipo no puede permanecer mucho tiempo desesperado… ni engañado tampoco. Pronto seca sus lágrimas, reflexiona, recuerda la amabilísima recogida que les hizo la víspera la amable anciana, su sueño tan pesado. Y bruscamente se pone en pie, vuelve hacia la casita y le nota, vista así a la luz del sol, cierto aire sospechoso que le hace fruncir el entrecejo y murmurar: "¡Toma, toma, toma!" Y toma, en efecto, una resolución. Lo primero que hace es dirigirse al pueblo más cercano, que se llama Tembleque, y bien merece su nombre, pues en él todo, desde los árboles hasta la iglesia, y desde las casas hasta la fuente de la plaza Mayor, todo aparece torcido, como bajo los efectos de un terremoto y como si estuviera esperando que otro terremoto providencial vuelva a enderezarlo todo normalmente. En otra ocasión nuestro héroe indagaría las causas del fenómeno al cual Tembleque debe su aspecto y su nombre. Pero ahora va a lo suyo nada más, y lo suyo consiste en comprarse un traje de chico pobre; así transformado con sus pantaloncitos remendados, su blusita de cateto y su boina, nuestro héroe vuelve a la casita y se presenta a la anciana, que, naturalmente, no reconoce a su huésped de la víspera: "Vengo de mi pueblo para servir —dice Pipo—, porque mis papás no pueden mantenerme." (¡Estos grandes detectives hay que ver qué imaginación tienen!)

"¡Huy! —dice la vieja—. No tengo dinero para pagar un criado." "Le serviré de balde, por la comida —dice Pipo—, y yo me conformo con cualquier cosa." Entonces la mujer le contrata y va a decirle al hombre barbudo: "¡Gran negocio! Ya tenemos criado que trabaje, no cobre y a quien podremos dejarle pasar hambre." Al oír esto, al barbudo… se le saltan las lágrimas y suspira: "¡Pobrecillo!" "¿Pero es que me vas a venir con bondades o qué?" —protesta la vieja furiosa—. "Es verdad, no me acordaba de que soy un hombre malo." En seguida el barbudo ordena al nuevo criado que vaya a la huerta a hincar el pico y que no deje de trabajar, so pena de acostarse sin cenar. Pipo obedece y trabaja todo el día como un negro, gracias a lo cual, por la noche le dan unos huesos que roer y le autorizan a que se tumbe a dormir en el suelo de la cocina. Pero él todo lo aguanta con paciencia, fingiéndose un pobre tontuelo miserable, y disimulando lo observa todo, a la expectativa de cualquier indicio que pueda ponerle sobre la pista de sus compañeras desaparecidas. ¡Ah, si supiera que están las dos en la misma casa que él! Así transcurren unos días, y una mañana llaman a la puerta; como criado bien enseñado, Pipo corre a abrir y se halla ante un tipo muy moreno que lleva un sombrero ancho y un látigo en la mano. En seguida comprende que es uno de esos gitanos que van en unos carromatos, de pueblo en pueblo, con chicos que roban y mujeres que hacen cestas y dicen la buena ventura. "¿Qué desea usted?" —le pregunta—. A su vez, el visitante indaga con fuerte acento andaluz: "Oye, *mosito*, ¿es aquí donde se venden niñas y perritas?" Al oír esto, a nuestro héroe le da un vuelco el corazón.



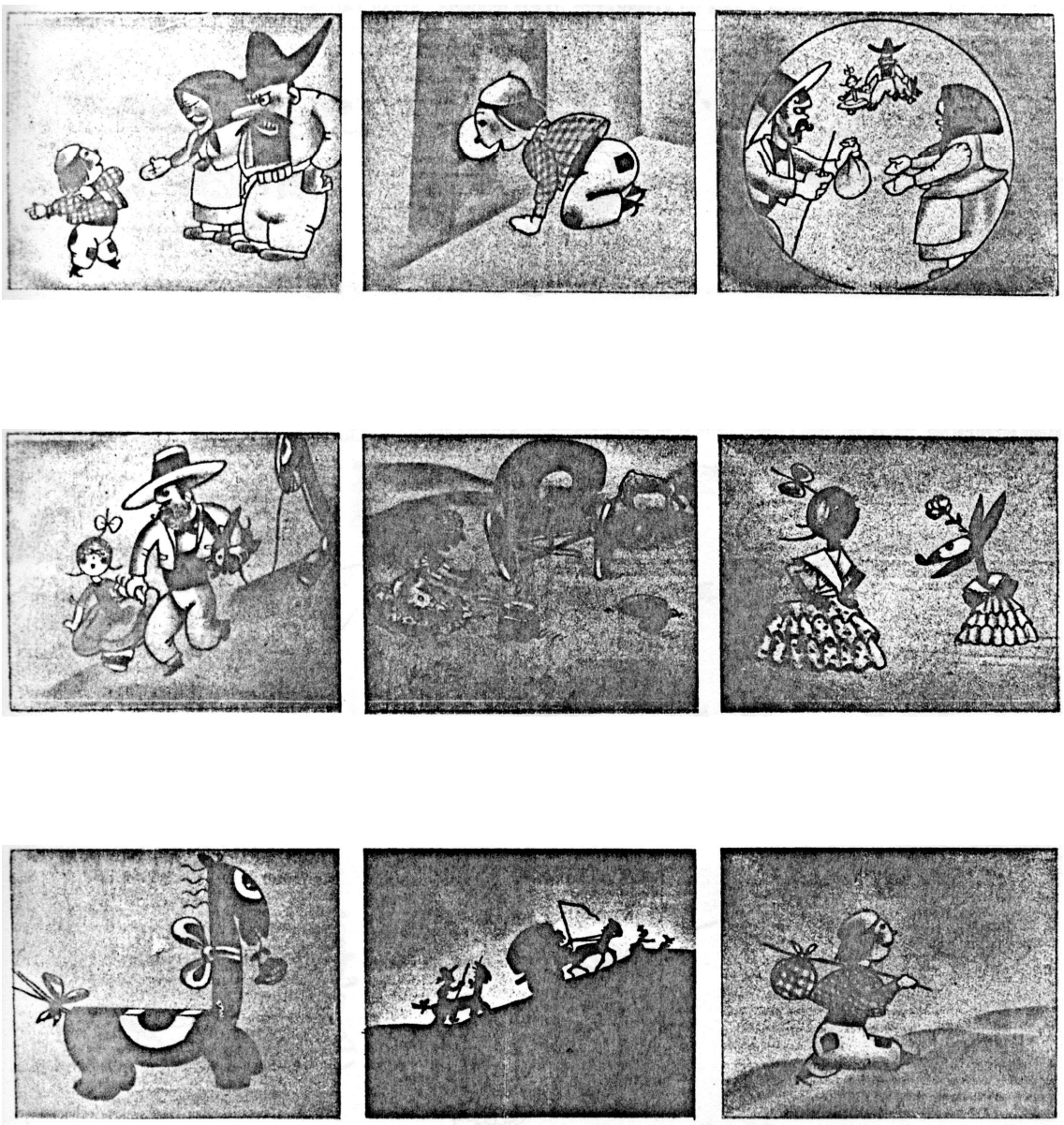


EPISODIO CCXXI

EN PODER DE LOS GITANOS

Al oír esta pregunta del moreno visitante, un rayo de luz cruza súbitamente por el cerebro genial de nuestro héroe (quiero decir que lo comprende todo), y se apresura a poner en boca de “sus amos” y decirles: “Ahí hay un señor, gitano él, que pregunta por ustedes.” El matrimonio se pone contento: “Ha caído negocio” —se dicen la vieja de miel y el hombre barbudo, y ordenan a “su criado”: “Hazle pasar y tú sal de la casa, pues no tienes que oír nuestra conversación.” Pipo cumple estas órdenes… pero a medias nada más. Tan pronto como ha hecho pasar al gitano, él sale; pero se queda pegadito a la puerta, acurrucado a la altura de un agujero de esos que se llaman gateras porque se hacen para que entren y salgan los gatos, o porque hay que ponerse a gatas para mirar por ellos. ¡Vaya si nuestro amigo tiene que oír la conversación! Y también tiene mucho que ver; así oye cómo después de un regateo el gitano entrega a la vieja una bolsa de dinero, y ve cómo el hombre malo baja a la cueva por una trampilla y reaparece trayendo a Pipa y a Cocolín. Nuestro héroe ahoga al verlas un grito de sorpresa y alegría: “Estaban aquí. ¡Ya me lo sospechaba yo!” El gitano las coge de la mano y de la pata y protesta: “También me habéis prometido un caballo.” Y le entregan a Trompetilla; con estos tres “objetos” se ponen en camino diciendo: “Hay que darse prisa, que nos espera la Niña de los Rizos”. En efecto, al poco rato llegan a un camino donde hay un carromato y junto a él, friendo patatas, está la tal “Niña”, que aparenta tener unos ochenta años, aunque en realidad, sólo ha cumplido los setenta y nueve. Después de la comida (en que el gitano y la “Niña” devoran una gallina y obsequian a Pipa y a Cocolín con una fuente de patatas viudas en segundas nupcias), la vieja se dedica a transformar a nuestras amigas en dos gitanitas de pura cepa. Que si falda de percal, que si mantoncito, que si flores en el pelo y en las orejas... Total, que en pocos minutos quedan convertidas en dos flamencas, tan “cañís”, que no hay que hablar. La transformación alcanza también al buen Trompetilla; se le adorna con multitud de lazos, moñas y rosas de papel rizado, y se le pinta todo él de negro, de manera que en lugar del brioso corcel de cartón verde, ya tenemos a un alazán árabe de pura sangre, perfectamente dispuesto para ser vendido a buen precio en la mejor feria de los pueblos cercanos.

Eso es precisamente a lo que se disponen los gitanos, ya que la comitiva se pone en marcha; delante van las dos flamenquitas de pega a pie; y aún tienen que andar despacito para no anticiparse al trote cansino del desventurado penco famélico que tira del carromato en que va, muy repantingada, la “Niña de los Rizos”. Cierra la marcha el gitano (que es el nieto de la “Niña”), fieramente encaramado sobre Trompetilla. Pero eso es lo que se cree él, que cierra la marcha. En realidad, llevan un séquito que ignora. Nada menos que a nuestro héroe, que se ha apresurado a abandonar la casa del bosque y sigue a la caravana, acechando el momento para libertar a sus compañeros.

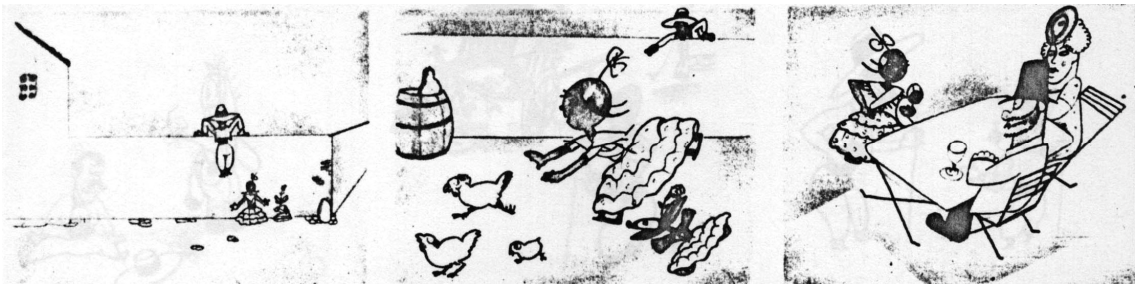


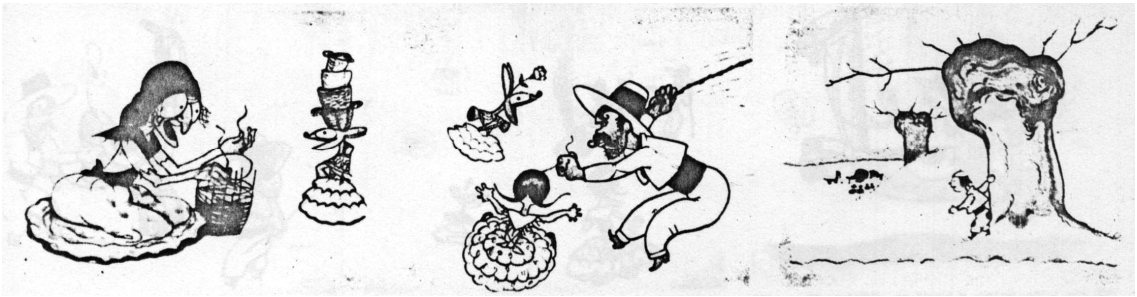
EPISODIO CCXXII

GITANERÍAS DE PIPA Y COCOLÍN

Pasito a paso va caminando la caravana; Pipa y Cocolín están angustiadísimas. ¿Adónde las llevarán, Dios mío? Además, cada paso que dan las aleja más de Pipo; al menos, es lo que creen ellas; nosotros ya sabemos que se equivocan, puesto que el héroe las sigue a prudente distancia. Al fin, la caravana llega a una ciudad: *"¡Arto!"* —ordena el *Lerele*, que así se llama el gitano. Y acampan en aquel lugar. En seguida el *Lerele* emprende la "educación" de sus cautivas. "Vais a trabajar —les dice—, porque en esta tierra cuca, el que no trabaja no manduca… y —añade— procurar no hacer conocimiento con mi compañero." Y les enseña el tal compañero, que no es otro que un enorme garrote que lleva en la mano.

Lo primero que aprenden Cocolín y Pipa es a bailar flamenco y a cantar *María de la O*. "Hace falta alegría —asegura el *Lerele*— para que la gente suelte el *parné*." Y en vista de lo conveniente que es la alegría, enseña a Cocolín unas canciones muy tristes y unos "¡ay, ay, ay!" tan lastimeros que parte el alma oírla. Sin embargo, nuestra amiguita está tan mona y Pipa contoneándose resulta tan salada que en la calle donde exhiben este cuadro flamenco la gente les colma de perras, que, naturalmente, el aprovechado *Lerele* se guarda muy lindamente. Luego se asoma a las vallas de los corrales, y cuando ve que no hay nadie, alza en vilo a sus dos víctimas, las pasa al otro lado y ¡hala, a coger gallinas! Esto para Cocolín es lo más duro de todo. Ladrona ella, que es una niña tan bien educadita. ¡Dios mío, qué vergüenza! Y vierte lágrimas amargas; en cambio, Pipa esta parte del programa la sobrelleva con resignación, porque si le horroriza robar, le consuela un poquito la perspectiva de que las gallinas de que se apodera tienen muchos huesos sabrosos que seguramente han de ser para ella. Luego el terrible *Lerele* entrega a Cocolín un muñeco de trapo, que semeja un bebé llorón, pero no para que juegue, sino para que, con él en brazos, se acerque a las terrazas de los cafés y diga a los señores que toman horchata: "¿Te la digo, *resalao*? Anda, échame una perrita para mi churumbelillo, patitas de *bailaor*." Entre tanto, a Pipa le han colocado sobre la cabeza unos cuantos cestos de mimbre de los que fabrica la *Niña de los Rizos* —que es la abuela de *Lerele*—, y la perrita, con sus patitas en jarras, tiene que ir a venderlos por las calles de la ciudad, mientras que Cocolín pide limosna o dice la buenaventura con un churumbel en brazos, seguidas por el gitano, que no las pierde de vista. Por la noche les quita el dinero que han recogido, y como encuentra que es poco, las agarra de las trenzas o de las orejas, rugiendo: "¡Sois unas holgazanas!", les pega, y, además, no les da de cenar más que un mendrugo de pan, mientras que entre él y su abuela se comen las gallinas robadas, en pepitoria. ¡Desventuradas amigas nuestras! Mientras comen su pan duro, ablandándolo a fuerza de lágrimas, gimen: "¿Qué habrá sido de Pipo? ¡Ay, si nos viera!" Ignoran que Pipo las ve, en efecto, pues se ha colocado detrás de un árbol cerca de allí y no pierde de vista el carromato y sus habitantes.



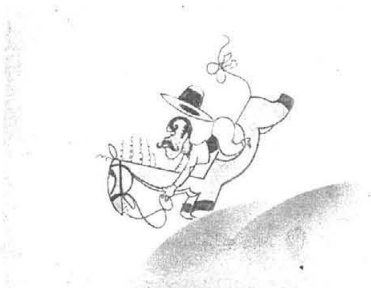
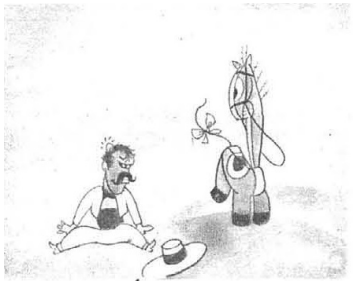
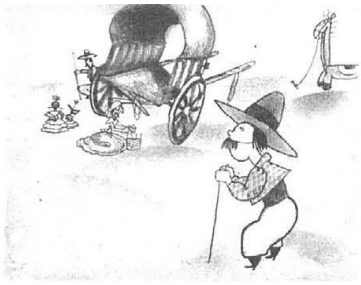


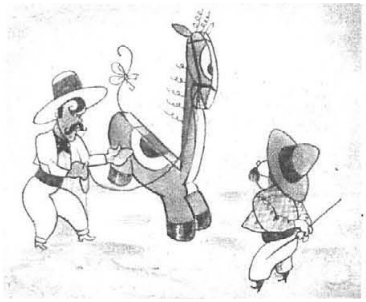
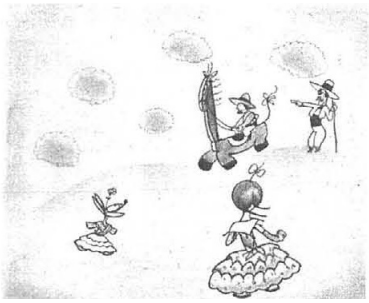
EPISODIO CCXXIII

EL “LERELE” VENDE UN CABALLO

El *Lerele* está muy ocupado en darle a Trompetilla una nueva mano de pintura negra y en acicalarle y adornarle para llevárselo a la feria del pueblo vecino, a ver a quién engaña encajándole un caballito de cartón verde, haciéndole pasar por un caballo árabe. Durante estas operaciones, Trompetilla le mira con el rabillo del ojo y nosotros, que conocemos a nuestro amigo, comprendemos que la sonrisita guasona de su hocico quiere decir: "Ahora verás tú cómo voy a consentir que me separes de mis compañeritas Pipa y Cocolín." Mientras tanto, el *Lerele,* terminada su obra, se monta de un salto sobre Trompetilla, y le grita: "¡Arre!"

No esperaba otra cosa Trompetilla para emprender la faena que tenía proyectada. Lo primero que hace es levantar las patas traseras, y el gitano, de un resbalón, cae hasta el cuello de su montura. En seguida, Trompetilla pega un salto de tres metros, describe una pirueta, se marca un paso de tango, seguido de una *carioca* endemoniada, da vueltas, zapatetas, cabriolas, y allá va el *Lerele* botando, saltando, girando como un peón, con las tripas hechas un *cocktail,* pálido, sudando y gritando: "¡Sooo!" Hasta que, al fin, Trompetilla levanta las patas delanteras, se yergue sobre las traseras; el *Lerele* da un último resbalón y cae al suelo describiendo tres volteretas en el aire, al cabo de las cuales queda con la cabeza llena de chichones y de pensamientos vengadores contra el endemoniado corcel. Pero ¿qué hacer? Lo mejor será venderlo cuanto antes a cualquier precio al primer primo que se presente. Este va a ser un viejo labriego, de sombrero ancho y grueso bigote cano, que de lejos ha observado la escena con gran interés, y se acerca al gitano, diciéndole: "Desearía comprar un caballo. ¿No tendría usted alguno en venta por casualidad?" "Ya lo creo —exclama el *Lerele* encantado—. Tengo uno que es una alhaja. Como que no lo llevo a Pamplona no me lo quiten." Y le presenta Trompetilla. "Me gusta —dice el viejo labriego— y lo quiero probar." El gitano piensa: "Lo va a hacer migas." Pero no se atreve a negar la prueba, y el labriego monta sobre el caballo con una agilidad que no se sospecharía de sus muchos años. ¡Cosa extraña! El terrible caballito se deja montar con docilidad, y es que, quizá antes que nosotros mismos, ha olfateado que el desconocido es nada menos que su amo, nuestro gran Pipo, disfrazado y con bigote postizo. Pero Cocolín y Pipa, de lejos, no han reconocido a su ilustre compañero, y empiezan a gritar y llorar: "¡Ay, que se lleva a Trompetilla! ¡Ay, qué solitas nos quedamos!" Apenas se ha montado, el jinete desliza en las orejas del caballo unas palabras misteriosas; en el acto Trompetilla se lanza a correr como una flecha, y en el preciso instante en que pasa cerca de la niña y la perrita, el falso labriego las agarra a las dos, las levanta en vilo con una fuerza asombrosa y todos desaparecen en una nube de polvo. La escena ha sido tan rápida, que el *Lerele,* sin tiempo ni para lanzar un grito, se ha quedado estupefacto.

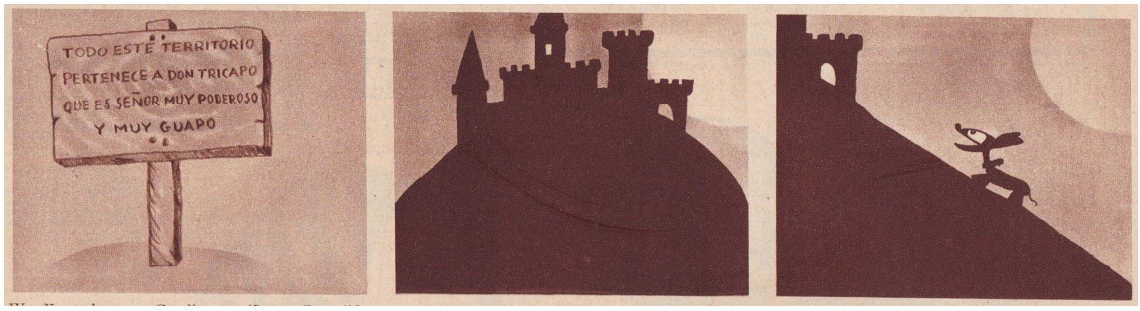
EPISODIO CCXXIV

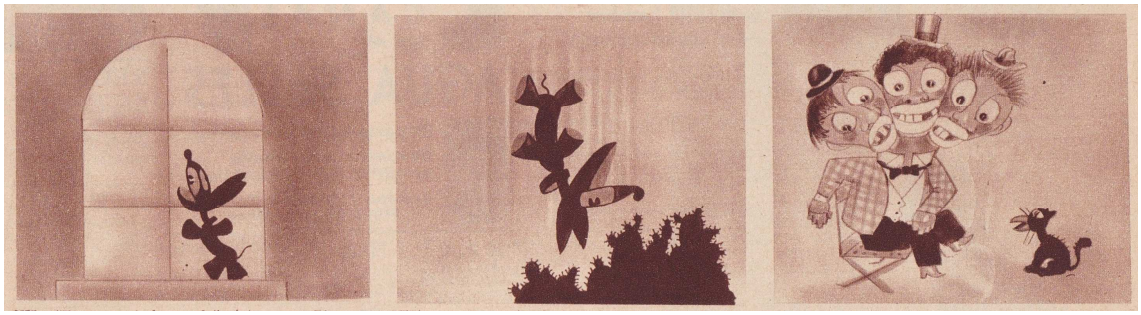
EL SEÑOR TRICAPO ES MUY GUAPO

Mientras galopa el brioso Trompetilla, Pipa y Cocolín, asustadísimas, lanzan gritos agudos semejantes a los que pudieran lanzar un cochinillo que se viese en aeroplano: “¡Ay, ay! ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Para, Trompetilla!” Pero ni el raptor les hace caso ni el buen caballito aminora su carrera, y hasta juraría que en su simpático hocico se dibuja una sonrisita burlona dedicada a sus amigas y compañeras. Al fin, cuando se hallan lejos, muy lejos del campamento de los gitanos, el jinete no tiene más que pronunciar a media voz una palabra: “¡Sooo!”, para que su caballo se detenga en seco. Y Cocolín y Pipa, ya en tierra firme, medio desmayadas aún del susto, oyen una carcajada y ven al labriego despojarse de su bigote y de su sombrero y lanzan un grito de alegría: “¡¡¡Pipo!!!” “¡Hurra!” —contesta el héroe—. Y explica: “Tontuelas, siento haberos asustado, pero no tenía otro medio de salvaros.” “¡Bah! ¿Quién piensa en sustos?” Ya todo son risas, alegría. “Ahora —ordena Pipo—, quitémonos estos disfraces, que nuestros lectorcitos desearán ver como somos.”

Ya vuelve a ser Cocolín una niña gentil, vestida de organdí; Trompetilla, un caballito de cartón verde; Pipo, ¿qué os voy a decir?, el imponderable héroe de siempre, y Pipa, una perrita sin floripondios, cosa que le hace poca gracia, pues la coquetuela estaba encantada de verse tan flamenca. Reanudan su camino y se detienen ante un extraño letrero que ven al pie de una colina, en cuya cima se alza un antiguo castillo medieval, de torres almenadas y aspecto siniestro, entre cuyas piedras solamente aparece una lucecita que brilla tras de una ventana estrecha. Pipo se para, frunce el ceño, se rasca la punta de la nariz (lo cual en los héroes suele ser indicio de perplejidad), y dice: “Este edificio me intriga, y su dueño, el señor Tricapo del letrero, me da mala espina. Tengo que averiguar lo que significa todo esto. Mira, Pipa, tú, que eres menuda y dispones de cuatro patas, súbete de un brinco —o de varios— hasta aquella ventanuca iluminada, a ver qué ves en el interior del castillo.” “¡Anda! —protesta—. ¿Y por qué he de ser yo…?”

“Porque yo te lo mando” —interrumpe Pipo con voz dulce y severa a la vez. Pipa agacha las orejas, y sabiendo que cuando su amo habla así no hay más remedio que obedecer, emprende la ascensión, aunque, claro, sin dejar de gruñir: “¡Es un encanto eso de ser perrita de héroe! Y habrá grifones y lulús que envidien mis aventu…” La palabra se le atraganta, pues gruñendo ha subido la colina, ha trepado por las piedras del muro, ha llegado a la ventanita iluminada y lo que ha visto es tan terrible que se tambalea, pierde el equilibrio, y, ¡patatrás!, con un doble salto mortal va a caer sobre una chumbera, cuyas púas se le clavan en el cuerpo. “Con lo bien que siempre me han sentado los chumbos” —gime la pobre Pipa—. Pero ¿qué es eso tan terrible que ha visto en el interior del castillo? Sencillamente, lo que vosotros mismos estáis viendo aquí: un monstruo espantoso, un personaje feísimo, trimplemente feo, puesto que tiene tres cabezas, y son horribles las tres. Este es el señor Tricapo, que a sí mismo se califica de “muy guapo”. ¡Vaya, que los hay ilusos!


TODO ESTE TERRITORIO
PERTENECE A DON TRICAPO
QUE ES SEÑOR MUY PODEROSO
Y MUY GUAPO



EPISODIO CCXXV

LAS DESVENTURAS DEL SEÑOR TRICAPO

Todo lo pálida que se puede poner una perrita de gamuza estaba Pipa cuando, tartamuladrando del susto, contó a su amo lo que acababa de ver. "¿Un hombre de tres cabezas? —repite Pipo sin inmutarse—. Me interesaría conocer a ese fenómeno." A la mañana siguiente, dejando a sus compañeros en la fonda, nuestro héroe se encamina hacia el castillo que, justo es decirlo, resulta bastante menos misterioso en pleno día que en las sombras de la noche. Oculto, Pipo espera la aparición del monstruo, que, en efecto, no tarda en salir; también él resulta menos terrorífico a la luz del sol que a la luz eléctrica, quizá porque llevaba en la mano un bastoncillo que, por cierto, maneja con soltura y elegancia, y le da todo el aire de un perfecto burgués que se da un paseo para abrir el apetito. Así llega el señor Tricapo hasta un bosque, donde se deja caer al pie de un árbol secular. Pipo, que lo ha seguido a distancia y le observa, ve entonces con sorpresa que un raudal de lágrimas brotan de los seis ojos del señor Tricapo y resbalan por su media docena de mejillas, mientras que, sus tres bocas suspiran con un dolor que parte el alma: "¡Ay!" Como todos los héroes, nuestro gran Pipo tiene un corazón sensible; conmovido por este espectáculo, se acerca resueltamente al monstruo triste y le interpela con dulzura: "Señor Tricapo, ¿qué le pasa a usted?" "¡Ay, señor Pipo! —contesta Tricapo (por lo visto conocía a nuestro héroe)—. Soy muy desgraciado; esto de tener tres cabezas me amarga la vida." "¿Tan molesto resulta?" "¡Mucho! Por de pronto, es costosísimo; aunque no soy pobre, crea usted que mi fortuna no basta para alimentar estas tres bocas; me estoy arruinando. Pero la tragedia de la mesa no es nada comparada con la tragedia de la cama. Figúrese que no logro nunca que mis tres cabezas se duerman a un tiempo; así es que cuando a la primera se le cierran los ojos, a la segunda se le abre la boca y rompe a hablar por los codos —si así puede decirse—, mientras que la tercera ya está roncando como un peón y atolondrando a las otras dos.

Pues aún peor que mis padecimientos en la mesa o en la cama son los que sufro en la calle, cuando me encuentro con alguna dama encopetada de mis amistades, ya que me trato con la mejor sociedad. Naturalmente, quiero saludar correctamente a la duquesa o a la marquesa y me apresuro a descubrirme. Pero como sólo tengo dos brazos, no me quito más que los sombreros de las cabezas de los lados y la del centro enrojece de vergüenza. Por las mañanas, el hacer mi *toilette* es una tragedia. ¿Usted sabe lo que tardo en cepillar mis noventa y seis dientes? ¿Pues y en afeitar mis tres caras? Como que cuando acabo con la tercera ya está empezando a crecerme la barba en la primera. Así, de la mañana a la noche, mi existencia está cuajada de disgustos que no conocen los demás mortales. ¿Usted sabe lo que es un dolor de tres cabezas? ¡La ruina en aspirina! Y en cuanto quiero olvidar mis penas y alegrarme bebiendo, me emborracho en seguida, porque el vino se me sube a "las cabezas".

EPISODIO CCXXVI

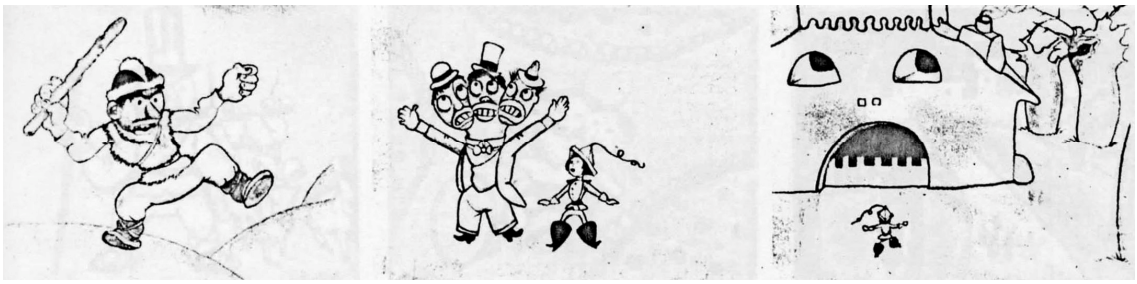
HISTORIA DE LA BELLA FILIS

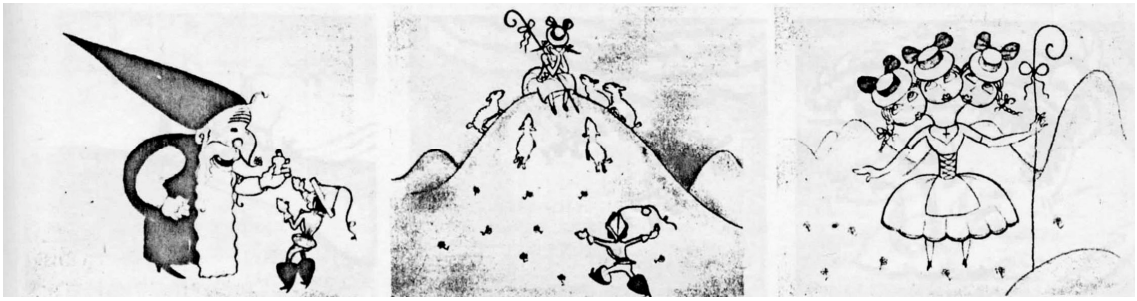
“Sí que es usted desgraciado, señor Tricapo” —dice Pipo, que no sabe si llorar o reír al oír tan absurdas calamidades—. “¡Ah, pues todavía no te he dicho lo peor! —exclama el hombre de las tres cabezas—. Y es que la mayor de mis desgracias la llevo en el corazón” “¿También tiene tres?” “No; uno solo, pero vale por siete, por lo tierno que es, y lo enamorado que está de la bella Filis” “¿Y quién es esa señorita?” “Es una pastora de rubias trenzas, que guarda su rebaño con un sombrero de paja de Italia…” “¿Un rebaño con sombrero? ¡Qué raro!” “No, el sombrero lo lleva la pastora; un día fui yo por el monte en busca de tomillo, que me gusta mucho en la sopa, y vi a la bella Filis rodeada de sus ovejas y caí a sus pies…” “¿A los pies de las ovejas? ¡Querrá usted decir a sus patas!” “No; a los pies de la pastora; le pedí su mano. Y Filis me dijo que sí.” “¿Entonces por qué se desespera usted, señor Tricapo?” “Porque en aquel preciso instante apareció un hombre terrible, que era el padre de Filis, y el tío…” “¿Cómo podía ser a la vez su padre y su tío?” “No; digo que era el tío más bruto de la creación; llevaba en la mano una estaca enorme y me dijo que me abriría las tres cabezas si me atrevía a poner los ojos en Filis, porque él no consentiría nunca que mi hija se casase con un fenómeno. Al oír estas palabras mi pastorcita se desmayó y yo huí.”

Y el pobre don Tricapo concluye: “¡Ya ves si soy desgraciado! Desde entonces no me distrae ya ni la radio. Y como no puedo dejar de ser fenómeno, porque cuando quiero cortarme dos cabezas la tercera protesta y se opone, y como no puedo dejar de amar a Filis, lo mejor es que me muera, y he decidido ahorcarme, aunque tenga que gastarme en soga el triple que cualquier otro suicida.” Esta vez Pipo, hondamente conmovido, exclama: “¡No tenga tanta prisa, señor Tricapo! Espere usted siquiera a mañana, que voy a ver si arreglo sus asuntos.” El hombre de las tres cabezas acepta, y Pipo corre hacia la casa de cierto poderoso mago, llamado Capotín Tin Tin, que vive cerca de allí, y que solamente consiente en recibir a los héroes de cuento muy notables, la visita de Pipo llena de satisfacción al mago Capotín Tin Tin y le oye con amabilidad. “Lo mejor —declara luego—, ya que no es posible que don Tricapo deje de ser fenómeno, es que su amada lo sea también. Para ello, bastará con que se beba el contenido de este frasquito.”

Provisto de su talismán, Pipo corre hacia la bella pastora, que está muy triste y suspira: “¡Ay, mi amado Tricapo, aunque eres tan guapo, porque tienes tres cabezas, me obligan a darte calabazas!” Y la linda Filis dice esto con tanto sentimiento que sus ovejitas la oyen embelesadas y contestan con un “¡beee!” lleno de dolor.

En cuanto Pipo ofrece el frasquito a la pastora y la dice que aquella agua mágica ha de servirle para casarse con don Tricapo, la dulce Filis se la bebe de un trago y en el acto, ¡oh, maravilla!, a cada lado de su linda cabecita rubia le crece otra cabeza idéntica a la primera, con lo cual, naturalmente, la pastorcita se vuelve tres veces más guapa que antes.





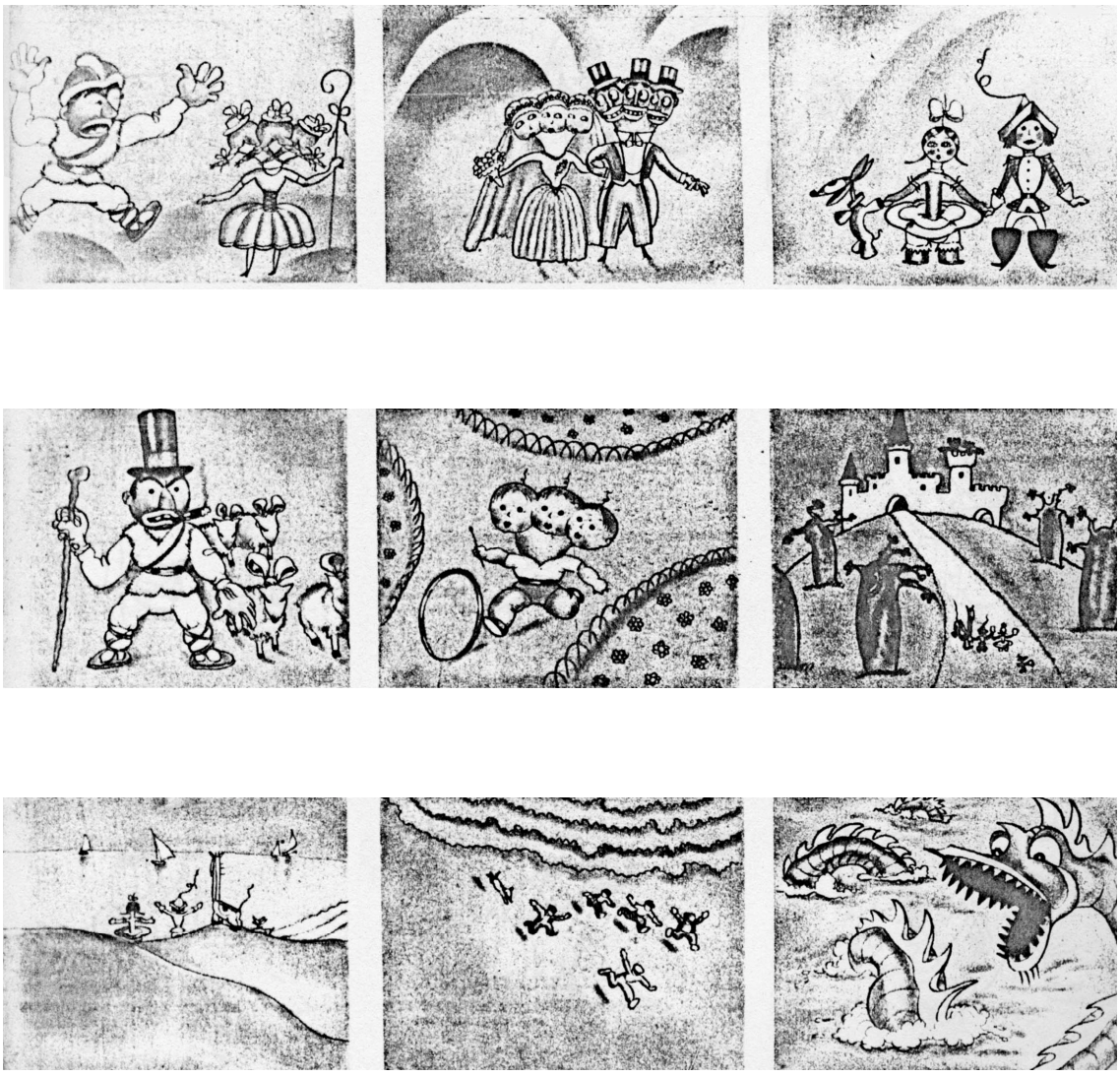
EPISODIO CCXXVII

EL MONSTRUO MARINO

Cuando el papá de la linda pastorcita ve llegar a su hija, está a punto de desmayarse de horror; se pone sucesivamente de todos los colores del arco iris, los ojos se le salen de las órbitas y el pelo se le pone de punta; en fin, le ocurren todas esas cosas que son naturales en cualquier padre a cuya hija le brotan de pronto dos cabezas suplementarias.

Pero pasado el primer momento de sorpresa, el papá de Filis, que en el fondo es un buenazo, comprende que ahora le va a ser difícil encontrar marido a su chica (¡buenas están las cosas para alimentar tres bocas en una sola señora!) y se resigna a concederle su mano al rendido pretendiente don Tricapo. La boda se celebra en seguida y con todo rumbo.

La novia está tres veces bella y el novio tres veces radiante. Entre los invitados figura, naturalmente, Pipo, que ha contribuido a tanta dicha, y le acompañan sus dos amigas, la gentil Cocolín y la simpática Pipa, que disfruta de lo lindo en el baile…, y, sobre todo, con el *lunch*, que es suculentísimo, gracias a la esplendidez del papá de la desposada que, ya consolado y reconciliado con su yerno, estrena para la ceremonia, si no un traje, al menos una chistera deslumbradora. Forman el cortejo los blancos borreguitos de la linda Filis, con flamantes lazos de raso color celeste al cuello. Desde aquel día reina la dicha en el castillo de don Tricapo, donde Pipo, Pipa y Cocolín han sido invitados por el agradecido dueño de la casa a pasar una temporada, colmados de atenciones y de regalos. Y un día, en el parque del castillo corretea, jugando al aro, un precioso niño con tres cabecitas rubias y rizosas, cuyos tres semblantes reflejan toda la simpatía de su papá y la belleza de su mamá. Al fin, nuestros amigos se despiden con gran disgusto de Pipo, por cierto. Pero Pipo está decidido a abandonar aquella vida regalona, indigna de un héroe como él. Y los tres se alejan, mientras desde las almenas de la alta torre les dan un último adiós pañuelos que se agitan sin cesar. “Ahora —dice Pipo a sus compañeras— nos encaminaremos hacia el puerto más cercano para tomar el primer vapor que pase a nuestro alcance.” Así lo hacen. Llegan ante el mar, cuando, de pronto, observan con sorpresa que todas las lanchas de pesca, los botes de recreo, los yates, todas las embarcaciones, en fin, que hay por allí, regresan precipitadamente, a pesar de que el cielo está sereno y tranquila la mar. Y apenas han llegado a la playa, cuando ven a muchas personas que echan a corren en todos sentidos, despavoridas, lanzando gritos atroces de horror. “¿Qué pasará?” —se preguntan nuestros amigos estupefactos, dudando de sí todo el mundo se habrá vuelto loco—. Pero, ¡ay!, lo que pasa no tardan en comprenderlo. Y es que se aproxima a la costa el monstruo más grande que jamás se ha visto ni imaginado en los cuentos ni en la realidad. Figuraos que su cuerpo, que es de serpiente, pero abulta más que cien boas juntas, es además tan largo que la cola se pierde en las lejanías del océano; la cabeza abre una boca colosal, armada de doscientos dientes, cada uno del tamaño de un colmillo de elefante.

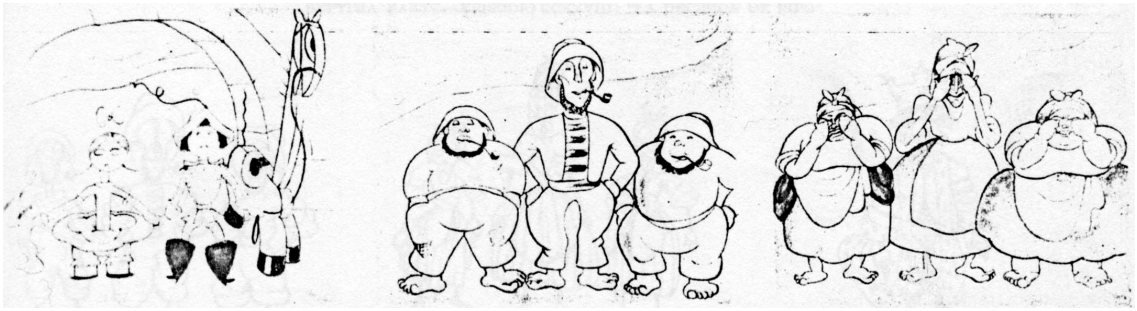


EPISODIO CCXXVIII

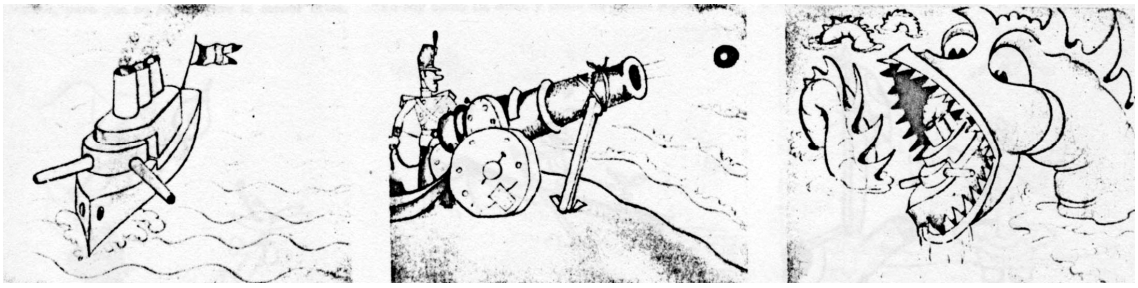
LA RUINA DE PESCA-VILLA

Ya el monstruo ha quedado dueño y señor del mar. Todo el mundo se ha refugiado prudentemente en el pueblo, y el puerto y la playa están desiertos. “Vamos nosotros también al pueblo —dice Pipo—, a ver que tal es.” “¡Sí, sí; vámonos al pueblo!” —asiente con entusiasmo Pipa, que está deseando alejarse del mar… y de su monstruo—. Este pueblo que se llama Pesca-Villa, es en verdad un buen pueblo de pesca; como que tiene tres pescadores formidables, viejos lobos de mar, con su sombrero de hule, su pipa y sus patillas, llamados Pocho, Pucho y Pacho. Estos tres pescadores están ahora desesperados, porque, mientras el monstruo ande por allí, imposible salir a la mar a pescar sardinas.

Más desesperadas todavía que Pocho, Pacho y Pucho están sus mujeres respectivas, tres señoras que suelen pasarse la vida voceando por las calles de Pesca-Villa: “¡Sardina fresca!”, llevando sobre la cabeza unas banastas tan grandes que parecen sombreros elegantísimos. Si los pescadores no salen a pescar no hay sardinas que vender, y por eso se desesperan las mujeres de Pocho, Pucho y Pacho. Pues ¿y los gatos de las mujeres de Pucho, Pacho y Pocho? Estos mininos se pasan ahora los días mayando angustiosamente, porque, como no hay sardinas en casa, tampoco hay ricas raspas con que alimentarse. Así están quedándose de flacos los tres gatos de Pucho, Pacho y Pocho, y también sus tres mujeres, las de Pucho, Pacho y Pocho, no las de los gatos. En el pueblo de Pesca-Villa, además de tres pescadores, con sus respectivas esposas y sus respectivos gatos, hay un personaje acaudalado e importante, que es fabricante de latas de sardinas, que ahora se tira de los pelos porque si no hay sardinas tampoco hay por qué fabricar latas. ¡Es la ruina! Afortunadamente, Pesca-Villa tiene un rey que vela por la dicha de sus súbditos, tanto más cuanto que si todos están arruinados él no tiene impuestos que cobrar. Su majestad Salmonete IV es hombre de tanta energía como prestancia. En un arranque heroico declara: “¡Esto no puede ser! ¡El monstruo tiene la culpa de todo, pues acabaremos con el monstruo!” Y lanza contra él todos sus ejércitos de mar y de tierra, para que emprendan una acción conjunta y definitiva. Es decir, por un lado se hace valerosamente a la mar el formidable acorazado pescavillense “El Terror de las Sirenas” mientras que por otra parte se emplaza en la orilla el colosal cañón del ochenta y cuatro, cuya boca habrá de lanzar sin cesar enormes granadas. En todo el pueblo reina una emoción indescriptible; va a empezar el combate. “¡Fuego!” Con estruendoso estrépito llueve la metralla en dirección al monstruo que se ha enseñoreado de los mares de Pesca-Villa. ¡Allí está el monstruo! Su cola se pierde en la lontananza, pero junto al puerto se abre su boca, cuyo tamaño es enorme. Y entonces ocurre algo tan terrible, tan espantoso, que la mano me tiembla al referirlo, y es que en aquella bocaza del monstruo desaparecen de golpe todas las granadas… y el propio acorazado, con su tripulación. ¡El monstruo se lo ha tragado como piñoncitos en azúcar!



FABRICA DE LATAS



EPISODIO CCXXIX

LA DECISIÓN DE PIPO

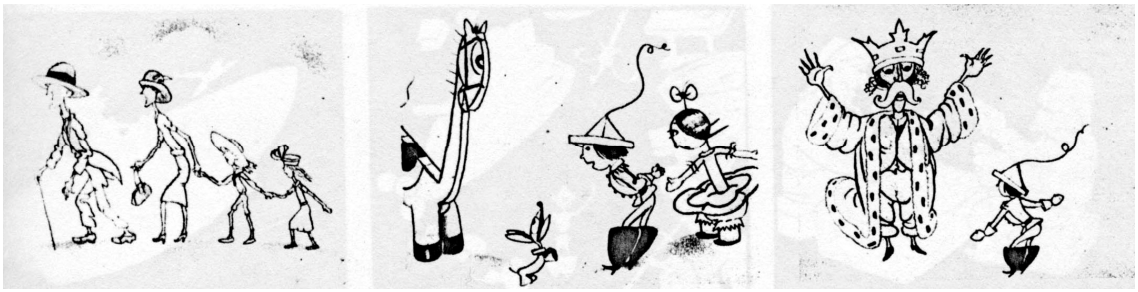
Desde que el monstruo se tragó, cual si fueran píldoras, el acorazado, los cañones y las granadas de Pesca-Villa, la desolación aumenta sin cesar en el pueblo. Los tres pescadores, Pocho, Pucho y Pacho, privados de sardinas, están cada día más pobres, más tristes y más flacos. Peor aún están los respectivos gatos de Pacho, Pocho y Pucho, y las respectivas mujeres de Pucho, Pocho y Pacho. Los primeros, sin raspas de sardinas que comer, han enflaquecido tanto, que cada uno de ellos ya ni parece gato, ni araña, ni nada. En cuanto a las mujeres, sin sardinas que vender, están tan delgadas, que se han quedado en los huesos, y ya para lo más que servirían es para "estrellas" de cine en Hollywood.

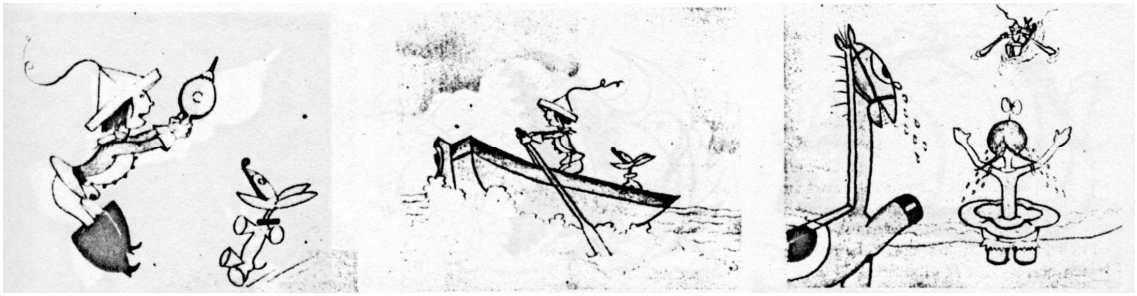
En medio de tanta desesperación, hambre y delgadez, el soberano del pueblo, el rey Salmoncete, privado del plato nacional (que son las sardinas), está más triste, más flaco y más hambriento que todos sus súbditos juntos. ¡Él, antaño tan regordete y coloradito, se ha quedado hecho un pirulí!, hasta el punto de que la corona se le cala hasta las narices.

Las calles de Pesca-Villa aparecen desiertas, porque los habitantes, ingrávidos como están, no se atreven a salir por miedo a que se los lleve el viento. Y cuando no tienen más remedio que asomar las narices fuera de su casa, lo hacen en familia, agarrados unos a otros y con los zapatos y bolsillos llenos de perdigones, para que no se los lleve la menor brisa.

Y si a nosotros nos conmueve la desgracia de aquel pueblo inocente y pescador, figuraos cuánto no conmoverá el corazón bondadoso de nuestro gran Pipo. Al fin, reúne a sus compañeros en consejo de familia y les dice: "Yo no puedo soportar en torno mío tanta pena y miseria." Pipa se apresura a opinar: "Yo soy como tú, amo, y como no puedo soportarlo, me parece que lo mejor es que nos marchemos de aquí en seguida." Cocolín opina que la marcha no urge. "Por mí —dice—, podemos esperar unas horas." Trompetilla reserva su opinión. En vista de todo lo cual, Pipo decide quedarse y salvar al pueblo luchando, venciendo y matando al monstruo. Y corre a comunicar esta determinación a su majestad Salmonete, quien, al oír tan prodigiosa resolución, no puede ni contestar, porque abre una boca tan grande que tarda dos horas en cerrarla, y cuando puede hablar ya está Pipo lejos. Ya está con Pipa, a quien dice: "Vamos a partir ahora mismo a luchar contra el monstruo." "¿Con tu espada de madera?" "No…; con este fuelle."

No queráis saber las protestas de la perrita al oír tan descabellada ocurrencia; Pipo tampoco las quiere saber, y sin escuchar a su fiel compañera dispone un bote y dice: "He resuelto que partamos Pipa y yo solos mientras que Trompetilla y Cocolín nos esperan en la playa." Y tal como lo ha dispuesto el héroe así se hace. Ya está en el mar la lancha, en la cual van Pipo, lleno de coraje; Pipa, temblando y rezando cuanto sabe, y el fuelle, que es el único que va como si tal cosa. En pocos momentos se hallan en alta mar, porque la marea ha subido considerablemente por la enormidad de lágrimas que vierten Cocolín y Trompetilla al despedir desde la playa a sus esforzados compañeros.





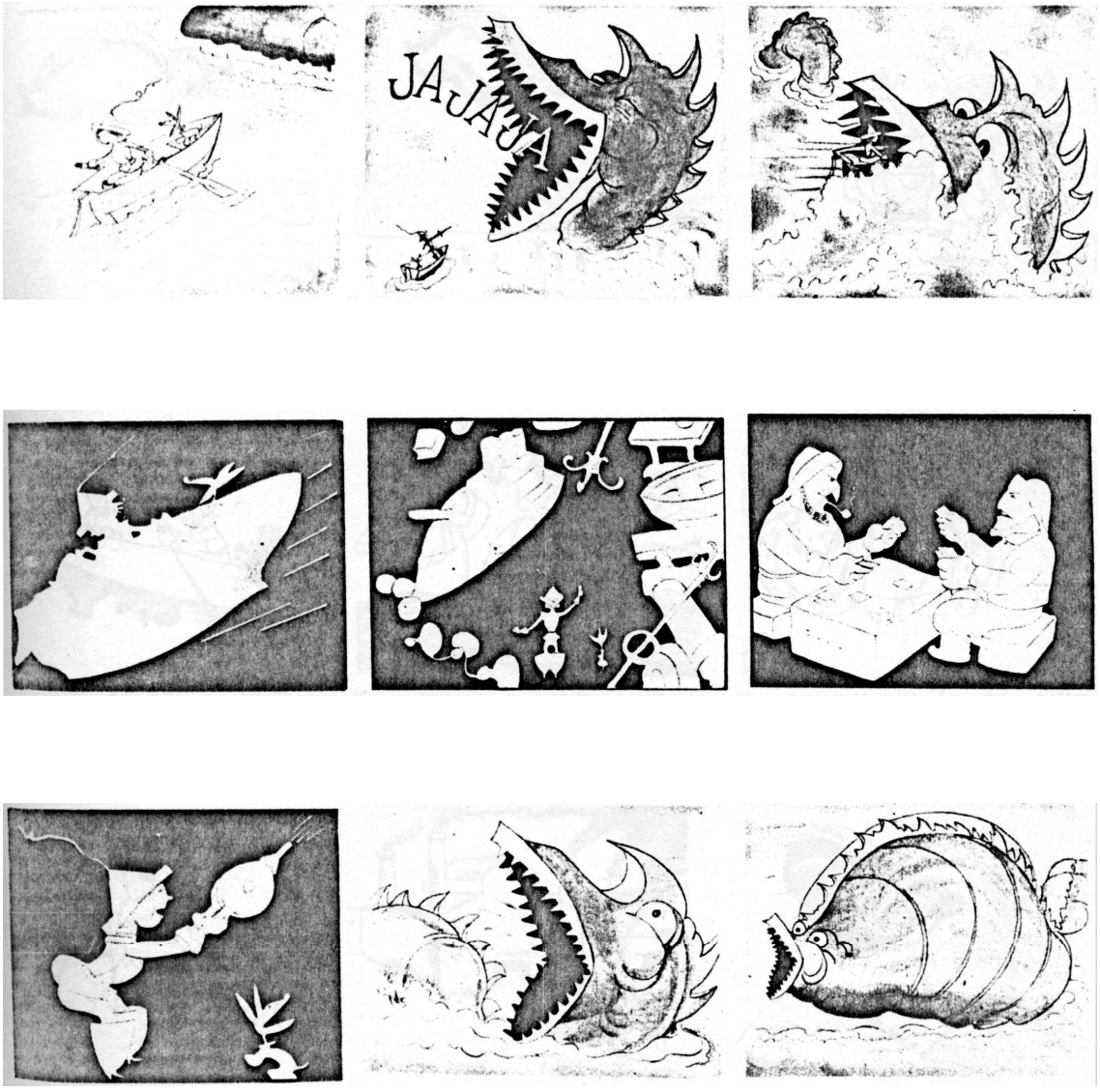
EPISODIO CCXXX

EN LA TRIPA DEL MONSTRUO

Ya la barca se aleja de la orilla y avanza por la inmensidad del océano; ya está en alta mar; ya se aproxima a cierta isla inmensa que se mueve; como que no es una isla, sino el monstruo en persona, digo en animal. ¡Oh, heroico Pipo! ¡Oh, Pipa abnegada! ¿Qué va a ser de vosotros en cuanto el monstruo os vea? ¡Cielos! ¡Ya os ha visto! Ya la mole avanza hacia la barca. Pipa, desfallecida de espanto, se persigna, cierra los ojos y murmura, con un ladrido que es un soplo: "¡Ay, mi amo, que se nos traga!" Pero el héroe contesta con tranquilidad: "¡Mejor! Si eso es precisamente lo que busco!" Y en actitud fiera y arrogante, desenvaina su invencible espada de madera y desafía al monstruo. Ante este desafío, el monstruo lanza una carcajada tan estrepitosa que los mares y los continentes tiemblan a mi leguas a la redonda, y en el Japón se derrumban trescientas casas de bambú. Ahora que allí se creen que es uno de esos terremotos de todas las semanas y no hacen caso. Después de reír, el monstruo piensa: "¡Vaya, me comeré este barquillo!" Y abre una bocaza colosal, en la cual desaparecen lancha, héroe, perrita y fuelle. Ahora que el monstruo no se molesta en masticar este manjar, y desde aquella caverna, que es la boca, la lancha, deslizándose por la lengua como por un tobogán, cruza un túnel larguísimo, que es la garganta, y llega, al fin, a una estancia abovedada de dimensiones considerables, que es la tripa. Reina allí una obscuridad tan absoluta que Pipa, que se ha tranquilizado algo durante el suave viajecito, casi vuelve a desmayarse de miedo. Pero Pipo se apresura a encender una linternita eléctrica que llevaba y a practicar un reconocimiento de los lugares. ¡Cuántas cosas hay! Barcos, hidroplanos calabazas, muebles…

En fin, aquello parece un vasto almacén de objetos de lance. Pipo recorre la tripa del monstruo de punta a punta, y de pronto lanza un grito de sorpresa al descubrir, en un ángulo, sentados ante un cajón, a dos pescadores de ballenas que juegan a las cartas. Los jugadores saludan muy finos y uno de ellos explica. "Hace diez y ocho meses que el monstruo se tragó el barco en que íbamos, y como nos aburrimos un poco, jugamos para distraernos." El segundo marinero añade: "Ahora seremos cuatro y podremos jugar al mus y todo." "Señores —contesta Pipo—, yo tendría mucho gusto en jugar con ustedes, pero es que mi perrita y yo no hemos venido a eso, sino a acabar con el monstruo. Ahora verán." Pipo empuña el fuelle y empieza a soplar con toda su alma; cuando se cansa, Pipa le substituye; luego coge el fuelle uno de los pescadores y luego el otro; después vuelve a manos de Pipo; de este modo se va produciendo aire en tal cantidad, que aunque la tripa es muy grande, se infla y empieza el monstruo a bostezar una y mil veces.

"¿Me habré tragado sin darme cuenta un cargamento de buñuelos de viento?" —se pregunta—. Y empieza a preocuparse, porque es muy cuidadoso de su salud. Por eso su preocupación se cambia en espanto al advertir que la tripa se le hincha con tal rapidez que pronto adquiere la forma y las proporciones de un zepelin a punto de estallar.


JAJAJA

EPISODIO CCXXXI

PESCA-VILLA ES FELIZ

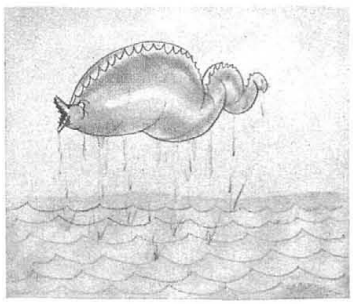
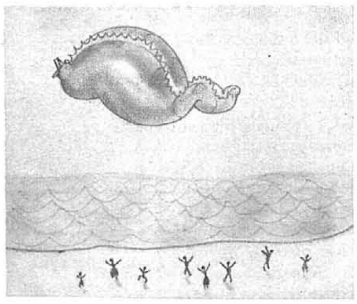
¡Fuuú..., fuuú..., fuuú...! El aire sigue llenando la tripa del monstruo, y el monstruo sigue inflándose tanto y tanto que no parece sino que va a estallar, pero lo que pasa es que, de pronto, ni más ni menos que si fuese un globo, empieza a alzarse de las aguas; ya no toca tierra; quiero decir, mar; ya asciende por el aire. Sube, sube…

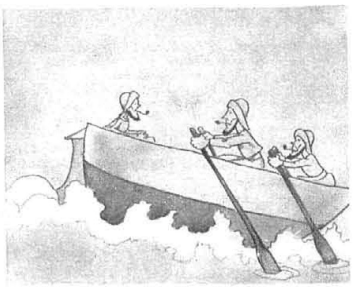
Y todos los pescavillanos que han acudido a la playa, presencian con asombro el vuelo del monstruo. Al pronto, los infelices se llevan el gran susto y de todos lados parten gritos horribles. "¡Que va a caer sobre nosotros! ¡Que nos aplasta!" Pero, lejos de caer, el monstruo pasa por encima de las fronteras que los separan del país vecino, y así, a los pocos momentos, se aleja tanto que va pareciendo cada vez más pequeñito; ya sólo semeja un zepelín, ya un biplanillo, luego un águila, ahora un gorrión, y, por fin, nada. El monstruo ha desaparecido en el horizonte. La alegría general es inmensa en Pesca-Villa; el rey Salomonete sale de su palacio y baila, en medio de la plaza, gritando: "Ya está libre Pesca-Villa — de su horrible pesadilla!" (Se trata de un soberano aficionado a las aleluyas.) Y todo el mundo baila también: unos la carioca y otros el "continental". Al fin, calmada esta efervescencia, el pueblo reanuda su antigua existencia, y los tres pescadores, Pocho, Pacho y Pucho se lanzan a la mar, ya sin peligro, y realizan una pesca de sardinas magnífica. Las esposas respectivas de Pucho, Pacho y Pocho vuelven a recorrer las calles con sus banastas, voceando: *"Sadiña fiescua!"* (El idioma pescavillano se parece algo al vascuence.) Y los tres gatos de Pacho, Pocho y Pucho se dan un banquete de raspas. Pero para banquete, el que ofrece el rey Salomonete a su amable pueblo para festejar su liberación; en este banquete se sirven más de cien mil kilos de sardinas, aderezadas de setecientas ochenta y cuatro maneras diferentes. Y al levantarse de la mesa, su majestad ha engordado tanto, por hacer honor al plato nacional, que la corona le viene chica y se le queda en la cocorota.

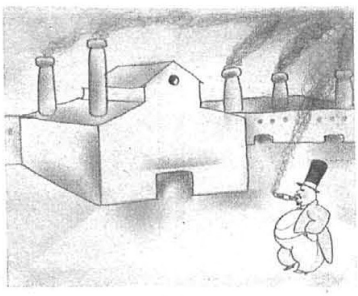
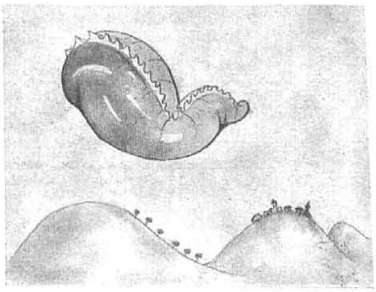
Lo mismo que su soberano engordan, a fuerza de comer sardinas, todos los habitantes de Pesca-Villa. Ya no hay miedo de que cuando sale a pasear una familia se la lleve el viento; por el contrario, todos se han vuelto tan gordos que apenas pueden andar. En fin, todo en Pesca-Villa es alegría, bienestar, gordura, sardinas y riqueza.

Y el más rico de todo el pueblo vuelve a ser, naturalmente, el fabricante de latas de sardinas. Su fábrica funciona magníficamente arrojando humo por todas sus chimeneas. Pero aún tiene más humos que la fábrica el propio dueño, que lo lanza a grandes bocanadas, fumando unos puros de ésos que lo menos valen sus buenos treinta céntimos.

Pero en medio de todas estas gratas noticias, ¿vamos a olvidarnos de nuestros gloriosos amigos? ¿Qué ha sido de Pipo y Pipa, a quienes, al fin, Pesca-Villa debe su salvación? ¡Ay! ¡Siguen en la tripa del monstruo, en compañía de los dos pescadores de ballenas! Y el monstruo-globo, siguiendo su vuelo fantástico, ha pasado el Ecuador y está...



EPISODIO CCXXXII

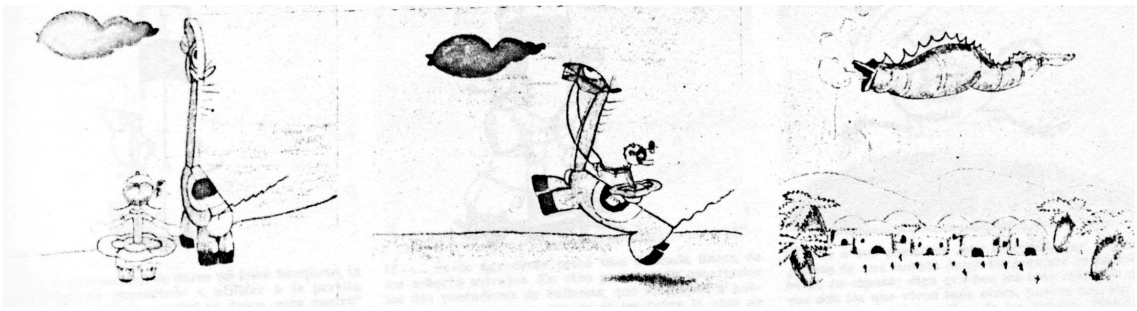
PRISIONEROS DE LOS CHUAS-CHUAS

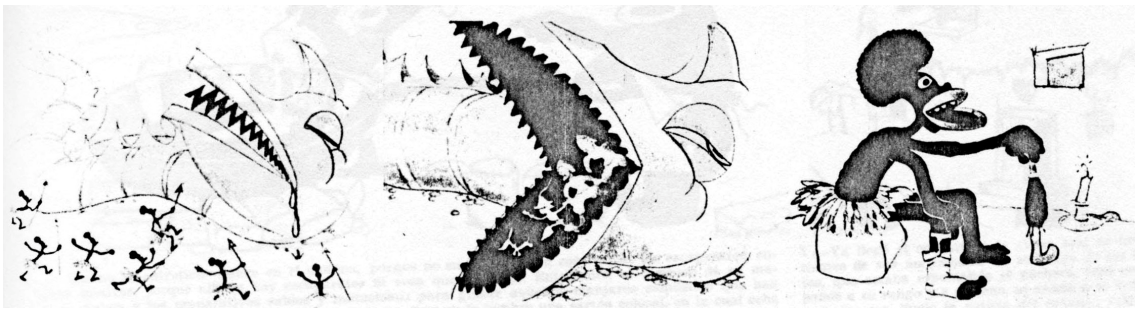
¿He dicho que todo es alegría en Pesca-Villa? Pues me he equivocado, en medio del regocijo general hay dos seres, dos amigos nuestros, que no cesan de suspirar y llorar: son nada menos que la gentil Cocolín y el buen Trompetilla, que, desde la plaza, han presenciado cómo el monstruo se tragaba a Pipo, a Pipa y luego se inflaba, se elevaba como un globo, y se alejaba por los aires hasta perderse de vista. El estupor ha paralizado a la niña y al caballito, pero no tardan en reponerse. "¡Ah! —exclama Cocolín—. ¡Que se lleva a nuestros compañeros! ¡No podemos abandonarlos! ¡Hay que seguirles, Trompetilla! ¡Sus, y a él!" Y, de un brinco, Cocolín, tan buena como valerosa, salta sobre Trompetilla, y grita: "¡Arre!". Trompetilla se lanza en la dirección en que ha desaparecido el monstruo. Este sigue volando sobre pueblos, ciudades y países, y en pocos momentos recorre distancias incalculables. Pero, al fin, empieza a desinflarse —por lo visto Pipo cesa de soplar con su fuelle—, ni más ni menos que un globo de ésos que regalan los almacenes los jueves al que hubiera pinchado con mala intención un chiquillo travieso. Y al desinflarse empieza a descender lentamente, precisamente cuando volaba sobre el África central. Así es que cuando aterriza, en medio de una tribu salvaje, que es la de los feroces chuas-chuas que se hallaban tan tranquilos ejecutando una danza guerrera.

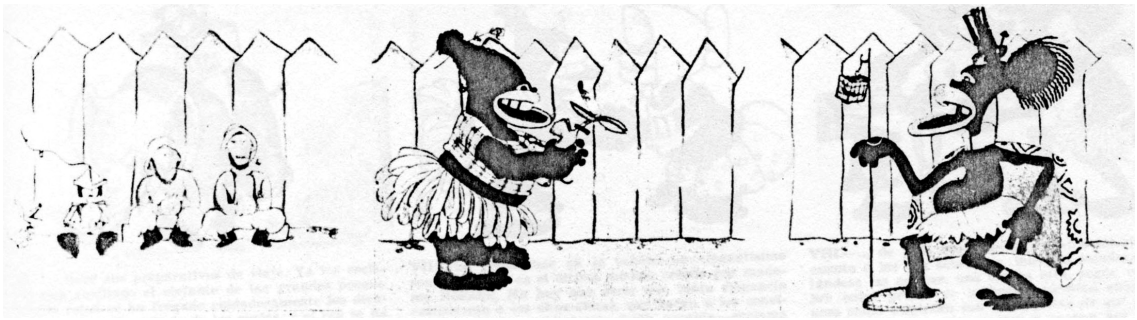
Figuraos el asombro de los chuas-chuas al ver caer, como llovido del cielo, aquel monstruo colosal y volandero. Pero aún les aguarda una sorpresa mayor, y es que el animalito, como presa de un mareo, abre su gigantesca bocaza, y de ella surgen tan campantes un niño con gorro de papel, una perrita de trapo y dos lobos de mar.

Después de devolver así aquellos alimentos indigestos, el monstruo, fatigado y privado de su elemento, que es el agua, se queda como muertecito, mejor dicho muertezote. Y los negros se apresuran a apoderarse de los recién llegados. No sabiendo qué hacer con ellos, resuelven ir a consultar el caso con Don Nika-Nhor, que es el más sabio de la tribu, y a la vez, el más bruto. Don Nika-Nhor, perplejo ante el caso, se rasca la nariz y, al fin, declara que lo mejor es entregar los prisioneros al rey Kaloló y la reina Kalelé. Estos soberanos no se hallan en su choza real porque han ido a entregarse a su deporte favorito, que es la caza del galápago. En espera de su regreso, colocan a los prisioneros en fila, junto a una empalizada, custodiados por unos guardianes armados hasta los dientes, con lanzas y flechas envenenadas. Mas ya suenan los claros clarines anunciando el regreso de sus majestades. En cuanto la reina Kalelé ve a los cautivos se entusiasma con Pipa y exclama, jubilosa: "¡Qué mona es! ¡La quiero para mí! ¡Yo cojo esta perra!"

Pero el rey Kaloló interviene: "¡Nada de eso! Quien va a coger ahora mismo la perra, y los demás también, es mi cocinero, para guisarlos. Como mañana cumplo cincuenta y nueve años y tres meses, para celebrar tan fausto acontecimiento, tendremos un magnífico banquete, al que invitaré a toda la tribu para que se entretenga en roer los huesos."







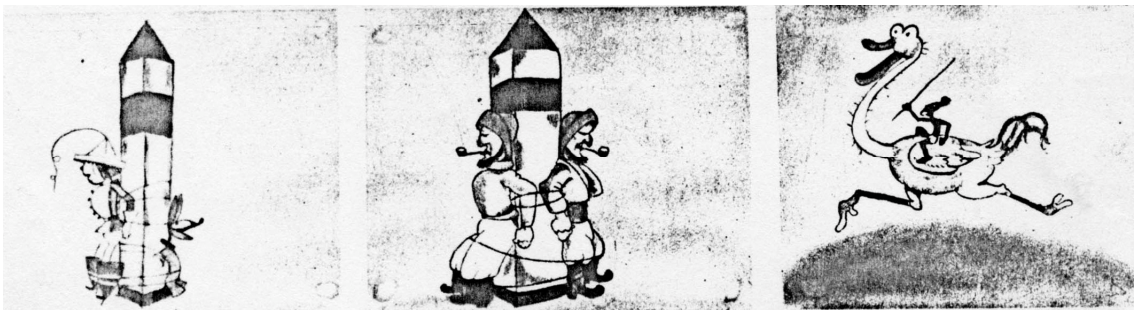
EPISODIO CCXXXIII

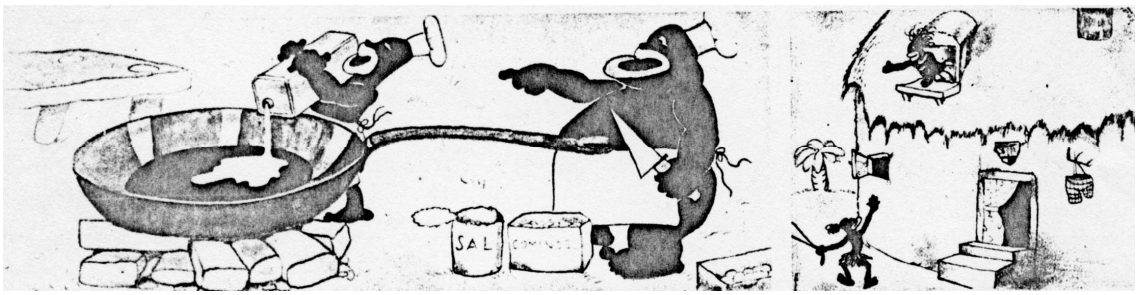
PREPARATIVOS DE BANQUETE

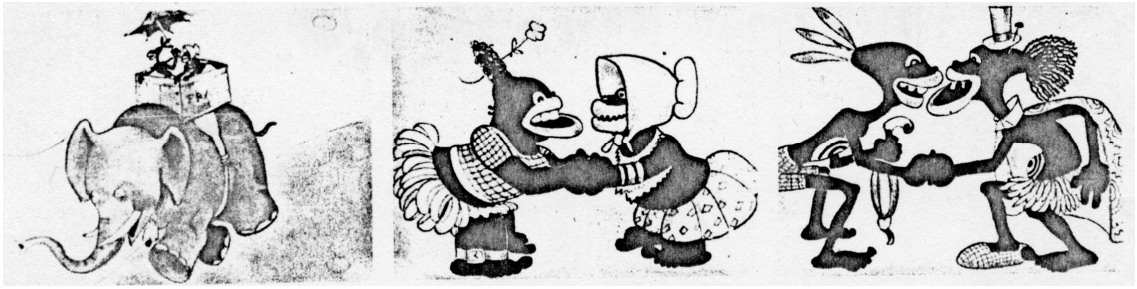
Ante la perspectiva de darse un buen banquete, la reina Kalelé ha renunciado a utilizar a la perrita como juguete: “Me la comeré en dulce, para postre” —dice, relamiéndose de gusto por anticipado—. Y el rey ordena que los cuatro prisioneros sean amarrados, dos por dos, a los postes de suplicio. A Pipo y Pipa los atan juntos, lo cual, después de todo, es de agradecer como una delicada fineza de los señores salvajes. En otro poste están amarrados los dos pescadores de ballenas, que empiezan a pensar (no lo dicen para que no se les caiga la pipa de la boca) que para esto más cuenta les había tenido seguir jugando al tute en la barriga del monstruo. Su majestad Kaloló ha decidido invitar al banquete a sus parientes más cercanos, que son unos primos de una cuñada de un tío segundo de un sobrino de su esposa; digo que son los más cercanos porque son los que viven más cerca, puesto que son soberanos de la tribu vecina de los balulus. Hacia dicha tribu, montado en un brioso avestruz, parte el botones del continental chua-chua, un chico listo que no se entretiene nunca en el camino, porque no suele pararse a contemplar los escaparates, entre otros motivos, porque allí no hay escaparates ni cosa que lo valga. Entretanto, el cocinero de su majestad se dedica a los preparativos sabios y minuciosos para guisar aquellos manjares exquisitos que han caído del cielo. Bajo su dirección, el pinche de cocina coloca en la lumbre una sartén colosal, en la cual echa cien litros de aceite de hígado de caimán, mezclado con un bidón de gasolina (que es el condimento culinario que más aprecian los chua-chuas), pero de la buena, de la que es igual a la de antes, aunque vale el doble porque se llama “super”, ya que a aquellos salvajes les gastan estas bromitas y se aguantan.

Ya llegó el emisario a la choza real de los parientes de sus majestades. La soberana de los balulus, que estaba espumando el puchero, cual corresponde a su rango y a su sexo, se asoma a la ventana y recibe con júbilo la noticia del convite: “¡Marido —grita al rey—; aféitate pronto, que hoy comemos de balde!” En seguida, el augusto matrimonio hace sus preparativos de viaje. Ya los esclavos han ensillado el elefante de las grandes ocasiones; la reina se ha fregado cuidadosamente los dientes con el cepillo grande de los suelos, y el rey se ha frotado la piel con una gamuza y se ha sacado tanto brillo, que parece de charol. Además, se ha pintado la nariz de azul y el pecho de verde.

La reina luce en la cabeza un elegantísimo sombrero, que es el último modelo creado por madame Rokaka. No hay que decir que tanta elegancia entusiasma a los chua-chuas, que hacen a los convidados un gran recibimiento: “¡Oh, querida —exclama la reina Kalelé—; vienes monísima!” Y va a darle un beso, y no puede por estorbarle el platillo de gala que adorna su labio inferior. En cuanto a los dos soberanos, intentan saludarse, frotándose las narices, una contra otra, según costumbre entre gentes de la buena sociedad chua-chua, pero como tropiezan con la dificultad de que apenas tienen narices, se ven negros y acaban por renunciar a tan grata fórmula del protocolo.




SAL



EPISODIO CCXXXIV

¡A LA SARTÉN!

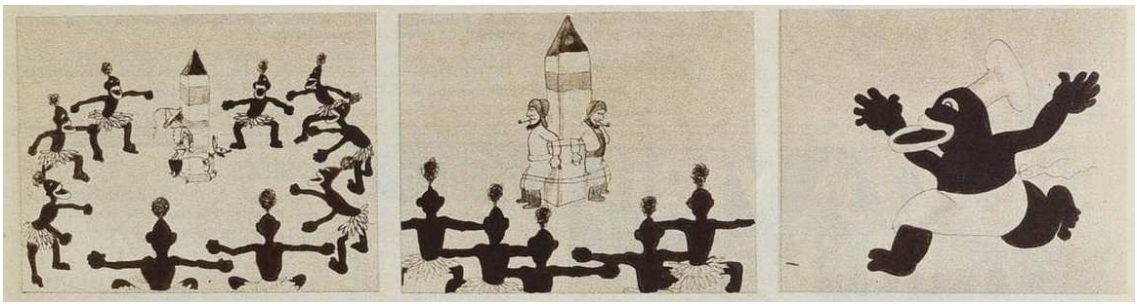
Mientras entre sus majestades el rey Kaloló y la reina Kalelé, y sus augustos parientes e invitados se desarrollan estas amables expansiones familiares, volvamos cerca de nuestros amigos, cuya suerte nos inspira, ¡ay!, serias inquietudes. Los feroces chua-chuas se han dividido en dos grupos: uno rodea el poste al cual han sido amarrados Pipo y Pipa.

La actitud del héroe es serena e impávida, pero —¿a qué negarlo?— un poco triste. En cambio, Pipa, exasperada por las burlas de los salvajes, no cesa de insultarlos, llamándoles: "¡Feos, adefesios!" y cosas así, aunque sólo lo dice en su lenguaje, con lo cual no oyen más que "guau, guau". El segundo rodea otro poste, al que están amarrados los dos pescadores de ballenas, los cuales, pese a la angustia del momento, no cesan de fumar en sus pipas, inseparables de todo lobo de mar que se respeta. De pronto, llega a la plaza el cocinero de su majestad, gritando: "¡Preparaos todos, que tengo la sartén dispuesta y ha llegado la hora de freír a nuestros prisioneros!"

En realidad, preparados ya lo están todos desde hace rato. Aparte de los demás, cual corresponde a su elevada categoría de primer sabio de la tribu, don Nika-Nhor, como perfecto filósofo que es, espera ante su "mesa", con el cubierto puesto, que le llegue el momento de festejar con una indigestión el cumpleaños de su soberano. Un poco más allá, se han colocado en fila las más elegantes y distinguidas damas de la buena sociedad chua-chua. Como perfectas amas de casa, cada una lleva su cabás, en el cual transportará a su choza la parte de huesos que le toque en suerte y le permita dar sabor al *piri* (*piri*, en idioma chau-hua significa cocido). Cerca de esta hilera femenina están los niños, que son los más impacientes de todos, sin duda porque su educación ha sido ligeramente descuidada. Todos berrean sin cesar: *"¡Tero pisoneros! ¡Tero pisoneros!",* salvo el más pequeño, un chiquituco que no sabe pronunciar las palabras largas y se limita a repetir: *"¡Tero pis! ¡Tero pis!",* por lo cual su mamá se empeña en ponerle en cuclillas con disgusto del niño.

Entre tanto, los reyes y sus augustos invitados y primos se han sentado a la mesa regia, que para esta circunstancia ha sido adornada con la vajilla de gala. Hay unas magníficas escudillas de madera de pino, platos que resultan cuadrados, triangulares o picudos, a fuerza de estar desportillados, y unos preciosísimos botes de pimientos y latas de sardinas vacías, de valiosa hojalata, que sirven de vasos. Como no se ha ahorrado ningún refinamiento, cada uno de los nobles comensales ha sido provisto de un objeto (quién lleva una astilla, quién un mango de bastón, quién una ballena de corsé o un peine al que le quedan todavía algunas púas) que ha de hacer las veces de tenedor o de cuchara.

En medio de la expectación general, el cocinero y su pinche se disponen a freír a los cautivos, empezando por los más menudos, para que sirvan de entremeses. Se apoderan de Pipo y Pipa con sus enormes manazas y se dirigen hacia la sartén, de la que sale un humo asfixiante, los levantan en vilo y se disponen a dejarlos caer en el aceite hirviendo.

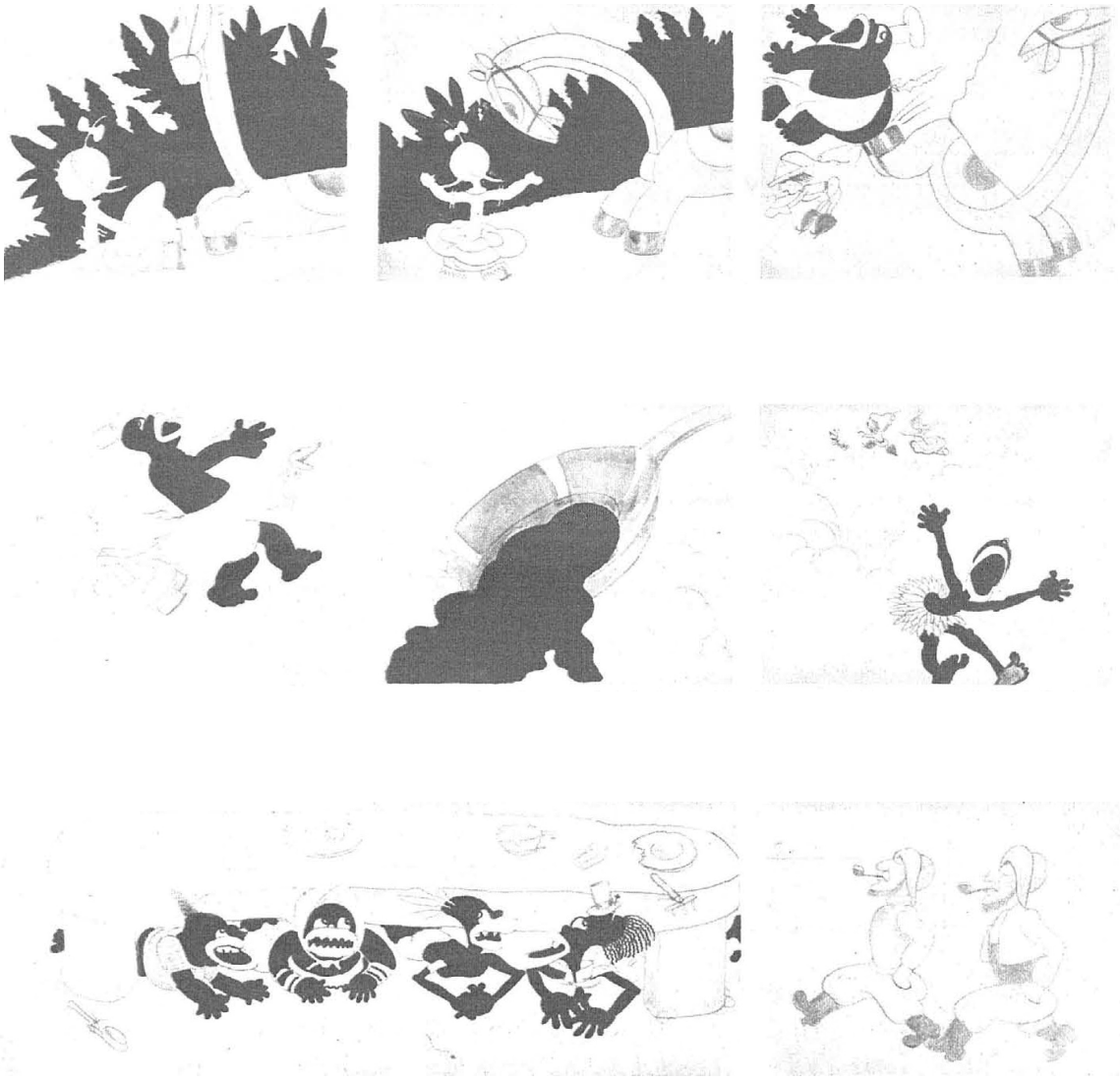


EPISODIO CCXXXV

LAS COCES DE TROMPETILLA

Como recordaréis, la gentil Cocolín, montada en Trompetilla, ha seguido al galope el vuelo del monstruo inflado. ¡Vaya carrera que se da el caballito de cartón! Pero es natural que pierda algo de terreno, y cuando, al fin, llega al África central, donde ha visto aterrizar al monstruo, ya hace varias horas que Pipo, Pipa y los dos pescadores de ballenas han caído en poder de los feroces chua-chuas; ya se están realizando los preparativos del festín, en que nuestros héroes han de ser comidos. Estos preparativos los siguen con angustia la niña y el caballito, escondidos detrás de unas matas gigantescas. Cocolín se retuerce las manos con desesperación, y gime: "¡Dios mío! ¡Los van a freír! Y yo tan débil, tan pequeñita como soy, ¿qué puedo hacer para salvarlos?" Y así llega el momento en que los negros desatan a los prisioneros y cogen a Pipo y Pipa y se disponen a arrojarlos en la sartén llena de aceite hirviendo. Entonces, Cocolín exclama: "¡Ah! ¿Puedo yo consentirlo? Y Trompetilla mueve la cabeza como diciendo: "¡Ni yo!" Se abalanzan, Trompetilla lanza al cocinero un par de coces bien dadas, en el sitio que los cocineros tienen para sentarse, mientras que Cocolín agarra al pinche por el delantal y le da un tirón; este, sorprendido, suelta a Pipa; aquél ya ha soltado a Pipo; sin dejar a nadie tiempo de reponerse del estupor, Trompetilla lanza una nueva coz, esta vez a la sartén, que vuelca, desparramando todo el aceite hirviendo que contenía, y que cae sobre los negros, mientras que una humareda densa envuelve toda la escena. Ya comprenderéis que los prisioneros, tan imprevistamente libertados, no se quedan quietecitos, sino que aprovechan la coyuntura para poner pies y patas en polvorosa. Los feroces chua-chuas, escaldados por el aceite hirviendo, lanzan gritos terribles, porque se dan cuenta de lo que era el suplicio a que querían someter a sus prisioneros indefensos. Al mismo tiempo, cegados por el humo y medio asfixiados, tosen, lloran y carraspean..., sin contar con que reciben algún golpe, que, a pesar del humo, les hace ver las estrellas, y es que el caballo para proteger la retirada de sus amigos, sigue administrando coces a troche y moche. En la mesa presidencial, el rey Kaloló. la reina Kalelé y sus parientes e invitados, no han comprendido lo que está pasando. Aterrados por el escándalo, creen que han llegado a atacarlos repentinamente sus más terribles enemigos, que son los de la tribu de los bulalás. "¡Sálvese el que pueda!" —grita el soberano chua-chua—. Y, dando el ejemplo, se mete debajo de la mesa. Todos los demás se apresuran a imitarle. Desde su escondite, los valerosos y augustos comensales siguen dando gritos, sin comprender más que una cosa tristísima, y es que se han quedado sin banquete.

El "banquete" está lejos; ya Trompetilla, cansado de dar coces, se ha reunido con sus amigos, a los que alcanza pronto; que para eso tiene cuatro patas y corre el doble que los demás. Por su parte, los dos pescadores de ballenas también han aprovechado la ocasión y se han marchado muy tranquilos y, naturalmente, con la pipa encendida en la boca.

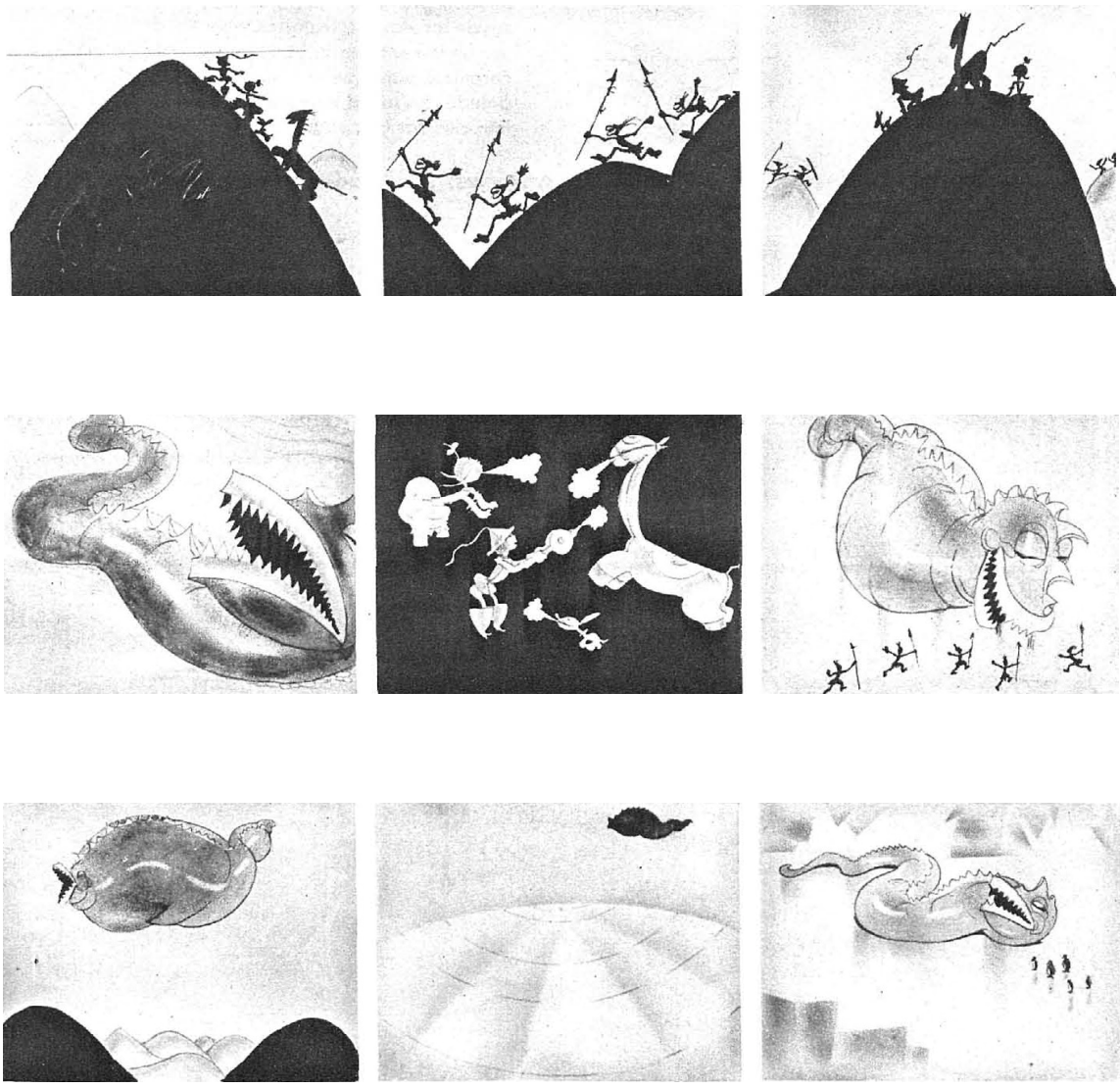


EPISODIO CCXXXVI

EN EL POLO NORTE

Cruzando ríos, escalando montañas, atravesando valles y praderas, nuestros cuatro amigos huyen como almas que lleva Dios para salvarlas de las garras del diablo, y en verdad que no es el diablo, paro sí muchísimos diablos los que los persiguen, pues ya supondréis que apenas los negros chua-chuas se han repuesto de la sorpresa y del susto, se lanzan en persecución del "banquete" que se les escapa con un entusiasmo, una rabia y unas fuerzas centuplicados por el apetito, ya que con tantos acontecimientos se les ha retrasado notablemente la hora del almuerzo. Ya, Pipo, Pipa, Cocolín y Trompetilla, llegan a la cima de una montaña altísima, cuando sus perseguidores empiezan a su vez la ascensión por varios puntos al mismo tiempo, y, lanzando agudos gritos de "glugluglugluglu", lo cual no significa, como pudiera creerse, que están haciendo gárgaras, sino que debe traducirse por: "¡Ya son nuestros! ¡Ya no se nos escapan!" y otras exclamaciones de triunfo parecidas. "¡Estamos cercados!" —murmuran con espanto Cocolín, Pipa y Trompetilla—. El héroe, en cambio, sin perder su serenidad, saca de su bolsillo su anteojo de larga vista, examina los alrededores y lanza una exclamación de alegría: "¡Si tenemos ahí nuestro "zeppelin" salvador!" Y es verdad; al pie de la montaña está el monstruo, medio asfixiado y medio muerto, pero respirando todavía, y esto es lo principal, respirando con la boca abierta. Corriendo, nuestros amigos se precipitan rodando por la vertiente de la montaña, y, con el mismo entusiasmo con que la gente se mete en las bocas del Metro los domingos por la noche, ellos se cuelan en la boca del monstruo y descienden por el túnel de su garganta, hasta la amplísima barriga. Entonces Pipo coge su fuelle y empieza a hacerle funcionar, mientras ordena a sus compañeros: "Vosotros soplad con la boca." Y antes de que el desdichado animalito se dé cuenta de lo que le pasa, ya está nuevamente inflado. Cuando los chua-chuas llegan, dispuestos a buscar "su comida" hasta en las entrañas del monstruo, ven, estupefactos, que éste se eleva majestuosamente por los aires, emprende un magnífico vuelo y desaparece lo mismo que había venido. En su tripa, nuestros amigos siguen produciendo aire con el fuelle, con la boca o con el hocico, con tal energía, que el monstruo vuela con una rapidez que para sí quisieran Pombo y Lindbergh juntos. Cruza África, luego Europa con dirección al Norte, hasta que llega a las heladas regiones del Polo Norte. Allí se conoce que por el frío, el monstruo-globo se contrae y empieza a descender. Al fin toca tierra, mejor dicho, toca hielo, precisamente en ese punto que todos conocemos (por lo menos de oídas), donde la bola de la Tierra se aplasta como una naranja.

La familia Pingüino, que se compone de cinco; el papá, la mamá y tres hijos, se han vestido de gala todos, con unos fraques negros y pecheras blancas, porque van a una fiesta que da el esquimal Nanuk para celebrar el nacimiento de su primer nieto. Pero estos amables pingüinos se detienen, estupefactos, ante la aparición del monstruo volandero.



EPISODIO CCXXXVII

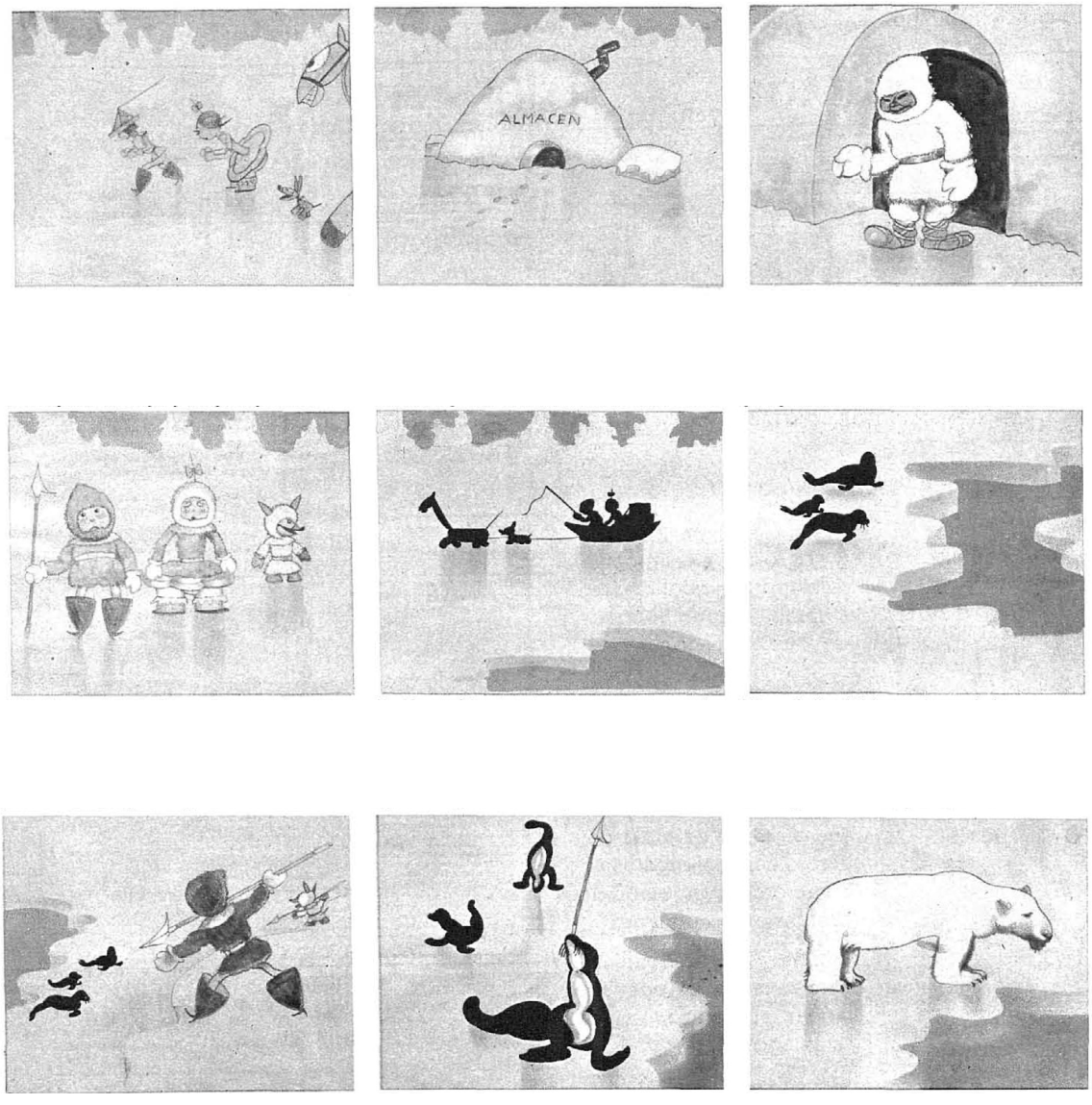
EN EL POLO NORTE

Tan pronto como el monstruo volandero ha aterrizado sobre el hielo, donde se queda inmóvil y helado, sus tripulantes se apresuran a salir de la barriga. Pero, ¡ay!, se encuentran con que hace un frío tan tremendo que casi instantáneamente a Pipo se le hiela la pluma del gorro, a Cocolín las trenzas, a Trompetilla las orejas y a Pipa la puntita del rabo. "¡Qué frío hace! —gime la pobre perrita dando colmillo con colmillo—. ¡Yo no me puedo mover!" "Pues nos tenemos que mover mucho para entrar en calor —dice su amo—. Ea, vamos a darnos una carrerita. ¡A ver quién me alcanza!" Y el héroe echa a correr, seguido de sus compañeros, así animados. De pronto, vislumbran una chocita de nieve.

El corazón femenino de Cocolín se estremece de alegría al comprender que se trata de una tienda. En efecto, es nada menos que la sucursal que los Almacenes Pérez tienen establecidos en el Polo Norte, y, ¡ved qué suerte!, el vendedor sale a la puerta y les dice que precisamente es la semana del duro. "¡Hay que aprovechar la ocasión!" —declara Cocolín.

Pipo consiente en hacer compras para proveerse de muchas cosas que les hacen falta, tales como trineos, arpones, esquís, y, sobre todo, unos espléndidos abrigos de piel (aunque sospecho que son de imitación), con los cuales todos quedan elegantísimos y abrigaditos. "Volveremos el jueves a ver si nos dan globitos" —ladra Pipa al alejarse de la tienda.

Ya provistos de todas esas cosas que se suelen usar en las expediciones polares, nuestros amigos se disponen a visitar aquellos parajes helados. Pipo y Cocolín se instalan en un trineo, del que tiran Trompetilla y Pipa, en substitución de los perros y los renos, que son los que generalmente realizan este trabajo en las películas de esquimales. El trineo se desliza deliciosamente por el piso, que parece un espejo. "¡Qué divertidos —exclama Cocolín— son estos deportes de nieve!" "¡Claro! —protesta Pipa, furiosa—. Para ir bien repantigados, como vais vosotros, sí; pero si te pusieran a ti a tirar del trineo, ya veríamos si te divertías!" Y la "protestante" perrita tiene algo de razón. De pronto, ven tres focas y Pipo grita: "¡Alto! Hay que cazarlas, que para eso hemos traído arpones." Se apea, desengancha a Pipa, y amo y perrita se acercan cautelosamente a los animales polares. "No estoy muy seguro —murmura el héroe— de si son focas o morsas." "Deben de ser morsas —dice Pipa—, porque ya es hora de *almorsar."* Con gran habilidad. Pipo lanza el arpón, pero entonces ocurre algo extraordinario, y es que la foca a quien va dirigida el arma la coge al vuelo con el hocico y se pone a hacer juegos malabares con ella; al ver esto, las otras dos empiezan a bailar y a dar volteretas. ¡Son focas sabias! Se comprende que han debido estar amaestradas en un circo, y al verse en presencia de unos niños se han apresurado a ofrecerles un bonito espectáculo de sus mejores números. "¡Bravo, bravo!" —gritan nuestros amigos, y aplauden con entusiasmo—. Pero en este instante suena un terrible rugido: "¡Uuuh!" Es un enorme oso blanco que se acerca; uno de esos soberbios y feroces osos polares que parece que van disfrazados de cubrediván.


ALMACEN

EPISODIO CCXXXVIII

PERDIDOS ENTRE LOS HIELOS

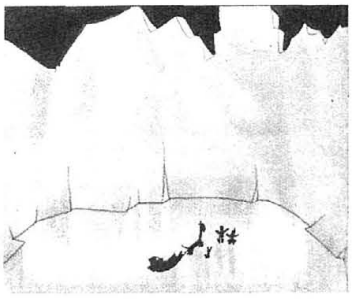
Ante la aparición amenazadora de la enorme fiera, Pipa lanza un ladrido de espanto. Por fortuna, Pipo, siempre dueño de sí, tiene la presencia de ánimo de coger el arpón que trajo para cazar focas y se lo lanza al oso con tal seguridad de tino que se lo clavaría en el corazón mismo si el animal no hubiese agarrado al vuelo el arma con sus patas.

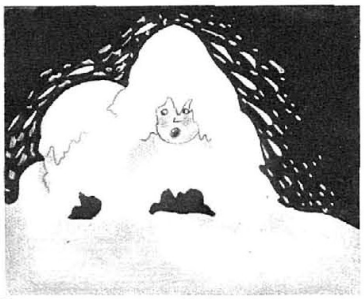
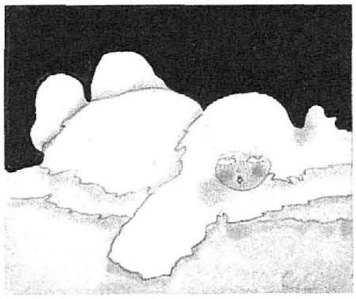
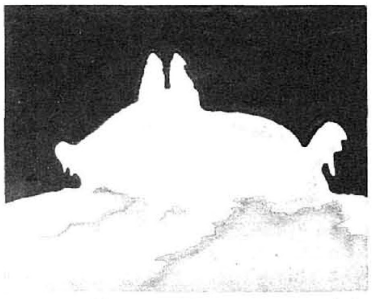
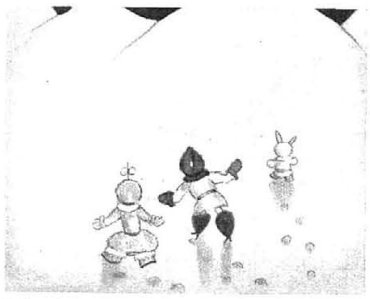
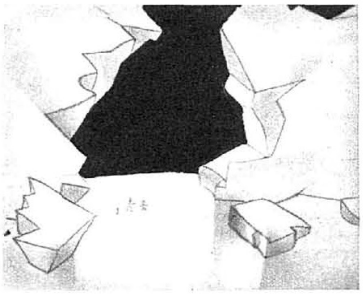
Luego se pone a bailar una danza con toda la gracia de que puede ser capaz un oso. Por lo visto, en el Polo Norte todos los animales son antiguos artistas de circo o han sido amaestrados por húngaros. Nuestros amigos se apresuran a batir palmas para llevarle el compás, y aprovechan que se halla entretenido para montar en el trineo y huir alejándose velozmente de aquellos parajes, a la vez demasiado divertidos y demasiado peligrosos. Pero no corren mucho rato, pues de pronto les corta el paso una altísima muralla de hielo. ¡Hielo por todas partes! En aquel lugar, desoladoramente solitario, no hay el menor indicio de un camino hacia algún poblado de lapones o de esquimales.

¡Están perdidos entre los hielos! ¡Están cautivos de los hielos! Y en este instante dramático se oye un rumor sordo y lejano que hace estremecerse a Pipo, porque comprende en seguida lo que significa: sencillamente, que les amenaza una tempestad de nieve. El ruido se acerca, y, de pronto, nuestros amigos se ven envueltos por la nieve que cae en copos enormes, mientras que en torno suyo enormes bloques de hielo se desploman con un ruido impresionante. "¡Tumbarse en el suelo!" —ordena Pipo—. Gracias a esta idea genial no son arrastrados por el viento. Cuando, al fin, la tormenta se calma, nuestros amigos han desaparecido. Solamente hay tres montones de nieve helada. Uno de ellos se agita: es Pipo. Con esfuerzos sobrehumanos consigue romper la rígida capa que le envuelve y en seguida se lanza en busca de sus compañeros. ¡Ah! Este otro montón debe de ser Cocolín. La pobrecilla, abrumada por el peso de la nieve, está a punto de perecer asfixiada. Al fin, libre, gracias a Pipo, le ayuda a salvar a Pipa, que es el tercer montón, un montón que tiene, por cierto, una forma bastante rara, porque la perrita ha sido sepultada en la nieve panza arriba. ¡Desdichada Pipa! Cuando sus compañeros consiguen apartar la nieve que la cubre, se encuentran con que su corazón ya no palpita. ¡Cielos, ya no respira! Aterrados, se apresuran a hacerle la respiración artificial.

Al fin, después de mucho rato y de grandes esfuerzos, tienen la alegría de ver que la perrita se mueve, abre los ojos y... lanza un estornudo formidable. "¡Ah! —exclama su amo—. ¡No te has muerto!" "¡No, pero me he constipado! ¡Y además, tengo la punta de la nariz como un sorbete!" —contesta Pipa—. Ahora se trata de encontrar a Trompetilla.

Pero, ¡ay!, no se encuentran ni huellas del caballito ni del trinco, al que estaba enganchado. ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Se los habrá llevado el viento, como a María Sarmiento? En medio de su aflicción, lanzan de pronto un grito de sorpresa: debido a la violencia de la tormenta, se ha abierto un boquete en la muralla de hielo. ¡Ya tienen el paso franco!



EPISODIO CCXXXIX

EL PAÍS DE LOS PINGÜINOS

Por aquel boquete, tan oportunamente abierto en la muralla de hielo, nuestros tres amigos se precipitan; ante ellos aparece la entrada de una gruta misteriosa, y en el fondo de esta gruta se abre un túnel tenebroso, entre rocas; se meten intrépidamente en este pasillo, y, después de unas horas de marcha, desembocan, ¡oh, sorpresa!, ante un pueblo fantástico.

Todas las casas, blancas, lisas y transparentes, parecen de cristal; pero, en realidad, son de hielo, y los árboles están escarchados. "Parecen —exclama Pipa— esos arbolitos que se ven en las botellas de anís. A lo mejor hasta saben dulce y todo." "¡Qué pueblo tan raro!" —dice Cocolín—. "Este pueblo se llama Pingüinonia" —explica Pipo—. Así es, y sus habitantes son los pingüinos, gente muy pacífica y activa; los señores van a la oficina o al taller; las señoras, a la compra, como buenas pájaras de su casa, y los chicos van a la escuela, donde estudian con gran aplicación y con poco gasto, por cierto, porque las plumas no cuestan nada. En este amable pueblo, el comercio y la industria son florecientes.

Hay muy buenos comercios, grandes almacenes, preciosas tiendas, y, sobre todo, una casa de modas de "alta costura", que es la de madame Pingüitos Dupont, donde se visten las damas pingüinas de la mejor sociedad, y una sastrería de mister Pingpong Smith High Life Taylor, donde los pingüinos distinguidos compran sus fraques, traje nacional del país.

También hay grandes y prósperas fábricas; la más importante de todas es la de velas, de las que los pingüinos hacen un consumo extraordinario, porque allí las noches duran seis meses. En cambio, la fábrica de abanicos y ventiladores está completamente arruinada. Asimismo, se arruinaron unos pingüinos que abrieron quioscos de refrescos, y otros que intentaron recorrer las calles con unos carritos vendiendo helados y mantecados, si bien los "polos" tuvieron bastante aceptación. Los señores pingüinos son muy aficionados a ir al café después de su trabajo y a hablar de política, lo cual allí no presenta peligro alguno, porque la gente es tan pacífica, que un partidario del señor Gil Robles puede impunemente discutir con un partidario del señor Largo Caballero sin que se acalore ninguno de los dos. En Pingüinonia, el personaje principal es el rey su helada majestad Pingüinón V *el Largo*, así llamado, no porque sea más listo que otros, sino simplemente porque su estatura es más elevada que tiene que andar encorvado para no tropezar con los techos y con el dintel de las puertas. La esposa de Pingüinón es su majestad la reina Pingüinita, una dama bondadosa y muy distinguida. Estos simpáticos soberanos tienen un hijo, que es el principito Pingüinín, un bebé muy bueno que no llora por las noches. Este heredero del trono está en su cuarto con su niñera, cuando de pronto suena en la calle el pregón de un vendedor que vocea: “¡Ricos pirulís de menta!”, y la niñera, que se pirra por esta golosina, sale corriendo a comprar pirulís. El bebé pingüino queda solo, y en este preciso instante asoma por la ventana una cabeza siniestra. ¡Horror! Es Pingüinote, el terrible *gangster*, secuestrador profesional de pingüinitos.

EPISODIO CCXL

EL RAPTO DEL PRINCIPITO

Al aparecer en la ventana la terrible faz enmascarada del bandido Pingüinote el pobre principito Pingüinín, lejos de asustarse, sonríe inocentemente y le tiende las alas. ¿Creéis que el malvado se enternece y desiste de sus negros propósitos? ¡Ni mucho menos! Los *gangsters* pingüinos no tienen corazón, y éste se cuela en el cuarto, se acerca al bebé y se lo lleva sin que el pobre principito diga ni pío ni este pico es mío. ¡Dios Santo! ¿Adonde se lleva el feroz raptor a su inocente presa? ¿Qué irá a hacer? ¡Temblemos por la suerte del principito, pues a la vista está que ese pingüino es un pájaro de cuenta!

Transcurridos breves minutos, la pingüina niñera regresa de hacer sus compras de pirulís. Entra cantando «¡Ay, Mari Crú, Mari Crú!» (que es una canción que está muy de moda en Pingüinonia); pero de pronto se interrumpe y lanza un grito horrible, el mismo grito que suelen lanzar todas las niñeras que yo conozco cuando los roban el bebé confiado a su custodia. La cosa no es para menos. La «pingüinera» (que es como allí llaman a las «polleras» de los niños) está vacía. El príncipe ha desaparecido. En el palacio se arma un revuelo tremendo; todo el mundo corre, gime, grita. La reina Pingüinita se desmaya en brazos de sus pingüinas de honor, mientras que el rey Pingüinón vierte lágrimas amargas y toda la corte se retuerce las alas con desesperación.

Después de llorar, el soberano pingüino toma una enérgica determinación: «¡Hay que encontrar al culpable y traérmelo, para que se castigue su crimen!» Y envía a los dos guardias más valerosos y listos de Pingüinonia a la busca y captura del raptor o de los raptores del desaparecido. Los guardias parten resueltos, pero rascándose la cabeza, porque… porque no es del todo fácil, ¿verdad?, detener a un criminal cuando no se sabe quien es. Sin embargo, en sus pesquisas, entran en la posada principal del país y se encuentran con que hay allí tres forasteros tomando el té con churros, por más señas, ¡Ellos son los culpables! ¡No cabe duda! Al menos, no les cabe duda a los guardias, que los detienen a la manera pingüina. es decir, empleando la frase que en aquel país es de rigor y tradición para estos casos solemnes: «¡Echen ustés p'alante!» Los tres detenidos, que son —ya lo habréis comprendido— nuestros amigos Pipo, Pipa y Cocolín, obedecen, y a los pocos momentos ya los tenemos sentados en el banquillo de los acusados, ante un tribunal severo, y oyendo cómo un implacable fiscal pide para ellos las penas más terribles: «¡Sí, señores del Jurado! —clama este respetable pingüino de toga—; hay que hacer un escarmiento con los acusados, puesto que son extranjeros. Los extranjeros, señores pingüinos del Jurado, tienen la culpa de nuestros males; si vienen a jugar un partido de fútbol, son capaces… ¡hasta de ganarlo! ¡Mueran los extranjeros!» «¡Mueran!» —responde la sala en pleno—. Y nuestros amigos serian fatalmente condenados a la última pena, cuando Pipo se pone en pie y exclama: «No sean zoquetes, ¡caray! ¿No ven que si nos matan no volverán a ver al principito? En cambio, si me dejan, me comprometo a encontrar al crío y a su raptor».

EPISODIO CCXLI

EN LA TABERNA DEL TUERTO

Enterada de la proposición de Pipo, la reina Pingüinina ha ido a caer a los pies de su esposo: "¡Señor —suplica—: perdonad la vida a este extranjero para que busque a nuestro hijito Pingüinín!" "Está bien —dice el soberano—; ve, Pipo; estás libre; te concedo la vida y un plazo de un mes para buscar al príncipe y su raptor; pero, si dentro de este plazo, no has cumplido tu promesa, la sentencia se cumplirá: seréis ejecutados en el acto." ¡Un mes! ¿Acaso necesita más nuestro glorioso Pipo para realizar sus más impresionantes hazañas? Sin embargo, no hay tiempo que perder. Al momento se pone en campaña y averigua que en los barrios bajos de Pingüinonia hay un establecimiento de bebidas que se llama Taberna del Tuerto (ignoro a qué se debe este nombre singular, pero, a lo mejor, es porque al dueño de la taberna le falta un ojo). El *Tuerto* es un hombre gordísimo y tacañísimo, y, como si todo esto fuera poco, es un antiguo presidiario. Mientras él permanece detrás del mostrador, sirve a la clientela un mozo llamado el *Chepilla* (este apodo debe de obedecer a que el tal mozo está ligeramente corcovado), que es asturiano, naturalmente. Y habla con acento andaluz —lo cual es menos natural, tratándose de un paisano de Valeriano León—, y, por añadidura, suele usar una boinita medio vasca, medio mugrienta. Como comprenderéis, el aspecto de la Taberna del Tuerto basta para helarle la sangre al más templado. Pero también comprenderéis que a nuestro héroe no le hace ni fu ni fa. Y una noche, se dirige él solo hacia la taberna, abre la puerta con energía, recorre la estancia con mirada arrogante y lanza un "buenas noches" con voz ronca, para lo cual se ha pasado el día haciendo gárgaras con aguardiente. Luego va a sentarse ante una mesa, saca un enorme puñal, lo clava en el tablero, como diciendo a la concurrencia: "¿Qué pasa?" Y da dos palmadas sonoras. El *Chepilla* acude presuroso porque, por las señas, ha comprendido —o ha creído comprender— que el nuevo parroquiano es un personaje de cuidado.

"¡A ver! —le interroga Pipo—. ¿Viene aquí mucha gente "del bronce"?" "¡Huy, sí, señor; ya lo creo! —exclama el *Chepilla—.* Aquí viene lo *mejón* de lo *mejón.* Aquel que ve usted allí, vestido *asín* como de rata de la *Gran Vía,* es el *Churretoso,* un asesino de los buenos; ¡un "as"! "¡Ah!, ¿sí? ¿Y a quién ha matado ese *Churretoso?"* "Pues a un tío suyo, a siete cuñadas, a cuatro sobrinos y a una hermana de leche de una nieta de su suegra." "¡Vaya una cosa! —contesta Pipo—. ¿Y aquel otro? ¿Quién es?" "¿Ese? ¡Uuuuh! Ese es de lo más grande que tenemos; se llama *Al Pingüine,* y es el jefe de los *gangsters."* "¡Ah! ¿Pero hay *gangsters* en Pingüinonia?" "¡Anda, pues claro!" —exclama el *Chepilla.*

"¿Qué se ha creído usted? ¡Si esto esta la mar de *civilizao!"* "¿Sí, eh? Pues ahora van a saber aquí lo que es un bandido de verdad." "¿Conque usted también es bandido?" "¿Que si soy?"... Pipo lanza una carcajada sardónica, pega un puñetazo en la mesa, y dice: "¿Tú has oído hablar de Los Siete Niños de Ecija?" "¡Ya lo creo!" "¡Yo soy el octavo!"

TABERNA DEL TUERTO
HOY NO LE FIO NI A MI PADRE

EPISODIO CCXLII

EL OCTAVO NIÑO DE ÉCIJA

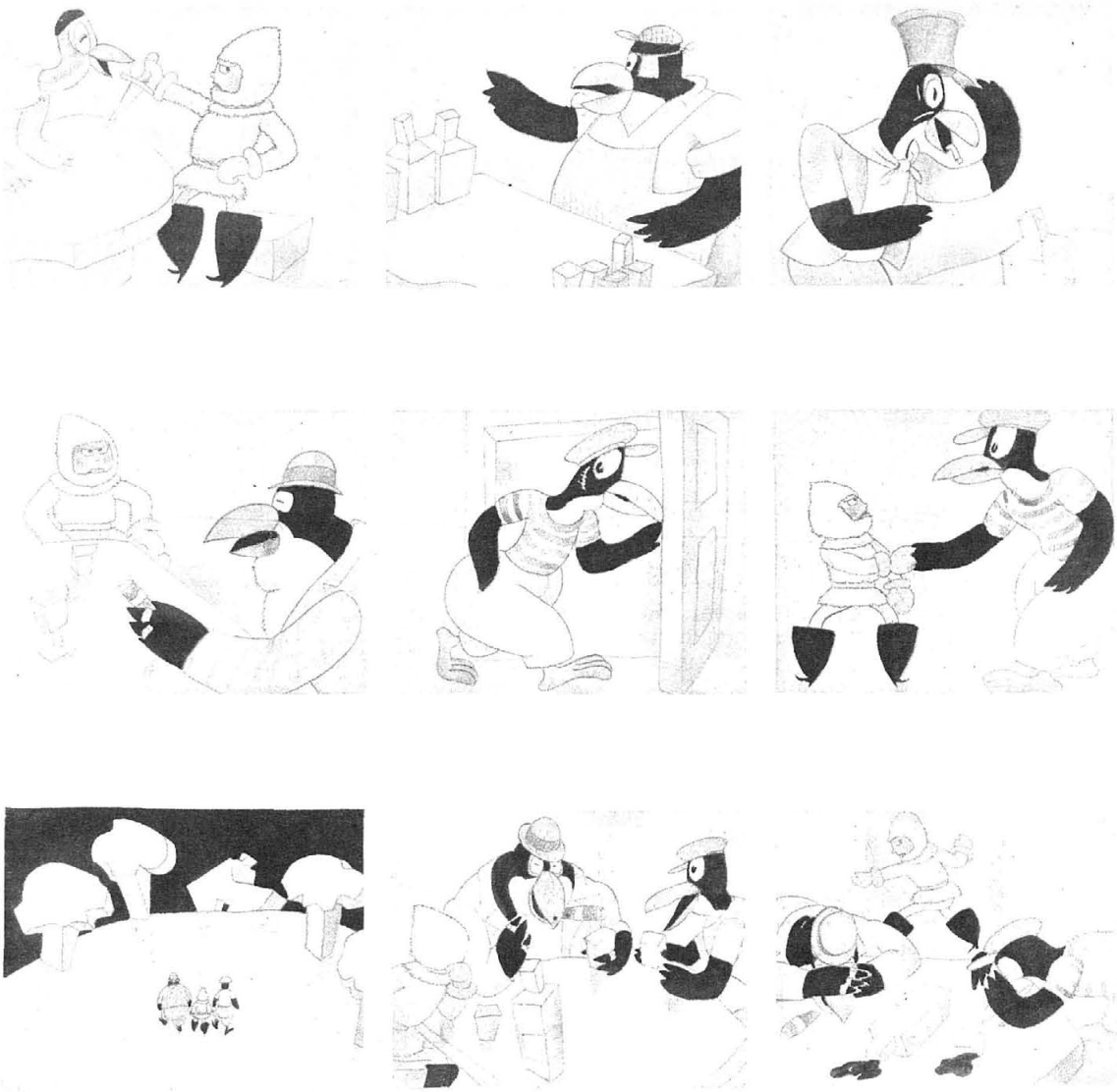
Después de hacer esta sensacional declaración, Pipo se pone en pie, arranca el puñal que ha dejado clavado en la mesa, y grita, con voz potente y actitud desafiadora: "¡Sí; yo soy el octavo *Niño de Écija,* y soy más malo que todos los bandidos de Pingüinonia juntos! ¡Y al que diga lo contrario le corto las alas!" Estas palabras producen un gran revuelo.

Todo el mundo se queda mirando con estupor, admiración y terror al extraordinario desconocido. En el colmo del entusiasmo, el propio *Tuerto* tiene un rasgo de esplendidez: *"Chepilla* —ordena—: dale de beber a ese valiente lo que pida y no cobres. Esta noche, en mi casa, lo tiene todo pagado." Así como el tabernero se ha sentido generoso, el *Churretoso* se siente fino, y, quitándose galantemente su alta gorra de rata pasado de moda, se inclina ante nuestro héroe, diciendo: "Glorioso extranjero: Pingüinonia, por mi pico, saluda a España en tu persona de bandido famosísimo." Naturalmente, en este torneo de finuras, el jefe de los *gangsters* no se queda atrás, e invita a Pipo a tomar unas copas.

Nuestro héroe, satisfechísimo de ver lo bien que le va saliendo el truco, acepta con mil amores, y ya tenemos a los dos bandidos —el verdadero y el falso— brindando alegremente por el bandidismo, el pistolerismo y varios ismos más. De pronto, la puerta de la taberna se abre con violencia y un nuevo personaje aparece en el umbral. Este tío, que es todavía peor encarado que cualquiera de los presentes, se dirige directamente a la mesa de *Al Pingüine,* pasando entre las demás sin dignarse saludar a nadie. Llega y va a sentarse, pero, al ver a nuestro amigo, frunce el ceño con cara de malas pulgas. "¿Quién es éste?" —pregunta—. El "gangster", que, por lo visto, es un caballero, se apresura a hacer las presentaciones: "Aquí, el bandido español octavo *Niño de Écija…*, y aquí, *Pingüinote,* que es de lo mejorcito de mi banda; como que se ha especializado en raptos y secuestros de niños." Al oír estas palabras, Pipo reprime un gesto de sorpresa y alegría: ¡está sobre buena pista!, pero su rostro permanece impasible mientras estrecha su mano.

"Mucho conviene que hablemos —dice *Al Pingüine*—; pero aquí no es prudente, porque hay muchos curiosos, podrían oírnos y abundan los soplones. Vámonos a mi casa." Los tres se levantan, salen de la taberna del *Tuerto,* cruzan callejuelas siniestras y llegan a los arrabales de la ciudad. Entran en una casita, cuyo aspecto da frío al más templado.

"Aquí estaremos tranquilos —dice el jefe—, y podremos hablar de negocios, pues entre los tres podemos hacer grandes cosas." "¡Anda, ya lo creo! —exclama Pipo—. Tengo en proyecto unos golpes estupendos." Entre tanto, beben sin cesar; es decir, los que beben son los pingüinos, pues Pipo, sin dejar de distraerlos con sus planes, vacía su vaso con frecuencia en el suelo, por debajo de la mesa. De este modo, cuando, al fin, los dos miserables caen borrachos perdidos y se quedan dormidos como dos troncos, nuestro héroe, tan fresco, se levanta sin ruido y, de puntillas, sale de la habitación. Ya comprenderéis que no piensa en marcharse de allí, sino, por el contrario, se propone registrar la casita misteriosa.

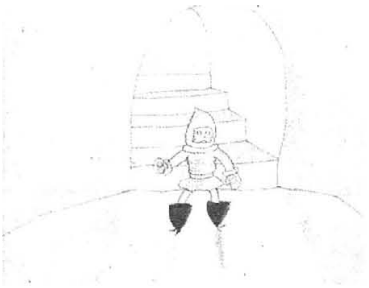
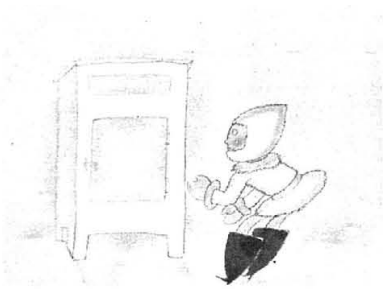
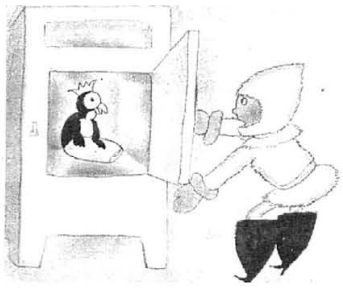
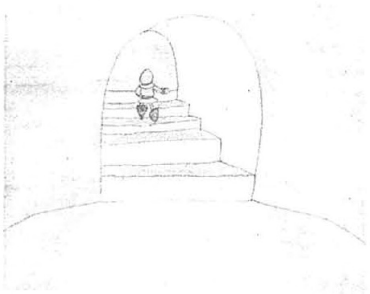


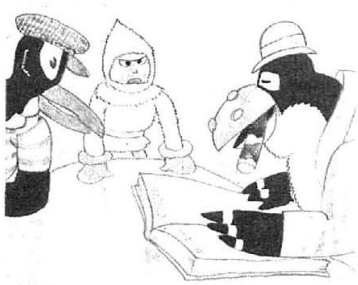
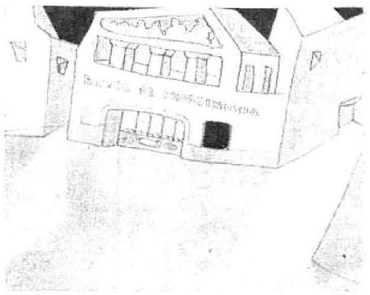
EPISODIO CCXLIII

EL ASALTO AL BANCO

Dejando a los dos bandidos dormir la mona, Pipo ha salido de puntillas de la habitación y se dedica a registrar la casa. Los primeros cuartos que recorre no ofrecen nada interesante; pero, de pronto, se detiene ante una chimenea que le parece sospechosa por unas molduras singulares que palpa con cuidado. En efecto, sus dedos tropiezan con un botón oculto, que resulta ser un resorte secreto. Una puertecita invisible se abre en la pared, descubriendo una escalera misteriosa. Sin vacilar, nuestro héroe enciende su lamparita de detective, ladrón o acomodador de cine, y, bajando aquella escalera, llega a una estancia subterránea destartalada, fría y húmeda, donde hay un solo mueble: es un armario frigorífico. Pipo lo examina cuidadosamente por fuera: su exterior nada ofrece de particular. Sin embargo, algo muy valioso debe de contener para que los bandidos lo hayan metido en aquel lugar reconditísimo. "Lo que contiene lo voy a saber ahora mismo" —murmura nuestro héroe con decisión—. Y para saberlo abre la portezuela.

Dentro del frigorífico, ¡oh, sorpresa!, está encerrado el principito Pingüinín. Pero la sorpresa es para nosotros nada más. "Ya me lo figuraba" —murmura nuestro héroe—. Vuelve a cerrar la puerta del armario, sube la escalerita misteriosa, oprime el resorte oculto en la chimenea que disimula la entrada secreta del subterráneo y entra de nuevo en la habitación, donde los dos bandidos siguen durmiendo. "¡Ajajá! —murmura Pipo—: me va a dar tiempo a salir, cerrar por fuera la puerta de la casa, ir en busca de la Policía y volver a salvar al principito y coger a estos miserables en la ratonera." Pero, ¡ay!, no, no le da tiempo, pues ya el terrible "gansgter" abre los ojos, bosteza, se despereza y pega sobre la mesa un puñetazo que despierta a su terrible compinche. "¡Arriba! —grita "Al Pingüine"—, ¡a trabajar, compañeros! ¡No olvidemos que hoy es jueves!" "¿Qué trabajo nos toca hoy?" —pregunta el especialista en secuestros infantiles—. "Voy a consultar mi diario" —dice el gangster—. Hojea una agenda y anuncia: "Hoy toca asalto de banco." Y le dice a Pipo: "¡Vas a debutar con nosotros, a ver cómo te portas!" Pipo se queda frío; ¡él asaltar un banco!, ¡qué horror! Los bandidos le matarían, y aunque para su valor éste es un detalle secundario, le estremece pensar que entonces no podría salvar al "baby". Y con voz firme contesta: "¡Uuuuh!; precisamente los asaltos de bancos son mi especialidad." Los tres salen y se dirigen hacia un magnífico edificio que es el Banco Nacional de Pingüinonia. "Conviene —indica el jefe "gangster"— que nos ocultemos para esperar a que se aleje el sereno." Así lo hacen y se apostan los tres cerca del Banco, pegados a una pared, acechando el momento oportuno para "trabajar", preparados, uno con una pistola, el segundo con un manojo de llaves falsas y el tercero, que es Pipo, con un enorme puñal. Pasa un rato, y otro, y otro; en fin, pasan muchos ratos, o mejor dicho, pasa un rato muy largo, porque el sereno, que es un fornido pingüino de Lugo, permanece en su puesto, y se limita a gritar de vez en cuando, sin moverse, según es obligación de los serenos: "¡Vaaa!", mientras está muy entretenido leyendo el "Ahora" a la luz de su linterna.

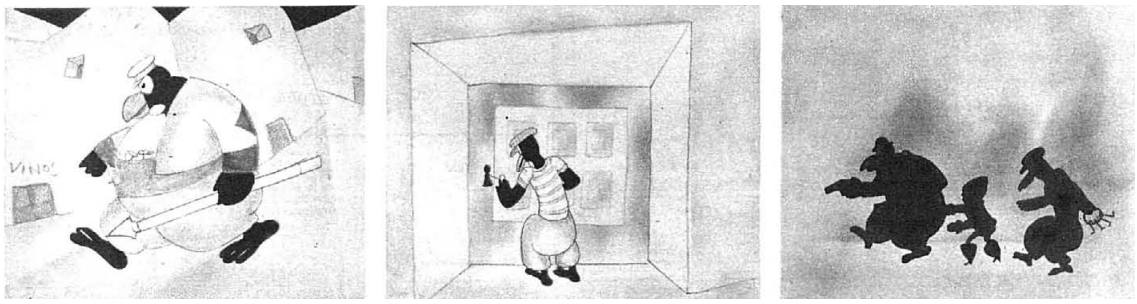



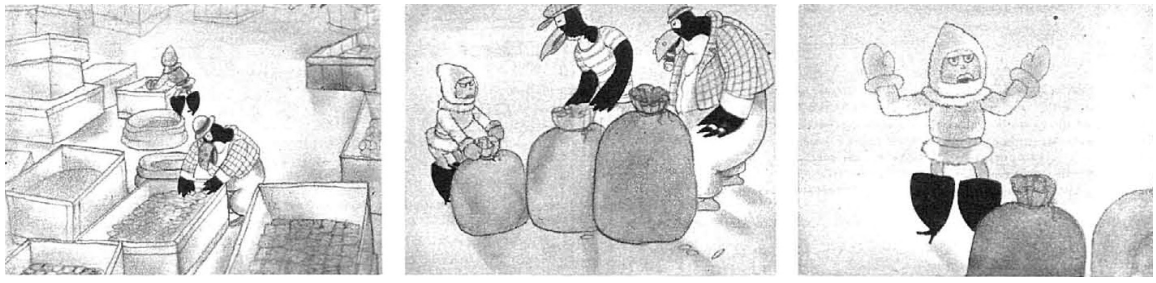
EPISODIO CCXLIV

EL ASALTO AL BANCO

Cuando el sereno termina de leer el periódico por cuarta o quinta vez, nota que este noble esfuerzo le ha fatigado tanto que siente sed y necesidad de descansar: "Vamos a echar un trago" —murmura para su capote—. Y se encamina hacia una taberna próxima. Este es el momento preciso que esperaban los bandidos y que temía su compañero, nuestro gran Pipo. Sí, ésta es la oportunidad esperada para dar el golpe. "Vamos allá" —ordena el jefe "gangster"—. "Vamos" —aprueba el secuestrador de chicos—. En cuanto a Pipo, no dice nada, porque las palabras se le atragantarían. ¡Dios mío!, ya está iniciado el atraco a mano armada, pues en cuanto el "Pingüinote" ha logrado forzar la cerradura de la puerta del Banco, los tres penetran en el edificio blandiendo sus pistolas. Pipo lleva además su linterna famosa, que tantas veces le ha ayudado a realizar bellas empresas, y ahora le tiembla el pulso al pensar que la pone al servicio de tan mala causa..., aunque el fin sea bueno, claro está. Los tres bandidos (hay que decir que aunque sólo dos lo sean, en este momento lo parecen los tres) han recorrido ya diversas dependencias del edificio. "Al Pingüine", terriblemente experto en estas lides, dice: "Hay que bajar a los sótanos, que es donde está el dinero." La escalera de los sótanos está cerrada con enorme puerta de hierro. Pero ¿qué cerradura se resiste a las manos del secuestrador de críos?

Allá van los tres escaleras abajo hacia los dominios del tesoro nocional de Pingüinonia. No hay que creer que aquellos lugares están solitarios y abandonados. ¡Ni mucho menos! La sabia previsión de la dirección del Banco ha colocado allí a dos honrados vigilantes nocturnos, que no se mueven de su puesto en toda la noche. Y mientras uno duerme el otro ronca, con lo cual estos probos y celosos funcionarios se reparten equitativamente el trabajo en paz y en gracia de Dios. Y su actitud es doblemente beneficiosa, porque evita a los atracadores la molestia lamentable y peligrosa de hacer uso de sus armas. De puntillas, para no despertar a los escrupulosos vigilantes, los tres entran en la estancia blindada, donde se amontonan en grandes cajones los caudales de reserva del Banco nacional Pingüino, y se dedican en seguida a llenar los sacos que traían con este objeto. Digo bien "los tres", porque Pipo no tiene más remedio que hacer lo mismo que sus compañeros, aunque siente arder sus mejillas de vergüenza ante sí mismo al realizar este acto, aunque sea con la noble y benéfica intención de salvar al principito raptado; ya comprenderéis que en estos momentos el héroe no tiene más preocupación que aprovechar la primera ocasión favorable para acabar esta farsa y prender a los dos miserables. Ya están los tres sacos abarrotados; el del "gangster", de oro; el de Pipo, de plata, y el del secuestrador de bebés, de monedas de cuproníquel, que son su debilidad. Entonces Pipo hace una tentativa para poner en ejecución el plan que ha venido madurando: "Camaradas —dice—: no me parece digno de bandidos que carguemos con nuestro botín; los "Niños de Écija", cuando asaltamos Bancos, tenemos siempre un taxi preparado a la puerta."





EPISODIO CCXLV

¡PIPO, LADRÓN!

La idea de Pipo era excelente: pero si él es listo, tampoco "Al Pingüine" es tonto y le choca la prisa de su nuevo socio por salir solo a la calle. Le echa de reojo una mirada turbia y negra de "gangster" desconfiado, y contesta: "Me parece bien lo del taxi, pero tú no tienes por qué ir a buscarlo. Que vaya aquí, el "andova"." ("Andova", en idioma pingüino quiere decir "secuestrador de niños".) De modo que el especialista en raptos infantiles así aludido se apresura a obedecer y sale a la calle en busca del primer taxi que pase. Y el primer taxi que pasa es un coche espléndido, de hielo de primera calidad, y conducido por un chofer de ésos que devuelven a diario maletines olvidados llenos de alhajas.

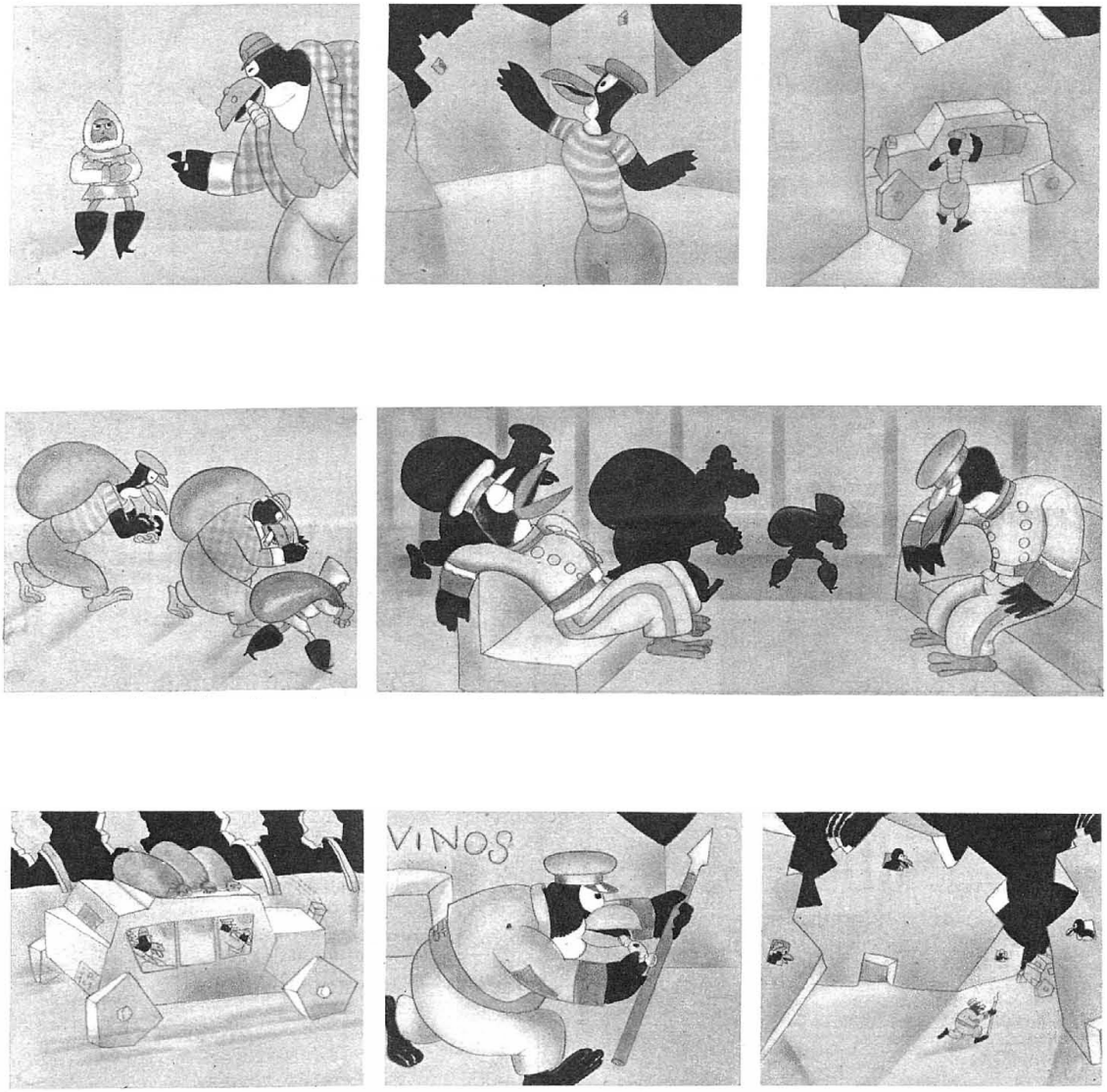
Este honrado proletario pingüino se escama ante la llamada de aquel transeúnte sospechoso y quiere pasar de largo, pero el bandido no se anda con chiquitas, y, apuntándole con su pistola, ordena: "Colócate a la puerta del Banco para que carguemos en tu cacharro unos sacos de dinero que acabamos de robar. Si desobedeces, eres pingüino muerto."

El honrado chofer no tiene más remedio que obedecer y el pistolero vuelve junto a sus compañeros y les dice: "Ya tenemos el taxi a la puerta. Vamos a cargar nuestro botín." Y cada cual se echa al hombro su respectivo talego, que por cierto pesa bastante. Pero a Pipo el suyo le pesa mucho menos que su conciencia. ¡Ahora sí que no hay escapatoria!

Y nuestro héroe, sudando de angustia, se pregunta con horror si, aun para hacer un bien, hay derecho a realizar tan negra acción. "¡Dios mío! —piensa—. ¿Qué dirán mis amigos, los lectores de ESTAMPA, cuando me vean convertido en ladrón? ¿Sabrán darse cuenta de que todo esto lo hago para prender a estos malvados y salvar al pobre principito Pingüinín?" Pero lo más grave no es que lo vean los lectores de ESTAMPA, sino que se lo encuentre ahora cualquiera y lo confunda con los demás atracadores, como sería natural. ¡Qué vergüenza y qué peligro! Mientras hace estas amargas reflexiones, Pipo abre la marcha, pues ya han salido del sótano y atraviesan la estancia, donde los funcionarios siguen roncando a pata suelta.

¡Ya está consumado el delito! Los tres atracadores (esto de llamarle a Pipo atracador, creedme que hace enrojecer de vergüenza las teclas de mi máquina de escribir), ya fuera del Banco, cargan sus talegos sobre el taxi, que se aleja a gran velocidad, pues su honrado chofer sigue, naturalmente, bajo la amenaza de la pistola de sus terribles clientes.

Pero entre una cosa y otra ha transcurrido bastante rato, tanto, que el sereno ha tenido tiempo de vaciar unas cuantas copas, fumar unos cuantos pitillos y resolver con sus contertulios unas cuantas cuestiones sociales referentes al alumbrado de gas. Y sale de la taberna en el instante en que el taxi echa a andar. El buen sereno no es ningún lince pero tampoco hace falta serlo para estimar sospechoso un taxi que, a altas horas de la noche, se aleja de un Banco, llevando tres enormes talegos y tres clientes de mala catadura que amenazan al chofer con pistolas. "¡A ésos! ¡A ésos!" —grita el sereno echando a correr detrás del taxi, mientras en las ventanas vecinas aparecen picos de pingüinos asustados.


VINOS

EPISODIO CCXLVI

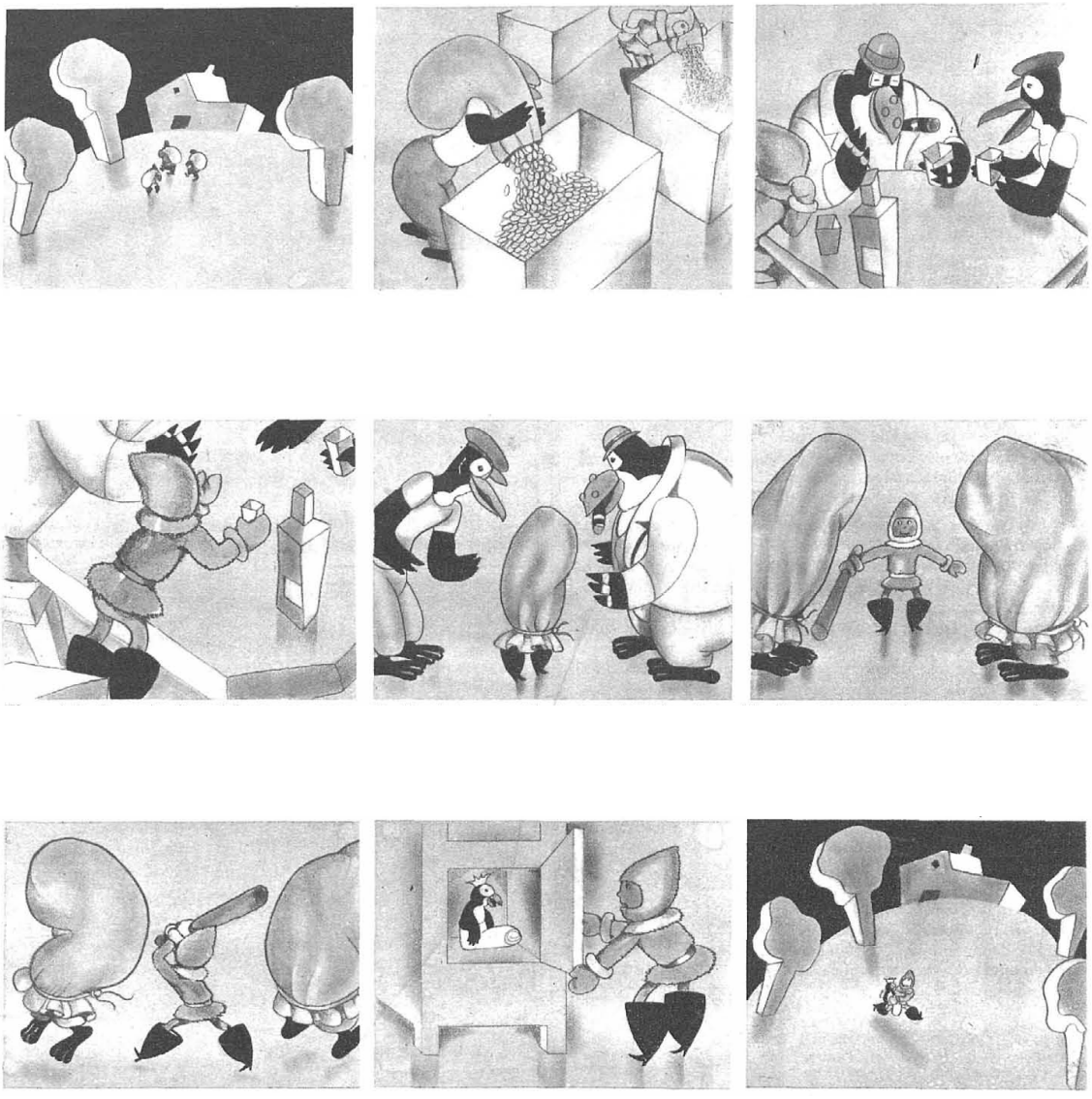
EL RESCATE DEL PRÍNCIPE

¡Ya puede correr el buen sereno! No hay cuidado que alcance el coche que, deslizándose por el hielo a velocidad increíble, cruza la ciudad, y en pocos momentos llega a un lugar solitario, donde los atracadores lo abandonan después de dejar convenientemente maniatado y amordazado al chofer, según es costumbre en estos casos. Este lugar lo hemos reconocido en seguida: como que allí está la casita misteriosa, guarida de los "gangsters", hacia la cual los tres se dirigen cargados con sus talegos, que, una vez dentro, vacían en enormes cajones, en los cuales las monedas de oro, plata y níquel hacen, al caer, un tintineo metálico delicioso, como os podéis imaginar, si es que alguna vez en vuestra vida habéis visto tanto dinero junto. Entre tanto, Pipo no ha cesado de cavilar en la manera de separarse de sus terribles compañeros y salvar al "baby". Y de pronto, tiene una idea genial, como suya; para ponerla en ejecución empieza por exclamar: "¡Camaradas, como hemos trabajado tanto, propongo, para descansar, que celebremos el éxito de nuestro "negocio" con unas copas y de paso brindaremos por nuestras futuras empresas!" "La proposición es acogida con entusiasmo, y los tres se sientan alrededor de la mesa a beber lo mismo que antes. Al decir "lo mismo", entiendo que ahora también "Al Pingüine" y el "Pingüinote" beben de firme, mientras que Pipo finge beber.

Cuando los ve a punto de caerse borrachos, Pipo dice, como quien no quiere la cosa: "Encuentro a los "gangsters" pingüinos muy atrasados. En mi país, después de un atraco, utilizamos los talegos, a modo de talismanes para ver en ellos todo lo que hay oculto en el mundo." "¿Cómo puede ser eso?" —preguntan los otros dos—. "Pues es sencillo. Mirad."

Pipo se mete un talego por la cabeza, les ordena que se lo aten fuertemente y exclama: "¡Carrasclás, Carrasclás! ¡Todo lo verás! ¡Ya veo!" "¿Qué ves?" —preguntan—. "Pues veo un niño metido en una nevera." Al oír esto, los "gangsters" no dudan de que, en efecto, los talegos pueden servir de talismanes y exclaman: "¡Nosotros también queremos ver!"

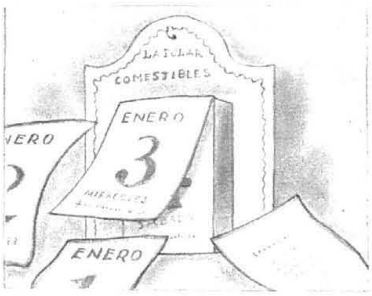
Pipo se apresura a ponerles los sacos y se los ata con todas sus fuerzas; luego dice: "¡Carrasclás, Carrasclás! ¡Todo lo verás! ¿Qué veis, compañeros?" "Yo no veo nada" —dice uno—. "Ni yo" —añade el otro—. "¡Ah, con que no veis nada, eh! Pues vais a ver... las estrellas" —grita nuestro héroe—. Y apoderándose de un enorme garrote, ¡pan, pan!, muele las costillas a los dos miserables, que saltan, gritan, corren: pero no pueden defenderse y tienen que aguantar la paliza hasta que, al fin, caen rendidos y piden perdón por todas sus maldades. Entonces Pipo, dejándolos que duerman la mona en sus talegos, sale de la habitación con toda tranquilidad, y por el pasaje secreto de la chimenea que ya conocemos, baja al sótano, donde abre la cámara frigorífica. En su interior sigue el principito admirablemente conservado. Pipo lo coge, y, llevándoselo, huye de aquella casa maldita y corre hacia el taxi abandonado, desata al chofer y le ordena, pero esta vez sin necesidad de utilizar la amenaza de una pistola: "¡Pronto! ¡Al palacio real."

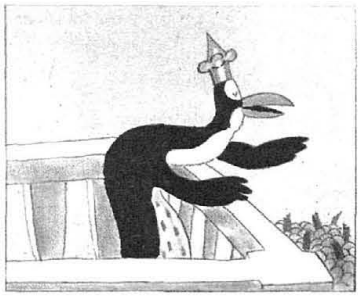


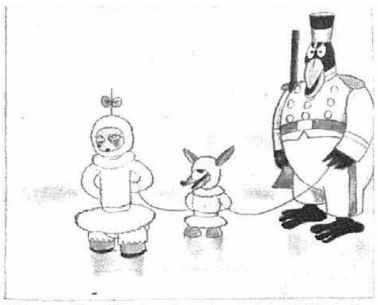
EPISODIO CCXLVII

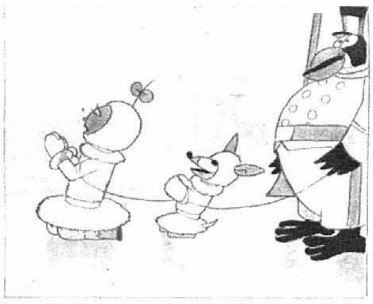
COCOLÍN Y PIPA, CONDENADOS

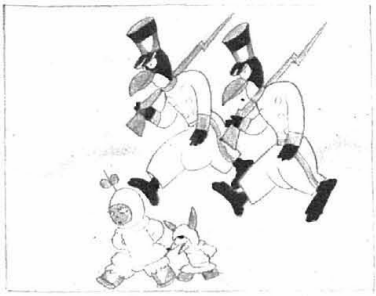
Desde que su majestad Pingüinón V "el Largo", rey de Pingüinonia, concedió a Pipo un plazo de un mes para encontrar al principito, han transcurrido, día por día (y hora por hora, y minuto por minuto, y segundo por segundo, naturalmente), muchos días treinta. Ya amanece la mañana fatal en que vence el plazo; hoy vence, hoy. Triste amanecer para los infortunados soberanos. El rey Pingüinón y su esposa, la reina Pingüinina, lloran desconsoladamente la pérdida, ya irremediable, de su hijo, el "baby" raptado. En medio de su dolor oyen gran tumulto a las puertas del palacio real, y el soberano se asoma al balcón; en la plaza se ha congregado una muchedumbre imponente que clama: "¡Pedimos la cabeza de los culpables! ¡Mueran los raptores del principito!" "Amado pueblo —dice el soberano—: el verdadero culpable no puede ser otro que aquel forastero, llamado Pipo, que se nos escapó, prometiendo traer a mi hijito, y ha faltado villanamente a su palabra. No puedo castigarlo, porque no sé dónde está. Pero, ¡ah!, señores; en cambio, tenemos en nuestro poder a las dos compañeras del culpable, que son la niña Cocolín y la perrita Pipa, que él nos ha dejado en rehenes. ¡Se hará justicia, os lo prometo!" Una ovación saluda esta promesa del monarca, y un destacamento de guardias pingüinos parte en busca de las dos cautivas y las trae fuertemente amarradas al palacio, donde Pingüinón "el Largo" les dice con voz terrible: "Vosotras pagaréis la traición de vuestro amigo. ¡Os condeno a la última pena!" Al oír esta sentencia espantosa, nuestras desventuradas amiguitas, aterradas, caen de rodillas suplicando: "¡Piedad, señor!" Su dolor parte el alma, pero el alma de un pingüino exasperado, porque se le ha arrebatado a su hijo, no se parte así como así. Su majestad crispa los puños con ira, y cuando un pingüino crispa los puños ya se sabe que no hay nada que hacer. "¡He dicho que os condeno a la última pena y hemos terminado! —ruge el soberano enfurecido—. La sentencia va a ser cumplida inmediatamente. Y, en efecto, los guardias vuelven a apoderarse de las dos cautivas y se las llevan atravesando las filas de la muchedumbre —toda Pingüinonia está en "pata"—, que sigue vociferando: "¡Mueran! ¡Mueran!" Cocolín va llorando en silencio; Pipa gime con desconsuelo: "¡Dios mío! ¡Con lo a gusto que estaríamos ahora en Madrid representando en el Teatro María Isabel "Pipo y Pipa en el País de los Borriquitos"!" Ya llegan a la plaza donde va a ejecutarse la sentencia que las condena a la última pena. Esta pena consiste en Pingüinonia en que el reo sea colgado a la intemperie (cuando el reo es un pingüino se le cuelga de las alas; a la gentil Cocolín la colgarán de las trenzas y a Pipa de las orejas) hasta que se quede completamente helado, lo cual, dado el frío que hace allí, no suele tardar mucho. ¡Pobres amiguitas nuestras! Ya ha llegado el momento fatal. Pero ¿y Pipo? ¿Qué hace Pipo entre tanto? Pues Pipo, como todos recordaréis, tomó el taxi del chofer atracado, pero, ¡lo que es la mala pata! El taxi ha tenido una avería y nuestro héroe tiene que proseguir la ruta a pie. ¡Dios mío! ¿Llegará a tiempo?

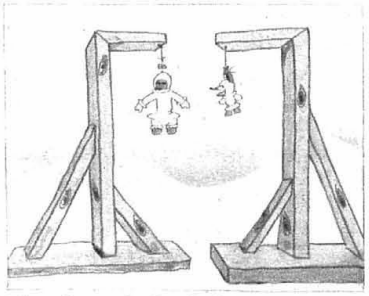

LA TOLVA
COMESTIBLES
ENERO
3
ENERO









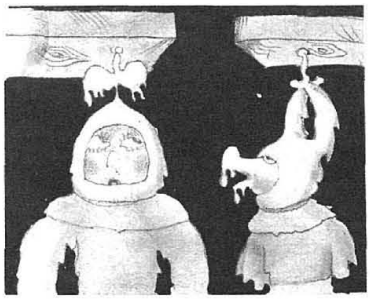
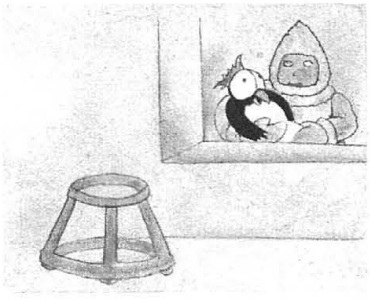


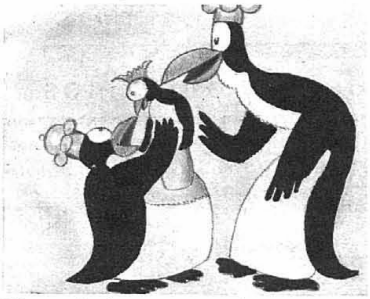
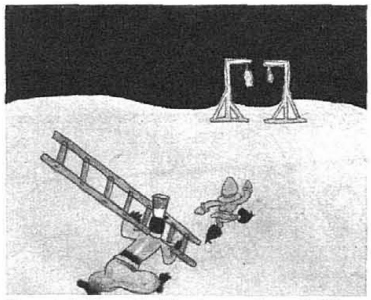
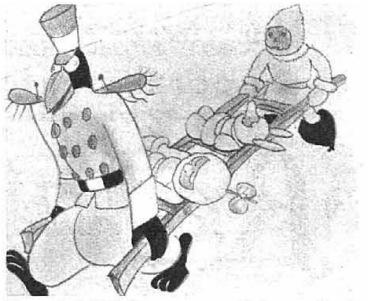
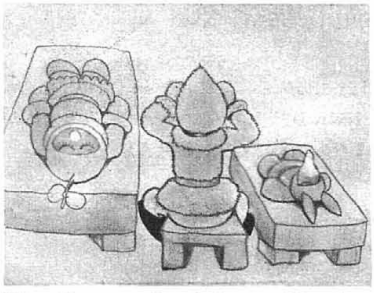
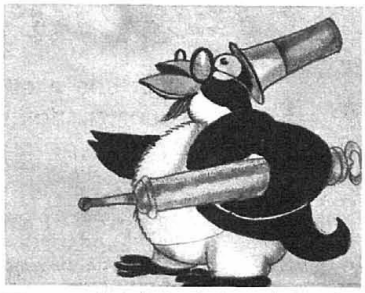
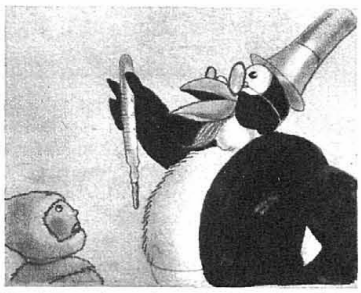
EPISODIO CCXLVIII

PIPA Y COCOLÍN ESTÁN HELADAS

El sábado último nos preguntábamos con angustia: "¿Llegará Pipo a tiempo de salvar a sus desventuradas compañeras?" Y ahora, ¡ay!, tengo que contestar con dolor: "Me temo que no llegue a tiempo." En efecto; ahí tenéis a la gentil Cocolín y a la simpática Pipa colgadas a la intemperie, según manda la sentencia, y es tal el frío que hace que ya a Cocolín se le ha helado la punta de la nariz y el lazo del pelo, y a Pipa las orejas y el hocico. Pronto estarán las dos completamente heladas, ¡muertecitas del todo! Entre tanto, nuestro héroe, siempre corriendo con el principito en brazos, ha llegado al palacio real. En lugar de pedir audiencia a su majestad para entregarle a su hijo con toda solemnidad, se le ocurre gastar una broma dando a todos una sorpresa, y, por la misma ventana por donde entró a cometer su crimen el feroz "kidnapper" (ladrón de niños, en idioma pingüino), él se introduce en el cuarto del "baby", al que coloca en su pollera; poco después entra la niñera, dispuesta a llorar, como lo hace siempre que ve la pollera vacía; al encontrarse con el principito desaparecido, lanza un grito de alegría tan estridente, que en un segundo todo el palacio está en pie; los primeros en acudir son los soberanos, que están a punto de enloquecer de júbilo al recuperar a su hijito. Lo cogen en alas, lo achuchan y se lo comen a besos, mientras que toda la corte canta esa famosa canción infantil de Pingüinonia, que dice así: "Cinco pingüinitos tenía la pingüina, — cinco, que cinco, detrás de una tina." En medio de esta explosión de entusiasmo, se presenta nuestro héroe y dice: "Señor, yo he cumplido mi palabra devolviéndoos a vuestro hijo; cumplid la vuestra devolviéndome a mis compañeras." "¡Dios mío —exclama el rey—, no sé si llegarás tarde!" Ordena que un soldado, provisto de una escalera de mano, acompañe al héroe hasta la plaza pública donde siguen helándose las dos infelices reas. Las descuelgan, pero, ¡horror!, están rígidas, inánimes. ¿Será posible que sea ya tarde? Sin perder un instante, y utilizando la escalera de mano a modo de parihuelas. Pipo y el soldados se las llevan a una Casa de Socorro próxima, donde las acuestan en mullidas camas, en una habitación confortablemente caldeada. ¡Todo inútil! Siguen rígidas, inanimadas, heladas, en fin, pese a las mantas que les echan encima, entonces Pipo ordena: "Que venga el mejor médico de Pingüinonia." Un telefonazo apremiante, un auto que corre veloz y ya está aquí el sapientísimo pingüino doctor Pittaluguino, que llega pertrechado de todo el instrumental al uso en aquel país de frío, para deshelar a las personas heladas. El ilustre galeno toma el pulso a las dos enfermas y mueve el pico de derecha a izquierda con aire pesimista, como diciendo: "¡Malo! ¡Malo! ¡Me parece que están perdidas!"

"¡Dios mío! —exclama Pipo aterrado—. Entonces ¿qué hay que hacer?" Y el doctor Pittaluguino contesta gravemente: "Lo primero que hay que hacer es ponerles el termómetro." Y se lo pone a Cocolín; la experiencia es, ¡ay!, desconsoladora. ¡Figuraos que la columnita de mercurio marca quince grados bajo cero! ¡El caso es más que grave! ¡Desesperado!

EPISODIO CCXLIX

EL BRASERO SALVADOR

Cuando el médico ve que ni aun poniéndoles el termómetro (que es el remedio que utilizan los médicos para todas las enfermedades) consigue que a Pipa y a Cocolín les suba la temperatura, renuncia a la lucha y declara: "Es inútil; la ciencia se declara impotente." "¡Cómo! ¿No me queda ninguna esperanza?" —dice Pipo—. "Si, una: la de aprovechar estos dos trozos de hielo para hacer sorbetes. Al oír esta reflexión, nuestro héroe le larga al galeno un puntapié en el sitio que los pingüinos usan para sentarse. El médico sale volando, y el héroe exclama: "Si la ciencia es impotente, las curaré sin ciencia." Baja al sótano, donde vive la conserje del establecimiento y le pide un brasero.

Entre los dos suben el artefacto a la estancia, donde Pipa y Cocolín yacen inertes. Pipo las cuelga del techo en el centro del cuarto y coloca debajo de ellas el brasero, cuya lumbre aviva con un soplillo la amable conserje. Pasa un rato, que a nuestro héroe le parece un siglo; el brasero humea. Al fin, de pronto cae un chorro de agua y suena un estornudo formidable. "¡Achisss!" Es el hielo que se derrite (lo del agua), y es Pipa (lo del estornudo) que vuelve a la vida. Casi inmediatamente suena una suavísima vocecita que gime: "¡Jesús, qué tufo! ¡Ese brasero está mal encendido!" Ahora la que vuelve a la vida es la gentil Cocolín. Renuncio —porque no sabría— a describiros la escena emocionante que sigue a esta doble resurrección: gritos, lágrimas de alegría, abrazos sin fin, etcétera, etc... La buena conserje se enjuga los ojos con las alas. Lo que sí os puedo describir fácilmente es lo que sigue a esta escena; nada menos que un catarro de ésos de "no te destapes", que obliga a las des "resucitadas" a permanecer una semana envueltas en mantas de lana y absorbiendo tazas, tazones, soperas, tinajas de ponche muy caliente, en el cual nuestro héroe, convertido en enfermero solícito, echa tal cantidad de azúcar, que la golosa perrita, relamiéndose, acaba por declarar: "¿Sabes, mi amo, que vale la pena de helarse, cuando el deshielo es tan dulce?"

En fin, ya están las dos enfermas completamente curadas, y, aun cuando Pipa asegura que todavía necesita otra semanita de reposo... y de ponche, Pipo, ya inflexible, resuelve reanudar el viaje tan dramáticamente interrumpido. La visita de despedida a los soberanos reviste caracteres de la mayor solemnidad. Su majestad, para premiar al héroe que ha devuelto al país el heredero del trono, prende sobre su pecho glorioso nada menos que la medalla de oro de Pingüinonia, preciado galardón que sólo ostentan hoy Luis de Tapia y Pipo. En cuanto a la reina, se ha encariñado de tal modo con nuestra simpática perrita, que se digna hacerle un regalo que ha de serle de gran utilidad para atravesar aquellas heladas regiones: una magnífica camiseta de punto que ha confeccionado con sus propias augustas patas. Además, por orden del monarca, el pueblo en masa se congrega en la plaza de Pingüinonia para hacer a nuestros amigos una despedida digna de ellos. Y los aclama con entusiasmo mientras se alejan: "¡Adiós, adiós!"

Achiisss

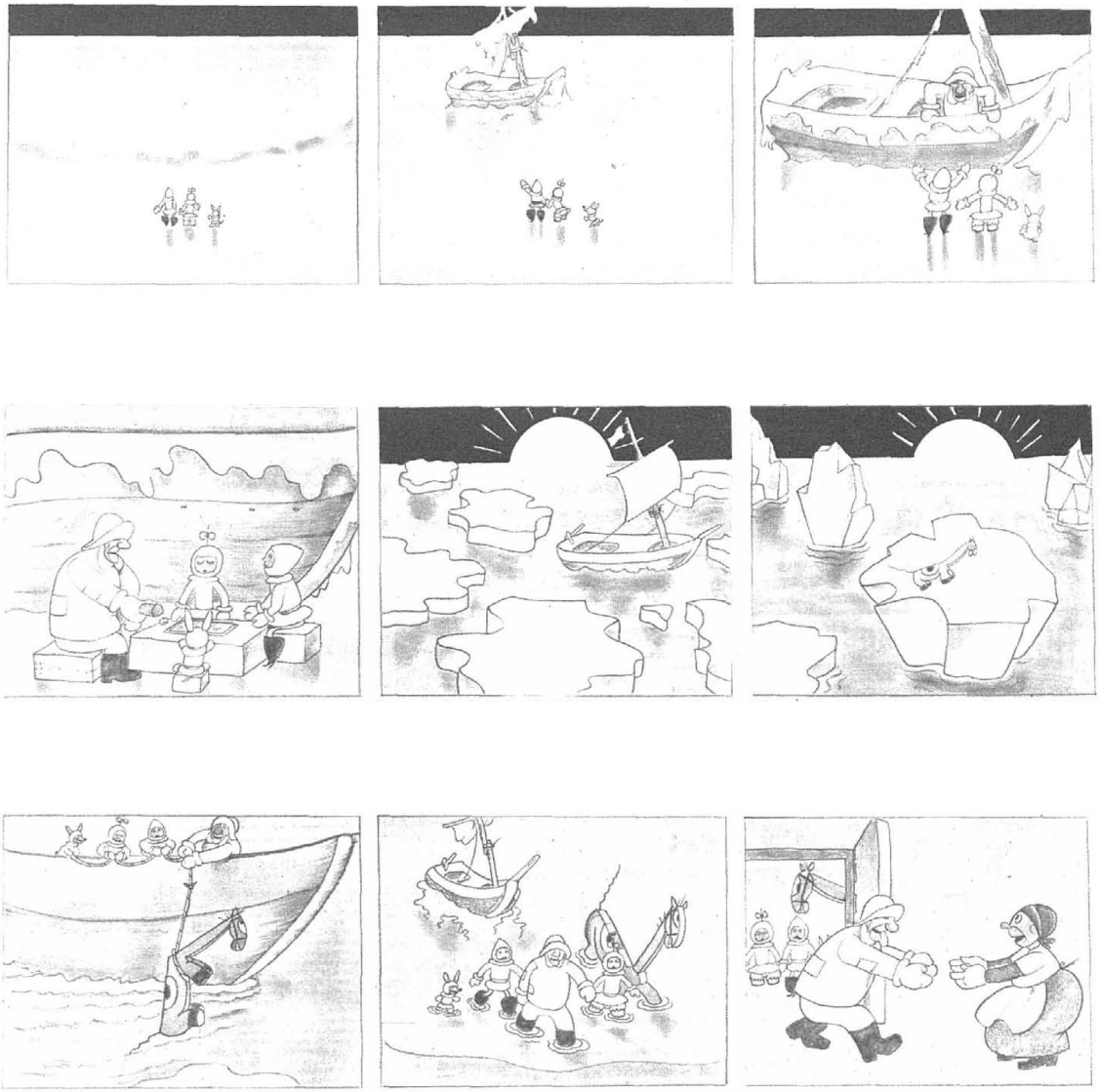
EPISODIO CCL

HAN, EL PESCADOR DE BACALAO

Anda que te andas, andando que te andarás, Pipo, Pipa y Cocolín han llegado al mar. ¿Cómo atravesarle, cómo llegar a la otra orilla? "Es muy sencillo —declara Pipo—; iremos a pie." Esta ocurrencia causa asombro en nosotros, entusiasmo en Cocolín e indignación en Pipa. A nosotros nos asombra, porque ignoramos que aquel mar no es de agua, o mejor dicho, es de agua que está completamente helada, por lo cual presenta una superficie inmensa tan dura que por ella se puede caminar ni más ni menos que por la calle de Alcalá. Entusiasma a Cocolín, que exclama: "¡Qué divertido! Seremos los primeros que hayamos cruzado el mar a pie." Pipa, indignada, protesta: "¡A pie nos vamos a cansar!"

"No te apures —contesta Pipo—; nosotros iremos a pie, pero tú no; tú irás... a pata." Ya llevan varias horas caminando por el mar helado, cuando ven a lo lejos un barco inmovilizado por los hielos que lo aprisionan. Hacia él se dirigen; en el barco hay un viejo marinero: "¿Quién es usted?" —pregunta Pipo—: "Soy Han, el pescador de bacalao."

"¿Pero de bacalao de Escocia?" —pregunta Pipa, siempre entrometida—. "No; de bacalao a la vizcaína —contesta el pescador, y añade—; el invierno me ha sorprendido aquí y mi barco ha quedado inmovilizado por el hielo. Me aburro, y, además, estoy cansado de no comer más que bacalao." "Nosotros le daremos otros víveres y le haremos compañía, y cuando llegue el deshielo su barco nos llevará a todos" —propone Pipo—. La proposición es aceptada con entusiasmo y nuestros héroes se instalan en la embarcación. Cocolín se ha traído un juego de "parchessi", gracias al cual pasan el tiempo tan entretenidos que les sorprende la llegada de la primavera con una sacudida brusca de la embarcación que empieza a flotar por el mar deshelado. Claro que también empiezan los peligros, pues aquellos parajes están llenos de témpanos de hielo que flotan a la deriva y que amenazan destrozar la embarcación, cuyos tripulantes han de sortearlos remando con habilidad. "¡Cuidado —exclama Han—, un "iceberg"!" Pero, ¡oh, sorpresa!, sobre aquel "iceberg" parece que se agita un ser viviente. Es un animal. ¡Es un caballo! ¡Es Trompetilla! Sí, nuestro buen caballito, al que todos creíamos perdido para siempre. Entre gritos, ladridos y relinchos, Trompetilla es izado a la embarcación y todo son abrazos entre los cuatro amigos; al fin, reunidos de nuevo, Pipa está orgullosa de referirle a su compañero las aventuras sensacionales que le han sucedido desde que se perdieron de vista, que por una temporadita se olvida de marearse y hasta de gruñir. Y así termina felizmente esta travesía maravillosa. Un hermoso atardecer primaveral, el barco toca tierra en una playita solitaria, junto a la cual se extiende un pueblo, donde ya todo el mundo debe de estar dormido, pues la obscuridad es completa. Solamente en una casucha brilla una lucecita. "¡Es mi casa! —exclama el buen Han—. Seguramente mi mujer, creyéndome muerto, se pasa las noches llorando y rezando." Y así es. Todos se dirigen hacia la casita del pescador, y no intentéis ni imaginar la alegría de la pobre mujer al ver a su marido sano y salvo.



EPISODIO CCLI

LA MUÑEQUITA ELSY Y LOS ENANOS DEL BOSQUE

¡Qué bien se está en casa del pescador Han! Pasadas las primeras efusiones, la buena mujer dice alegremente: "¡A comer!" Y coloca sobre la mesa una enorme sopera llena de algo que exhala un tufillo tan agradable que Pipo y Cocolín se relamen de gusto, mientras que Pipa... ¿Para qué os voy a contar la acogida que le hace Pipa a la sopita?

Después de la sopa, jamón y huevos fritos, y queso, y vinillo con canela... Todos comen y beben alegremente; pero, de pronto, se oyen unos sollozos desgarradores y una preciosa niña entra llorando. Es la pequeña Olga, la hija de los pescadores: "¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa a ti?" —exclama su mamá—. "¡Ji, ji, ji! Me han robado mi muñeca."

"¿Quién?" —pregunta Pipo—. "¡Los enanitos del bosque! Me senté a dormir al pie de un árbol, y cuando desperté, Elsy, mi muñeca rubia, había desaparecido." ¡Gran consternación en la casita del pescador! ¡Con lo que los papás quieren a Olga! ¡Y con lo que Olga quiere a su muñeca! ¿Pero cómo va a tolerar Pipa que sufran los que tan bien acaban de tratarle? "¡Pipa —exclama—, vámonos al bosque!" "¡Ay, mi amo! —protesta la perrita—. ¡Que yo quería tomar otro poquito queso!" "Te lo comerás a la vuelta. ¡Andando!" Pipa obedece sin chistar, que ella también quiere agradecer tantas atenciones... y tan rica cena. En el bosque, la perrita precede al héroe corriendo, y, de pronto, se detiene ante unos montoncitos de tierra. "¡Mira, Pipo! ¡Tienen puertas y todo! ¡Deben de ser casitas de hormigas!" "Más bien creo yo —dice Pipo— que contendrán grillos. Vamos a verlo." Coge una pajita y la introduce en uno de aquellos montoncitos para que salga un grillo. Pero lo que sale es una vocecilla menuda, pero ronca, que grita: "¿Quién se permite molestarme? ¡A ver si me dejan en paz!" Y aparece un ser extraordinario: su altura viene a ser la del dedo meñique de un niño recién nacido; pero tiene una barba tan larga que le arrastra por el suelo, y lleva una chistera más alta que él. Al verle, Pipo comprende que aquellos montoncitos son las viviendas de los enanos del bosque y este vejete de tan mal genio debe de ser algún personaje principalísimo del pueblo en miniatura. "¡Por Dios, caballero —exclama Pipo, siempre tan correcto—; le suplico que me perdone; ignoraba que tuviera que habérmelas con tan noble señor!" "¡Pues yo soy don Taponcito, para que te enteres!" —contesta el microscópico anciano—. ¿Y se puede saber qué es lo que buscáis?"

"Pues nosotros, lo que deseamos es saber si tienen ustedes en su poder cierta muñeca rubia que se llama Elsy." "¡Claro está que la tenemos! ¡Como que se va a casar con nuestro rey! Precisamente es hora de darle serenata." Don Taponcito coge una guitarra del tamaño de un cañamón y se acerca a un montoncito, a cuya ventana está asomada una damisela de "biscuit", que tiene pelo de rubia estopa y ojos de cristal pintados de azul. Mientras don Taponcito toca la guitarra, suena una voz: "¡Yo soy el rey Pulgarcín — y me voy a casar, rataplán, rataplín!" Y en un charquito de agua se acerca a otro enanito con corona, que viene embarcado en el dedal de una bellota y rema con dos pinchos de cardo.

EPISODIO CCLII

LA MUÑECA DESDEÑOSA

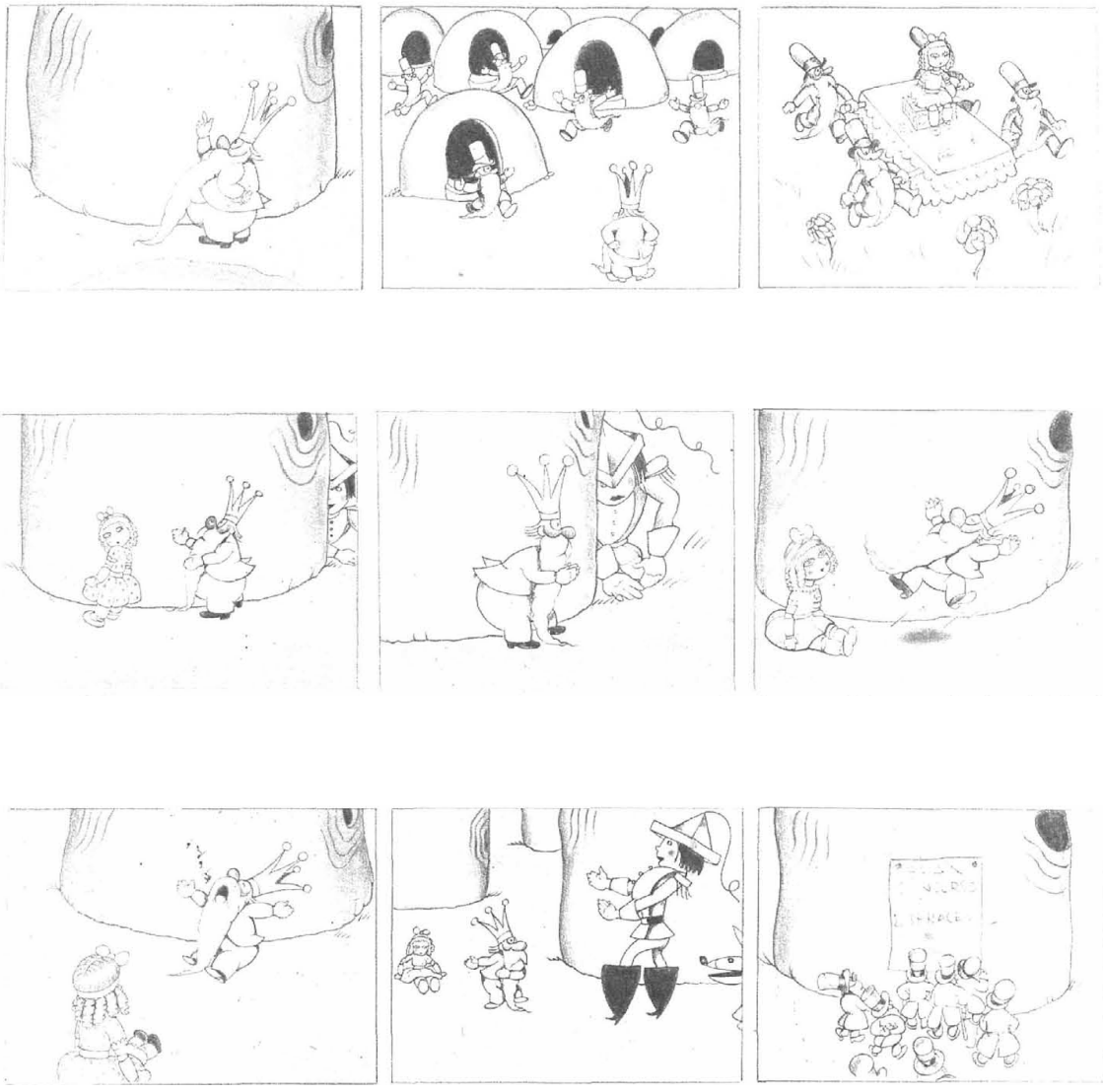
Entre dos matas de hierbaluisa se ha detenido la lanchita de bellota, y el microscópico soberano salta ágilmente a tierra y se coloca la corona, en cuyas puntas brillan magníficas perlas del tamaño de una cabeza de alfiler (esos alfileres con cabeza de color que utilizaban las mamás de antes para hacer encaje de bolillos, y que utilizan las niñas de siempre para jugar a los alfileres). Luego llama: "¡Eh, mis súbditos: acudid, que os necesito!" Al oír esto, de todos los montoncitos de tierra surgen microscópicos personajillos que se precipitan hacia su rey con toda la rapidez de sus patitas. Después de inclinarse ante el soberano hasta tocar con sus chisteras el suelo, quedan respetuosamente esperando las órdenes de su majestad Pulparcín. "¡Hola! —les dice éste—. Traed a la muñeca Elsy ante mi real presencia." Minutos después aparece la rubia damita, llevada en andas por cuatro de aquellos obedientes enanitos. En el suelo la depositan, mientras ella permanece muy quieta con sus lindos ojos de cristal azul inmóviles.

Ante ella, el rey Pulgarcín, con una mano sobre el pecho, pone una rodilla en tierra y suspira tiernamente estas palabras llenas de amor:

"Linda muñequita vestida de azul.
¿Quieres ser la reina de mi corazón?"

Pero Elsy, ¡oh, dolor!, le vuelve la espalda sin dignarse contestar.

Ante tal desprecio, el regio y enamorado enanito queda confuso y desolado. En este instante oye que le llaman: "¡Eh, pssstt, pssstt!" Es Pipo, que, medio oculto por un árbol, ha seguido toda la escena y hace señas al rey de que quiere hablarle. "Rey Pulgarcín —le dice—; se ve que no tienes experiencia de conquistar muñequitas. No se las puede tratar como si fueran señoritas de verdad. Yo sé que para agradarlas hay que divertirlas antes que nada." "¡Gracias, noble forastero gigante! —exclama Pulgarcín—; seguiré tu consejo. Voy a bailar ante ella unas danzas que la harán morir de risa." Y empieza a bailar dando tales saltos, cabriolas y zapatetas, que Pipo y Pipa sí que se ríen, pero, en cambio, la muñequita, ¡ay!, lo único que hace es bostezar de tanto como se aburre. "Está visto que no le gusta el baile —piensa el rey Pulgarcín—; intentaremos el canto." Y empieza a cantar cuanto sabe, desde el "Mambrú" hasta las "Marías": la de la "O", la de la "Cruz" y la "Magdalena". Pero lo hace tan mal y está tan ridículo que Pipo y Pipa se retuercen de risa; pero lo que es la muñequita Elsy —¡las habrá "desaborías", señor! —se aburre tanto, tanto, que... se echa a llorar. El rey en miniatura se tira de las barbas con desesperación: entonces Pipo se acerca y le dice: "No te canses más, rey Pulgarcín; las muñequitas no se distraen con esas canciones ni con esas danzas. Yo te diré lo que hay que hacer para que se divierta tanto, que no vacile en concederte su blanca mano de pasta. Mira, nada mejor que organizar un concurso de disfraces." "Es una gran idea" —aprueba Pulgarcín—. Y a los pocos momentos todos los enanitos del bosque leen unos carteles que les anuncia un gran baile de máscara.



EPISODIO CCLIII

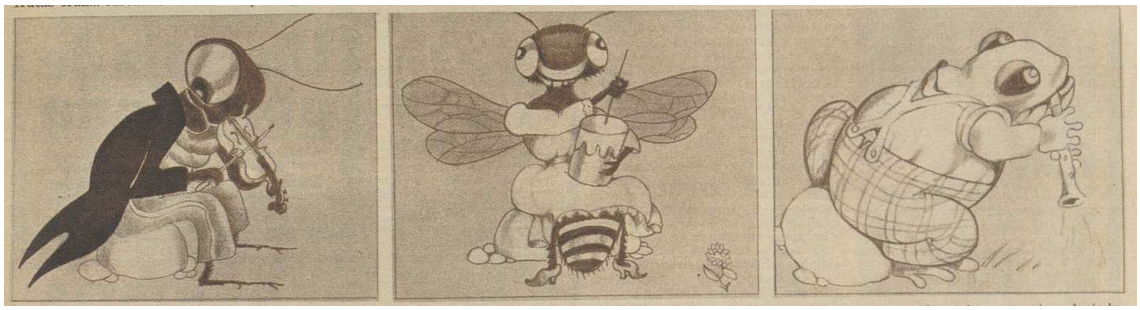
EL BAILE DE LOS ENANITOS

Aquella mañana, ¡oh, maravilla!, todos los árboles del bosque aparecieron cargados con las más raras y lindas frutas del mundo: frutas de papel de mil colores que, al llegar la noche, se iluminaron espléndidamente, al encenderse el gusanito de luz que cada una llevaba en su interior. Y es que aquellas frutas eran... farolillos venecianos que engalanaban el bosque con motivo del gran baile de trajes que el rey Pulgarcín ofrecía a sus súbditos para distraer y conquistar a su amada, la muñeca de "biscuit". En un claro del bosque se ha instalado una tribuna de honor, adornada con guirnaldas. En esta tribuna se instala el Jurado del magno concurso de disfraces. Este jurado se compone nada menos que de nuestros amigos Pipo y Pipa, huéspedes ilustres del bosque de los enanitos. Sobre mullido lecho de pétalos de violeta y hojas de rosas está la reina de la fiesta, la rubia muñequita Elsy, que se dispone a mirarlo todo, muy quietecita, sin pestañear, con sus ojos de cristal azul muy abiertos, porque el espectáculo le interesa, y, además, porque no puede cerrarlos más que cuando está echada. Entre unas matas de hierbabuena se ha colocado la orquesta, que se compone de tres músicos famosísimos; el primero es don Grillo Grillito, vestido de gran "soirée"; sin fatiga, toca su violín de una sola cuerda, que suena a las mil maravillas: "Cri-cri-cri." ¡Ah! ¡Don Grillo Grillito es un artista!

Ocupando el centro de la orquesta tenemos a la linda señorita Avispa, elegantísima, con su vestido descotado, de gasa amarilla con bordados negros, y sus antenas de brillantes. Con sus finas patitas y con sin par maestría, la señorita Avispa toca la zambomba: "¡Gsss, bum, bum, bum!" El tercer músico desmerece algo al lado de sus compañeros, pero esto es solamente en cuanto a la indumentaria, porque el señor Sapo, que es poco amigo de ceremonias, se ha presentado ataviado a la pata la llana, con pantalón de dril y tirantes. Por lo demás, es tan artista como el que más y toca la flauta con tal entusiasmo que no parece sino que los ojos le van a saltar fuera de las órbitas.

Mas, ¡atención!, ya aparecen los primeros participantes del magno concurso de disfraces. Aquí tenemos ya a uno de los más distinguidos enanitos del bosque; se ha vestido de odalisca. Lleva en la cabeza un magnífico turbante indio, adornado con una esmeralda colosal... que tiene exactamente el tamaño de una gota de rocío.

Grandes aclamaciones saludan la aparición de don Taponcito, el noble secretario particular de su majestad; la verdad es que don Taponcito se ha lucido con su disfraz de torero checoslovaco, al que su luenga barba de nieve añade una prestancia y una gracia extraordinarias. Con su montera en la mano, don Taponcito, muy satisfecho del efecto que ha producido, saluda garbosamente a la concurrencia. Pero, de pronto, un "¡Aaah!" prolongado sale de todas las bocas, anunciando la llegada del rey Pulgarcín en persona. El soberano se ha vestido de bailarina; lleva desnudas sus velludas piernecitas, del tamaño de medio palillo de los dientes, y su falda de tul está hecha con la corola de una margarita silvestre.



EPISODIO CCLIV

EL RETO DEL ENANITO

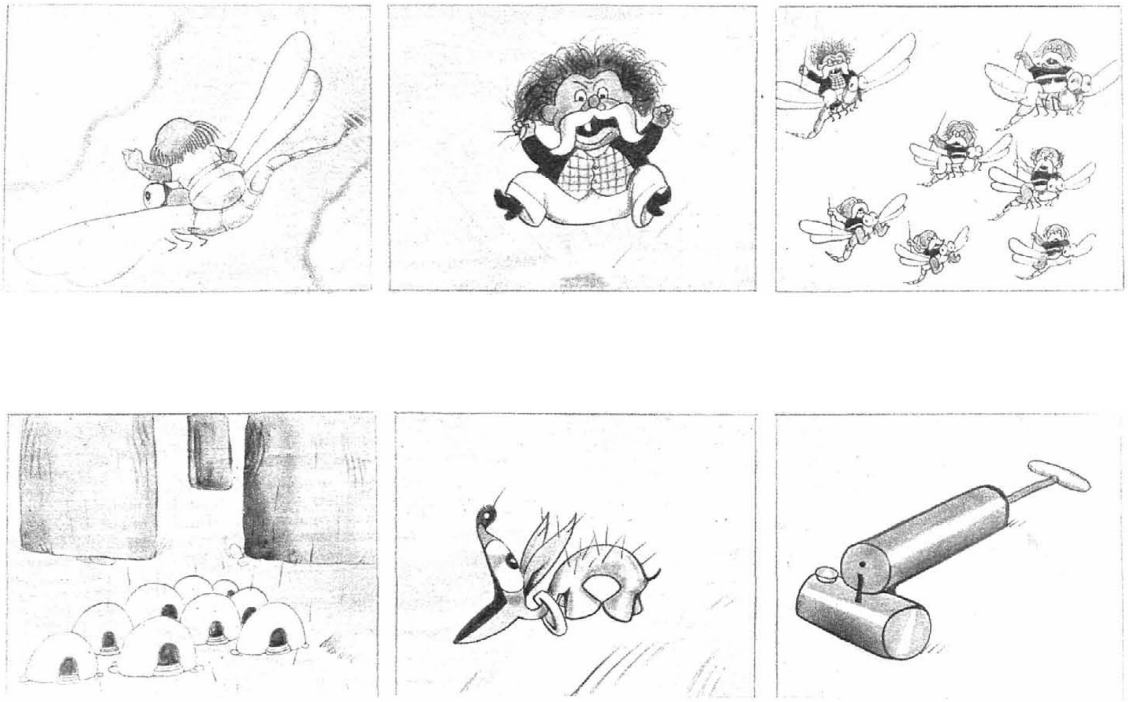
El señor Abejorro, que hace de bastonero mayor, saca su aguijón y da con él tres golpes en el suelo; es la señal para que empiece la fiesta. La orquesta rompe a tocar un vals muy de moda en el bosque de los enanitos, y que se llama "El Vals de las Olas". Cada enanito enlaza a una enanita y se lanza a bailar vertiginosamente. No hay que decir que el primero y el más entusiasta de todos los bailarines es el rey en personita, y su pareja es, naturalmente, su amada, la linda muñequita Elsy. Después del vals viene una carioca, luego un fox, seguido de un "continental", al que sigue, a su vez, un rigodón (que es el baile nacional del bosque), hasta que ya, sudoroso, jadeante y fatigado, el soberano ofrece galantemente a su parejita conducirla al "buffet" para refrescarse tomando una copa de cop… —quiero decir una copa de "cup"— y algún que otro "cocktail" preparado por Chicotito, que es el mejor "barman" del bosque. ¡Hay que ver lo concurrido que está el bar! "¡A la salud de nuestro amado rey!" —dicen los enanitos, levantando cada cual el minúsculo dedalito que le sirve de copa—. "¡A la salud de mis súbditos queridos!" —contesta el soberano, entre baile y baile—. Total, que a medianoche, entre baile y baile y entre copa y copa, la fiesta está en su apogeo y los invitados están... que no saben si lo que tienen en cada mano son diez dedos o veinte. En cuanto al rey, se le ha torcido la corona y al andar describe con los pies unas eses tan complicadas que lo mismo pueden ser eses que cualquier otra letra del abecedario. A la propia muñequita Elsy, tan seriecita, se le ha torcido el lazo que adorna su cabellera y le ha dado por cantar "La Cucaracha" con una insistencia bastante sospechosa. En medio del jolgorio, nuestro héroe, que permanece sereno, ha tenido bastante que hacer por su cuenta, con impedir a Pipa que bebiese con exceso, lo cual solamente lo ha conseguido dejándola atiborrarse a conciencia de pasteles y emparedados. De pronto, Pipo oye un extraño zumbido que se acerca por los aires. Intrigado, levanta la cabeza y ve venir algo que al pronto le parece un aeroplano visto con los gemelos del revés, pero en realidad no es sino un enorme mosquito, sobre el cual cabalga un enanito del mismo tamaño que todos los del bosque, con la diferencia de que es gordo, feo y no lleva barba. Al llegar cerca del lugar en que se celebra la fiesta, el mosquito se detiene y su jinete grita: "¡Oídme, enanitos del bosque!"

Todos miran y lanzan una exclamación de rabia y terror: "¡Es uno de los enanos gordos de la selva!" "Sí; de los enanos gordos de la selva, vuestros enemigos. Y vengo a deciros de parte de nuestro jefe, Furerito Peoncete, que habéis de entregarme en el acto la muñequita Elsy, porque quiere casarse con ella." Al oír esta orden impertinente, el rey Pulgarcín lanza un rugido y, abalanzándose hacia su amada, coge una de sus manecitas y contesta con arrogancia: "Dile a tu jefe, ¡oh, enano gordo de la selva!, que si se atreve venga por ella. Pero jamás se la entregaré, aun cuando me declarara la guerra, pues para cogerla tendría que pasar sobre mi cadáver."

EPISODIO CCLV

LOS GASES ASFIXIANTES

El noble y valeroso arranque del rey Pulgarcín ha producido entusiasmo en todos los enanitos, y la misma Elsy se le queda mirando con admiración. Pero el enano gordo, emisario de los de la selva, se encoge de hombros con desprecio: "¡Yo le diré tu respuesta al jefe —grita— y ya te arrepentirás, enanito tonto! ¡Ja, ja, ja!" Después de esta burlona carcajada, el mosquito y el enano desaparecen como han venido. ¡Buena se arma en la selva cuando el Furerito Peoncete se entera de la negativa del rey Pulgarcín a entregarle la muñeca Elsy! Este jefe rechoncho, que es tan feo como gordo, y tan malo como feo, patalea, rechina los dientes y se tira de los pelos de rabia. Luego grita: "¡Puesto que no me la quiere entregar, se la quitaré!" Saca un pito de aluminio y lanza un silbido estridente: es la señal que pone a la aviación militar de la selva en pie (mejor dicho, en ala) de guerra. En el acto, una multitud de mosquitos biplanos (y extraplanos) acuden pilotados por enanos gordos armados de una gran cantidad de pinchos de cardos borriqueros y de cactos de adorno, que son el arma preferida por estos feroces enanos para sus combates aéreos. Ya llega la temible escuadrilla volandera al bosque, donde no queda ni trazas de la alegre fiesta, pues todos los enanitos, ante la llegada de sus enemigos, se han refugiado en sus microscópicas casitas, sobre las cuales cae una verdadera lluvia de pinchos, que afortunadamente no dañan a nadie... más que a nuestra pobre Pipa, que no ha podido guarecerse del peligro, porque no cabía por la puerta de ninguna casa. Claro que tampoco ha cabido Pipo, pero Pipo no está aquí..., ¡oh, por Dios! Ni durante un minuto se os habrá ocurrido siquiera que nuestro héroe ha podido huir ante el peligro. ¡Naturalmente! Lo que ha hecho es ir en busca de un medio de salvar a sus nuevos amigos, los simpáticos enanitos del bosque. Este medio es tan sencillo como genial: se trata, ni más ni menos, de un aparato de ésos con el cual nuestro glorioso amigo lanza, ¡pafff!, un chorro de líquido emponzoñado hacía los mosquitos, que, atontados, caen todos al suelo arrastrando a sus pilotos. Esto era precisamente lo que Pipo se había propuesto: que los enanos gordos pierdan la ventaja de la altura y se hallen al mismo nivel que sus enemigos. Estos, que ocultos detrás de las ventanas de sus casas han seguido el dramático aterrizaje, al ver de lejos a los enanos gordos de la selva en el suelo, surgen dispuestos a una contraofensiva enérgica. Cada cual lleva en la mano una ramita seca, la rabia en el corazón y en la cabeza la chistera de las grandes ocasiones. Los dirige el rey Pulgarcín, al grito de "¡Por la venganza del ataque injusto y la defensa de la muñequita Elsy! ¡Sus y a ellos!" Y allá van corriendo con furia sin par, pero no tienen que correr mucho, pues ya avanzan hacia ellos los enanos gordos, que, abandonando sus aviones mosquitos muertos, han desenvainado sus sables y llegan, feroces y decididos, a un espantoso cuerpo a cuerpo, que, dada la talla de los combatientes, será un cuerpecito a cuerpecito.

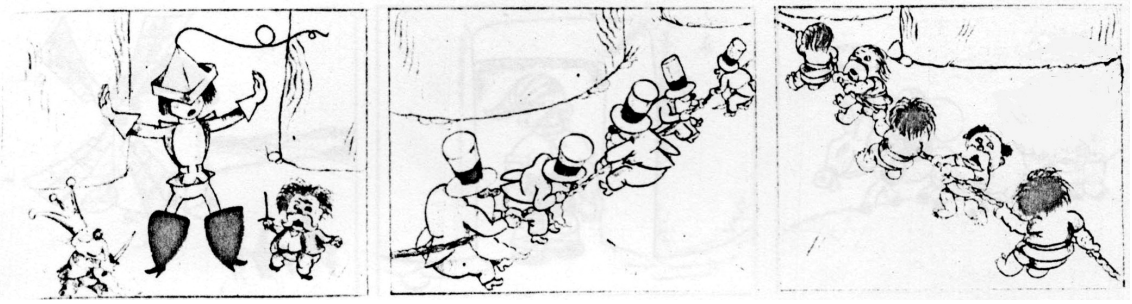


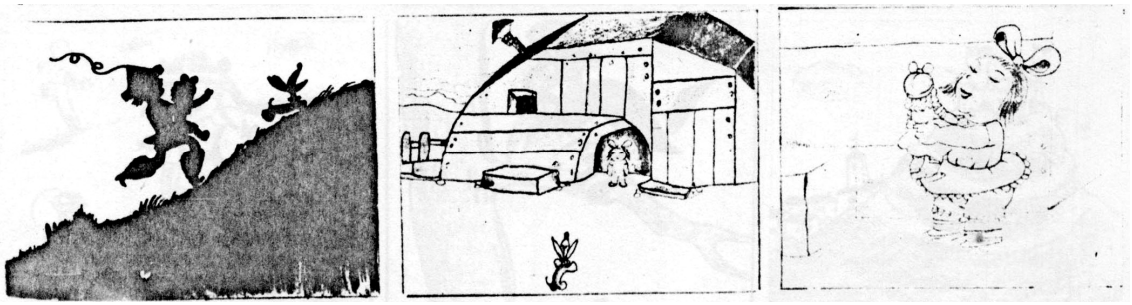
EPISODIO CCLVI

LA CUERDA DE PEGA

Ya llegan frente a frente el batallón de los enanos gordos de la selva y el batallón de los enanitos del bosque blandiendo sus armas respectivas; ya va a empezar la terrible lucha. Pero en este instante trágico suena una voz enérgica que grita: “¡Alto!” Es Pipo, que, con los brazos extendidos, se interpone entre los dos bandos enemigos y les dice: “¿Qué vais a hacer, desgraciados? ¿Os vais a matar unos a otros para ventilar una querella de vuestros jefes? ¡Qué locura! Lo mejor es que probéis vuestras fuerzas; el bando que resulte ser el más fuerte, será vencedor, sin que nadie muera ni sufra inútilmente.” “¿Pero cómo demostrar cuál es el más fuerte?” “Es muy sencillo —dice Pipo—; coged una cuerda y tirad de ella; los del bosque, por un extremo, y los de la selva por el otro; el bando que consiga arrastrar al otro será el más fuerte y habrá conquistado para su jefe la victoria… y la muñeca.” La proposición de nuestro héroe es acogida por una salva de aplausos y aceptada por una… nimidad. Con gran entusiasmo todos los enanitos se preparan para la prueba frotándose las manecitas, después de escupir en ellas. Entretanto, Pipo va a buscar una enorme maroma (para una persona de tamaño natural sería un delgado bramante) y realiza en ella ciertas manipulaciones misteriosas. Ya los dos batallones se colocan; cada uno coge un extremo de la cuerda y tira vigorosamente.

Pero Pulgarcito, en el momento en que todos los enanitos están convertidos en “sirgadores del Volga”, lanza una exclamación, a la que responde un grito del Furerito Peoncete, y en seguida gritan todos los súbditos de uno y de otro: “¡Horror!” Tienen las manos pegadas a la cuerda. No pueden apartar de ella sus dedos. ¿Qué es esto? Pues esto es que Pipo ha llenado la cuerda de sindeticón para que se pegarán a ella las manos de los contrincantes y no se pudieran mover. Y cuando les ves así Pipo avanza y dice: “No os canséis, ¡oh, enanitos del bosque y de la selva! ¡Yo lo he dispuesto todo para que ni unos ni otros os quedéis con la muñeca! Porque si los segundos han querido arrebatársela a los primeros, no es menos cierto que los primeros se la habían arrebatado antes a su legítima poseedora, que es la pequeña Olga, la hijita del pescador Han…, a quien yo ahora mismo se la voy a devolver. ¡Adiós, amiguitos! Ahí os quedáis pegados a la cuerda hasta que llueva, que el agua os despegará; entretanto, podéis distraeros meditando sobre los peligros de codiciar muñecas ajenas.” Y Pipo, llevándose a la linda Elsy y precedido de Pipa, que va lanzando ladridos entre agudos y roncos, echa a correr en dirección a la cabaña del buen pescador Han, donde una nena llora la pérdida de su muñequita rubia, su hijita de “biscuit”, misteriosamente desaparecida. Pero, de pronto, llega a la casa Pipa, saltando y moviendo la cola con gran alegría. Y detrás de ella aparece Pipo. ¡En sus brazos trae la muñeca! ¡Ah! Bien pagada tiene nuestro héroe la hospitalidad que le han dispensado los pescadores, que lloran de emoción al ver a Olga estrechar entre sus brazos a Elsy, cuyo regreso celebra con un festín de raspaduras de chocolate y croquetas de pan.





EPISODIO CCLVII

EL DUQUE DE LOS DIENTES LARGOS

Con gran emoción, nuestros amigos se han despedido de la familia del pescador; en señal de agradecimiento por haber devuelto, con la muñeca, la alegría a su hija, el buen Han ha regalado a Pipo un hermoso bacalao de Escocia, que nuestro héroe carga sobre Trompetilla, porque si lo llevara a cuestas parecería el tío de los anuncios. Llevan ya un rato andando, cuando ven un molino y se acercan y llaman a la puerta así: ¡toc, toc! Con las manos llenas de harina sale a abrirles el molinero: "¿Podría usted indicarnos —pregunta Pipo— el camino para llegar al pueblo más cercano?" "Yo mismo les conduciré —contesta el molinero—; voy allá a entregarle al señor duque de los Dientes Largos un saco de trigo que acabo de moler, así que no tienen más que ir conmigo." Nuestros amigos se apresuran a aceptar esta proposición y la pequeña comitiva se pone en marcha; delante va el molinero montado en su burro y con el saco de harina al hombro; detrás van Pipo y Cocolín sobre Trompetilla. Y entre unos y otros va Pipa, gruñendo, porque, según dice, a ella siempre le toca ir a pata. Pero aún no han recorrido cien metros, cuando al borde de la carretera ven un curioso espectáculo: son dos ratoncitos —algo así como el señor y la señora de Pérez— que lloran amargamente. Ya sabemos que Pipo no sabe pasar indiferente ante ninguna desgracia y pregunta: "¿Qué os pasa?" "¡Ji, ji, ji! —lloriquean.

Hemos perdido a nuestra hija Ratonilda." "¿Acaso se la ha comido el gato?" "Peor que eso —exclaman—; se la ha llevado a su castillo el terrible duque de los Dientes Largos." Pipo querría seguir indagando, pero como el molinero tiene prisa, reanudan su camino, cuando en un prado ven una vaca que lanza mugidos desgarradores, mientras de sus ojos caen lagrimones del tamaño de nueces. "¿Qué te ocurre?" —pregunta Pipo—. "¡Muuu, muuu! —contesta la vaca—. El terrible duque de los Dientes Largos me ha arrebatado a mi ternerita, que con tanto amor estaba yo criando." Cerca de allí hay un conejito tan afligido, que se olvida de roer una apetitosa zanahoria que tiene a sus pies, y hasta de asustarse y huir al ver acercarse a nuestras amigos. Con su bondad habitual, Pipo le pregunta por qué llora, y el conejito contesta: "¡Lloro, porque el terrible duque de los Dientes Largos se ha llevado a mi hermanita, la tímida Gazapilla, y yo me he quedado solo!" Más allá se encuentran con un cuadro más conmovedor: una linda pastora de rubias trenzas solloza amargamente, mientras que sus ovejitas la contemplan haciendo: "¡Beee! ¡Beee!" con infinita tristeza. A las preguntas de Pipo, contesta: "¡Soy muy desgraciada! ¡El duque de los Dientes Largos me ha robado el más chiquitín de todos mis corderitos!" En este instante, en la rama de un árbol suena el trino desolado de un pajarillo que añade: "Y a mí, ¡ay de mí!, me ha robado a mi esposa, la cantarina Alondrita." Pipo, ya sin poder contenerse, exclama: "¿Pero quién es ese duque de los Dientes Largos que tantas fechorías comete? ¿Y dónde está, que quiero que nos veamos las caras?" "¡Es el amo del pueblo —dice el molinero—, y está en el castillo rojo que se ve en aquella colina!"

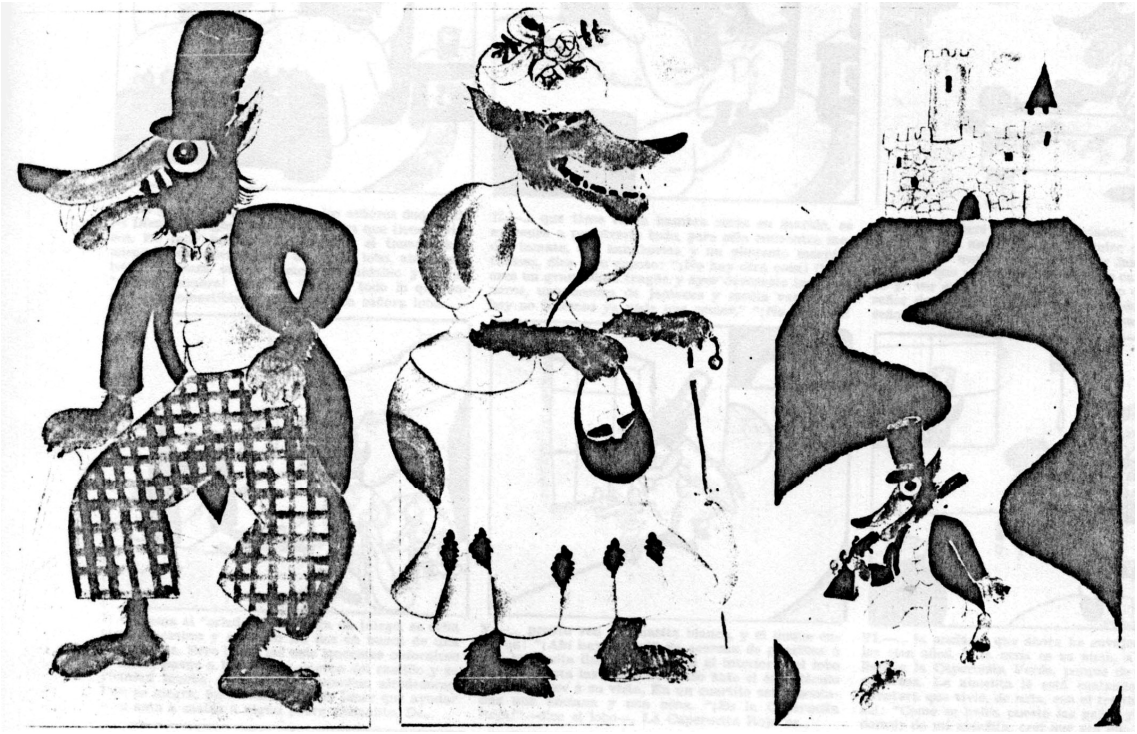
EPISODIO CCLVIII

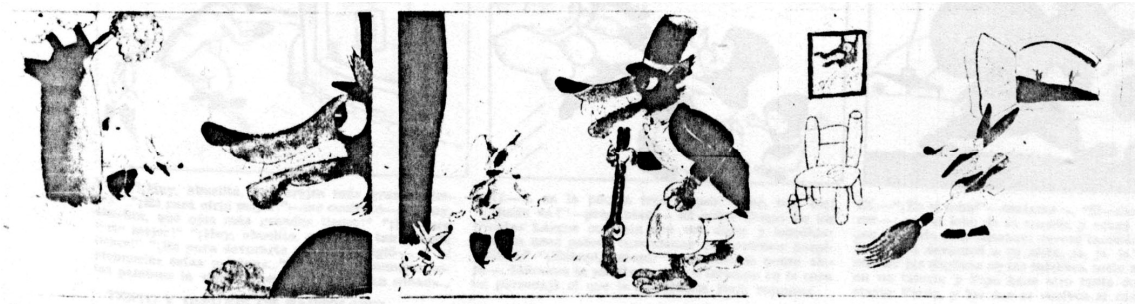
EL SEÑOR DUQUE DE LOS DIENTES LARGOS Y SU ESPOSA

El terrible duque de los Dientes Largos, el poderoso dueño del castillo, que tiene atemorizada a toda la comarca con sus ferocidades, es, en verdad, un señor elegante; pero su traje impecable, su alta chistera y su bastón a la moda (a la moda de cuando se usaban bastones) no logran disimular sus patas velludas, sus garras, sus orejas largas, su enorme hocico y sus colmillos afilados, pues el tal duque, en realidad es… el lobo. Sí, el terrible lobo de los cuentos, el mismo que se comió a la Caperucita y a su abuelita, la pobre. La esposa del falso duque es doña Pancracia, una cursilona más fea que comer en cuclillas, y que, a fuerza de vestidos de seda, sombreros y perifollos, quiere disimular su condición.

Pero que le ve el plumero…, el plumero con el cual limpia el polvo, porque, como este matrimonio tiene tan malas trazas y tan mala fama, no hay a diez leguas a la redonda ninguna criada que quiera servirles, y es la propia duquesa la que barre, friega y guisa las piezas que el señor duque sale todas las mañanas a cazar. Esta mañana, el cazador apenas ha dado unos pasos por el bosque, cuando se queda estupefacto al ver dos seres que, sentados junto a un árbol, en lugar de huir, como todo el mundo, ante su espantable presencia, se le quedan mirando con toda tranquilidad. Son Pipo y Pipa, y no necesito deciros que lo de la tranquilidad en la perrita es completamente fingido; lo cierto es que a la pobre, al ver acercarse al lobo, le tiembla hasta el collar: “¡Buena presa me ha venido a la mano —exclama el duque—; ya tenemos almuerzo y postre!” Pero Pipo se encoge de hombros y contesta: “No sea usted tonto; si nos come, con lo menudos que somos, no tiene ni para un bocado. En cambio, nos ofrecemos a servirle de criados.”

“¡Lo contenta que se va a poner mi Pancracia! —piensa—. Hoy me pegará menos.” Y así es: la señora duquesa acoge con entusiasmo esta ocasión de tener, ¡por fin!, quien le sirva. Y pocos momentos después ya tenemos instalados en el castillo a Pipo, haciendo de jardinero, y a Pipa, las faenas propias de su sexo, pero del susto no le llega el mandil al rabo.





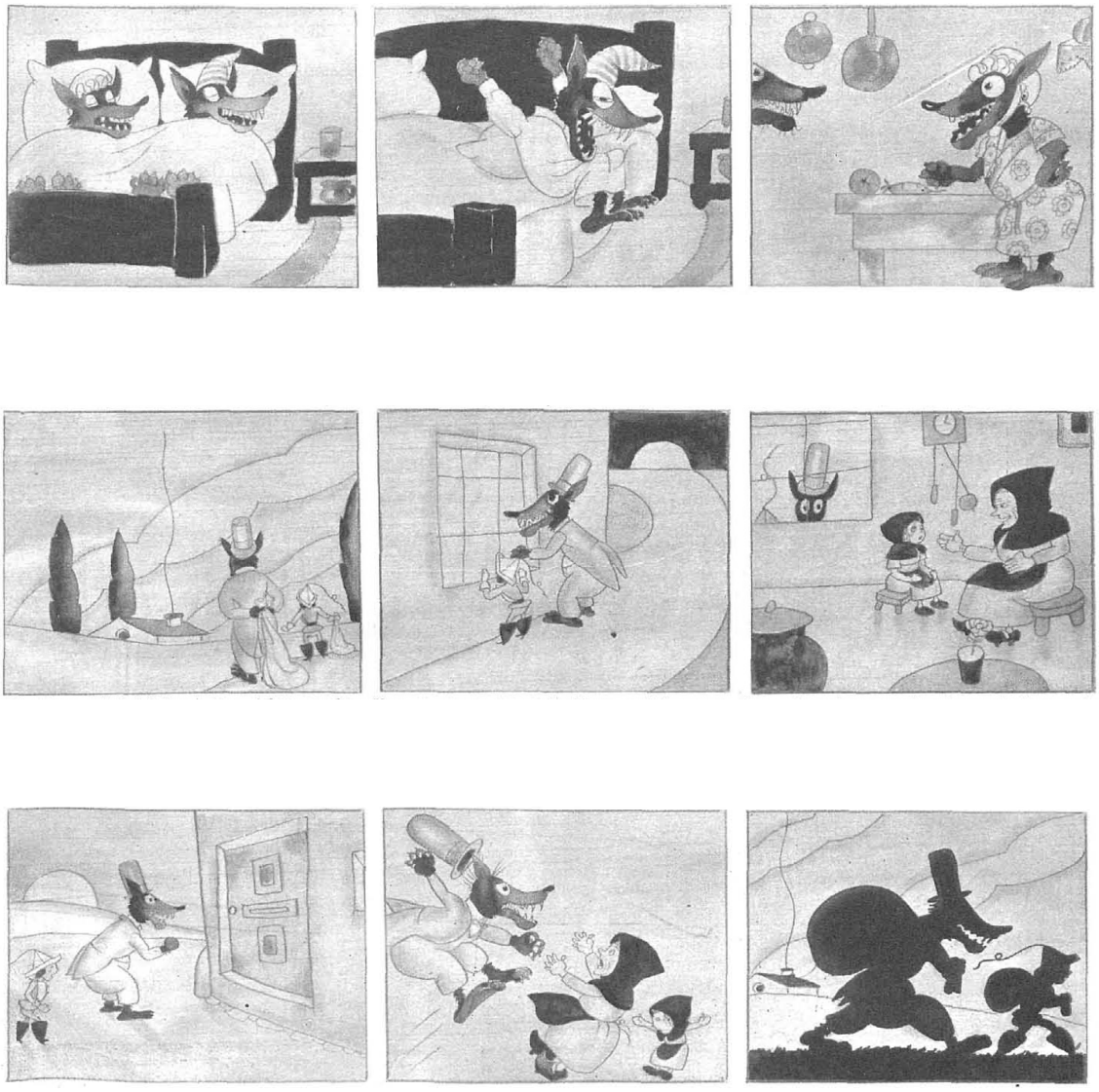
EPISODIO CCLIX

CAPERUCITA ROJA Y CAPERUCITA VERDE

Es ya media tarde cuando los señores duques de los Dientes Largos despiertan; ahora que tienen criados, los muy holgazanes se pasan el tiempo durmiendo. Pero apenas abre un ojo el lobo, abre también la bocaza en un bostezo formidable y grita: "¡Tengo hambre! ¡Eh, tú! Tráeme todo lo que encuentres comestible en la casa." La señora loba, que tiene tanta hambre como su marido, se apresura a registrarlo todo, pero sólo encuentra medio tomate, dos zanahorias y un pimiento morrón; furiosa, dice a su esposo: "¡No hay otra cosa! Como eres un grandísimo tragón y ayer devoraste tres carneros, una docena de jamones y media vaca frita, hoy no tenemos ya nada que comer." "¡No importa! Me comeré a nuestros criados, Pipo y Pipa." "¡Eso sí que no! —protesta su dulce esposa—. Esos necesito yo que vivan para hacer las faenas de la casa. Lo que vas a hacer es salir de caza con el criado y ver si entre los dos traéis algo que valga." El señor duque es un esposo dócil, sin duda porque su señora es más fiera que él, y se apresura a obedecer.

Llama al "criado", le entrega un talego, se echa otro al hombro y allá van los dos en busca de una buena pieza. Pero hasta las más inocentes codornices le tienen pavor a los feroces dueños del castillo y se guardan mucho de pasar por aquellos alrededores. Pipo se alegra, pues está temiendo tener que ayudar a su amo a matar a algún pobre animalito. De pronto ven una casita blanca, y el duque exclama: "¡Ahí hay presa!" Se acercan de puntillas a una ventanita iluminada, miran al interior y el lobo feroz se frota las patas de gusto ante el espectáculo que se ofrece a su vista. En un cuartito están sentadas una anciana y una nena. "¡Es la Caperucita Roja!" —dice el lobo—. La Caperucita Roja es la anciana, que ahora ha envejecido y ronda los cien años. Y la nena es su nieta, a quien todos llaman la Caperucita Verde, porque de verde es su caperuza. La abuelita le está contando la horrible aventura que vivió, de niña, con el terrible lobo. Dice así: "Como se había puesto las gafas y el gorro de dormir de mi abuelita, creí que era ella y le dije: "¡Huy, abuelita, qué orejas más grandes tienes!" "¡Es para oírte mejor!" —me contestó—. "¡Huy, abuelita, qué ojos más grandes tienes!" "¡Es para verte mejor!" "¡Huy, abuelita, qué boca tan grande tienes!" "¡Es para devorarte mejor!" —rugió—. Y al pronunciar estas palabras..." Pero al pronunciar estas palabras la vieja Caperucita Roja, han sonado en la puerta tres golpes: ¡Toc, toc, toc! "¿Quién va?" —preguntan—. El señor Duque de los Dientes Largos contesta con voz dulce y humilde: "Somos unos pobres caminantes que pedimos hospitalidad." "¡Entrad, entrad!" —contesta la pobre vieja—. Entonces la puerta se abre e irrumpe en la casa un personaje al que la Caperucita Roja reconoce.

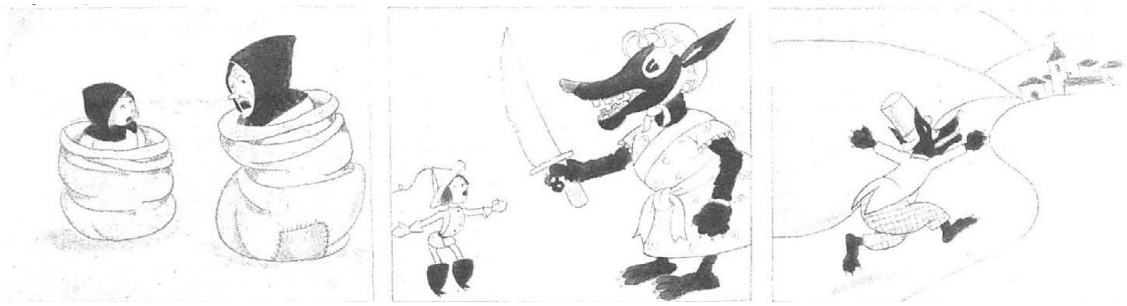
"¡Es el lobo!" —exclama—. "Sí —dice el lobo feroz—; soy el lobo de tu cuento, y vengo a devorarte por segunda vez; entonces devoré también a tu abuela; ahora devoraré a tu nieta, ja, ja, ja!" Y sin escuchar las súplicas de las infelices, mete a la anciana en un talego, y Pipo hace otro tanto con la Caperucita Verde, y los dos se vuelven al castillo.

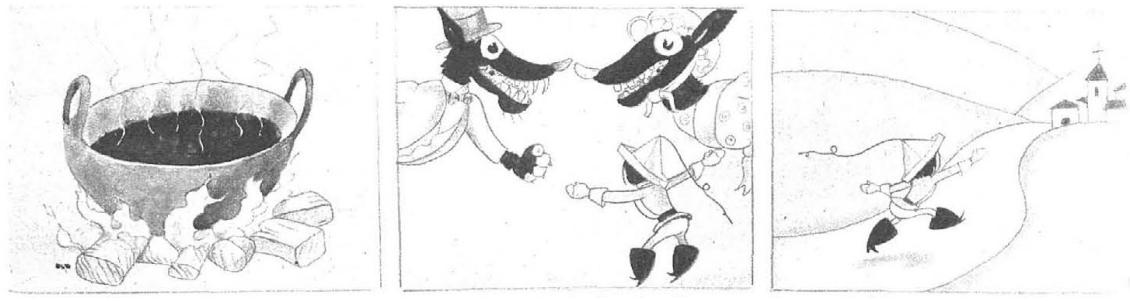


EPISODIO CCLX

PREPARANDO LA CENA DEL LOBO

Los dos "cazadores" llegan al castillo con sus sacos al hombro. El duque de los Dientes Largos da grandes voces: "¡Pancracia! ¡Mira lo que traemos! ¡Menuda cena!" Al oírle, la loba acude a cuatro patas, que es como va cuando quiere correr y se olvida de que viste de persona. "¡Ole, ole! —exclama—. ¡Con lo que me gustan a mí las abuelitas en pepitoria y las nietecitas asadas! Voy a prepararlo todo para guisarlas a escape." Corre a la cocina, pero lanza un grito: "¡Cielos, no tengo aceite! ¡Se conoce que se habrá derramado el que había!" (Lo que se conoce —sea dicho entre nosotros— es que Pipo lo ha derramado a propósito.) "¿Qué hacemos ahora?" —gruñe el señor duque—. "Es muy sencillo—contesta su dama—; que vaya Pipa por aceite al pueblo." Y allá va la pobre perrita gruñendo lo suyo. Al cabo de un rato, vuelve gruñendo más aún que a la ida, porque ahora la botella llena pesa el doble que antes, y, además, el camino es cuesta arriba. Entre tanto, las desventuradas Caperucitas —la Roja y la Verde—, en sus respectivos talegos, se lamentan por su triste suerte. "¡Ay de mí —gime la anciana Caperucita Roja—, a mis años, volver a ser devorada por el lobo!" "¡Pobre abuelita —contesta la Caperucita Verde—; pero, al menos, tú ya estás
acostumbrada: para mí es la primera vez y es aún más triste!" Pipo querría tranquilizarlas, decirles: "¡No os apuréis, que aquí estoy yo!" Pero no puede porque sus amos no le quitan la vista de encima; lo que hace es madurar y preparar su plan para salvarlas. "Ya verá usted, señora duquesa —dice—, qué ricas van a estar. Así como así, voy a prepararles cierta salsita de mi invención, tan sabrosa, que se van ustedes a chupar las patas." Al oírle, el lobo se relame de gusto, y la loba saca un cuchillo y dice: "¡Ea, pues las voy a matar en seguida!" "¡Todavía no! —protesta Pipo—. Es preferible hacer la salsa primero; lo esencial es echarle mucho laurel y mucho tomillo." Va a la despensa y exclama: "Huy, qué lástima! Aquí no hay ni tomillo ni laurel." "Pues iré yo a buscarlo al pueblo —declara el duque—. Preparadlo todo vosotros." Y se va a todo correr. Doña Pancracia se apresura a colocar sobre la lumbre una caldera enorme llena del aceite que trajo Pipa, y cuando el aceite humea, Pipo empieza a preparar "la salsa", echando en la caldera pimentón, chocolate, cebolletas, tomate, canela, ajo, mermelada y guindillas, mientras que la señora duquesa, que es tan estúpida como tragona, contempla la ejecución de esta salsa extraordinaria. Ya vuelve el duque de los Dientes Largos con el laurel y el tomillo, y allá van estas hierbas a reunirse con los demás ingredientes de la salsa fantástica. "¡Ajajá —dice Pipo—, esto va estando a punto!" La loba vuelve a coger el cuchillo y se precipita hacia las prisioneras, pero Pipo lanza un grito: "¡Cielos, se me olvidaba la sal, y no hay ni pizca en casa!" "¡Pues yo no espero más —grita el duque—; tengo demasiada hambre; nos las comeremos sosas!" "¡Eso sí que no! —protesta nuestro héroe—. Han de saber ustedes que las abuelas sin sal son muy indigestas y las nietas sosas dan dolor de barriga. Yo iré por sal al pueblo." Y se va corriendo..., llevándose el cuchillo.

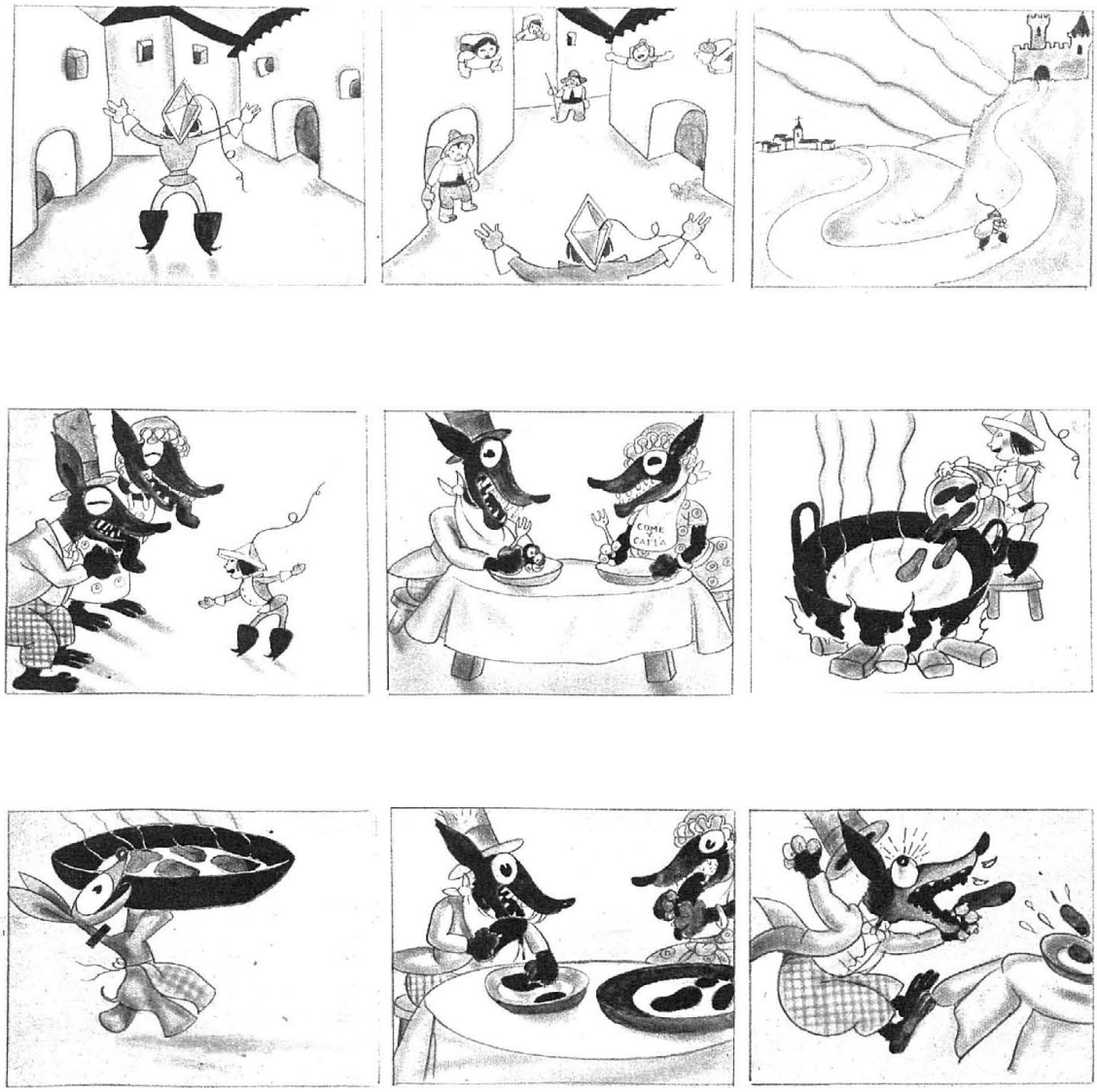




EPISODIO CCLXI

PIPO, COCINERO

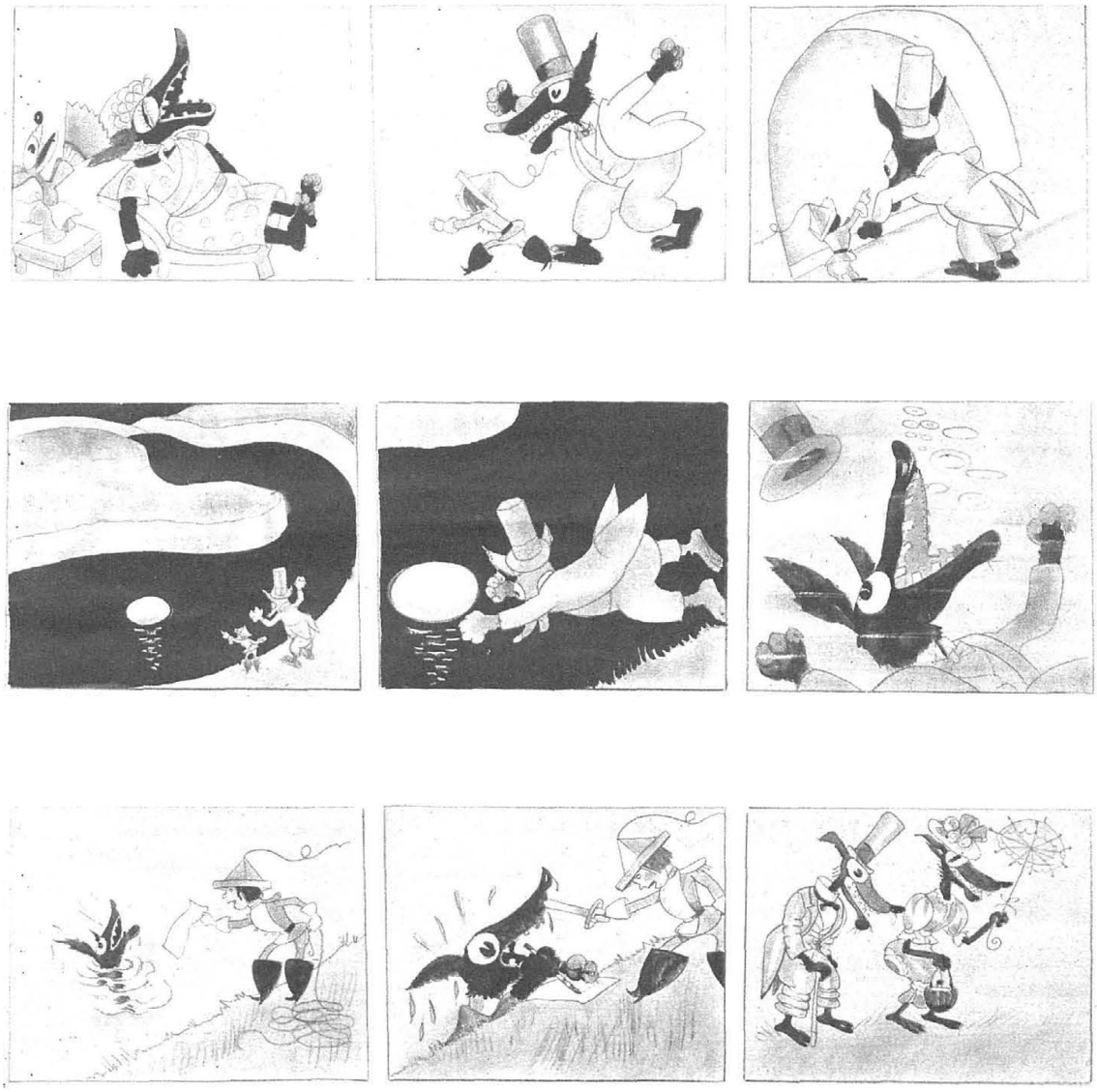
Ya comprenderéis que al ir al pueblo Pipo tiene su plan. Puesto que de nada ha servido ganar tiempo y retrasar por tres veces la ejecución de las Caperucitas, apelará a un recurso supremo. Al llegar al pueblo, donde ya están todas las luces apagadas y los vecinos roncando, empieza a lanzar a voz en cuello el siguiente pregón: "¡Compro suelas viejas! ¡Pago por ellas mucho dinero!" Y esto lo repito en cada calle, delante de cada casa. Los vecinos se van despertando; todos se levantan y escuchan el extraño pregón. "¿Qué es esto? ¿Cómo hay quien sea tan tonto que dé dinero por las suelas de zapatos y botas usadas? ¡Pues hay que aprovechar el negocio!" Y todos salen corriendo, llevando cuantas suelas han podido arrancar de su viejo calzado. Pipo cumple lo prometido y paga espléndidamente tan absurda mercancía, que va echando en un talego, y cuando lo tiene lleno, se lo carga al hombro y emprende el camino de vuelta al castillo maldito. Los señores duques la esperan royéndose las garras de impaciencia. "¡Cuánto has tardado condenado! —ruge el lobo—. Ya hubiera yo guisado a la abuela y a la nieta si no fuera porque no he encontrado el cuchillo para degollarlas!" ¡Bien hice en llevármelo! —piensa Pipo—. Y contesta: "No se preocupe, señor duque, yo lo encontraré en seguida; me encargo de matarlas y guisarlas en un santiamén: de modo tal, que en su vida habrán ustedes comido nada tan rico. Pueden sentarse a la mesa tranquilamente, que en seguida serán servidos." Al oír estas palabras, los "simpáticos" esposos se relamen de gusto y se disponen para saborear el festín prometido. Cada cual se pone su respectivo babero; el de la loba dice: "Come y calla", y el del lobo, "Al nene le gusta la sopa". Y se sientan ante la mesa, que Pipa ha dispuesto a la perfección. Entre tanto, Pipo prepara la comida; es decir, en la caldera, llena de aceite humeante, echa el contenido del talego, las suelas viejas que se ha traído del pueblo con esta intención. "¡Ajajá! —murmura nuestro héroe removiendo el extraño guiso—. ¡Menudo banquete para esta parejita de tragones feroces!" "¡Oye, mi amo —dice Pipa—; de eso sí que no quiero yo probar ni pizca!" Desde el comedor llegan voces impacientes: "¡A ver esa comida, que tenemos hambre!" "¡Ya va, señores duques!" —contesta el "cocinero" con mucha amabilidad—. Saca la comida de la lumbre y se la entrega a Pipa. Al ver llegar, ¡por fin!, la comida, los lobos se frotan las patas de gusto. Pipa va a colocarla sobre la mesa para que "sus amos" se sirvan; pero ellos no tienen paciencia para tanta ceremonia. Con su glotonería se olvidan de que se las quieren dar de aristócratas elegantes, y, tirando al suelo los cubiertos que no han de utilizar, meten las manos en los platos, y sacan, chorreando de salsa, unas tajadas de lo que ellos se creen que es carne rica y tierna. Y en seguida, ¡ham!, a hincarle el diente. Pero, ¡sí, sí!, cualquiera le hinca el diente a una suela vieja... ni a una suela nueva tampoco, claro. "¡Ay, mis colmillos!" —grita el señor duque—. Como que se ha roto cuatro de un golpe.


COME
A
CATTO

EPISODIO CCLXII

EL QUESO FANTÁSTICO

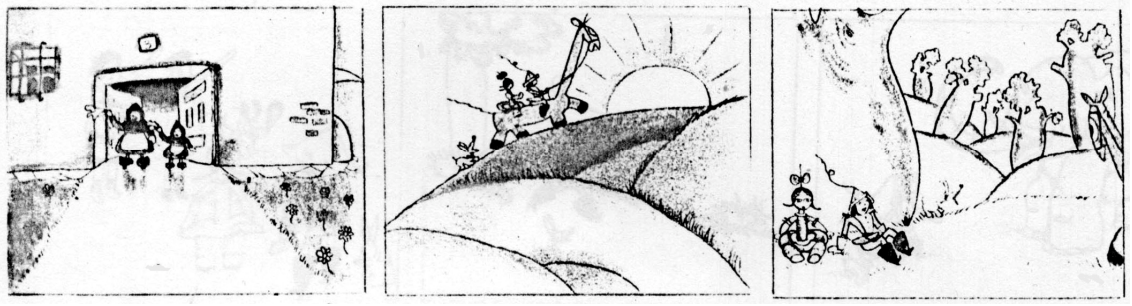
Al ver que no le pueden hincar el colmillo a aquella extraña "carne", la desesperación de los señores duques es terrible: "¡Quién hubiera dicho que esas condenadas Caperucitas estaban tan duras!" —ruge el duque—. Y la señora duquesa se desmaya, que es lo que les pasa a las lobas —y a algunas señoras— cuando no saben qué hacer. Pipa, amable y burlona, le da aire, cantando aquello de: "¡Ay, pobre lobita, — que delicadita! — ¡Con el abanico resucitará!" En cuanto al lobo, va de un lado para otro como..., como una fiera. Pipo ha desaparecido misteriosamente (os confiaré que a lo que ha ido es a ayudar a las cautivas a escaparse); reaparece y le dice a "su amo", fingiendo solicitud: "No se apure usted, señor duque!" "¡Que no me apure —ruge el lobo—, con el hambre que tengo y sin nada que comer!" "¡Pero si a dos pasos de aquí tiene usted un manjar suculento!" —dice nuestro héroe—. "¿Dónde, dónde?" —pregunta el lobo con ansia—. Pipo le lleva ante una ventana, y, designándole el río cercano, le dice: "¿Ve usted aquella bola blanca que flota sobre el agua? Pues es un queso, un hermoso queso de Burgos." (Vosotros habréis adivinado que el queso es el reflejo de la luna; pero el lobo, tonto como lo son todos los malos, se cree lo que lo dice su "criado".) "¡Un queso! —exclama—. ¡Con lo que me gusta a mí el queso!" Pues corra usted a cogerlo." Y los dos salen del castillo y corren hacía el río, mientras que el lobo dice: "Ese queso se parece a aquel que mi compadre, el zorro, le quitó con engaños al cuervo; estaba riquísimo: lo sé porque, después de matar al zorro, me comí yo el queso." "Pues éste debe de estar más rico todavía—dice Pipo—. Ande usted con él, señor duque." Animado por estas palabras, el lobo se abalanza, y, ¡plum!, cae en medio del río, con lo cual desaparece el supuesto queso; en su lugar hay unas burbujas, entre las que salen gritos horribles: "¡Socorro, que me ahogo! ¡Sálvame, Pipo! ¡Auxilio!" Entonces, nuestro héroe saca una cuerda y un papel, y, acercándose a la orilla, le dice: "Amigo lobo, te echaré esta cuerda para salvarte si me firmas este papel, en el cual te comprometes a no volver a hacer en tu vida daño a nadie y a no comer ya más carne que la de membrillo." "¡Nunca, imposible!" —ruge el lobo—. "Entonces ahógate en paz y que te aproveche el queso!" Y el lobo, viendo que de verdad se ahoga, se resigna: "Está bien —dice—, firmaré!" Pipo le lanza la cuerda y él la agarra, decidido a faltar a su palabra, pero, sí, sí, bueno es nuestro amigo para dejarse engañar. Antes de que el lobo ponga pata en tierra, desenvaina su espada, y, amenazándole, le dice: ¡Firma ahora o te mato!" Y el lobo, vencido, no tiene más remedio que firmar aquel papelito, que le condena a hacerse vegetariano. "¡De buena gana —ruge— te devoraba a ti!" Pero ya no puede, porque cuando se firma un compromiso, hasta los lobos no tienen más remedio que cumplirlo. Desde aquel día la vida del matrimonio cambia por completo; se alimentan con espinacas, que dan mucha fuerza a los niños y a Popeye, pero a los lobos no, y están tan delgados que cuando salen de paseo la gente se burla de ellos.

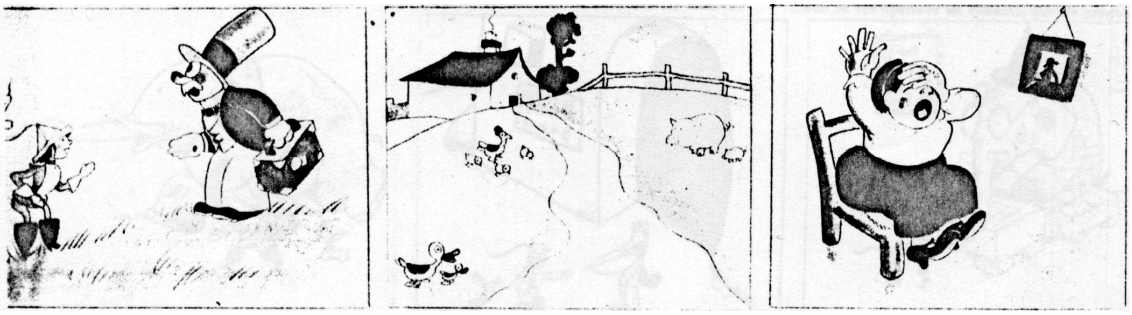


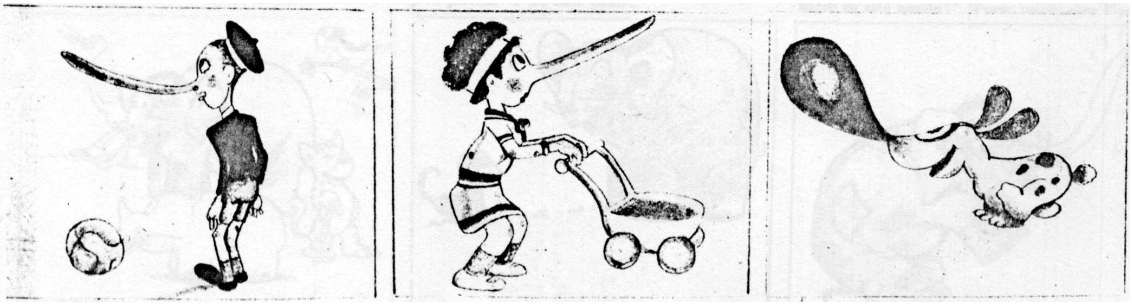
EPISODIO CCLXIII

LA FAMILIA DE LAS LARGAS NARICES

Satisfecho del éxito de su última hazaña, y seguido de su fiel perrita, nuestro héroe se aleja del castillo, donde se quedan el lobo y la loba, duques de los Dientes Largos, ya vegetarianos, famélicos y ridículos. Cerca de allí, ante su casita, la Caperucita Roja y su nieta esperan a sus salvadores para despedirlos con muchos abrazos, y, además, para regalarles un surtido de aquellas tortitas de mantequita que la Caperucita llevaba en su cestita para su abuelita, cuando le ocurrió la célebre aventura que nos sabemos… de memorita. Así, provistos de rica merienda para el viaje, Pipo y Pipa se reúnen con Trompetilla y Cocolín, que les estaban esperando: "Ahora —ordena el héroe— podemos volvernos a casa, donde pasaremos una temporada de descanso." Tan grato anuncio llena a todos de júbilo: Trompetilla lanza vibrantes relinchos, Cocolín se dedica a coger flores para hacer un ramo y Pipa, más contenta que nadie, va husmeando aire y moviendo la cola. Pero no han contado con lo imprevisto de las aventuras que salen al paso de los héroes de la talla de Pipo. Por la noche se tumban a dormir y al amanecer, los ladridos furiosos de Pipa despiertan con sobresalto a sus compañeros. Y es que se acerca cierto viajero, y, sin duda la perrita ha olfateado en él un obstáculo que va a oponerse al retorno al hogar. En efecto, el señor exclama: "¡Oh, gran Pipo, héroe glorioso; en tu busca venía, porque sólo tú puedes remediar la tragedia que amarga mi vida, antaño risueña y florida!" Pipa tira de un brazo a su amo y le ladra al oído: "¡Deja a este tío cursi, Pipo!" Pero el héroe exclama: "¡Caballero, mi espada y yo estamos al servicio de los que sufren! ¡Vamos!" Y el grupo, siguiendo al desconocido, llega a una casa de campo de aspecto apacible, alegre y feliz. Pero el interior no responde a la apariencia. Apenas han franqueado el umbral de la puerta, cuando oyen sollozos y lamentos: "¡Ay de mí! ¡Qué desgraciada nací! ¡Qué delito cometí, yo, que tanto me reí! ¡Apurar cielos, pretendo, porque me tratáis así!" Estos gemidos parten el alma, y "parten" de una señora gorda, que es la esposa del señor de la mareta. "Todo el día —suspira éste— se lo pasa de esta manera." Al pronto, Pipo cree que la desgracia del pobre señor consiste en tener una señora que dice esas cosas, pero en seguida se entera de que la pobre señora las dice por la desgracia que se ha abatido sobre la familia. Al hijo del matrimonio, Teodomirín, un buen día empezó a crecerle la nariz, hasta tal punto que hoy ya ni le queda el consuelo de usar su apéndice nasal a modo de percha, porque con las manos no llega a la punta de sus narices. Lo mismo le ha sucedido a su hermana Bladimirita, y como es propensa a constiparse, constituye la ruina de sus papás, pues necesita pañuelos sin fin, y cada uno del tamaño de una sábana. Esta epidemia de crecimiento de narices, que podríamos llamar "naricitis", ha caído sobre la desventurada familia con tal fuerza que ha alcanzado también a la perra Pirracas. Hasta Pipa se conmueve al ver a su "hermana en perrería", que ya en lugar de narices tiene un verdadero matasuegras.







EPISODIO CCLXIV

EL DOCTOR ELEFANTÓN

La tragedia de aquella desventurada familia ha impresionado profundamente a nuestros amigos. "¡Pobre Wladimirita! —exclama la gentil Cocolín, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Cuando pienso que es una niña como yo, me da pena verla tan desgraciada!" "¡Pobre Pirracas! —suspira Pipa—. Pensar que es un perrito como yo!" Pipo, siempre ecuánime, se siente igualmente horrorizado por la triste suerte de los tres nariguditos, y tan horrorizado está que declara: "¡Yo no puedo consentirlo! ¡Voy a intentar algo para remediar esta catástrofe! ¡Pipa: vámonos a la selva!" "¿A la selva? —repite la perra, mientras sigue, ¿qué remedio le queda?, a Pipo—. ¿Qué tendrá que ver la selva con las narices?"

"¡Pues sí, señora, que tienen mucho que ver —contesta Pipo—, porque en esta selva hay elefantes, y en cuestión de narices largas ellos deben de estar más enterados que nadie!" En efecto, al cabo de un rato de espera. Pipo y Pipa oyen aproximarse un ruido que parece el de una apisonadora, y no tardan en ver aparecer un elefante, que les pregunta: "¿Qué les trae a ustedes por estos barrios, señores?" "Pues mire, señor elefante —dice Pipo—; yo quisiera saber cuál es la causa de que crezcan desmesuradamente las narices." "Eso no lo puedo decir yo, porque uno no tiene estudios; pero puedo acompañarles a casa del Doctor Elefantón, que está muy enterado de esas cosas." Pipo acepta la oferta, y los tres se encaminan hacia el domicilio del médico de los elefantes, Doctor Elefantón. A la puerta hay un botones, a quien Pipo ordena: "Anúncianos al señor." "No es hora de consulta —contesta el botones—, pero les recibirá seguramente por tratarse de visitantes de tantas campanillas como son usted y su perrita." Y les hace pasar hasta el despacho, donde el Doctor Elefantón está sentado ante su mesa de trabajo. "¿Qué desea usted, señor Pipo?" —pregunta el sabio a su visitante—. Pipo le cuenta la historia de la desventurada familia nariguda. "Sí que tiene narices, sí! —dice el sabio, perplejo, rascándose un colmillo—. ¿Y qué puedo yo hacer en este asunto?" "Puede usted —dice Pipo— explicarme el motivo por el cual ustedes los elefantes tienen esas trompas descomunales, a ver si es el mismo por el cual a esos desdichados amigos les han crecido también las narices." "Pues bien, Pipo —explica el sabio—; sabrás que antiguamente, hace de esto miles de siglos, cuando todos los animales vivían reunidos como hermanos, el elefante era guapísimo; tenía unas piernas de piel lisa y un perfil de nariz corta y correcta, semejante a la de Clark Gable. ¡Ah, aquella era una época feliz para todos los animales, y más que ninguno para mis antepasados! Pero un día se encontró con el mono, y se le ocurrió burlarse de su fealdad: "¡Chato, barato, narices de gato!" —exclamó.

¡Nunca hubiera pronunciado aquellas palabras imprudentes! Al punto sonó en el cielo un trueno formidable, y una voz misteriosa rugió: "Para que no vuelvas a burlarte de nadie, te voy a castigar." Al momento, al elefante le creció la nariz en forma de trompa, se le arrugaron las piernas, y, por los siglos de los siglos, quedó hecho una birria."

HORAS DE CONSULTA DE 4 A 8

EPISODIO CCLXV

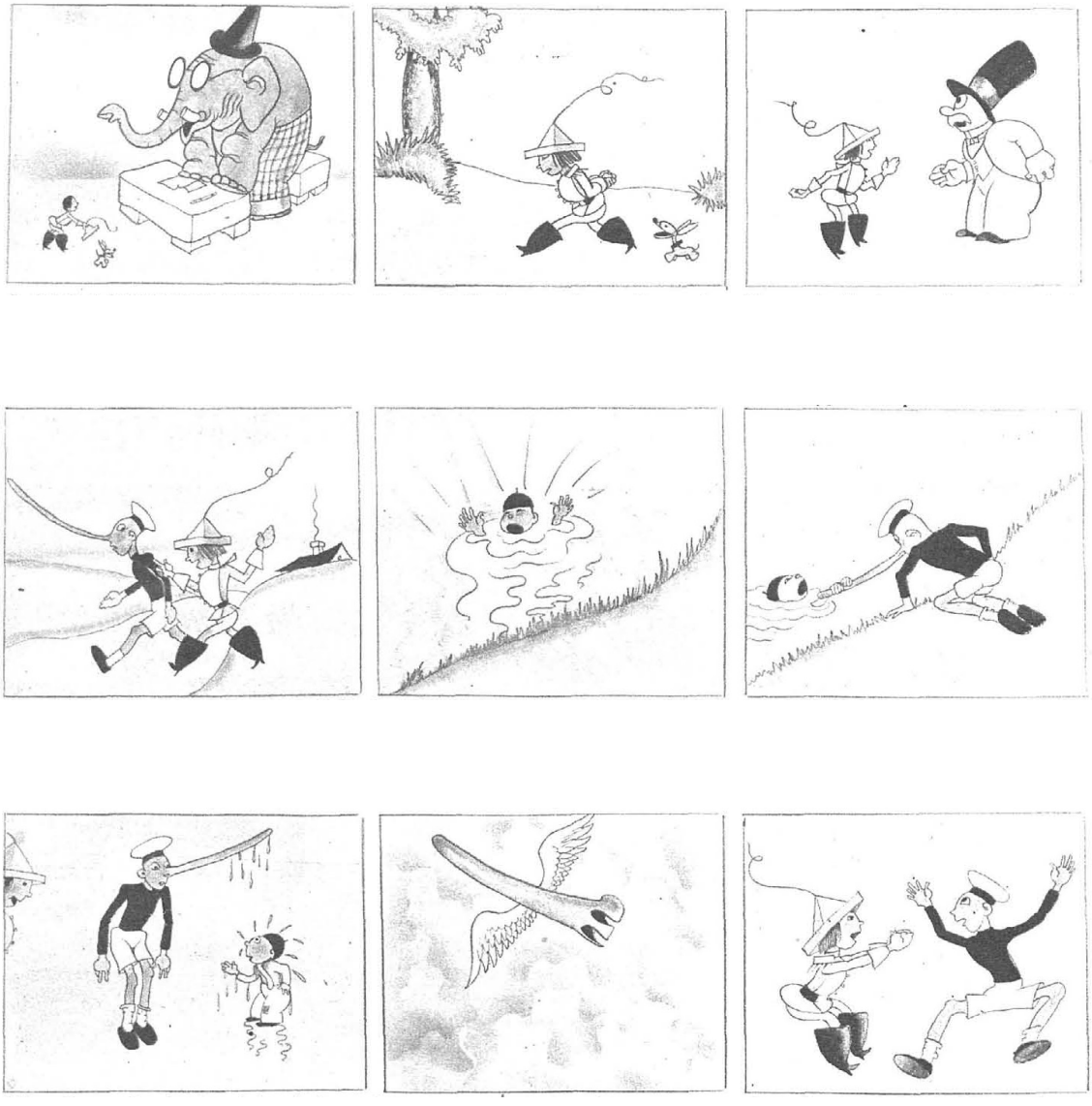
LA NARIZ VOLADORA

Cuando el doctor Elefantón termina su extraordinaria revelación sobre el origen de la trompa en los elefantes. Pipo exclama: "¿Si les habrá ocurrido lo mismo a mis amiguitos?" Y cuenta la desgracia de Teodomirín y Wladimirita. "No cabe duda —declara el elefante—; también a ellos les ha debido de crecer la nariz en castigo de alguna maldad."

Ya sabe Pipo lo que quería saber. Y se marcha, murmurando entre dientes cosas que Pipa apenas entiende: "¡Ya está! ¡Ya tengo la manera de arreglarlo todo! Lo que ha hecho un acto de maldad, ¿por qué no ha de deshacerlo una buena acción?" Se aleja de la selva y vuelve hacía la casita de apariencia dichosa y triste en realidad, donde el papá de los nariguditos le espera lleno de impaciencia: "¡Qué, gran Pipo! —exclama al verlo—. ¿Podrás curar a mis hijos y a mi perrita?" "Creo que sí —contesta—; tengo un plan magnífico; pero es necesario que me los lleve a vivir conmigo una temporadita." Suponeos la alegría de Teodomirín y Wladimirita al enterarse. ¡Qué honor para unos niños!

Nuestro héroe ha alquilado una casita aislada cerca del pueblo, y allá va a instalarse con su pequeña pandilla. Sin que nadie se entere, hace algunas escapadas al pueblo, donde se pone al habla con cierto chico que es un excelente nadador (pronto sabremos para qué). Todos los días da grandes paseos con Teodomirín y le va diciendo que hay que ser bueno, que no se debe nunca molestar a nadie, que, por el contrario, se deben aprovechar todas las ocasiones que se presentan de hacer algún bien al prójimo, y, en fin, la mar de cosas de buenas y bonitas. Teodomirín le escucha con gran respeto y poco a poco se está volviendo bueno. Un día oyen grandes voces de angustia, que parten del río...

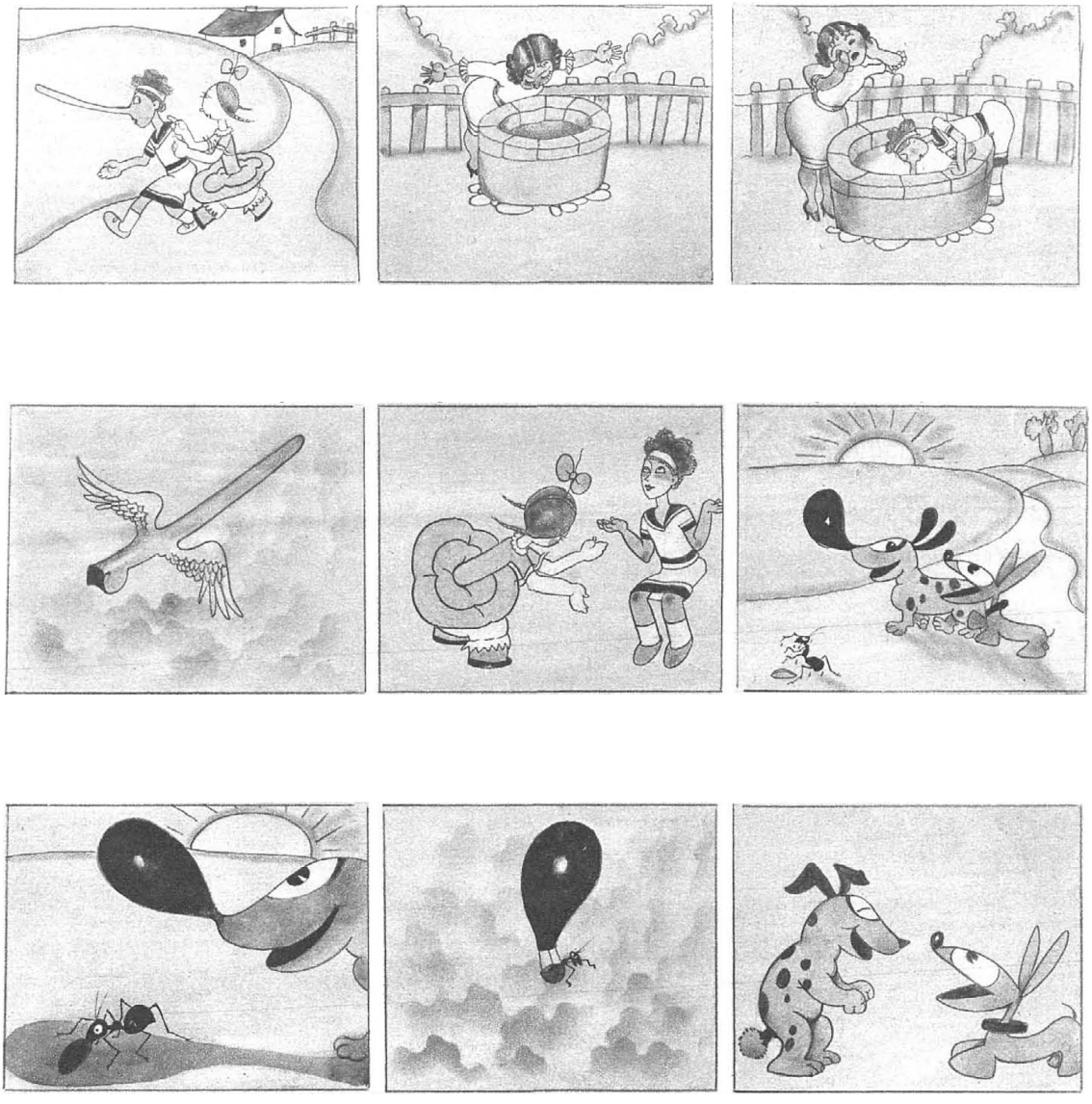
Se acercan corriendo y ven un chico que tiene el agua al cuello y forcejea como un condenado gritando; "¡Socorro! ¡Que me ahogo! ¡Sacadme de aquí!" (Entre nosotros, os diré que este chico es el nadador con quien Pipo estaba en trato para que representara esta comedia.) Teodomirín no vacila; se acerca, se inclina sobre el río y tiende su descomunal nariz, a la cual el muchacho se agarra y un minuto después está en tierra firme. Teodomirín, muy satisfecho de haber aprovechado las enseñanzas de su maestro, murmura: "Casi me alegro de mi desgracia, puesto que me ha servido para hacer un bien." "¡Ah! —exclama el joven "desahogado"—. Con tu nariz me has salvado la vida. Bendito seas, noble transeúnte, y bendita sea tu nariz." Apenas ha pronunciado estas palabras, cuando ocurre algo asombroso (bueno, algo que nos asombra a nosotros; a Pipo, no, porque esto es precisamente lo que él tenía previsto). Y es que se oye un ruido impresionante, se ve un resplandor, y a ambos lados de la nariz de Teodomirín salen dos alitas y la nariz se separa de la cara del niño y echa a volar. "¡Mi nariz!" —grita loco de júbilo—. ¡Ya puede alegrarse, ya! De una vez para siempre está libre de aquel grotesco apéndice nasal; en el centro de su rostro sólo queda una naricilla correcta. ¡Teodomirín se ha vuelto guapo de nuevo! Lo que hizo la maldad lo ha deshecho una buena acción.



EPISODIO CCLXVI

PREMIO A LA VIRTUD

Todas las tardes Cocolín da grandes paseos con Wladimirita, y mientras caminan por el campo y hacen ramos de flores, nuestra amiguita, aleccionada por Pipo, va diciéndole a su nariguda compañera: "Créeme, Wladimira, trae más cuenta ser buena con todo el mundo, no envidiar a los que son más hermosos o más dichosos ni burlarse de los que lo son menos ni despreciarlos." Y es tan persuasiva la voz de Cocolín, que Wladimirita se conmueve y se convence. Un día oyen gritos de angustia y ven a una joven de encantadora belleza que, inclinada sobre el brocal de un pozo, llora y gime: "Se me cayó el anillo dentro del agua — ¡ay, ay!, dentro del agua." Y no es que cante, no; se desespera porque se le ha caído dentro del pozo su anillo de boda, y se casa al día siguiente. "Si se entera mi prometido me dejará plantada" —dice—. ¡Ah! En otros tiempos Wladimira se hubiera alegrado de su dolor: "Ya que no me he de casar yo, por ser tan fea —hubiera dicho—, que rabien las demás." Pero ahora, convertida al bien por Cocolín, se apresura a meter la nariz en el pozo, única manera de sacar el anillo, que así, al poco rato, reaparece colgado de la trompa de la infeliz nariguda. Al recuperar su anillo, la alegría de la joven es indescriptible, y en un arrebato de agradecimiento, exclama: "Bendita seas, niña bondadosa, y bendita sea tu nariz, que tanto bien me acaba de hacer." Apenas ha pronunciado estas palabras, cuando ocurre un fenómeno sorprendente, pero que no nos sorprende, porque ya hemos presenciado otro igualito hace ocho días justos. ¡Y es que en medio de un gran resplandor le crecen alas a la nariz de Wladimirita, que sale volando y desaparece por los aires, mientras que la niña se queda sin más apéndice nasal que una naricita perfecta y ligeramente respingoncilla, que le da un perfil correctísimo, con el cual está preciosa, más bonita de lo que nunca fue en los tiempos en que todavía no era mala! Pero por muy grata que sea ahora la contemplación de la linda Wladimirita, dejémosla para ir a ver a Pipa, que pasea acompañada de Pirracas, la nariguda perrita, cuya conversión al bien le ha sido confiada a Pipa por su amo, lo cual, por cierto, la tiene muy orgullosa: "Sí, Pirraquillas —le va diciendo, dándose mucho tono—, hay que ser bueno con.., los demás animales." En este momento ven una hormiga que va sudorosa y jadeante pasando mil fatigas para arrastrar un grano de trigo al hormiguero. "Yo le daré sombra con mi nariz a esta hormiga" —dice Pirracas, que sin los buenos consejos de Pipa se hubiera divertido en aplastar al insecto con su pata—. Y he aquí que apenas ha comenzado su buena acción, ocurre...; no, esta vez no es lo que os creéis, sino que la nariz de Pirracas se le desprende del hocico, se infla como un globo y sale una barquilla, en la cual se mete la hormiguita, que así asciende y desaparece haciendo graciosamente "¡Adiós, adiós!" con todas sus patitas. Ya os podéis figurar la alegría de Pirracas al verse libre de su nariz fenomenal. En cuanto a Pipa, no cabe en sí de gozo y orgullo, por haber contribuido a tal prodigio. Nuestra perrita piensa: "¡Qué buenos eran mis consejos!" Como que voy a seguirlos.

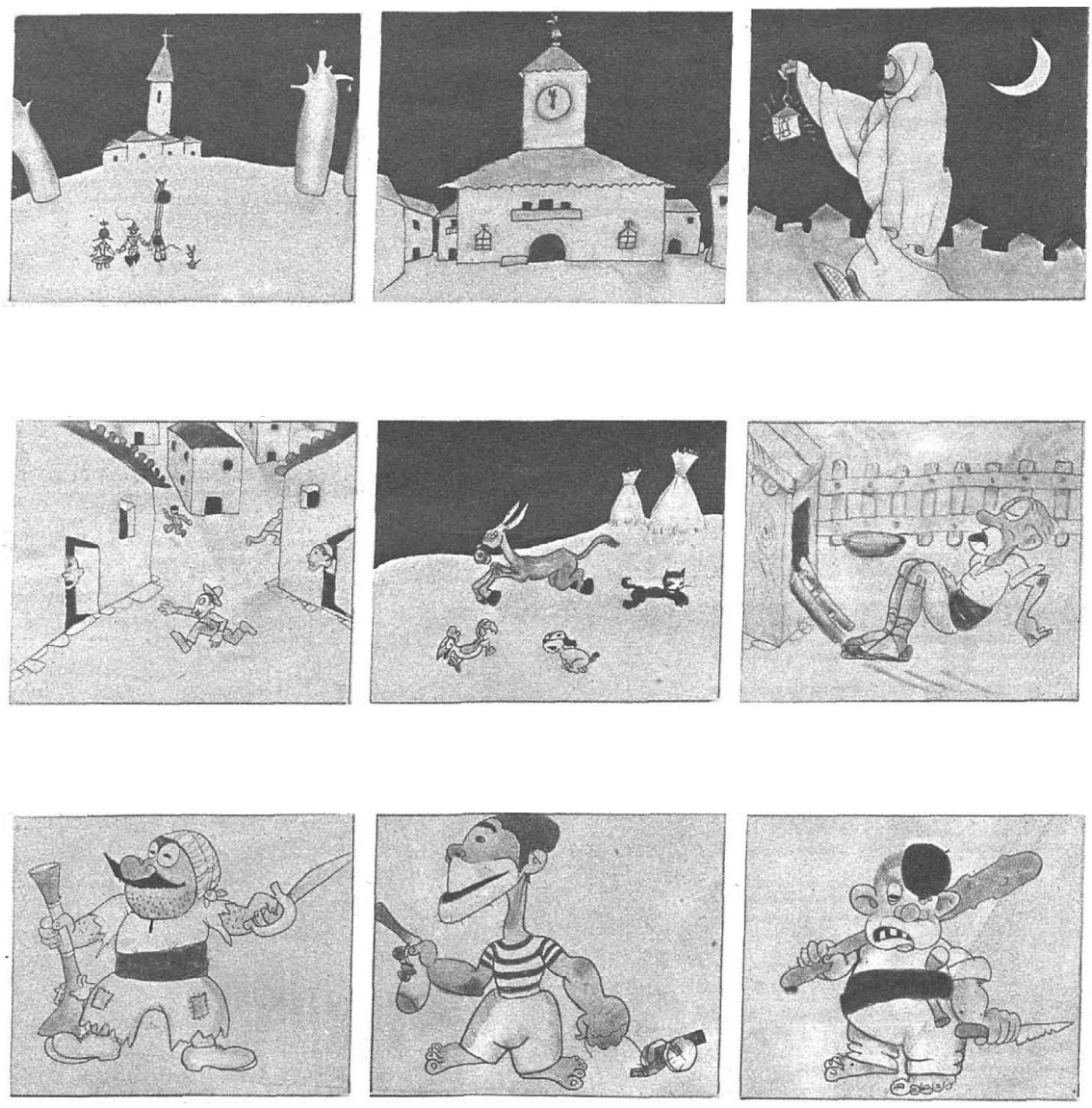


EPISODIO CCLXVII

EL FANTASMA

Llenos de alegría, nuestros amigos se alejan de la casita de la familia ex nariguda. Tan contentos van, que hasta la propia Pipa, agitando animosamente el rabo de derecha a izquierda, se olvida de gruñir; tal es la satisfacción que siente nuestra perrita por la buena acción que ha ayudado a realizar… y por el bolsón de caramelos que los agradecidos papas de Teodomirín y Wladimirita han regalado a los salvadores de sus hijos y de su perra. Así, caminando, caminando, llegan a un pueblecito en el que ocurre algo singular. Durante el día, la vida en este pueblo es risueña y normal; los hombres van a las faenas del campo y las mujeres se sientan delante de la puerta de sus casas, diciendo todas las cosas que se dicen delante de las puertas de las casas. Pero al anochecer, todo cambia. Y es que en el instante mismo en que en el reloj del Ayuntamiento suenan las doce campanadas, una forma blanca y misteriosa recorre las calles haciendo: "¡Uuuh!" y llevando un farol en una mano. Por lo del farol podría ser un sereno, pero por lo del "¡Uuuh!" se comprende que se trata de un fantasma. Así lo entienden todos los que lo oyen, pues lo que es verlo no lo ve nadie, ya que apenas se pone el sol todos los vecinos corren a refugiarse en sus casas, se acuestan, y, con la cabeza debajo de las mantas, esperan el momento impresionante en que suenen las doce campanadas de la medianoche y el "¡Uuuh!" del fantasma farolero. ¡Cualquiera se atreve a asomar ni tan siquiera la punta de las narices para verlo! Con oírlo basta y sobra. Este miedo no lo experimentan sólo las personas, sino también los animales, que, a imitación de sus amos, se esconden en establos, corrales y graneros y tiemblan de terror, mientras fuera suena el "¡Uuuh!" terrorífico y misterioso. Aún ocurre en el pueblo otro fenómeno sorprendente, y es que, de algún tiempo a esta parte, precisamente desde que el fantasma hizo su aparición, todas las mañanas, cuando los vecinos se levantan con dolor de cabeza de haber pasado la noche temblando y sin dormir, hay siempre alguno que se encuentra con la sorpresa desagradable de que algún animalito le ha desaparecido; unas veces es un conejo, otras una gallina o un cerdo. ¡Esto no puede seguir así! A este paso todo el pueblo acabará loco… y arruinado. Pero ¿qué hacer? ¿Quién se atrevería a luchar contra el fantasma y a desentrañar el misterio de los animalitos desaparecidos? ¿Quién?

Pues los tres valientes. Porque habéis de saber que en Villa Conejos hay tres hombres que tienen valor. El primero se llama Basca y se presenta así: "Yo soy Basca — y me llaman Terremoto; — cuando lucho con un tigre, — ni lo noto." ¿Qué tío, eh? El segundo nos dice así: "Yo soy Rabia; — si me enfado soy lo mismo que un ciclón; — desayuno dinamita con riñones de león." ¿Qué os parece semejante bárbaro? Pues aún falta el tercer valiente, que se presenta con las siguientes palabras: "Yo soy Calandrajo; — yo rujo, yo rajo, — y de arriba abajo — parto un elefante de un tajo." ¡Brrr! ¡Qué miedooo! Cualquiera les pisa un callo a estos tres valientes tan valientes, ¿verdad?



EPISODIO CCLXVIII

LOS TRES VALIENTES

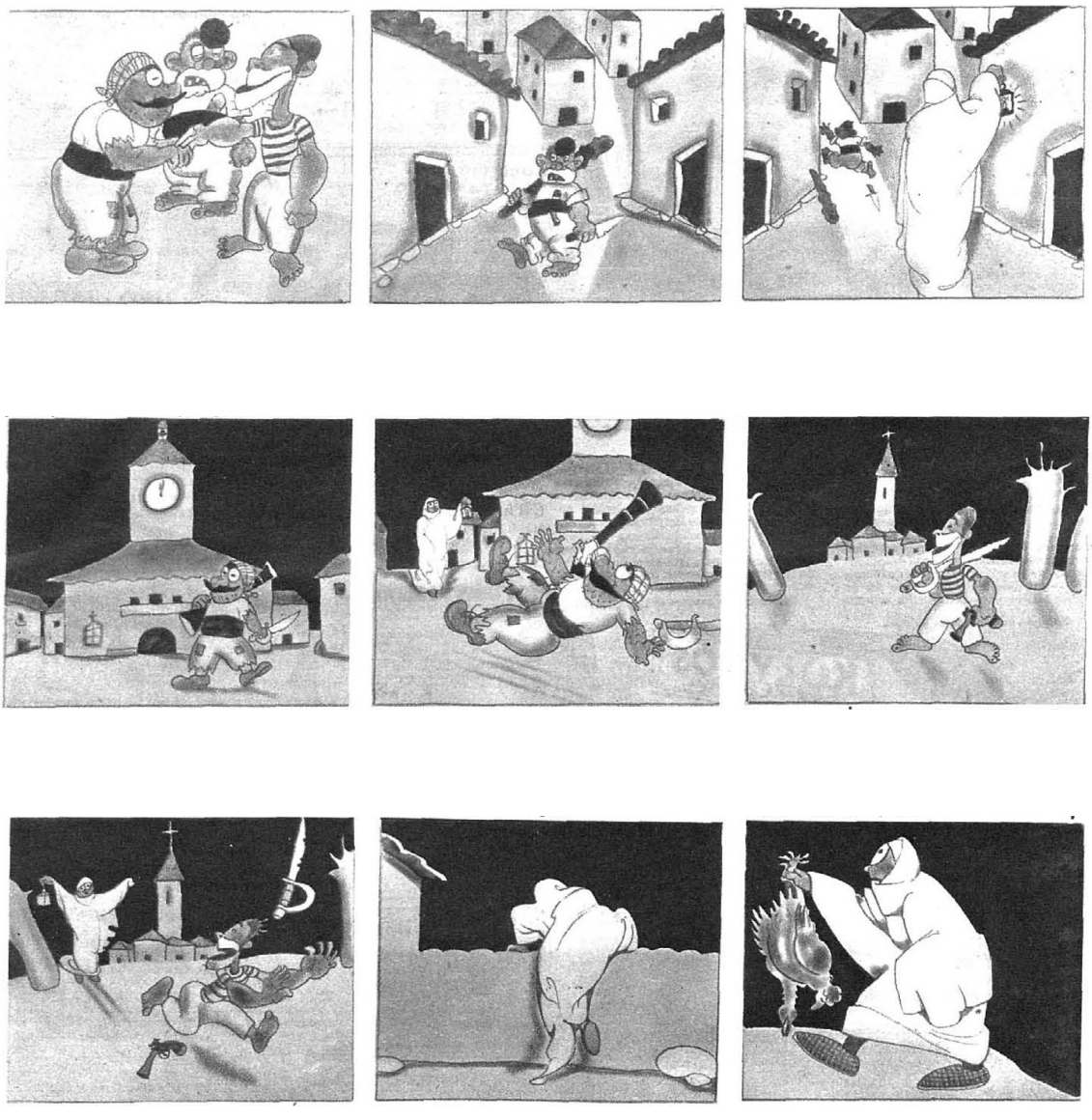
Los tres valientes, con toda solemnidad, han tomado un acuerdo trascendental: acabar con el fantasma que llena al pueblo de terror y, en cambio, lo deja sin gallinas. Se juramentan para emprender la lucha, y echan a suertes los lugares donde se apostarán para esperar la aparición. Basca coge una piedra y dice: "China tengo, ¿quién me la honra?"

Así planteadas las cosas, con todo rigor y seriedad, a Calandrajo le toca montar la guardia en la calle Mayor, y allá va a apostarse el hombre, con un garrote colosal en una mano y un cuchillazo de cocina en la otra. "¿Fantasmitas a mí?" —murmura—. De pronto, suena en el reloj del Ayuntamiento la primera campanada de las doce y al mismo tiempo, a lo lejos, se oye un "¡uuh!" prolongado. Calandrajo se para en seco, y la boina se le eriza sobre la cocorota. Otro "¡uuh!" suena. Calandrajo deja caer al suelo garrote y cuchillo. El tercer "¡uuh!", que suena a la entrada de la calle, no lo oye, porque ya está lejos. Tranquilo, el fantasma recorre la calle Mayor, que está desierta.

Entre tanto, Basca está cumpliendo su deber de montar la guardia delante del Ayuntamiento. ¡Ah! Ya pueden dormir tranquilos el señor alcalde y toda la familia, que está velando su sueño el valeroso Basca, trabuco al hombro y sable al cinto, sonriendo bajo sus formidables mostachos ante la perspectiva de vencer al fantasma que atemoriza a esos infelices vecinos de Villa Conejos. ¡Ah, si todo el mundo fuese tan valiente como él! Las manecillas del reloj corren hacia las doce. Ha sonado la primera campanada. "¡Bum!". Y al sonar la quinta se confunde con una especie de rugido: "¡Uuh!" Basca pega un respingo, se le erizan los bigotes y se cae de... espaldas.

Pero se rehace en seguida, ¡no faltaba más!, y se levanta para echar a correr como alma que lleva el diablo, mientras el fantasma, siguiendo su ruta, gana las últimas casas del pueblo. Allí, en un lugar solitario, es donde le ha tocado vigilar a Rabia, el más valiente de los tres valientes y de todos los valientes del mundo. ¡Brrrrr!

En el reloj del Ayuntamiento acaban de sonar las doce campanadas de la media noche. El valeroso Rabia deja de pasear. Sus dedos aprietan el gatillo del mosquetón. Le ha parecido oír una especie de vago gemido cercano, un suave "¡uuh!" Sus ojos buscan ansiosamente en la obscuridad, y de pronto, un resplandor violento ilumina las tinieblas. Es el farol que trae el fantasma. Esto lo sabemos nosotros, que lo estamos viendo; pero Rabia no ve nada, porque ya, trémulo, castañeteándole los dientes, ha huido a todo correr. Esta vez, el fantasma lanza una carcajada, que, por cierto, no tiene nada de sobrenatural, ni de fantástica, y, acercándose a una tapia, la escala con un vigor insospechado en un fantasma digno de este nombre. Momentos después reaparece. Trae triunfalmente un par de gallinas estupendas, las sopesa y murmura con evidente satisfacción: "No se ha dado mal la noche". Y luego, con su botín alado, vuelve a cruzar el pueblo, donde no queda ni rastro de los tres valientes: Basca, Rabia y Calandrajo.

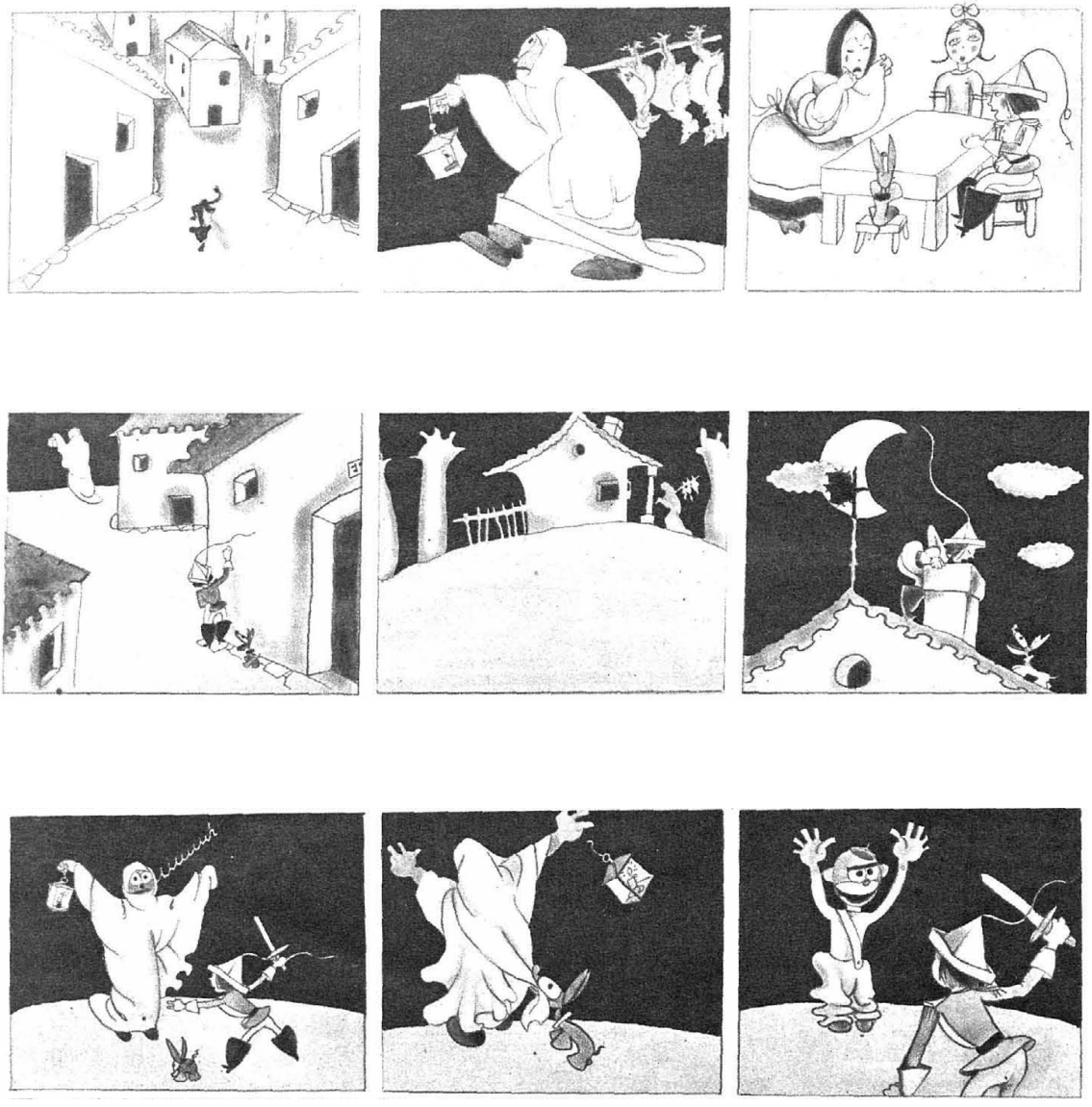


EPISODIO CCLXIX

PIPO Y EL FANTASMA

Basca, Rabia y Calandrajo han desaparecido, y el pueblo ha quedado sumido en la soledad. Por las calles no se ven dos gatos, porque todos los vecinos se han recluido en sus casas y no asoman las narices por nada del mundo. Y es lo que dicen: "Si los tres hombres más valientes del pueblo se han asustado del fantasma, ¿qué haremos nosotros, que somos menos valientes que los más valientes?" Con lo cual, el fantasma campa por sus respetos en Villa Conejos y se lleva los cerdos a pares y las gallinas por docenas. En estas circunstancias se halla el pueblo cuando llegan nuestros amigos. Se dirigen a la posada y, como tienen hambre, Pipo encarga una hermosa tortilla de patatas, que es su plato favorito (os lo advierto por si alguna vez le invitáis a comer); pero al oír este encargo, la posadera se echa a llorar: "Habréis de comer las patatas viudas —dice—, pues huevos no hay." "¿Y cómo es que no hay huevos?" "Porque no hay gallinas." "¿Y cómo es que no hay gallinas?"

"Porque se las ha llevado todas el fantasma." Y la posadera les refiere toda la historia que os acabo de contar. Pipo frunce el entrecejo y, de un salto, se pone en pie. "Yo he de acabar con ese fantasma. Cocolín nos esperará aquí. Vamos, Pipa." "¿Sin cenar?" "No hay tiempo que perder." Y salen a acechar el paso del fantasma, mientras Pipa gime desconsolada: "¡Así son los héroes! Le llaman "tonterías" a cenar." Como de costumbre, al dar las doce suena el espantable "¡Uuh!" del fantasma, y Pipo y Pipa ven aparecer una forma blanca. A la perrita se le ponen las orejas de punta. De lejos ven cómo el fantasma entra en un corral, sale con una ristra de aves y se dirige a una casita aislada, en la que desaparece. Pipo quiere observarle por una ventana, pero todas las persianas están echadas. Quiere mirar por el ojo de la cerradura, pero está tapado. Entonces trepa hasta el tejado, se encarama sobre la chimenea, mira al interior y..., de sorpresa, está a punto de caerse. ¿Qué habrá visto? Pronto lo sabremos. A Pipa se lo dice, y sólo le oímos estas palabras: "¡Ya es nuestro!" La perrita ahoga un ladrido y se frota las patitas de gusto. En seguida, los dos vuelven a la posada, cenan, se acuestan y, al día siguiente, al anochecer, ya están cerca de la misteriosa casita, ocultos, esperando al fantasma. Ya se abre la puerta y aparece el personaje. Pipo blande su espada y grita "¡Alto!" El fantasma lanza en la obscuridad su más terrible "¡Uuh!" Pero, lejos de asustarse, Pipo le contesta con una carcajada. Ni se asusta Pipa (ya veremos por qué), sino que se coloca detrás del fantasma, agarra entre sus dientes la sábana que le envuelve, tira con todas sus fuerzas, y el trapo, al caer, descubre, ¡oh, sorpresa!, la figura horrorosa, pero bien poco temible, de nuestro amigo (quiero decir nuestro enemigo, ¡a cualquier hora vamos a tener amigos de esa calaña!) el infame Gurriato, el envidioso rival de Pipo, el compinche de la bruja Pirulí. ¡Él era quien, disfrazado de fantasma, robaba gallinas y sembraba el terror en el apacible pueblo de Villa Conejos!


iiuuuuh

EPISODIO CCLXX

EL ZUMBA-ZUMBA

¡Qué sorpresa en el pueblo de Villa Conejos cuando, gracias a Pipo, todo el mundo se entera de que el supuesto fantasma era, en realidad, un vivo; nada menos que el infame Gurriato, el compinche en fechorías de la horrible bruja Pirulí! Se acabó el miedo. Y el alcalde ordena que el culpable "sea encerrado en la cárcel, donde, metido en lóbrego calabozo y rodeado de ratas, sin más lecho en que dormir que la paja húmeda ni más alimentación que un negro pan y un cántaro de agua, el malvado puede reflexionar a sus anchas sobre los inconvenientes de envolverse en una sábana blanca y pasearse haciendo ¡uuuh! con un farol en la mano para asustar a los vecinos y vaciar sus corrales. Entre tanto, los notables de Villa Conejos se han reunido en el Ayuntamiento para decidir sobre el castigo que conviene imponer al culpable. Y después de graves deliberaciones acuerdan que el infame Gurriato, ex fantasmón, sea condenado a una sesión doble de zumba-zumba. Y envían a un guardia a buscar al preso, que tiembla de miedo (pues ya sabemos que, como todos los malos, Gurriato es un grandisímo cobardón) y pregunta: "¿Qué me van a hacer?" "¡No sé si te irán a regalar una gramola o un patinete!" —contesta el guardia, que es todo un humorista. Entre él y otro compañero conducen al reo a la orilla del río, donde se ha colocado un aparato extraño, que es precisamente el zumba-zumba, elegido para castigo del ladrón de gallinas. Se trata de una enorme grúa, de la cual pende un cable, en cuyo extremo hay un cinturón. Este cinturón se lo ponen al infame Gurriato; luego dos mozos hacen girar una manivela con un chirrido impresionante y la grúa se eleva, remontando al reo en el aire.

Y cuando Gurriato se halla precisamente encima del río, el brazo de la grúa empieza a bajar y Gurriato grita: "¡Eh, cuidado, que hay agua, que me voy a mojar!" Una carcajada general acoge estas palabras: "De eso se trata —le gritan—, de que te des un baño." Y así es, en efecto. El zumba-zumba baja de pronto y ocurre lo que todos estamos esperando, que es sencillamente que Gurriato es sumergido en el río, con boina y todo. Debajo del agua patalea y grita: "¡Eh, que me ahogo; sacadme!" Con lo cual traga el doble de agua que lo que debiera. Pero no se ahoga, no, pues a los pocos minutos de tenerle debajo del agua la grúa lo saca y remonta en el aire, chorreando; todos aplauden este espectáculo, mientras que Gurriato grita: "¡Que está muy fría el agua! ¡Que me voy a constipar!" Con el miedo que le tiene él a los constipados… y a todo. En seguida vuelta al agua; otro chapuzón, y otro, y otro, y otro. Gurriato grita ahora: "¡Perdón, ya no lo haré más, ya no seré malo!" Pero como la sesión es doble, pues está condenado por hacer de fantasma y por robar gallinas, aún le faltan unos cuantos chapuzones para que sea cumplida la sentencia. Cuando, de pronto, ocurre algo imprevisto, y es que aparece en el río un cocodrilo. La grúa va a desviarse para sortear el peligro, y entonces, ¡horror!, el cinturón se rompe y Gurriato cae hacia la enorme boca abierta del cocodrilo.

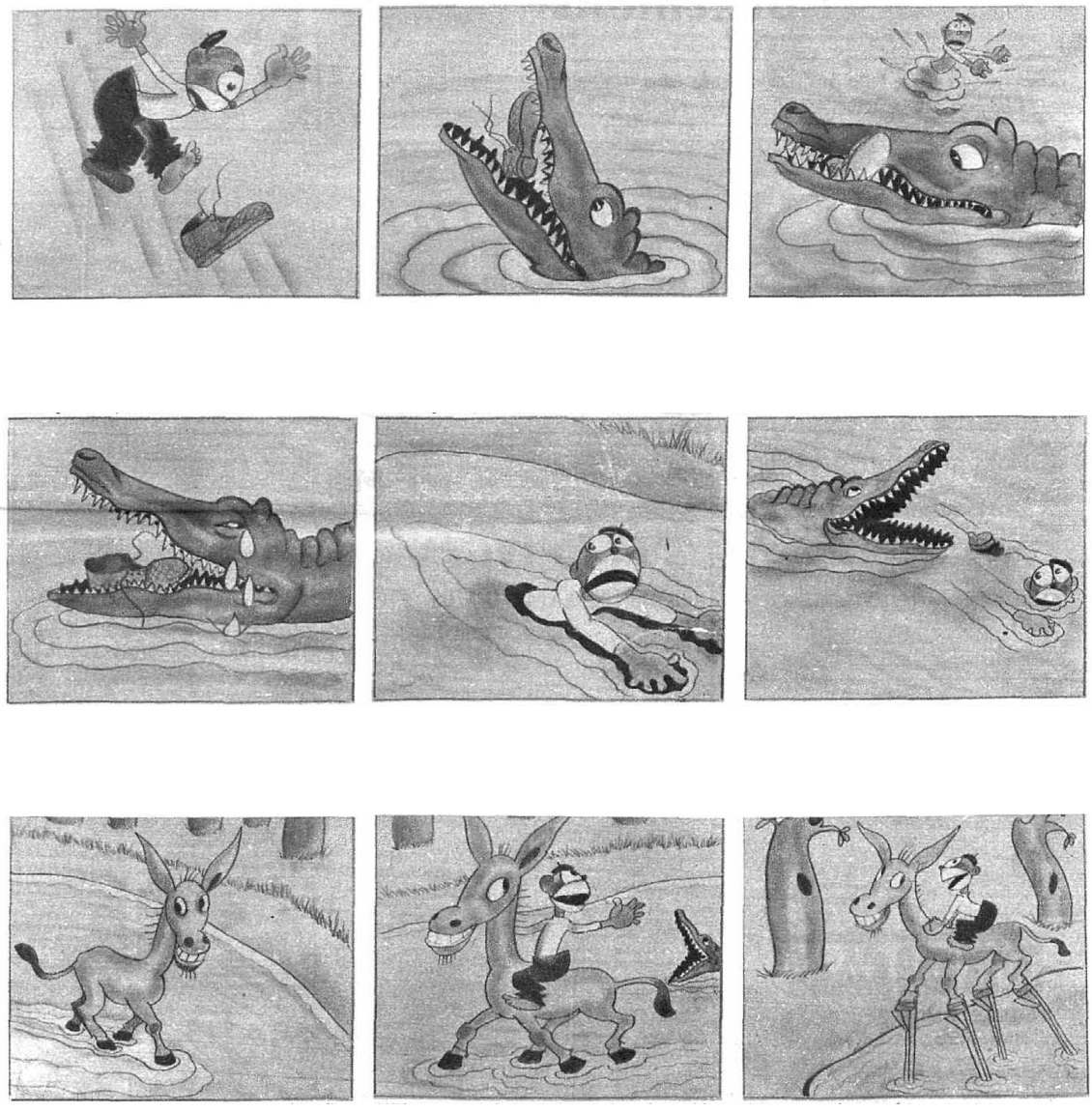
CARCEL
LAS VISITAS BREVES
LAS VISITAS BREVES

EPISODIO CCLXXI

UN COCODRILO ASOMBRADO

Un clamor inmenso parte de la muchedumbre que presencia el terrible espectáculo. ¡Gurriato está perdido! ¡Va a caer en la boca del cocodrilo! Y como estaba condenado al castigo de "zumba-zumba", no a perecer devorado, la gente se horroriza. En cuanto al inf... ame (iba a decir el infeliz), más horrorizado que nadie, como es natural, grita y patalea en el aire. Y tanto patalea, que se le sale del pie un zapato, uno de esos viejos zapatos cochambrosos que lleva, y que el muy desastrado suele recoger en la basura. Y este zapato va derechito a caer en la boca abierta del monstruo, mientras que Gurriato, ¡ploc!, cae al agua poco más allá. Al pronto, el cocodrilo cierra la boca sobre el zapato, a ver a qué sabe. Un rayito de esperanza ilumina la negra alma de Gurriato: "Si le gusta y se lo come—piensa—, puede que me dé tiempo a escapar." Pero el cocodrilo no se come el
zapato. No le ha gustado. No. Es por un motivo sentimental: aquel zapato es de piel de cocodrilo y ha reconocido en él... ¡la piel de su difunto padre!

El pobre, al hacer este descubrimiento, vierte lágrimas amargas, enormes y abundantes, lágrimas de cocodrilo. "¡Oh, padre mío —gime—; tu zapato! ¡Ah, cuán pisoteado te habrás visto!" En este instante de enternecimiento filial, Gurriato, que vigila con el rabillo del ojo y que, en tratándose de salvar la vida, no es tonto, piensa: "¡Esta es la mía!" Y se lanza a nadar. Pero pasada la primera emoción, el cocodrilo ha reflexionado: "Puesto que este zapato es de la piel de mi difunto padre, puede que el otro zapato que lleva ese bribón sea de la de mi difunta mamá. ¡Vamos a verlo!" Y se lanza detrás de Gurriato, que ya ha sacado un buen adelanto. Desde la orilla todo el pueblo sigue esta carrera emocionante. El cocodrilo gana terreno, quiero decir gana agua. Gurriato lanza un grito: "¡Ay, que viene el coco… coco... drilo!" —exclama tartamudeando de miedo—. Pero en el preciso instante en que la boca del monstruo se abre para agarrarlo un pie, ¿qué es lo que ve? Pues lo mismo que veis vosotros y que veo yo, y que es algo tan extraordinario, tan fantástico, tan inverosímil, que la verdad es que si no lo viera no lo creyera. Lo que vemos todos es... un burro. Sí; pero un burro que anda. Pero que anda sobre el agua. Ya comprenderéis que Gurriato no pierde el tiempo en preguntarse las causas de tan asombroso fenómeno, sino que agarrando la ocasión por los pelos y al borrico por el rabo, pega un salto y, ¡hop!, se planta sobre su lomo y grita: "¡Arre!", con voz tan imperativa, que el burro se apresura a echar a correr sobre el agua, con la misma sencillez con que podría correr por una carretera. Al verlo, el cocodrilo, estupefacto, lanza una carcajada histérica y se vuelve completamente idiota para el resto de sus días. Entretanto, el borrico ha ganado la orilla, sale del agua, pisa tierra firme y entonces, ¡ah!, entonces, todos: el pueblo, que de lejos sigue estas peripecias, y vosotros, y el propio Gurriato, y yo mismo, nos explicamos el fenómeno: ¡consiste simplemente en que el burro lleva zancos en las patas!

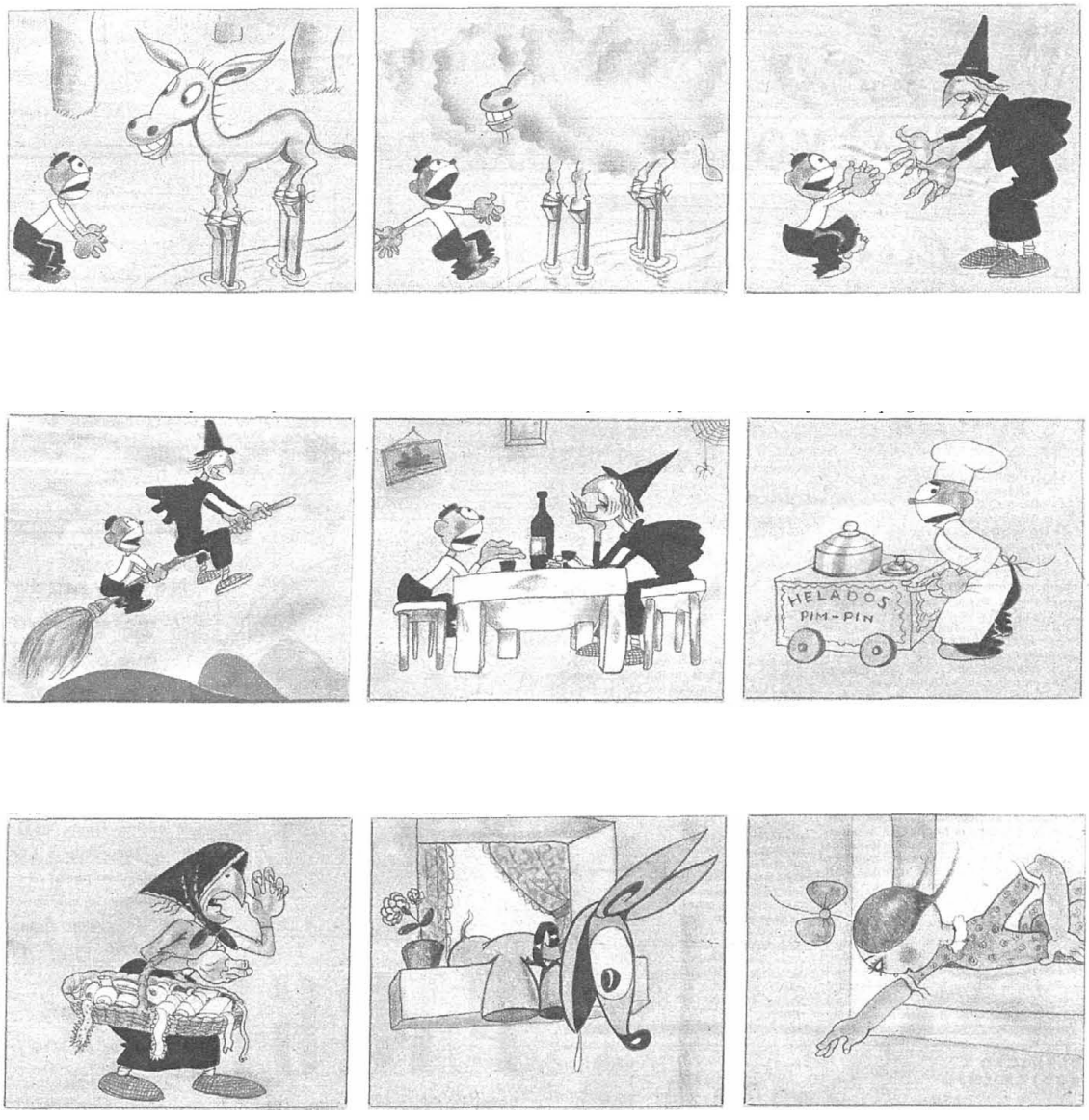


EPISODIO CCLXXII

OTRA VEZ LA BRUJA PIRULÍ

Cuando el infame Gurriato, salvado de modo tan extravagante, pisa al fin tierra firme, le espera una nueva sorpresa, y es que el burro lanza un "¡hin han!", que parece una carcajada, y le dice con voz de vieja: "¿No me das las gracias, Gurriatito?" "¡Arrea!" —dice Gurriato—, esto me queda por oír, un borrico que habla!" "No soy borrico" —protesta el animalito—. "¡Ah!, ¿no? Pues estás muy bien imitado" "Soy borrica... Mejor dicho, tampoco lo soy." "En qué quedamos, ¿quién eres?" "Míralo." Y el extraño animal empieza a girar vertiginosamente, mientras agita la cola y la cabeza de derecha a izquierda y las orejas de arriba abajo. De pronto, le envuelve una nube de humo que le oculta, y de esta nube sale una voz que grita: "Lirulí, Laralá, Lerelé, — lo que he sido lo soy y seré. — Lerelé, Lirulí, Laralá, — bruja la burra se volverá. — Laralá, Lerelé, Lirulí, — ya vuelvo a ser Pirulí." Y se despeja el humo que envolvía a la borrica, y ante los ojos de Gurriato y ante los nuestros aparece la horrible bruja Pirulí, que grita alegremente: "¡Ven a mis brazos, Gurriatito!" Para qué os voy a contar el achuchón que se dan los dos malvados. Pero el lugar en que se hallan no es seguro. Está cerca de Villa Conejos, y ya se ve a los vecinos, que persiguen al fugitivo. "¡Huyamos, señora Pirulí!" —dice Gurriato—. "¡Hala, volando" —contesta la bruja—. Y volando, ya que dispuesta tiene su escoba brujeril, vuelven al Bosque de los Misterios, en cuyas espesuras se oculta la casita, de la horrible vieja. Después de "empinar el codo" para reponerse, Gurriato le cuenta a su ama su última aventura: "Ese odiado Pipo —dice— tiene la culpa de todo, por haberme deshecho un negocio tan magnífico de fantasma y gallinas."

"¡Ya, ya —aprueba Pirulí—; siempre ha de meter las narices donde no le importa!" "¡Hay que vengarse de él! ¡Huy, si lo cogiera entre mis manos! Cogerle a él es muy difícil, pero nos vengaremos cogiendo a su perrita y a Cocolín. Es fácil. Tengo un plan." Al día siguiente de esta conversación, un vendedor de helados hace su aparición en el pueblo de Villa Conejos, voceando: "¡Ricos polos de fresa con nata! Especialidad Pim-pim" Mientras tanto, por el extremo opuesto del pueblo aparece una buhonera, que grita: "¡Para las niñas bonitas! ¡Traigo lindos encajes, collares, prendedores, lazos para el pelo!" En una ventana de la posada ha aparecido cierto hociquito que todos conocemos, y la simpática Pipa murmura, relamiéndose: "¡Huy, de fresa con nata! ¡Qué ricos deben de estar esos helados Pim-pim! Si me oyera mi amo, sería capaz de decir que soy una golosa. ¡Bah, cosas de Pipo! Y ya que ha salido, voy a aprovechar para darme un banquetito." Y, agitando una patita, grita: "¡Pst, heladero! ¡El de los polos!" En otra ventana ha asomado Cocolín su gentil cabecita rubia y mira con gran atención el cesto que lleva la buhonera. "¡Lleva cosas requetepreciosas! —murmura—. ¡Hay que ver esa cinta de raso, qué brillante y qué fina de color! Con lo estropeado que llevo mi lazo del pelo ¡Me decido!" Y llama: "¡Pst, buena mujer!"

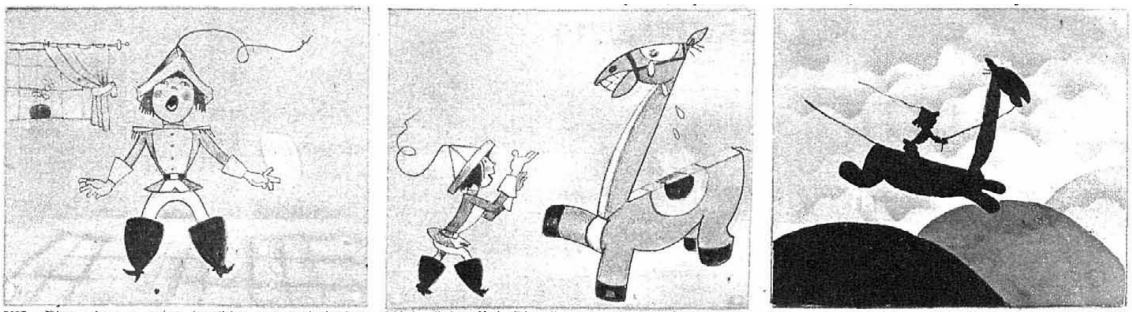

HELADOS
PIM-PIN

EPISODIO CCLXXIII

LA MALDAD DE LA BRUJA PIRULÍ

Meneando alegremente la cola, Pipa sale de la posada y se acerca al apetitoso puestecillo ambulante. "Señor vendedor —dice—, déme un helado Pim-pim." "En seguida, señorita —contesta el "heladero" con amabilidad—. ¿Lo quiere de fresa o de vainilla?" Ante este gravísimo problema que se plantea a su golosina, Pipa se queda perpleja. Al fin, resuelve el asunto muy a su gusto: "Déme dos: uno de fresa y otro de vainilla." Entre tanto, el infame Gurriato ha destapado la garrafa, que está perfectamente dispuesta para servir de cárcel a la infeliz perrita, a la que, de pronto, el falso vendedor agarra y, sujetándole el hocico para ahogar sus ladridos de terror, la levanta en vilo y la introduce en la garrafa, que tapa en seguida herméticamente: "Ahora —murmura frotándose las manos— ya puedes ladrar, que nadie te oirá." Y se aleja, empujando su carrito y voceando, como si no acabase de realizar tan negra hazaña: "¡Ricos helados de fresa y nata! ¿Quién me compra uno? Especialidad Pim-pim." Mientras esto ocurre a un lado de la posada, por el otro Cocolín se ha acercado a la falsa buhonera. "Desearía —dice— un lazo para el pelo." "Te lo venderé con mucho gusto, niña —dice la vieja con voz melosa—. ¿De qué color lo quieres?" "Lo quiero muy bonito." "Todos lo son; los hay blancos, azules, rosa... Con cualquiera estarás lindísima. Anda, elije tú misma el que más te guste." Decirle a Cocolín que elija una cinta para el pelo, para qué quiere más. La vieja ha depositado su cesta en el suelo, y nuestra gentil amiguita se agacha y empieza a revolver con entusiasmo. "Este es muy fino... Este me favorecerá mucho. Este va muy bien a mi color de pelo. Y cuando más entretenida estaba en su ocupación, de pronto la horrible vieja le da un empujón y, ¡paf!, le hace caer en la cesta. La pobrecita no tiene tiempo de gritar ni de hacer un movimiento. Ya una cinta le aprieta la boca, sirviéndole de mordaza, otra le sujeta los brazos, otra los pies y, convertida en una verdadera momia egipcia, queda Cocolín sobre el lecho de encajes en la cesta de la bruja.

Bien ajeno a estos terribles acontecimientos está Pipo, que se halla en el Ayuntamiento, adonde le ha llamado el alcalde para imponerle el Gran Cordón de Villa Conejos para premiar su hazaña de librar al pueblo del fantasma impostor y gallinófilo. Después de esta solemne ceremonia, nuestro héroe vuelve a la posada y entra llamando alegremente: "¡Cocolín! ¡Pipa!" Pero, ¡oh, asombro! Nadie contesta a sus voces. Recorre la posada de arriba abajo. Sus compañeras no están allí. ¿Habrán salido, pese a que él les prohibió que se moviesen de casa? No es posible. A Pipo no se le desobedece. Entonces, ¿qué ha pasado? Sin sospechar la desgracia, nuestro héroe corre a la cuadra, donde Trompetilla le acoge llorando y levantando una pata que designa una dirección. Al momento, Pipo comprende todo; Cocolín y Pipa han sitio raptadas, y se las han llevado en la dirección que señala el caballito de cartón verde. No hay un momento que perder. "¡Vamos, Trompetilla —exclama el héroe—; corramos, compañero, hay que salvar a nuestras amigas!"



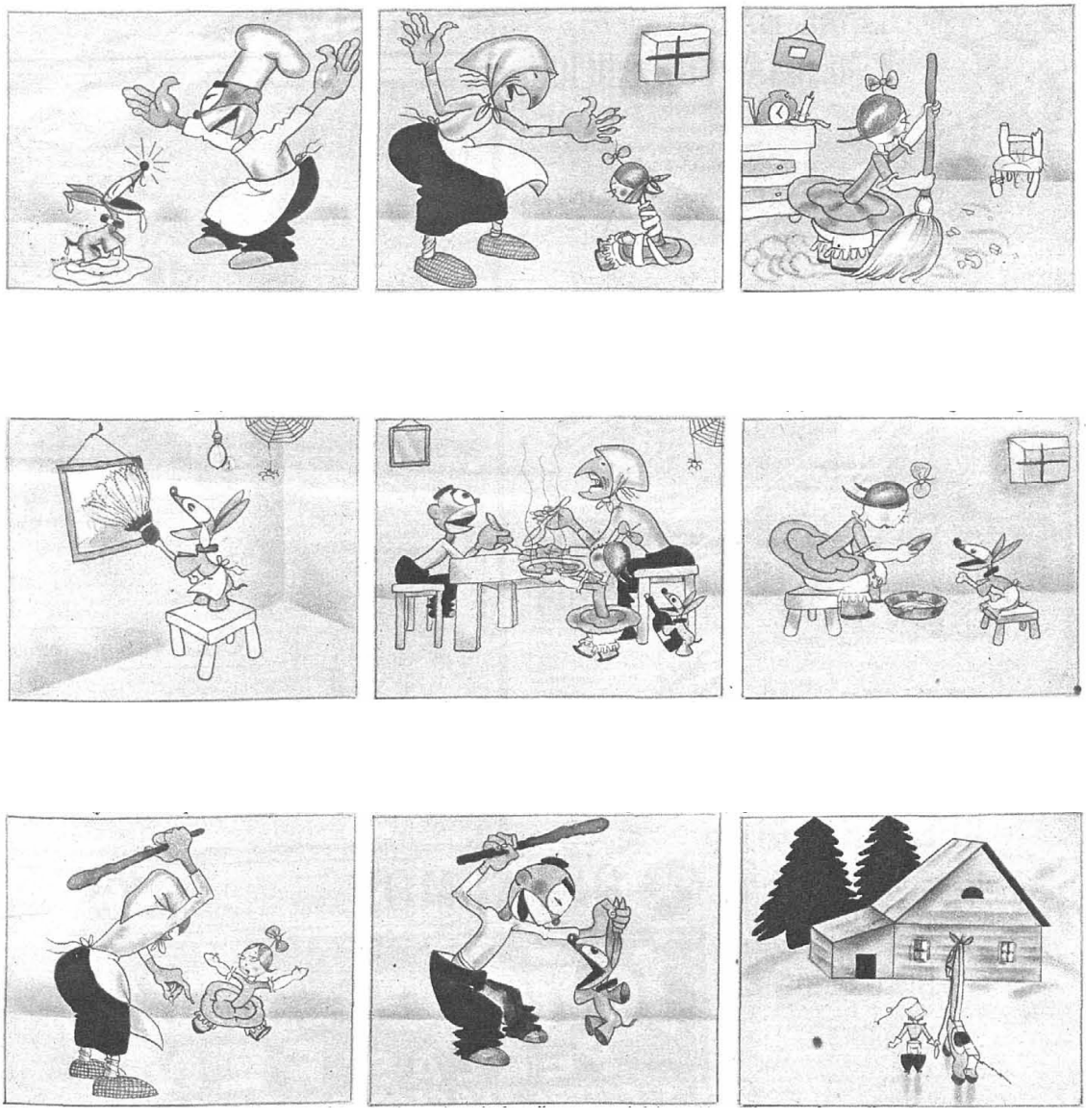
EPISODIO CCLXXIV

PALOS Y MALA VIDA

Del fondo de la garrafa, el falso vendedor ha extraído a la perrita, estornudando y dando colmillo con colmillo. Al verse en un lugar desconocido, Pipa exclama: "¿Dónde estoy? ¡Atchiss! ¿Quién es usted? ¡Atchiss!" Entonces su raptor se quita el gorro y el delantal con que estaba disfrazado y Pipa reconoce a su mortal enemigo, y se da cuenta de que ha caído en la casa de la bruja Pirulí. "¡Ja, ja, ja! —ríe el malvado—. ¡Supongo que se te habrá quitado la afición a los helados, Pipa!" En este instante aparece la bruja, que trae a Cocolín convertida en momia egipcia. La desata, se quita el pañuelo que la disfrazaba de inofensiva buhonera y, lanzando una carcajada de víbora (confieso no haber oído nunca reír a una víbora, pero si se rieran, lo harían como la bruja Pirulí), exclama: "¿Conque lacitos para el pelo, preciosa? ¡Pues ahora veréis la perra y tú la buena vida que os vais a dar aquí, sirviéndonos de esclavas, que para eso os hemos traído!" Le entrega una escoba y ya tenemos a nuestra gentil amiguita sudando la gota gorda para dejar como un espejo una casa que es una verdadera birria; todo es sucio, viejo y feo. Entre tanto, Pipa, armada de un plumero medio calvo, se esfuerza en quitar las mil y una telarañas que llenan aquel antro miserable. Después les toca guisar y, como la despensa está bien surtida (ya sabemos que Gurriato, sea en calidad de fantasma o en calidad de "vivo", se da buena maña para "afanar" cuanto encuentra a mano), a mediodía, Pipa y Cocolín sirven a sus carceleros una comida suculenta, en que hay salmón, perdices y dulces variados y champaña.

La bruja y Gurriato se atracan, como dos tragones que son, y cuando ya no hay ni una miga del festín, dicen con amabilidad a sus "esclavas": "¡Ea, como no somos egoístas y comprendemos que, al servirnos tan buenas cosas, se os ha abierto el apetito, ahora os vamos a dar de comer a vosotras también!" Y entregan a Cocolín un mendrugo de pan y una escudilla de agua, y a Pipa, un hueso mondo, del que han tenido buen cuidado de sacar el tuétano.

Como podéis ver, la existencia de nuestras desventuradas amiguitas en casa de la horrible Pirulí se compone de mucho trabajo y poca comida. Pero aún falta lo mejor, que son los palos. Por un sí o por un no, porque la vieja encuentre un átomo de polvo en un rincón o la comida le parezca sosa o salada, ya están lloviendo los golpes sobre Cocolín, atemorizada y llorosa, pero indefensa. En cuanto al infame gurriato, su malvada ama le ha confiado la misión de atormentar a la pobre Pipa, y Dios sabe que cumple el encargo con gusto. Cuando, por la noche, las infelices víctimas se reúnen para tumbar sus cuerpecitos molidos sobre el mal jergón de paja que les sirve de cama, se abrazan llorando en la obscuridad y, muy bajito para que no las oigan sus verdugos, se preguntan: "¿Qué diría Pipo si se enterara de lo que sufrimos? ¿Pero dónde estará Pipo?" No sospechan que le tienen bien cerca, pues salió de Villa Conejos con Trompetilla en busca de sus compañeras, y ha llegado ante cierta casa del Bosque de los Misterios.

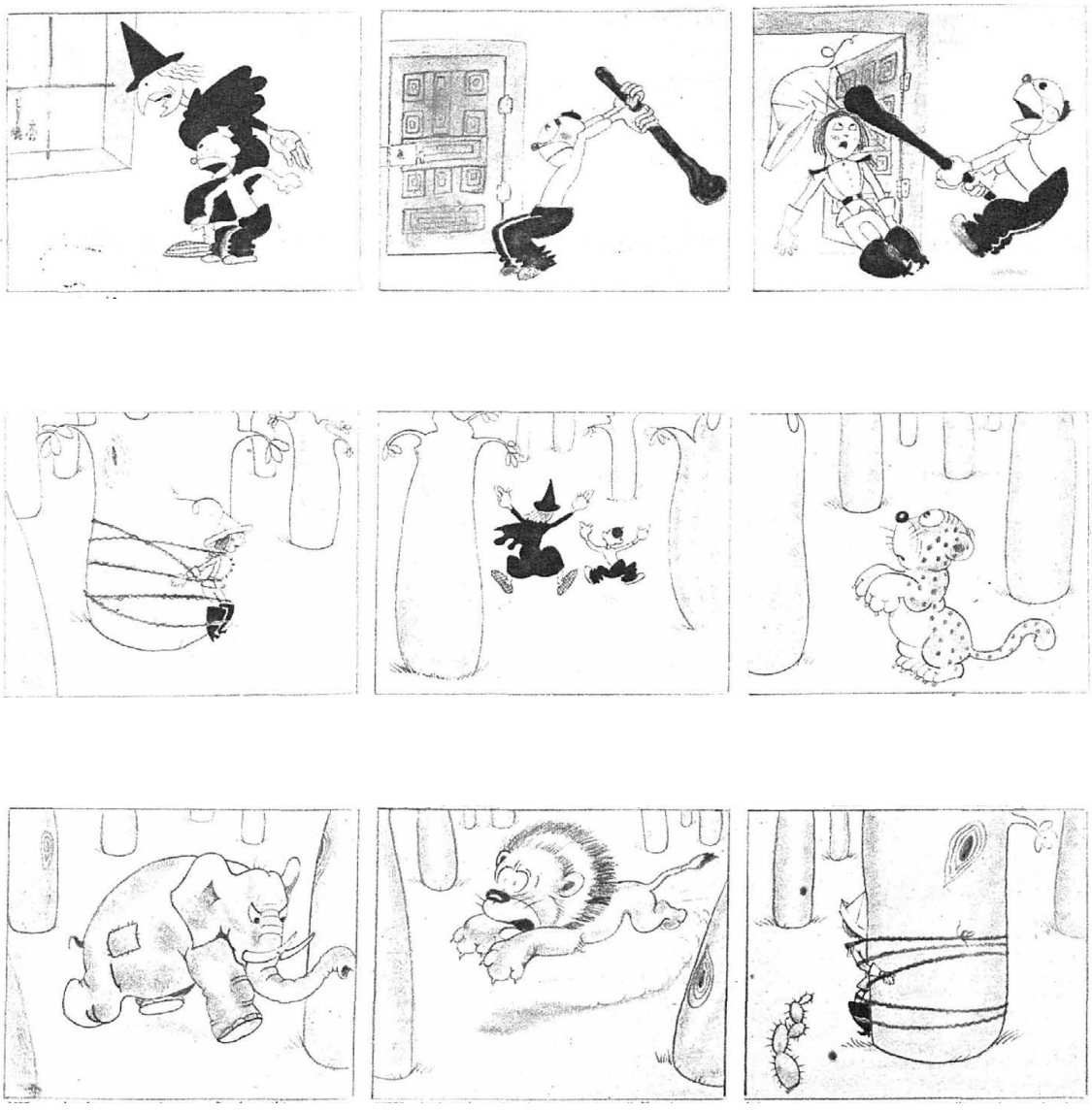


EPISODIO CCLXXV

PIPO, INDEFENSO

"Gurriatito —dice la bruja—, mira quién viene por allí." Al ver a Pipo, el cobardón de Gurriato se echa a temblar. "Lo vamos a atraer a esta casa" —declara Pirulí—. "¡Cielos!" —exclama Gurriato, medio desmayado del susto—. "¡No hay cuidado, tonto; que ya verás el recibimiento que le hacemos!" Para atraer a su enemigo la vieja va a la cocina en busca de Cocolín, que está de fregaplatos, y le da bofetadas y pellizcos. Nuestra amiguita se echa a llorar: "¡Ay, ay, ay!" Y ocurre lo previsto: que el héroe, al reconocer la voz de Cocolín, se precipita con fiero ímpetu hacia la casa, detrás de cuya puerta se ha colocado Gurriato armado de un garrote fenomenal. Y, al entrar, Pipo recibe en la cabeza tal garrotazo, que cae redondo, sin conocimiento. En torno al héroe, los dos malvados bailan una danza de salvajes. "Ahora —dice Gurriato— debíamos matarle, aprovechando que no se puede defender." Como veis, Gurriato tiene siempre ideas muy propias de un "valiente". Pero la bruja le gana en maldad. "No—contesta—; ahora, como no se enteraría, no tendría gracia. Lo bueno es que sufra antes de morir. Ya verás qué plan tengo. Anda, ayúdame." Entre los dos se llevan a nuestro glorioso amigo al bosque, donde lo amarran fuertemente al tronco de un árbol secular.

En esta operación, el héroe despierta. "Hola, precioso —dice la bruja—; te voy a dar una alegría: sabrás que me he vuelto buena. Dentro de horas será anochecido, y este bosque se llenará de fieras hambrientas. Te dejo aquí para que les sirvas de cena, porque hay que tener caridad con los animalitos. ¡Ja, ja, ja!" Y los dos malvados se alejan corriendo y riendo a carcajadas para celebrar la divertida "bromita" que le gastan al héroe, que se queda amarrado al árbol, en espera de la horrorosa suerte que le han anunciado. En efecto, cae la noche y la señora Pantera, que recorre el bosque en busca de algo comestible, se detiene, olfatea y murmura: "¡Caramba, caramba! Parece que huele a carne fresca. ¿Será posible que tenga la suerte de encontrarla sin necesidad de hacer cola?" Entre tanto, por otro lado llega el señor Elefante, que agita su trompa perplejo: "Huele —murmura para sus adentros— a uno de esos seres feroces que son los hombres, que nos roban los colmillos para hacer pianos. ¡Huy, Como caiga alguno bajo mis patas le hago migas!" Precisamente en aquellos momentos, pero en otra dirección, llega hacia el mismo lugar que la señora Pantera y el señor Elefante un tercer "comensal", que es el señor León. Viene hambriento como nunca, porque la víspera tomó carabaña y lleva veinticuatro horas a dieta. De pronto se para en seco y ruge: "Juraría que huele a carne humana. ¿Será posible que tenga yo la dicha de encontrar tan buena cena?" Se abalanza y se da de morros a hocico y de hocico a trompa con las otras dos fieras, que venían hacia el mismo lugar que él, y este lugar es, ¡horror!, el árbol al que está atado Pipo.

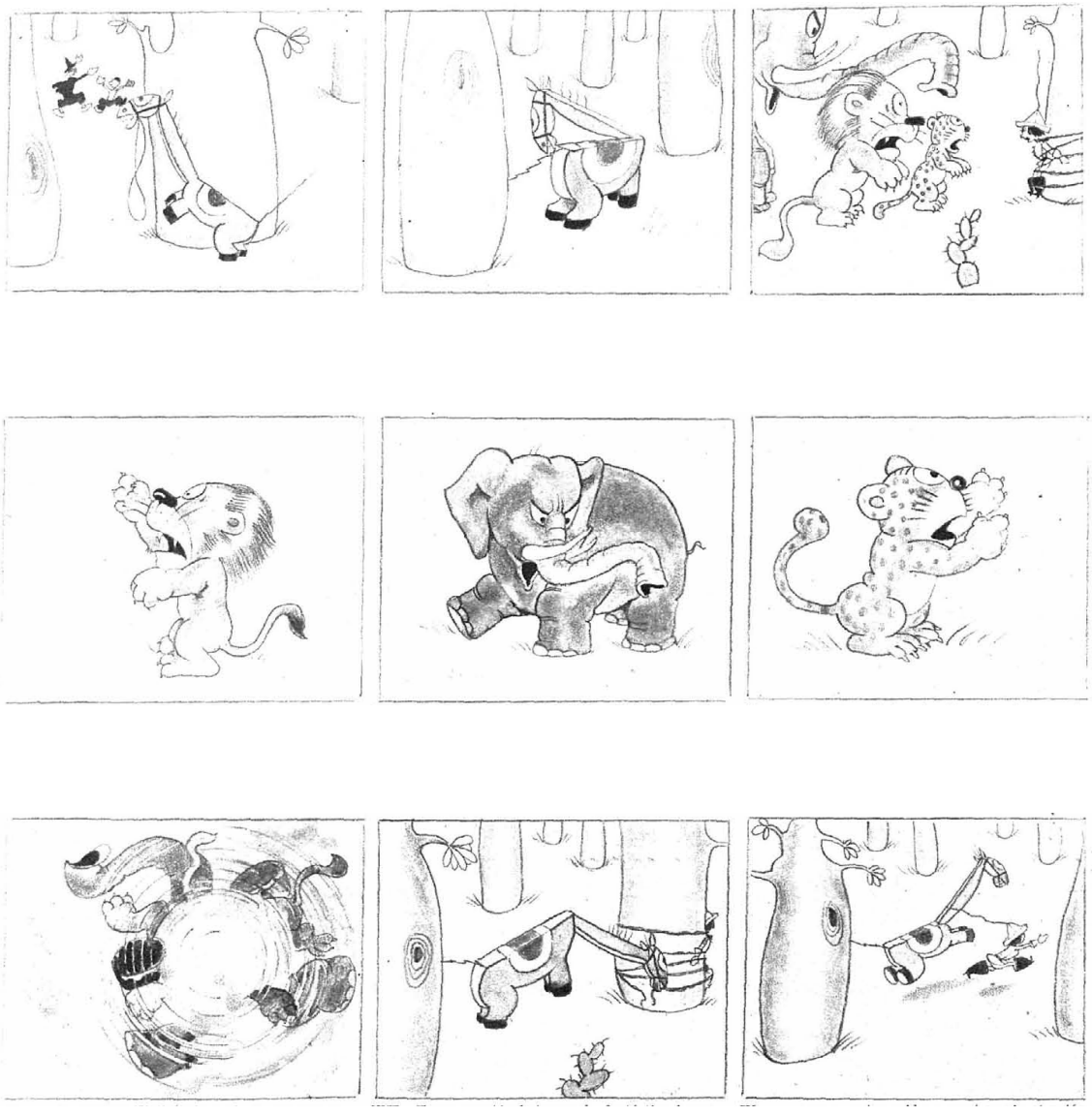


EPISODIO CCLXXVI

LUCHA DE FIERAS

Cuando Pipo, atraído por los gritos de su amiguita, entró en la casa de la bruja, Trompetilla se quedó fuera; pero, prudente —como buen caballo policía que ha llegado a ser por el roce con nuestro héroe—, se ocultó y pudo ver a los dos malvados llevando a Pipo desvanecido. Les siguió hasta el bosque, quedó escondido detrás de un árbol y cuando la bruja y Gurriato reaparecieron lanzando carcajadas de maldad satisfecha, el buen caballito de cartón verde se preguntó con inquietud: "¿Qué habrán hecho con mi amo?" Y penetró a su vez en el bosque, siguiendo la pista que había de conducirle adonde estaba Pipo amarrado. Pero, ¡ay!, antes de que Trompetilla se acercara a su amo han llegado las tres fieras. Sereno —porque es un valiente—, inmóvil —porque está atado—, pálido —porque la cosa no es para menos—, Pipo ha visto acercarse al león, al elefante y a la pantera. En cambio, las tres fieras, al hallarse ante la esperada presa, ponen una cara terrible de chasco y disgusto. Hay que reconocer que Pipo, como héroe, vale un mundo; pero como banquete, es poquita cosa. "¡Vaya una presa de chichirinabo que ha caído! —exclaman las tres a coro—. Con este niño hay apenas comida para uno." Entonces el león levanta una pata y declara: "Ese uno que va a ser el único que coma, seré yo, puesto que soy el rey de la selva, el rey del desierto y el rey de los animales." Pero el elefante agita su trompa y protesta: "Retrasas, amigo león, ya no es tiempo de reyes ni de privilegios. Hoy sólo impera la fuerza, y a fuerte no hay quien me gane. Conque ya podéis dejarme comer este chico en paz." "¡Podía yo consentirlo! —grita entonces la pantera, hecha una ídem—. ¡Será para mí, que tengo el derecho de mi parte, pues he llegado la primera!" Y ya se acerca al cautivo, dispuesta a desgarrarlo con sus uñas, cuando el elefante de un trompazo la manda por los suelos. A su vez, el león se precipita con la bocaza abierta y le pega al elefante una dentellada en un sitio que no me atrevo a llamar "traspuntín", porque es enorme. El elefante contesta con una patada; la pantera, que se ha levantado, cae sobre los dos a mordiscos, y allí, ante nuestros ojos atónitos, las tres fieras se enzarzan en una batalla campal, formando tal remolino, que puede suponerse que no van a quedar ni los rabos. Hasta los árboles del bosque, asustados, se cubren la cara con las hojas.

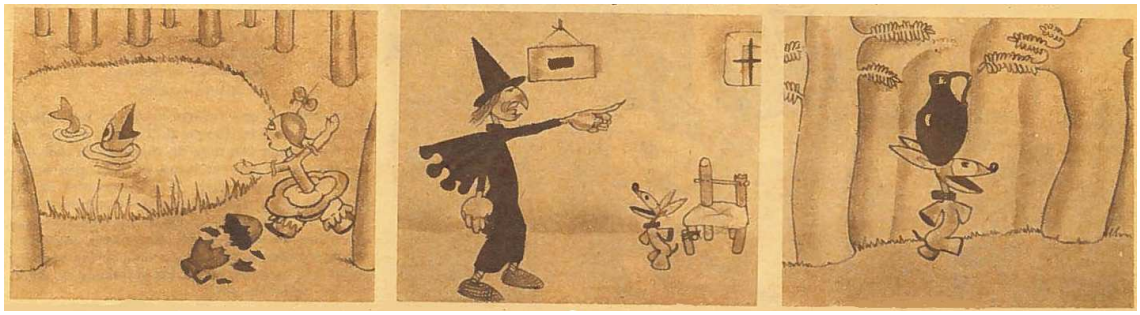
Es un espectáculo tremendo, fantástico, horrorizante. Pipo lo contempla a la vez con espanto y con ilusión, pues piensa: "¡Oh, qué buena ocasión para huir..., si pudiera desatarme!" Y a la vez que nosotros y que Pipo, contempla la batalla de las fieras un tercer espectador, Trompetilla, el buen caballito de cartón verde, que se acerca de "pezuñillas" para no meter ruido y no atraer la atención de los combatientes hasta el árbol al que está amarrado Pipo. Y con los dientes se pone a roer la cuerda que lo sujeta. De pronto, Pipo se encuentra libre. Ante él está el buen Trompetilla, que tan grande hazaña acaba de realizar. Sin una palabra, sin perder un segundo, los dos echan a correr.

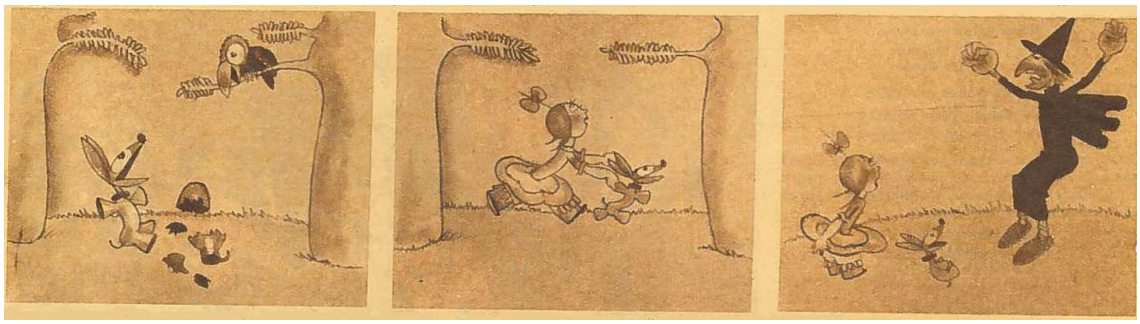


EPISODIO CCLXXVII

TANTO VA EL CÁNTARO VA A LA FUENTE…

Al oír los rugidos lejanos de las fieras, la bruja Pirulí y el infame Gurriato saltan y bailan, llenos de alegría diabólica: "¡Qué bien, qué bien! —exclaman—. ¡Están devorando a Pipo! ¡Ya se acabó nuestro odiado enemigo!" Y la horrible bruja dice: "Ahora sólo nos queda deshacernos también de sus compañeras." "¡Eso es muy fácil! —dice Gurriato. Puesto que son débiles y están indefensas, no tenemos más que matarlas." "Eso está bien para un simple mortal —protesta la bruja con severidad despectiva—, pero una bruja de mi categoría tiene que obrar siempre según la ley de los cuentos." Y después de consultar en su libro de magia un capítulo llamado "De la manera de suprimir a las niñas buenas", llama a Cocolín y le ordena: "Toma este cántaro y vete a llenarlo al lago de las Sombras Tenebrosas." "¡Ay, señora bruja —exclama nuestra amiguita—, no me mande usted allí a estas horas, que es de noche y está muy obscuro." "Obedece y calla, impertinente —ruge la bruja—, y como rompas el cántaro, ¡ay de ti!" Y Cocolín, obedece, y después de una interminable caminata entre tinieblas, llega, al fin, al lago y va a llenar su vasija cuando, súbitamente, de entre las aguas surge un pez enorme que dice con voz de falsete: "¡Cocolín, Cocolín, Cocolín, — pronto llegará tu fin!" Es tal el susto de la niña, que se lleva las manos a la cabeza, y, ¡cataplum!, el cántaro cae al suelo y se hace añicos. "¡Dios mío! —gime Cocolín—. ¿Qué me hará la bruja cuando se entere? ¡Estoy perdida!" Se sienta en el suelo y se echa a llorar amargamente. Entre tanto, en la casa, la bruja Pirulí ha llamado a Pipa: "Mucho tarda tu compañera —le dice—, y yo tengo sed y quiero beber. Coge este otro cántaro y corre a llenarlo al lago de las Sombras Tenebrosas" "Ay, señora Pirulí! No me mande usted a ese lago, que me da mucho miedo!" —suplica la pobre perrita—. "¡Si te da miedo, te aguantas! ¡Obedece y calla!" Y dándole un tirón de orejas, añade: "Ya puedes tener cuidado con el cántaro. Como lo rompas, ¡ay de ti!" Doblándosele las patitas, la infeliz perrita, con el cántaro en la cabeza, cruza el bosque en tinieblas y llega cerca del lago, cuando, de pronto, un negro pajarraco se encarama en la rama de un árbol y le grita con voz de carraca barata: "¡Pipa, Pipa, Pipa!, te van a pinchar la tripa!" Pipa pega un salto, y, ¡cataplum!, el cántaro cae el suelo y se rompe en mil pedazos. "¡Cielos —exclama Pipa—, he roto el cántaro! ¡Estoy perdida!" "¡Yo también!" —dice a su lado una vocecita—. Es Cocolín, que sigue llorando. Las dos amigas caen en brazos y patas una de otra. Pero de pronto Cocolín se rehace: "En lugar de lloriquear como dos tontas —dice—, aprovechemos la ocasión para huir." "¡Si, vamos, vamos!" —aprueba Pipa—. Y van a correr, cuando ante ellas, como surgida del suelo, se yergue la negra figura de la horrible bruja Pirulí: "¿Conque ibais a escaparos? —les dice con una risa sardónica—. ¡Ja, ja, ja! Lo que vais a hacer es componer los cántaros ratos, y si dentro de tres horas no me los entregáis enteritos, os hago añicos a vosotras. ¡Ja, ja, ja!" Y desaparece como ha aparecido.

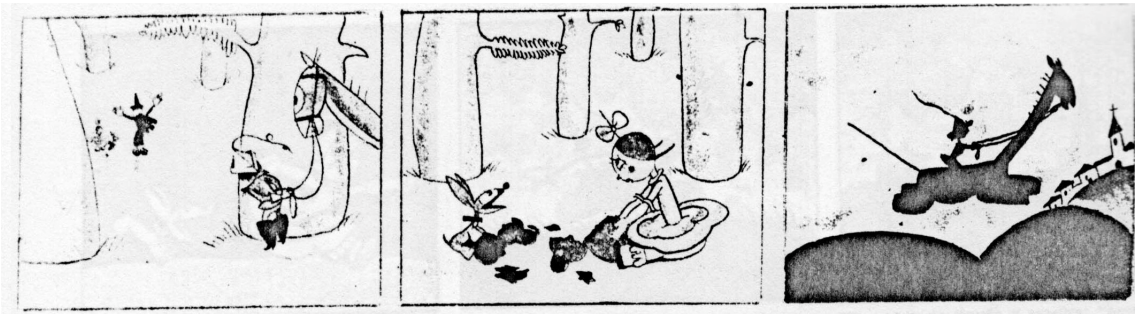


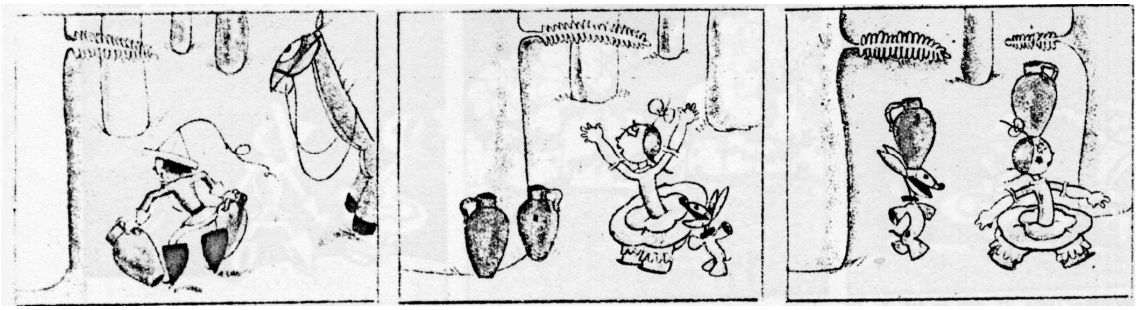


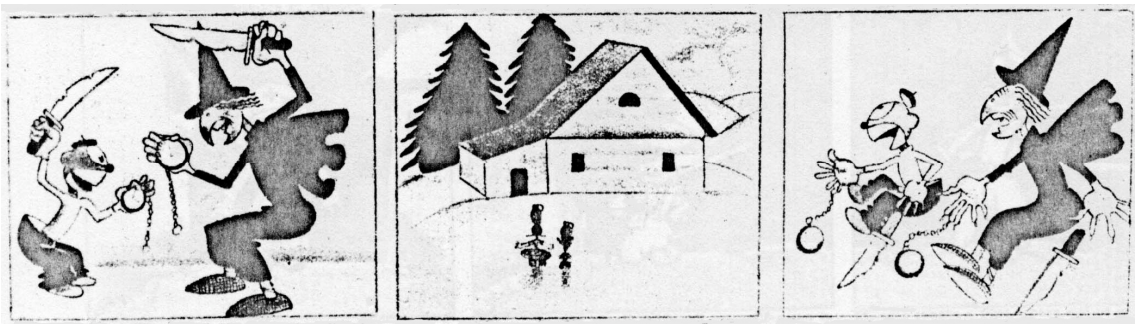
EPISODIO CCLXXVIII

LOS DOS CANTARITOS

Huyendo de las fieras, Pipo había llegado a un sitio seguro del bosque, donde se quedó dormido, rendido por tantas fatigas y emociones. Le despierta de pronto un ruido de voces, y ¿qué ve? A la bruja Pirulí, a Pipa y Cocolín, y oye cómo la horrible vieja amenaza con hacer pedazos a nuestras amiguitas si antes de tres horas no la entregan, compuestos, los cántaros rotos. Al desaparecer la bruja, la niña y la perrita se quedan llorando y cambiando impresiones: “¡No podemos huir!” —gime Pipa—. “¡Ni componer los cántaros! —dice Cocolín—. ¡Cualquiera encola estos mil pedazos!” “¿Y si compráramos dos cántaros nuevos?” —sugiere Pipa que, contagiada por su amo tiene a veces buenas ideas. Pero Cocolín arguye: “No es posible. Tardaríamos lo menos un día en ir a pie al pueblo, y sólo disponemos de tres horas!” Todo esto lo ha oído Pipo; avanza dispuesto a presentarse a sus compañeras, pero, de pronto, se detiene y sonríe: va a darles una sorpresa y hacerles a sus enemigos una mala pasada. Salta sobre Trompetilla y le dice al oído: “¡Corre, amigo! ¡Vamos a Villa Conejos! ¡Se trata de salvarlas!” El buen caballito comprende y emprende un galope desenfrenado. No han transcurrido dos horas cuando ya Pipo está de vuelta, trayendo dos cántaros nuevecitos, idénticos a los que, hechos añicos, cubren el suelo. De puntillas, el héroe coloca los dos cántaros cerca de sus amigas, que siguen llorando y desesperándose, y vuelve a ocultarse detrás de un árbol. Ya Cocolín y Pipa se han puesto en pie y se abrazan diciendo: “¡Vamos a la casa de la bruja a que nos mate! ¡No nos queda otro remedio, ay!” Entonces lanzan un grito al descubrir los dos cántaros, que parecen haber surgido del suelo, cual si fueran setas, bajo la lluvia. “¡Los cántaros! —exclama Cocolín— ¿Quién los habrá traído?” “A lo mejor, algún genio del bosque que quiere casarse contigo.” —sugiere Pipa— “¿Sea quien sea, estamos salvadas! ¡Corramos a entregárselos a la bruja!” Y allá van, con sus cántaros en la cabeza, mientras Pipo se queda riendo, pues está seguro de que sus infames enemigos respetarán la vida de la niña y la perrita, ya que, según la ley de los cuentos, nada pueden las brujas contra sus víctimas cuando éstas cumplen alguna condición impuesta. En tanto, en la casita fatal, la horrible Pirulí y Gurriato están afilando unos cuchillos. “¡Dentro de un momento —dice la vieja— tendremos derecho a matarlas, Gurriatito!” “¡Lo que nos vamos a divertir!” —contesta el malvado—. Ya sólo faltan veinte minutos para el plazo establecido; ya quince, diez, cinco… “¡No hay cuidado de que se salven —dice Pirulí—; les he impuesto una condición imposible de cumplir!” En este instante suenan unos pasitos menudos y ligeros a la puerta que se abre, y aparecen en el umbral Cocolín y Pipa. ¡Y cada una presenta un cántaro flamante, idéntico al que ha roto! “¿Qué es esto? ¿Cómo los habéis podido componer?” —brama la vieja—. “Eso no es cuenta vuestra —dice Cocolín—. ¡El caso es que hemos cumplido y no nos podéis matar!” Aterrados, los dos infames se tiran de los pelos de rabia.







EPISODIO CCLXXIX

PIPO SE HACE MILICIANO

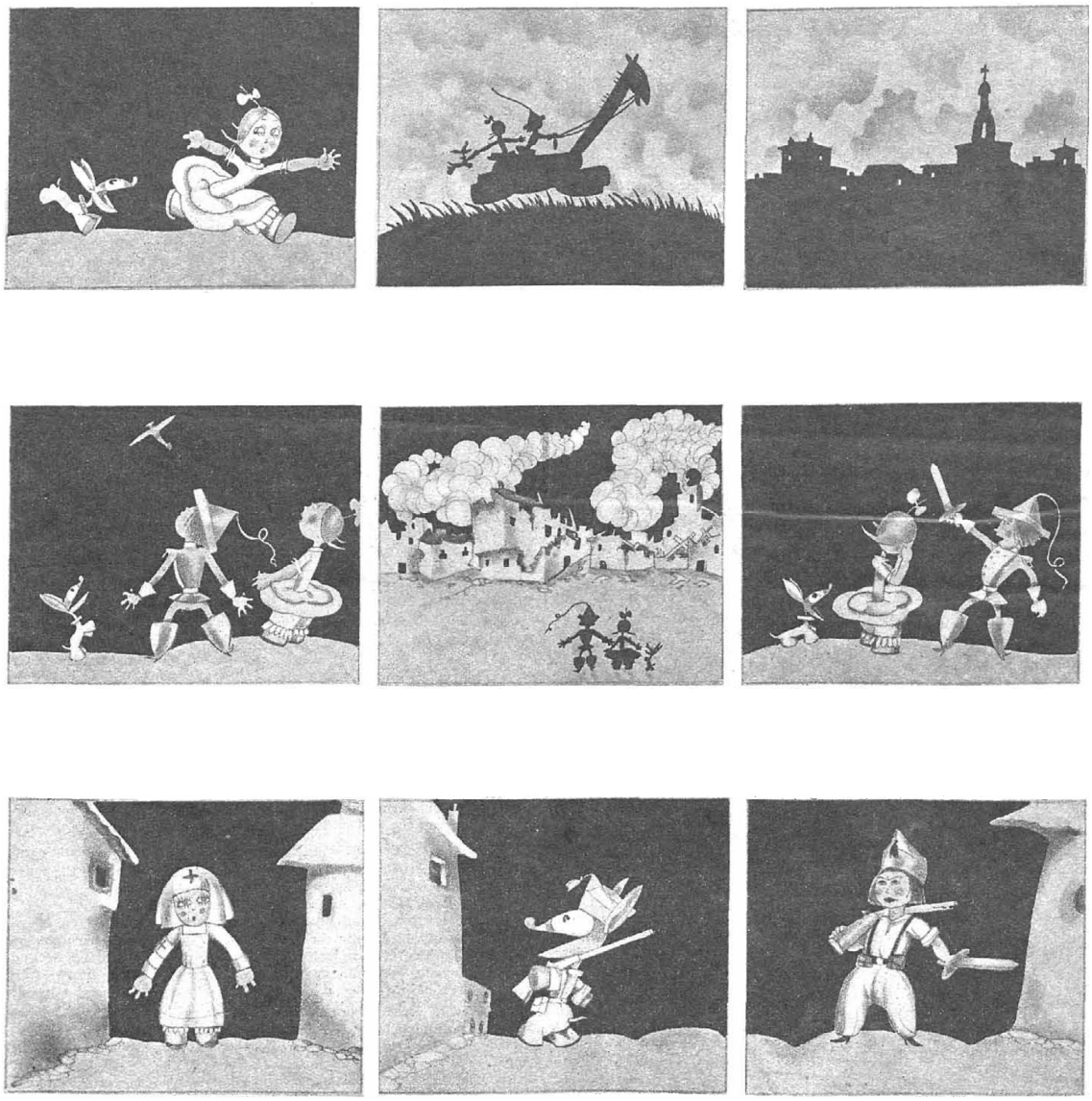
"Fuera de aquí —ruge la horrible vieja Pirulí—. Según la ley de los cuentos, me habéis vencido. Nada podemos las brujas contra los que cumplen las condiciones que imponemos. Marchaos, renacuajos odiados, que ya os volveré a coger en otra ocasión." Cocolín y Pipa se apresuran a echar a correr, aprovechando esta orden, tan grata para ellos como poco amable. Y he aquí que al primer recodo del camino, ¡oh, sorpresa!, ¡oh, alegría!, caen en brazos de Pipo, que las estaba esperando con Trompetilla. Sobre el buen caballito de cartón verde montan los tres amigos, y en pocos momentos se han alejado de aquellos lugares brujeriles y malditos y llegan a la vista de un pueblecillo de aspecto risueño y apacible: "Aquí descansaremos una temporada con paz y tranquilidad" —anuncia Pipo a sus compañeros. "¡Qué bien, qué bien! —exclama Pipa batiendo palmas con sus patas—. Vamos a comer y dormir en una buena posada." "Y pasear y jugar" —añade Cocolín—. En este instante oyen en el aire un zumbido formidable, levantan la cabeza y ven un avión que se acerca. "Este pajarraco de mal agüero —dice Pipo— me da mala espina." Ya está el aeroplano volando sobre el pueblo, cuando, de pronto, deja caer un objeto que cruza los aires con un silbido escalofriante. En seguida suena una explosión terrible y otra, y otra, y otra. Las explosiones se suceden.

"¡Tirémonos al suelo, compañeros!" —ha gritado nuestro héroe—. Así permanecen hasta que ya no se oye nada. Entonces se levantan y ven con espanto que el risueño y apacible pueblecito ha desaparecido; en su lugar, sólo queda un montón de ruinas, de las que salen llamas, columnas de humo y ayes lastimeros. "¡Qué horror!" —exclama Cocolín.

"¿Qué es esto, mi amo?" —pregunta Pipa—. Por un momento, Pipo ha bajado la cabeza y las lágrimas, —sí, no me equivoco; son lágrimas; ¡ah!, también los héroes lloran ante ciertas cosas— resbalan por sus mejillas. Pero, de pronto, se yergue con su fiereza acostumbrada; no, con más fiereza que nunca, y grita: "¡Esto, compañeros, es la guerra!

Y nosotros no podemos permanecer ajenos a ella. Nunca hicieron tanta falta a nuestro país, como ahora, héroes que por él se sacrifiquen. La República está en peligro, hay que defenderla, hay que salvarla." Y esta arenga de nuestro gran Pipo basta para que en el acto los tres amigos corran a alistarse en las Milicias Populares. Cocolín será enfermera, lo cual encaja a las mil maravillas con la dulce abnegación de nuestra gentil amiguita. Pipa..., ¡ah!, os vais a quedar asombrados cuando os diga que por la primera vez de su vida Pipa no gruñe, Pipa no tiembla ante el peligro. Por el contrario, la simpática perrita se estremece de entusiasmo al ponerse el mono glorioso, y el fusil le parece ligero.

En cuanto a Pipo, ¿para qué os voy a contar? Pipo resulta el más apuesto, el más decidido de los milicianos, con una particularidad, y es que, además del fusil de reglamento, lleva su invencible espada de madera, símbolo de sus aventuras, de su valor, de su heroísmo, en fin, que, unido a su ingenio, va a poner al servicio de la República española.

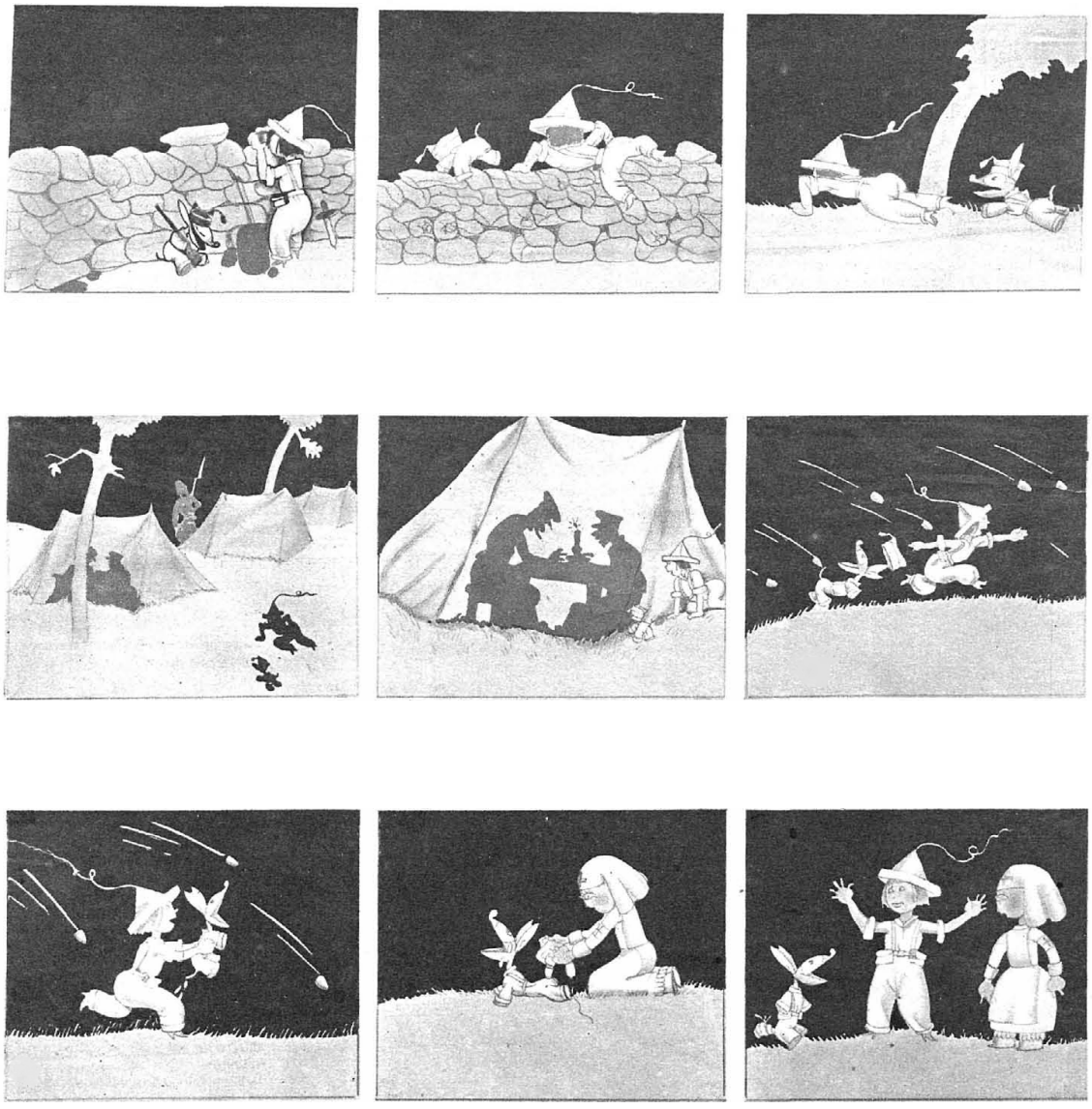


EPISODIO CCLXXIX

EL BAUTISMO DE SANGRE DE PIPA

Acogidos con entusiasmo por las Milicias Populares —¡ya lo creo, menudos reclutas!—, Pipo y Pipa han partido con una columna del Quinto Regimiento a relevar a otra que tiene puesto el cerco a la ciudad de X (no digo el nombre para no comprometer con mis revelaciones el éxito de esta operación sensacional). Nuestros héroes han sido colocados detrás de un parapeto, en una avanzadilla de la primera línea, para montar la guardia ellos solitos; el comandante ha dicho: "Tratándose de Pipo no necesita más compañía que la de su fiel perrita." La tal perrita, pese a sus arrestos bélicos del primer momento, está algo mosca: "Mira que si ahora se le ocurriese al enemigo darse una vueltecita por aquí" —murmura—. "No; los que nos vamos a dar la vueltecita por allí vamos a ser nosotros —contesta su amo—, a ver si sorprendemos algo de interés." Y dicho y hecho; salta por encima del parapeto, y cautelosamente se dirige hacia las líneas enemigas. Y Pipa no tiene más remedio que seguirle. "Pero, mi amo —murmura la perrita—, ¿es posible que lleguemos hasta el campamento de los fascistas?" "Si sigues hablando no será posible, porque nos oirán y acudirán a fusilarnos aquí mismo." Pipa cierra su hocico prudentemente; ya llegan a las primeras tiendas de campaña del enemigo: todo está en silencio, y, sin embargo, no todo el mundo duerme: la fina vista de nuestro héroe ha advertido un tenue rayo luminoso en la más grande de las tiendas. "Ya me figuraba yo —piensa Pipo— que el alto mando estaría en vela planeando alguna atrocidad contra nosotros." Así es, en efecto. En la tienda iluminada están reunidos el general y un comandante. Con el oído pegado a la lona, Pipo distingue en un murmullo estas palabras: "Mañana emplazaremos en la loma cercana al bosque nuestras baterías, ocultas por unas ramas, para proteger el avance de la tercera columna, que caerá sobre los rojos, los hará polvo y se apoderará del primer pueblo, mientras que una escuadrilla de aviones dejará caer cien granadas sobre el enemigo. Al oír esto, Pipo siente un escalofrío de horror.

Pipa siente otro, pero el suyo, ¡ay!, es de frío y seguido de un estornudo: "¡Quién va! ¡Alto!" —grita una voz—. "¡Estamos descubiertos! ¡Huyamos!" Y los dos huyen, perseguidos por una granizada de balas; de pronto. Pipa lanza un grito de dolor: "¡Estoy herida!" Una bala le ha atravesado la punta del rabo; Pipo la coge y se la lleva en brazos. Al fin llegan al parapeto, y sin perder momento Pipo irrumpe en la ambulancia, donde una enfermera se hace cargo de la doliente. Esta enfermera es Cocolín, nuestra amiguita, que ha obtenido el favor de ser destinada siempre a un puesto da socorro, cercano al punto en que luchen sus compañeros. Mimada, curada, atracada de golosinas, Pipa gime: "¡Han podido matarme!" "Pero no te han matado —contesta su amo—: conque ya tendrás tiempo de lamentarte el día que te maten de verdad, ¡so quejica! Además, ahora tenemos cosas importantes que hacer." "Yo, reponerme del susto." "Nada de eso; he sorprendido el plan de ataque enemigo y se trata de hacerlo fracasar y convertirlo en victoria nuestra."



EPISODIO CCLXXX

PIPO ESTRATEGA

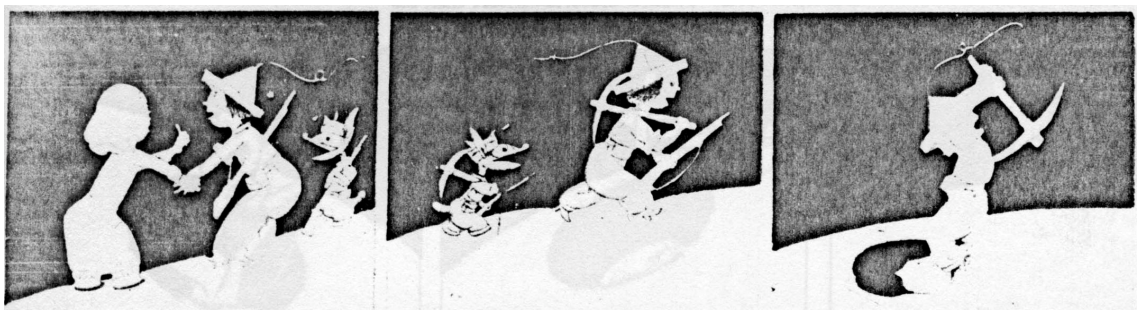
“Partamos, Pipa —ordena Pipo—; esos traidores quieren darnos una sorpresa amparados en la sombra de la noche, y la sorpresa se la vamos a dar nosotros.” “Prudencia —aconseja la gentil Cocolín a sus amigos—. Y sobre todo, guardaos de los tanques oruga.” “¡Bah! ¿Qué son las orugas para quien, como yo, está acostumbrado a luchar con dragones?”

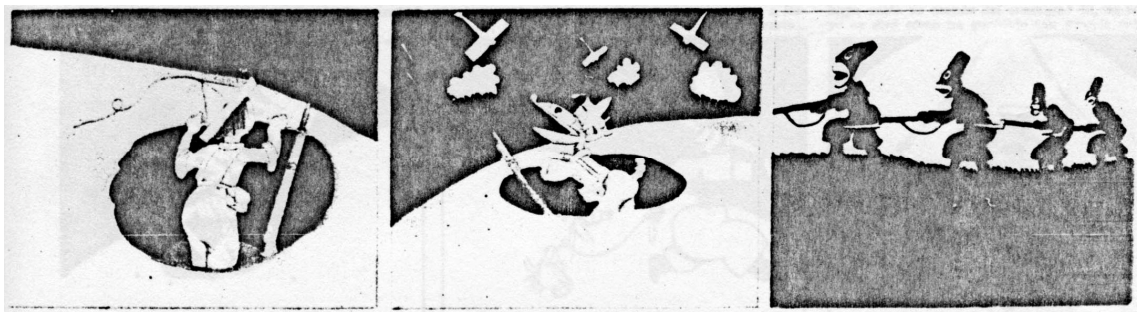
Y después de despedirse de Cocolín, nuestros valientes milicianos parten en dirección del campo enemigo, no sin antes haberse provisto de dos picos, además de sus respectivos fusiles. Pipa exclama: “Oye, mi amo, ahora si que vamos bien armados… ¡Como que llevamos un fusil y pico!” Pero Pipo mira a su perrita de tal modo, que ésta agacha las orejas.

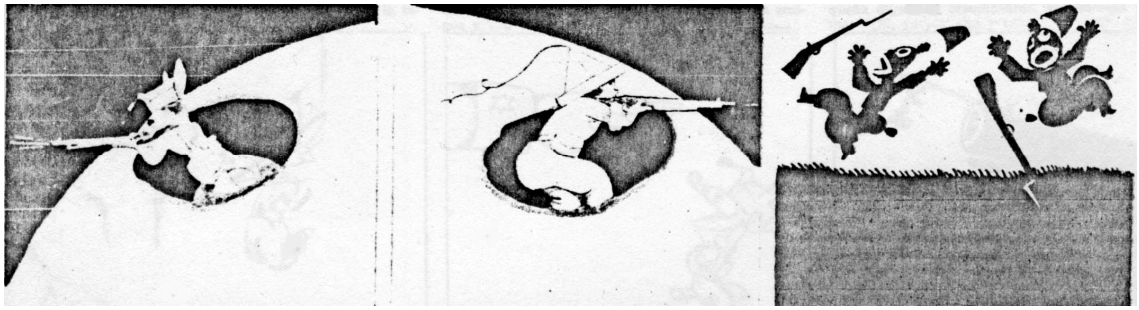
Ya cerca de las líneas enemigas, Pipo señala un sitio a la derecha de la carretera y ordena a Pipa: “Haz un hoyo y métete en él.” La perrita obedece; mientras tanto, nuestro héroe, al otro lado de la carretera, cava un profundo agujero. La noche esté negra: gracias a esta obscuridad, nuestros milicianos no son descubiertos y pueden tranquilamente terminar su tarea. Ya están los hoyos abiertos: Pipo se introduce en el suyo, asoma la cabeza y mira en su derredor: no se ve ni un gato. Pero a sus oídos llega un lejano y casi imperceptible rumor. “El enemigo se prepara al ataque” —piensa nuestro héroe y pregunta con una voz que parece un susurro: “¿Estás dispuesta, Pipa?” “Síií” —responde una débil voz un poco temblorosa—. Porque Pipa tiene miedo. Metida en su agujero, da diente con diente. De pronto se oye un estampido atroz: es el primer cañonazo. En seguida cruzan el espacio granadas encendidas. Varios aviones avanzan disparando bombas; las balas silban… A la perrita se le cae el gorro… Pipo exclama, sencillamente: “Empieza el ataque.” En efecto; por la carretera avanzan cautelosamente unas sombras; en la obscuridad de la noche brillan las bayonetas. Las sombras se acercan… ¡Son moros! ¡Qué malas sombras! Pipo, oculto en su agujero, los ve llegar y su noble corazón de héroe late con violencia. Empuña el fusil con rabia y apunta cuidadosamente.

Por su parte, Pipa sufre emociones diversas. Primero es miedo —a qué nos vamos a engañar—; pero luego, al ver a aquellos salvajes tan feos, su sangre de perrita se enciende de coraje y —después de recoger su gorro y calárselo con rabia— agarra su fusil y, ¡pum, pum!, empieza a disparar tiros con tal velocidad, que más que perrita parece una ametralladora. Tampoco Pipo se queda atrás; con firme pulso y ojo certero dispara su fusil sin perder una bala. Según el plan que tenía trazado, ha consentido que el enemigo avance confiado, bien ajeno al peligro que le espera, y cuando le tiene a dos pasos, apunta…, y cada negro es un blanco.

Y, ¡claro!, entre los moros se arma la de Alá es Mahoma. “Estamos copados —gritan en su idioma, creyendo, ¡los muy brutos!, que tienen un ejército a cada lado de la carretera. Los que no caen bajo las balas certeras que disparan nuestros héroes, huyen como conejos árabes, que son los que más corren.







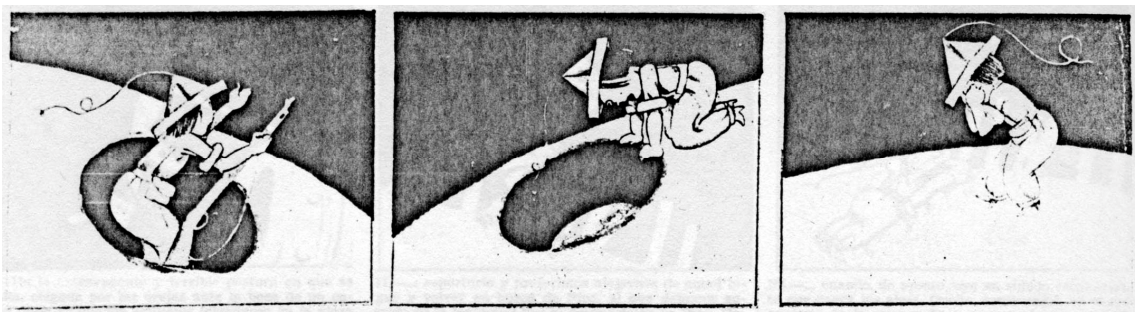
EPISODIO CCLXXXI

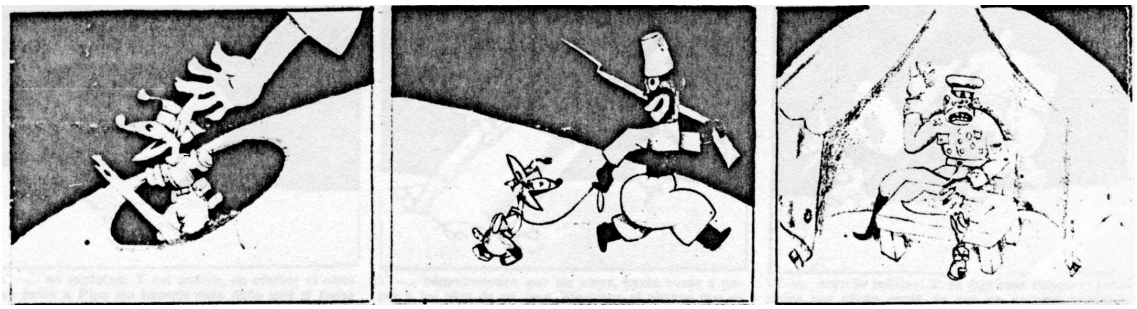
PIPA, PRISIONERA

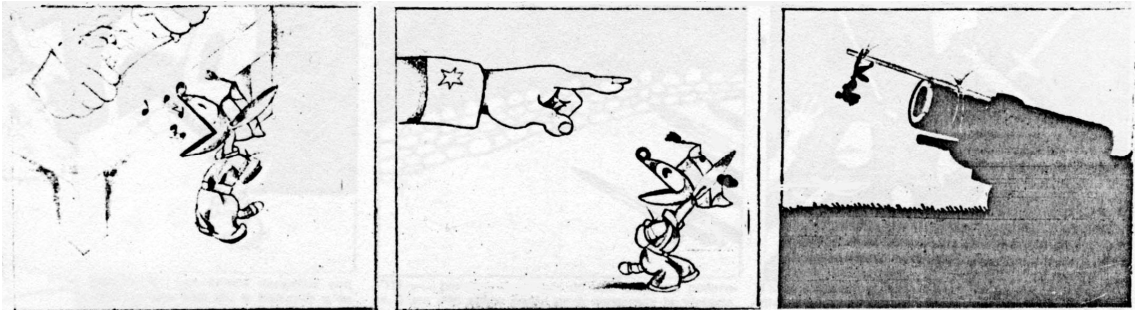
Durante un momento, Pipo queda escuchando las pisadas de los moros, que huyen despavoridos, hasta perderse en lontananza. Entonces se endereza y llama a media voz: “¡Pipa, Pipa!” Nadie contesta. “¡Pipa, Pipa!” —llama más fuerte—. “¡Pipa, Pipaaa, Pipaaa!” —grita—. ¿Se habrá quedado dormida la perrita? Todo se puede esperar de la muy holgazana.

Y Pipo, bruscamente, un poco intranquilo ya, sale de su refugio y se precipita hacia el de su fiel compañera; ¡oh, estupor!, el hoyo está vacío; Pipa ha desaparecido. Por espacio de varios segundos, nuestro héroe queda inmóvil, mudo, clavado en el suelo por el asombro y el dolor, Luego rompe a llorar. Sí; no temo, no me da vergüenza confesarlo, Pipo, el héroe impávido ante todos los peligros, llora como una mujer, llora como un niño (como si fuera “solamente” un niño, en vez de ser además un héroe), llora presintiendo el destino de su compañera de aventuras. ¿Será posible que Pipa haya caído en manos del enemigo? Sí, es posible, y yo os diré cómo ha sucedido tan grande catástrofe.

Lo que perdió a Pipa fue su curiosidad. Al oír que huían los moros, la perrita pensó: “Voy a ver si son tan feos como malos.” Y olvidando toda prudencia, asomó las narices fuera del hoyo; en aquel preciso instante, uno de los fugitivos, rezagado, vio apuntar sus orejas, tiró de ellas y se llevó a la infeliz, que gritaba desesperadamente: “¡Pipo, mi amo, auxilio!” Pero Pipo, muy entretenido en pegar tiros, y, además, ensordecido por las detonaciones incesantes, ni la oía ni se dio cuenta de que el moro, siempre corriendo, se llevaba a la pobre perrita muy lejos de allí, hasta cierta tienda de campaña, donde un tiazo con cara de pocos amigos y con el pecho cubierto de condecoraciones, estaba sentado ante una mesa examinando un plano. Es el terrible general Maula. Al ver a Pipa hace un gesto de desdén: “¡Vaya una prisionera de chichirinabo! —exclama encogiéndose de hombros—. ¡Si es una perra!” Pipa tiene, ya lo sabemos, su pequeña dignidad; ofendidísima, se endereza y exclama: “¡Sí, yo soy una perrita pobre pero honrada, mientras que tú eres un mal patriota, que trae moros a España para que maten a los españoles!” Oír esto el general Maula y ponerse hecho un basilisco es todo uno: “¡Como no te calles, te mando fusilar!” —ruge—. “Sí, ¿eh? Pues ahora verás cómo me callo.” Y con voz desafinada, pero con mucho entusiasmo, Pipa canta *La Internacional*: “En pie los pobres de este mundo, — en pie los esclavos sin pan…” El general Maula no puede sufrir que le hablen de los desventurados hambrientos, a quienes odia, y hecho una fiera ruge: “¡Que la fusilen en el acto!” Pero en seguida se arrepiente y corrige: “Fusilarla, no, que no vale la pena de gastar balas para ella. Que la maten de una manera más económica. Lo mejor es que la coloquen ante la boca de un cañón y así la granada que la mate puede aprovecharse para destruir, de paso, alguna batería enemiga.” La terrible orden se cumple al momento, y ya tenemos a nuestra infeliz amiguita fuertemente amarrada ante la boca de un cañón.



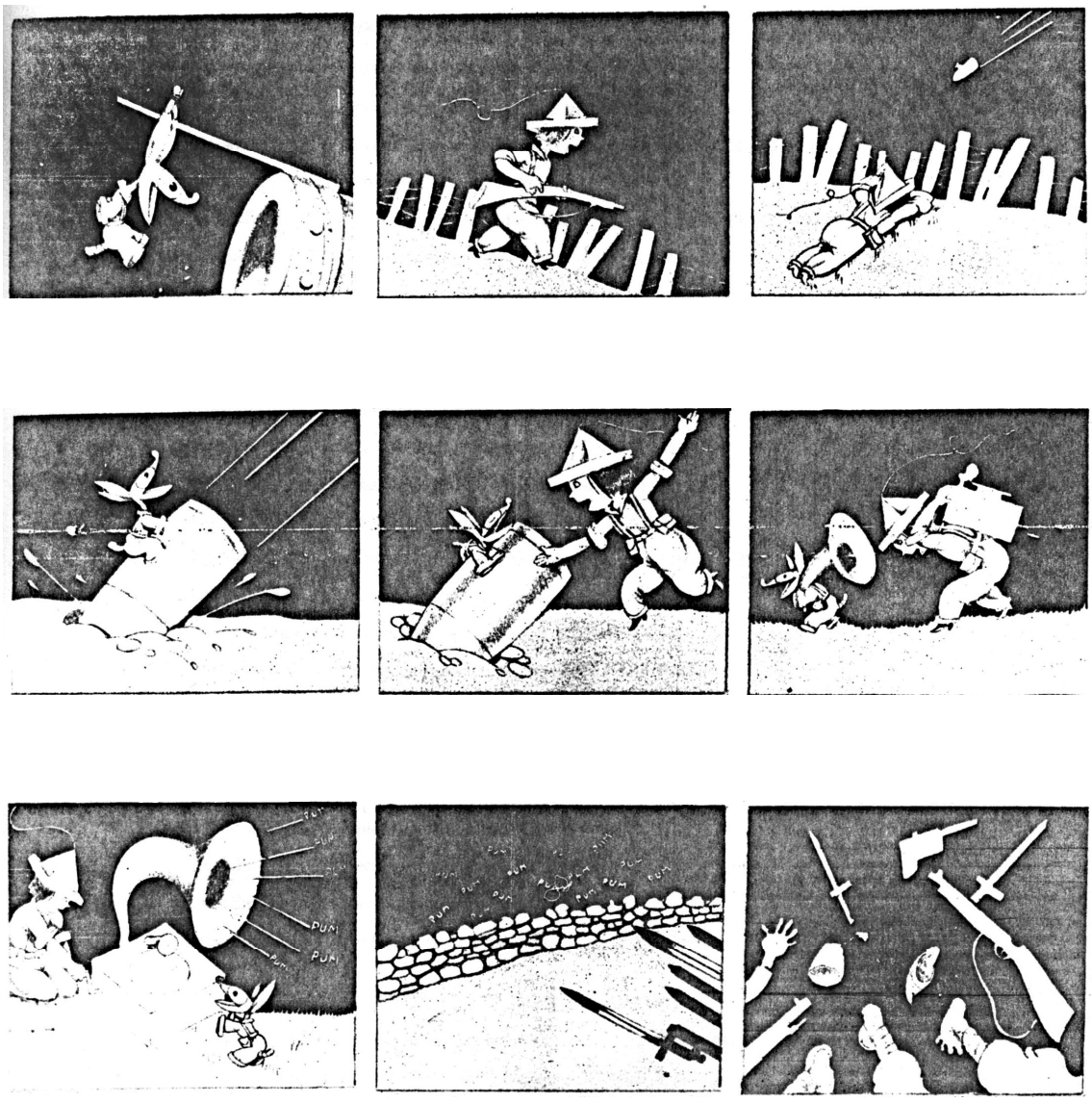




EPISODIO CCLXXXII

¡PIES, PARA QUE OS QUIERO!

En la extravagante y terrible postura en que se halla, colgada por las orejas ante la boca de un cañón, Pipa ve que los artilleros introducen en la pieza de artillería un obús del quince y medio: “¡Esa granada tan grandota es la que me va a matar a mí, que soy tan chiquitina!” —gime la pobre perrita—. Tan trágico es este espectáculo, que no podemos soportarlo y preferimos alejarnos de aquel lugar y volver en busca de Pipo, al que dejamos sumido en la inquietud por la desaparición de Pipa. Decidido a rescatarla, téngala quien la tenga y haya que luchar contra quien sea, el héroe avanza fuera de nuestras filas, franquea el parapeto de la primera avanzadilla y ya está cerca de las alambradas cuando, de pronto, oye un silbido escalofriante que rasga los aires. Ducho, como nadie, en el mecanismo de la guerra; Pipo comprende que se trata de un obús disparado por un cañón enemigo y se apresura a tirarse al suelo, esperando con tranquilidad, porque, además de ser tan valiente, bien sabe él que la mayoría de las granadas enemigas fallan y no explotan. Y así ocurre, en efecto; el obús cae junto a Pipo sin hacerle más daño que si fuese un bote de pimientos; pero, ¡oh, estupor!, este obús trae una pasajera imprevista. Es Pipa que, en el trance angustioso en que se hallaba, ha tenido el rasgo de ingenio, al dispararse el cañón, de montarse sobre el obús y así ha viajado, veloz y cómodamente, por los aires, hasta venir a parar a los pies de su amo. Figuraos el abrazo que se dan, al reunirse, nuestros dos héroes. Abrazo apretado, pero breve, pues no están las circunstancias para prolongar las efusiones sentimentales. Tanto más, cuanto que Pipa trae, además, una noticia sensacional: “Mi amo —dice—; he descubierto un gran secreto militar. Y es que esos infames, enterados por algún espía de que en nuestro parapeto solamente hay hoy una docena de milicianos montando la guardia, se proponen atacarlo esta noche.” “¡Ah! —exclama Pipo—. Hay que desbaratar sus planes.” Sí, pero, ¿cómo? Pipo sabe que, de momento, no va a ser posible obtener un refuerzo. Y tiene una idea formidable. Los vemos cargados con unos extraños objetos que han ido a comprar a la ciudad cercana. Son una gramola, un disco y un amplificador poderoso. Los llevan al parapeto y explican su proyecto a los milicianos, y todos esperan el momento de obrar. Se trata nada menos que de rechazar entre diez hombres, un niño heroico y una perrita, el ataque de una columna poderosa. Pues aún sobra gente para conseguir la victoria. Cae la noche; los defensores del parapeto oyen a lo lejos un rumor sospechoso. ¡Son ellos! Sí, es un destacamento enemigo, de muchos cientos de soldados, que avanza disponiéndose a caer sobre el grupo “desprevenido” de los nuestros. Y en este instante suenan unos ruidos atronadores de disparos y cañonazos que parten del parapeto. El jefe enemigo se detiene. “¡Nos hemos equivocado! —grita—. Allí hay una columna con cañones y todo.” Y huyen despavoridos, abandonando armas y gorros, mientras detrás del parapeto, Pipo y Pipa y sus compañeros ríen y bailan en torno al disco de combate.


PUM
PUM